Gato Viejo, Rata Tierna



LOLA SUMMERS

Gato viejo, rata tierna

Una comedia romántica rural sobre aprender a querer mejor

Lola Summers

2026

© 2026 Lola Summers. Todos los derechos reservados.

Índice

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22

23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
29. Capítulo 29
30. Capítulo 30
31. Capítulo 31
32. Capítulo 32
33. Capítulo 33
34. Capítulo 34
35. Epílogo

Dedicatoria

Para quienes alguna vez tuvieron que aprender que querer no es decidir por el otro.

Derechos de autor

Gato viejo, rata tierna
© 2026 Lola Summers

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin autorización previa y por escrito de la autora, salvo las citas breves permitidas por la ley.

Primera edición digital: 2026.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Capítulo 1

Ciento ochenta y siete ovejas

Cuando el navegador anunció que había llegado a su destino, Adriana se encontraba en mitad de un camino de tierra, sin una sola casa a la vista y rodeada por ciento ochenta y siete ovejas.

Las contó porque era eso o bajarse del coche a gritar.

—Ciento ochenta y siete —murmuró, aferrada al volante—. Estupendo. Cuatro horas desde Madrid y me recibe un comité de ciento ochenta y siete vecinas.

El navegador, ajeno a toda responsabilidad, mostró una bandera de cuadros sobre un rectángulo amarillo que podía ser un campo, una parcela catastral o el dibujo esquemático de su desesperación. La voz insistió:

—Ha llegado a su destino.

—Pues mi destino huele a establo.

Había salido de la autovía siguiendo las indicaciones, había cruzado una carretera estrecha entre rastrojos dorados y, después, había obedecido el giro hacia lo que la aplicación llamaba «camino sin nombre». Que un camino no tuviera nombre debería haberle parecido una advertencia. En lugar de eso, pensó que le ahorraría siete minutos.

Ahora tenía ovejas delante, detrás y pegadas a las puertas. Una apoyó el hocico contra el retrovisor. Otra se rascó el lomo con el punto de carga del coche. Una tercera la observó a través de la ventanilla con la severidad de una inspectora de Hacienda.

Adriana bajó el cristal cinco centímetros.

—Perdone —le dijo—. ¿Para Valdebruna?

La oveja masticó sin responder.

El cencerreo llegaba en oleadas desordenadas, mezclado con balidos, polvo y el ladrido ocasional de un perro que no parecía alarmado por nada. A lo lejos, sobre una loma parda, se recortaba la figura de un hombre. Llevaba pantalones de trabajo, una camisa clara con las mangas recogidas y un cayado que, a esa distancia, parecía un accesorio puesto allí por el departamento de ambientación rural.

Él silbó. El perro salió disparado y el rebaño empezó a abrirse con una lentitud ofensiva.

El hombre se acercó por el lateral del coche. Tendría cerca de cincuenta años, el pelo oscuro salpicado de gris en las sienes y la piel tostada de quien no necesitaba que ninguna aplicación le recordara cuánto tiempo llevaba al sol. No era guapo de una forma pulida. Era peor: tenía una cara interesante, una mandíbula firme y unos ojos color miel que parecían encontrar muy divertida una situación que a ella le estaba costando la tapicería.

Adriana bajó un poco más la ventanilla.

—¿Es suyo el atasco?

—Depende. —Él apoyó una mano en el techo—. Si viene a multarme, no. Si se ha perdido, sí.

—No me he perdido. El navegador me ha traído por aquí.

El hombre miró el camino y luego la pantalla del salpicadero, como si ambos acabaran de confirmar una sospecha.

—Eso es una vereda.

—También es una línea gris en el mapa.

—Las líneas grises no siempre son carreteras.

—Una información muy útil hace diez minutos.

Él sonrió apenas. La sonrisa le marcó dos arrugas junto a los ojos y a Adriana le fastidió comprobar que mejoraba el conjunto.

—¿Va a Valdebruna?

—A la antigua casa de correos.

—Entonces ha dejado el pueblo atrás.

Adriana miró por el retrovisor. Solo vio lana.

—El navegador dice que faltan treinta metros.

—Pues pregúntele al navegador dónde piensa meter la plaza, la iglesia y quinientas personas en esos treinta metros.

El hombre se inclinó hacia la ventanilla. Olía a sol, a jabón y a campo; una combinación que Adriana no tenía intención de analizar.

—Tendrá que dar la vuelta en el ensanche —dijo—. Después sigue recto hasta la carretera y gira a la izquierda.

—¿Cuándo se aparten ellas?

—Si no tiene prisa.

—Tengo una reunión a las seis.

Él consultó un reloj antiguo de esfera arañada.

—Son las cuatro y veinte.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Sí. Solo que no es la respuesta que quería.

Adriana lo miró con la paciencia profesional que reservaba para clientes empeñados en hacer el logotipo más grande.

—Mire, señor…

—Mateo.

—Mateo. Llevo cuatro horas conduciendo, el coche tiene un cuarenta y dos por ciento de batería y una de sus ovejas está intentando desmontarme el retrovisor. Necesito llegar a la casa, descargar y comprobar si allí existe internet o si también es una línea gris imaginaria. Así que agradecería mucho que moviera el rebaño.

Él dirigió una mirada al animal pegado a la puerta.

—Rosalía, deja el coche de la señora.

La oveja se apartó.

—Señorita —corrigió Adriana por puro instinto.

—No me meto en la vida de la gente.

—Acaba de asignarme estado civil, pero siga intentándolo.

Mateo abrió la boca. Durante un segundo, pareció debatirse entre responder y reír. Eligió silbar de nuevo.

—Canelo, a la derecha.

El perro comenzó a reunir a los animales. La corriente de lana se desplazó poco a poco hacia el margen y dejó libre un pasillo estrecho. Mateo golpeó con los nudillos el techo del coche.

—Ahora. Despacio y sin tocar el claxon.

—Sé conducir.

—No he dicho que no.

—Lo ha pensado con mucho volumen.

Adriana avanzó un par de metros. En el asiento del acompañante llevaba el bolso, una carpeta con el contrato de La Hebra y un plano impreso que había sacado para no depender por completo del teléfono. Al girar el volante, la carpeta resbaló. El plano salió por la rendija de la ventanilla como si también quisiera huir.

—No, no, no.

Frenó y abrió la puerta. Mateo levantó una mano.

—Espere.

Demasiado tarde. Una oveja con un cencerro azul atrapó el papel antes que ella y arrancó una esquina de un mordisco.

—¡Eh! Eso no se come.

—A Rosalía le gustan los documentos oficiales —dijo Mateo, alcanzando al animal—. Tiene criterio.

La sujetó con una facilidad que no fue brusca. Le pasó la mano por el cuello, murmuró algo que Adriana no entendió y recuperó el plano húmedo y mellado. La oveja ni siquiera pareció ofendida. Se quedó junto a él, apoyándole el costado en la pierna.

Fue la delicadeza de aquel gesto lo que la desconcertó. El mismo hombre que hablaba como si ella acabara de inventar la desorientación sabía tocar a un animal grande sin imponerle fuerza.

Mateo le tendió el papel.

—Le falta Cuenca, más o menos.

Adriana examinó el agujero.

—Por suerte no iba a Cuenca.

—¿Quiere que le dé la vuelta al coche?

—¿Porque soy mujer o porque de verdad no hay espacio?

Él miró el ensanche, luego su coche y después a ella.

—Porque lleva tres maniobras intentando salir de un aparcamiento en batería.

—Es un coche de cuatro metros y medio.

—Y esto es una vereda de tres.

Adriana estuvo a punto de negarse solo por principios. Entonces calculó el barro seco, la pendiente y el precio de reparar una puerta

abollada por ciento ochenta y siete ovejas. Salió del coche.

—Ni un comentario.

—No he dicho nada.

—También piensa con mucho volumen.

Mateo ocupó el asiento. Tuvo que echarlo hacia atrás y sus rodillas quedaron a ambos lados del volante. Observó los mandos del coche eléctrico con la atención de alguien que no despreciaba una máquina nueva, aunque quizá disfrutara fingiendo lo contrario.

—¿No hace ruido?

—Ese es uno de sus encantos.

—Para un rebaño, no.

Giró en dos movimientos limpios, sin rozar el margen. Adriana decidió no felicitarlo. Él bajó y le devolvió la llave.

—Siga mis huellas hasta la carretera. En el cruce verá Valdebruna.

—Gracias.

—De nada, señora sin estado civil conocido.

La sonrisa volvió a aparecerle en los ojos. Adriana se metió en el coche antes de que su propia boca cometiera la imprudencia de corresponderle.

El pueblo apareció diez minutos después, extendido sobre una loma baja. Tenía tejados rojizos, fachadas claras y una torre de piedra que dominaba la plaza. No era el decorado detenido que Adriana había imaginado al leer el encargo. Había placas solares, una furgoneta de mensajería, dos adolescentes en patinete y un tractor enorme que ocupaba media calle. También había macetas de geranios, persianas bajadas contra el calor de septiembre y una anciana que hablaba por videollamada desde un banco.

La antigua casa de correos estaba junto al ayuntamiento. Una mujer menuda, de pelo blanco corto y vestido azul, esperaba delante de una puerta verde con un manojo de llaves.

—Adriana Montes —dijo antes de que ella se presentara—. Soy Pilar Benítez. Presidenta de La Hebra, casera accidental y culpable de que vaya a pasar cuatro meses en un pueblo donde todavía se discute si el contenedor amarillo está demasiado lejos.

Adriana bajó la maleta.

—Encantada. He conocido a un pastor por el camino.

—¿Malhumorado, ojos claros y convencido de que las señales de tráfico deberían pedirle permiso?

—Ese mismo.

—Mateo Roldán. El Gato.

—¿El Gato?

—De pequeño se subía a todos los tejados. Ahora solo se sube a la paciencia de la gente.

Pilar abrió la puerta. Dentro olía a madera cerrada y a jabón de lavanda. En la pared del recibidor se conservaban unas casillas antiguas para cartas, pintadas del mismo verde que la fachada.

—La conexión funciona casi siempre —explicó—. Cuando no, se arregla abriendo la ventana del despacho, levantando el router y diciendo cosas feas sobre la compañía.

—Me habían prometido fibra.

—Y la hay. Pero aquí también tenemos viento, muros de medio metro y una relación complicada con las promesas.

Pilar le enseñó el resto de la casa. Detrás del antiguo mostrador de correos se abría un salón con vigas de madera, una cocina renovada y un patio estrecho donde una parra daba más sombra que uvas. En la planta superior había dos dormitorios, un baño y una terraza desde la que se veía el límite del pueblo y, más allá, una sucesión de campos secos.

—La habitación pequeña puede servirte para guardar cosas —dijo Pilar—. El despacho está abajo porque ahí llega internet y porque los carteros de antes construyeron la única pared de la casa que no desafía a la tecnología.

Adriana asomó la cabeza al garaje.

—¿Puedo cargar el coche aquí?

—Hay una toma revisada por un electricista. Despacio, pero carga. Nada de alargadores cruzando el patio; no quiero que la primera baja del proyecto sea la diseñadora electrocutada.

—Estratega de marca.

—Eso ocupa demasiado en una esquela.

Pilar le entregó dos juegos de llaves: uno con una etiqueta que decía CASA y otro con una pieza de fieltro gris en forma de nube.

—La reunión de presentación es mañana a las cinco en La Parada. Esta tarde descansa.

—Puedo revisar la documentación.

—También puedes ducharte. No cobramos un suplemento por agua caliente.

Adriana se miró las zapatillas cubiertas de polvo y aceptó que Pilar tenía un argumento. Había preparado la llegada como preparaba una campaña: calendario, archivos duplicados, listado de entregables y un margen de contingencia. En ninguno de aquellos documentos había incluido «ser juzgada por una oveja» ni «discutir con un pastor atractivo antes de deshacer la maleta».

—La casa era de mis tíos —añadió Pilar—. Cuando cerraron la oficina postal, conservaron el mostrador y alquilaron el resto. No es un alojamiento rural de revista. Las puertas crujen y la cisterna de arriba necesita dos segundos entre una descarga y otra.

—Parece perfecta.

—No uses esa palabra el primer día. Dale tiempo para decepcionarte con confianza.

Adriana dejó la carpeta sobre una consola. El plano mordido asomaba por un lateral.

Pilar lo vio y alzó una ceja.

—Rosalía.

—¿Cómo lo sabe?

—Es la única oveja de la comarca interesada en urbanismo.

Pilar dejó sobre la consola una carpeta con teléfonos, horarios y una contraseña de wifi escrita en mayúsculas.

—Aquí tienes el consultorio, la farmacia, el taller de Sebas y dos números de taxi. El segundo solo trabaja cuando no juega el Albacete.

—¿Y si tengo una urgencia durante un partido?

—Llama al primero. Esto no es una aldea aislada, Adriana, pero las distancias tienen la mala costumbre de ser reales. Para ir al hospital, a una gran superficie o a una oficina que atienda después de las dos hay que coger el coche. Conviene no descubrirlo cuando ya lo necesitas.

Adriana agradeció la información. En Madrid podía pasar semanas sin calcular cuántos kilómetros la separaban de una farmacia abierta o de un técnico. Todo estaba cerca porque otra persona sostenía la proximidad con turnos, tráfico y luces encendidas. En Valdebruna, los servicios no desaparecían, pero obligaban a saber cuándo estaban y quién los hacía posibles.

Pilar le indicó también el grupo de avisos municipales, el canal de La Hebra y una carpeta compartida con documentos.

—No leas todo esta noche —advirtió—. Nuria sube cada prueba con nombres como «definitivo», «definitivo dos» y «este sí definitivo».

—Eso demuestra que es una profesional creativa.

—Demuestra que tiene tres años de trabajo y ninguna secretaria.

Cuando Pilar se marchó, Adriana descargó el coche. La maleta ocupó el dormitorio; las cámaras, el despacho; las muestras de papel, media mesa. Colocó el ordenador, el monitor portátil y un cuaderno nuevo con la eficacia de quien necesitaba convertir cualquier espacio desconocido en una oficina antes de sentirse tranquila dentro de él.

El teléfono mostró diecisiete correos. Respondió a los tres urgentes, aplazó dos reuniones y rechazó una llamada que llevaba por asunto «cinco minutos rápidos». Después abrió la carpeta de La Hebra.

Había fotografías de vellones, actas, facturas, pruebas de fieltro, hojas de costes y casi doscientas imágenes de productos. El proyecto no era una ocurrencia vestida de subvención. Tenía memoria, errores archivados y muchas horas sin una identidad común.

Adriana cambió el nombre de su primer documento. Había escrito *Diagnóstico inicial*. Lo sustituyó por *Preguntas antes de tocar nada*.

Solo entonces salió a la terraza. El sol bajaba sobre los rastrojos y una furgoneta de reparto se detenía frente a la farmacia. En la plaza, dos adolescentes cargaban sus teléfonos en un banco solar mientras una mujer mayor enviaba un audio a un volumen capaz de cubrir la provincia.

No había venido a desconectarse del mundo. Había venido a trabajar desde otra parte del mismo.

Adriana miró hacia la calle. A lo lejos llegaba un eco de cencerros. Pensó en Mateo inclinado junto a la ventanilla, en sus manos tranquilizando al animal y en la forma irritante en que había sonreído.

Había venido a Valdebruna a construir una marca, cobrar por un trabajo concreto y regresar a Madrid en diciembre con la vida exactamente igual que la había dejado.

Cuatro meses, se recordó.

Nada podía complicarse demasiado en cuatro meses.

Capítulo 2

El hombre que conocía todos los caminos

Mateo sabía, por el sonido de los cencerros, que Rosalía volvía a alejarse del rebaño.

No necesitó girarse. El suyo tenía un golpe más agudo que los demás, con un tintineo doble porque el badajo estaba ligeramente torcido. Lo había enderezado dos veces. Rosalía lo torcía de nuevo en cuanto encontraba una encina baja, una valla o cualquier objeto que ofreciera resistencia.

—Ni se te ocurra —dijo.

La oveja se detuvo junto al camino y lo miró.

—Sabes perfectamente de qué hablo.

Rosalía se dio la vuelta con una parsimonia culpable. Mateo llamó a Canelo y condujo el rebaño hacia los rastrojos de la finca de los Olivares. El sol empezaba a bajar, pero el calor seguía pegado a la tierra. Septiembre era así: por la mañana obligaba a buscar una chaqueta y, a las cuatro, recordaba que el verano todavía no había entregado las llaves.

La mujer del coche eléctrico ya no estaba a la vista.

Mejor.

Tenía el pelo castaño recogido de cualquier manera, unos ojos oscuros que parecían afilarse cuando se enfadaba y una boca demasiado rápida. No había chillado al verse rodeada, no había tocado el claxon y, después de discutir cada indicación, había hecho exactamente lo necesario. Mateo reconocía la competencia cuando la veía, aunque viniera dentro de un vehículo sin motor audible y con matrícula de Madrid.

También había contado las ovejas. La oyó decir ciento ochenta y siete, lo que significaba que le faltaban trece. Las trece iban delante con Julián, separadas porque dos tenían que recibir un tratamiento y las otras no dejaban de molestarlas. No se lo había explicado. Sospechaba que ella no habría agradecido la corrección.

Cuando terminó de encerrar el rebaño, limpió los bebederos, dejó preparado el pienso de las que estaban en observación y revisó a una cordera que había amanecido coja. El teléfono vibró tres veces en el bolsillo.

Antes de mirar los mensajes, Mateo acercó el lector electrónico a la identificación de la cordera. El número apareció en la pantalla junto con su ficha sanitaria. Registró la cojera, añadió una fotografía y programó una revisión para la mañana siguiente. Después consultó el nivel del depósito de agua en una aplicación que fallaba justo los días de más calor y abrió la previsión de viento por parcelas.

Sebas decía que aquello no era pastorear, sino jugar a las naves espaciales. Sebas también llamaba a Mateo a cualquier hora cuando se le perdía una factura en el correo electrónico.

La explotación conservaba muros de piedra, herramientas heredadas y rutas trazadas antes de que existiera la carretera. También tenía crotales electrónicos, trámites telemáticos, grupos de compra, alertas meteorológicas y una cámara alimentada por placa solar para vigilar una zona de partos. La imagen del pastor incomunicado pertenecía a personas que visitaban el campo los domingos y esperaban que el paisaje se hubiera quedado esperando su fotografía.

Mateo no rechazaba la tecnología. Rechazaba la que no funcionaba y, en su experiencia, esa categoría era muy numerosa.

Comprobó el parte. Viento moderado el viernes, como había supuesto por la forma de moverse las nubes sobre la sierra. Le gustaba que la aplicación coincidiera con él; lo consideraba una señal de que el satélite estaba aprendiendo.

El primer mensaje era de su hermana.

Te falta firmar la autorización del saneamiento. Está en casa de mamá. NO la pierdas.

El segundo, de su madre.

Hay tortilla en la nevera. Tu padre tiene trauma el jueves a las 10. Ángela te dirá quién lo lleva.

El tercero era de Sebas.

Charo dice que ha llegado la de Madrid. Ven y hacemos inspección técnica.

Mateo respondió al segundo con un pulgar hacia arriba y guardó el móvil. A Ángela ya la vería. A Sebas no pensaba contestarle porque contestar era dar ánimos.

Media hora después entró en La Parada y lo encontró sentado junto a la barra con una cerveza y la expresión satisfecha de quien había logrado exactamente lo que quería.

—Mira quién viene a no hacer inspecciones —dijo Sebas.

Charo dejó una copa limpia en la repisa.

—Como empecéis, os echo a los dos. La chica viene a trabajar.

—Eso habrá que verlo —repuso Sebas—. Cuatro meses para ponerle un nombre bonito a una manta. Si me pagaran a mí por eso, la llamaba manta y terminaba antes.

Mateo se apoyó en la barra.

—Ponme una sin alcohol.

—¿Tú has hablado con ella? —preguntó Charo.

—Se metió con el coche por la vereda de la Cañada.

Charo cerró los ojos.

—Otra vez el navegador.

—Pilar lleva un año diciendo que hay que marcar ese desvío —comentó Sebas.

—Y vosotros lleváis un año diciendo que siempre lo ha conocido todo el mundo —replicó Charo—. Hasta que viene alguien que no.

Mateo bebió. La cerveza estaba fría y el bar olía a café, a madera encerada y al guiso que Charo preparaba en la cocina. Sobre la pared colgaban fotografías del pueblo: equipos de fútbol, fiestas patronales, una nevada de hacía veinte años y una cuadrilla de segadores que miraba a la cámara como si sonreír fuera un lujo.

—¿Y qué tal? —insistió Sebas—. ¿La madrileña sabe distinguir una oveja de una cabra?

—No se lo he preguntado.

—¿Guapa?

Mateo dedicó toda su atención a la etiqueta de la botella.

—Tenía prisa.

—Guapísima, entonces —concluyó Charo.

—Tiene carácter.

—Eso dicen los hombres cuando una mujer no les ríe las gracias —dijo Charo.

—No le he contado ninguna.

—No hace falta. Tú tienes una presencia cómica natural.

Sebas soltó una carcajada. Mateo lo ignoró. La puerta se abrió y entraron Pilar y la mujer del coche. Adriana se había soltado el pelo y llevaba unos vaqueros, zapatillas blancas y una camisa color teja. Sin el cristal entre ambos, parecía algo más baja de lo que había imaginado. También más segura. Miró el bar con atención, no con esa curiosidad excesiva de algunos visitantes que fotografiaban hasta las cortinas como si Valdebruna fuera una reserva etnográfica.

Pilar señaló las mesas del fondo.

—Mañana reuniremos allí al comité. Si sobrevivimos, podremos organizar cualquier feria.

—No la asustes el primer día —dijo Charo.

Adriana reparó entonces en Mateo.

—El hombre que conoce todos los caminos.

—Y usted la mujer que no cree en ninguno.

—He comprobado el mapa. Era una vía pecuaria reconocida.

—Exacto. Pecuaria.

—El coche no protestó.

—Las ovejas sí.

—Mentira. Una intentó venirse conmigo.

Mateo no pudo evitar sonreír.

—Rosalía se habría comido los asientos antes de llegar a la carretera.

Pilar los miró a los dos y después miró a Charo. Charo respondió con un movimiento mínimo de cejas que a Mateo no le gustó nada.

—Adriana —dijo Pilar—, este es Mateo Roldán, uno de los ganaderos que aporta la lana. Mañana tendrá que enseñarte el proceso y procurar no explicarte tu propio oficio. Mateo, Adriana

Montes, la profesional que hemos contratado para desarrollar la marca, la tienda y la feria.

Mateo dejó la botella en la barra.

—¿Usted es la de La Hebra?

—La misma que no distingue una carretera —intervino Sebas.

Adriana lo miró.

—Todavía no nos conocemos y ya me ha subestimado dos veces. Es una eficiencia impresionante.

—Sebas Córcoles —se presentó él, encantado—. Mecánico. Si el coche silencioso se rompe, te recomiendo uno que haga ruido.

—Si se rompe, llamaré a un taller que no diagnostique por género.

Charo tosió para ocultar una risa. Mateo tuvo que morderse el interior de la mejilla.

—No se preocupe —dijo, y quiso que sonara conciliador—. Sebas habla mucho, pero no representa a los ganaderos.

—¿Y usted sí?

—En el proyecto, sí.

Adriana asintió lentamente.

—Entonces nos veremos mañana.

Pilar pidió dos infusiones y ambas se instalaron en una mesa. Sacaron carpetas. No habían ido a tomar algo: iban a trabajar. Mateo contempló los papeles extendidos, las muestras de color y un pequeño cuadrado de fieltro gris que Pilar dejó sobre la mesa.

—No parece una de esas que vienen a hacerse fotos —admitió Sebas en voz baja.

—Pilar no habría contratado a una inútil.

—Ya. Aunque estas cosas de internet y de ponerlo todo bonito se les dan mejor a las mujeres. Tienen más paciencia.

Mateo asintió por inercia.

—Para eso está. Nosotros tendremos que vigilar que salgan las cuentas y que no regalen la lana.

Charo se volvió desde la cafetera.

—¿Nosotros quiénes?

—Los ganaderos.

—Nuria lleva tres años calculando costes y Pilar administró una escuela durante treinta y cinco. Pero menos mal que vais a venir vosotros a descubrir los números.

—No he dicho eso.

—Lo has dicho con palabras distintas.

Mateo frunció el ceño. No veía qué tenía de malo señalar que cada cual debía ocuparse de lo que conocía. Él sabía cuánto cobraban por un kilo de lana, cuánto costaba esquilar y qué parte se perdía. Adriana sabría de páginas web, tipografías y esas fotografías en las que una manta parecía costar el doble por estar doblada sobre una silla blanca. Podían entenderse perfectamente si nadie se empeñaba en convertir una división lógica del trabajo en un debate.

Adriana levantó la vista desde su mesa. Sus ojos se cruzaron con los de él apenas un segundo. Mateo no supo si había oído la conversación.

Pilar le enseñó una funda de fieltro y Adriana la giró del derecho y del revés. No dijo si era bonita. Preguntó cuánto tiempo tardaban en hacerla, dónde se rompían las agujas y por qué la costura cambiaba en una esquina. Charo se acercó para responder algo. Las tres inclinaron la cabeza sobre la pieza y Mateo descubrió que no entendía la mitad de lo que señalaban.

—Parece que sabe —murmuró.

Sebas siguió su mirada.

—A ti lo que te parece es otra cosa.

—Tiene cuarenta años, no quince. Si quieres decir que es guapa, dilo sin poner cara de adolescente.

—Mira quién se ha vuelto defensor de las mujeres en media cerveza.

Mateo dejó la botella con cuidado.

—No defiendo a nadie. Me molesta que hables como un idiota.

Charo apoyó los codos en la barra.

—Ese es el primer paso, Gato. El segundo es detectar cuándo hablas tú como un idiota.

—Hoy habéis decidido todos meteros conmigo.

—No. Hoy ha llegado una mujer nueva y estás más pendiente de ella que de la cerveza. Es un fenómeno poco frecuente y merece

observación.

Mateo miró de nuevo hacia la mesa. Adriana había dibujado algo en una hoja y escuchaba a Pilar sin interrumpirla. Cuando Charo regresó con una caja de etiquetas antiguas, le hizo sitio en vez de tomar el objeto de sus manos. No estaba exhibiendo atención; parecía formar parte de su manera de trabajar.

Él, que llevaba toda la vida creyéndose observador, tuvo la desagradable intuición de que quizá había formas de mirar que desconocía.

El teléfono vibró de nuevo.

La autorización, Mateo, insistía Ángela. *Y contesta lo de papá.*

Tecleó deprisa.

Luego paso. Dime quién puede llevarlo.

La respuesta apareció casi de inmediato.

Yo puedo hacer muchas cosas. Lo que no puedo es partirme en cuatro.

Mateo guardó el móvil. Ángela estaba nerviosa con el cierre del trimestre y se le pasaría. Siempre se organizaba mejor que nadie; si hubiera un problema de verdad, se lo diría.

—Mañana a las cinco —anunció Pilar desde el fondo—. Aquí. Y necesito puntualidad, no horario de ovejas.

—Las ovejas no llevan reloj —dijo Mateo.

Adriana cerró su carpeta.

—Qué suerte. Así nunca llegan tarde.

Él sostuvo su mirada. Había algo en aquella mujer que convertía cualquier frase en un reto. No pensaba dejar que una forastera temporal le explicara cómo funcionaban su pueblo, su rebaño o un proyecto que dependía de la lana de todos.

Pero, al salir del bar, recordó que había contado ciento ochenta y siete ovejas en medio de un ataque de nervios.

Y, aunque no quisiera admitirlo, aquella cifra le pareció una forma bastante seria de prestar atención.

Capítulo 3

La casa de correos

La antigua casa de correos tenía tres virtudes, según Pilar: muros capaces de resistir una guerra, una terraza desde la que se veía media comarca y una caldera que arrancaba si se le hablaba con respeto.

Adriana descubrió la primera noche que también tenía cuatro relojes y ninguno daba la misma hora.

Había uno redondo en la cocina, detenido a las once y cuarto; otro de sobremesa en el salón, que adelantaba siete minutos; un despertador naranja en el dormitorio y el antiguo reloj de la oficina postal, colocado sobre las casillas de madera del recibidor. Este último marcaba las seis menos diez desde 1998, fecha que Pilar comunicó con una precisión innecesaria.

—¿No funciona? —preguntó Adriana.

—Funciona como recuerdo. Para dar la hora ya tienes el móvil.

El móvil mostraba una sola raya de cobertura.

—Siempre que consiga conectarlo.

Pilar señaló el despacho, una habitación estrecha con un escritorio grande frente a la ventana.

—El router está allí. No lo cambies de sitio. Un técnico vino tres veces hasta descubrir que esa esquina es el único punto de la casa donde la señal atraviesa el muro sin quedarse a vivir dentro.

A las ocho de la mañana, Adriana había colocado el portátil, conectado un monitor y distribuido cuadernos, muestras de papel y cargadores con el optimismo de quien aún creía que el espacio de trabajo obedecería. A las ocho y siete, la videollamada con su cliente

de Madrid se congeló mientras ella decía «estrategia omnicanal». La pantalla conservó durante casi un minuto una imagen suya con la boca abierta y una mano en alto.

—Una metáfora muy precisa de mi carrera —murmuró.

Levantó el router. Perdió la conexión. Lo dejó sobre una enciclopedia, recuperó dos rayas. Abrió la ventana y el aire fresco de septiembre esparció las fichas de color por el suelo.

Cuando logró terminar la llamada usando los datos del teléfono, tenía el pelo pegado a la cara, dos muestras debajo del armario y una certeza: trabajar desde un pueblo no iba a consistir en contemplar campos de lavanda con una taza de cerámica entre las manos.

A las diez, Pilar llamó a la puerta con una bolsa de tela y un plano doblado.

—Vengo a enseñarte Valdebruna antes de que Mateo te convenza de que el pueblo se compone de sus fincas y tres abrevaderos.

—Traigo mi propio plano. —Adriana mostró el papel mordido.

—Ese ya ha sido revisado por el departamento ovino.

Salieron a la plaza. El aire olía a pan tostado y a tierra húmeda de las macetas recién regadas. Delante del ayuntamiento, dos hombres discutían sobre la ubicación de un banco mientras una mujer con chaleco reflectante descargaba cajas de una furgoneta. El pueblo era pequeño, pero no quieto. Las persianas se levantaban, una moto pasaba camino del instituto comarcal y el sonido de una radial salía de un garaje.

Pilar avanzaba deprisa y saludaba a todo el mundo sin detenerse demasiado.

—Allí tienes el consultorio. Médico tres mañanas y enfermera cuatro, salvo que cambien el cuadrante. La farmacia está en la calle de arriba. El supermercado abre hasta las dos y de cinco y media a ocho. Si necesitas algo después, Charo te vende hasta una lata de tomate, pero te cobra en información.

—¿Información mía o suya?

—Las dos cosas. Es un sistema de trueque.

La Parada ocupaba una esquina de la plaza. A esa hora, Charo colocaba sillas en la terraza. Al verlas, levantó una mano.

—La de Madrid, ¿has dormido?

—Según cuál de los cuatro relojes de la casa.

—No hagas caso a ninguno. Aquí la hora buena es cuando pasa el panadero.

Charo les sirvió café y una tostada con aceite sin que se la pidieran. Adriana intentó pagar.

—Luego —dijo ella—. Primero tienes que probarlo y decidir si te quedas.

—Tengo un contrato firmado.

—Eso no ha retenido a nadie en un pueblo.

Pilar dejó dos monedas sobre la barra.

—No la interrogues. Aún no sabe distinguir tu amabilidad de una auditoría.

Charo sonrió.

—Mateo no ha venido esta mañana, por si preguntas.

—No preguntaba.

—Por eso te lo digo gratis.

Adriana bebió el café. Estaba fuerte, caliente y era justo lo que necesitaba. Decidió que Charo le caía bien siempre que no tuviera que contarle nada que quisiera mantener en secreto.

Continuaron hasta una construcción baja detrás de la biblioteca. Sobre la puerta se leía LA HEBRA en letras recortadas en madera. Pilar abrió y encendió una hilera de fluorescentes.

Adriana esperaba una sala de manualidades con un par de ovillos y encontró un taller.

Había mesas de corte, bastidores, cardas, moldes para fieltro, estanterías llenas de muestras y cajas etiquetadas por calidades. En una pared colgaban bolsos, fundas, pantallas de lámpara y pequeñas mantas de tonos crema, gris y tostado. No todo estaba acabado con la misma precisión, pero sí había una línea, una investigación y muchas horas de prueba.

Una mujer de pelo rizado recogido con un pañuelo medía una pieza sobre la mesa central. A su lado, una niña sentada en el suelo hacía los deberes dentro de un círculo de retales.

—Nuria —dijo Pilar—, esta es Adriana. Adriana, Nuria Lozano, la persona que lleva tres años evitando que convirtamos la lana en

posavasos con forma de oveja.

Nuria alzó la vista.

—Dos años y ocho meses. Los primeros cuatro sí hicimos posavasos.

—¿Con forma de oveja? —preguntó Adriana.

—Con forma de nube. Pero todo el mundo decía que eran ovejas.

La niña levantó un círculo irregular de fieltro.

—Este es un planeta.

—Ese es perfecto, Alma —aseguró Nuria. Luego se limpió las manos en el delantal y estrechó la de Adriana—. He visto tu trabajo. Pilar nos mandó siete enlaces y un currículum de doce páginas.

—Eran cuatro.

—En el grupo de WhatsApp parecían doce.

Pilar fingió no oírla.

Adriana recorrió las estanterías despacio. Tocó una funda de tableta de fieltro grueso, examinó las costuras de un bolso y encontró varias etiquetas provisionales: *Lana de aquí*, *Hebras del llano*, *Valdebruna natural*. En una carpeta había pruebas de coste, tiempos de producción y proveedores de cajas.

—Habéis hecho mucho trabajo —dijo.

Nuria cruzó los brazos.

—Sí.

La respuesta contenía una cautela que Adriana reconoció. Era la respuesta de quien había visto llegar a profesionales dispuestos a rebautizar como idea propia todo lo que otros llevaban años haciendo.

—Quiero que me lo enseñéis desde el principio —añadió—. Qué piezas funcionan, cuáles no, cuánto tardáis, qué queréis dejar de hacer y qué no estáis dispuestas a convertir en espectáculo. Antes de pensar un nombre necesito saber de quién es la voz.

Nuria relajó un poco los hombros.

—Eso nos llevará más de una mañana.

—Tengo cuatro meses.

—Tres y veintinueve días —corrigió Pilar.

Nuria las condujo hasta la estantería más baja.

—Aquí guardamos los fracasos —dijo.

Sacó un bolso que no se mantenía de pie, una pantalla de lámpara vencida hacia un lado y una funda cuya cremallera ondulaba como una carretera de montaña. No los mostró con vergüenza, sino con el respeto que se concede a algo que ha costado tiempo aunque no haya salido bien.

—Este fieltro era demasiado blando —explicó—. Intentamos compensarlo con otra capa y duplicamos las horas. La pantalla aguantaba hasta que encendías la bombilla. Y la funda se vendió bastante en la primera feria porque la pusimos barata.

—¿Entonces por qué está aquí?

—Porque cada venta nos hacía perder dinero.

Adriana se agachó a su lado. En las etiquetas antiguas figuraba únicamente el coste de la lana y los accesorios. No aparecían el lavado, las pruebas, la confección ni los desplazamientos.

—¿Quién fijó estos precios?

Pilar levantó la mano.

—Entre todas. Y con miedo. Nos pareció mejor vender barato que explicar por qué valía más.

—El primer día volvimos encantadas porque se había vendido todo —añadió Nuria—. A la semana hicimos las cuentas y descubrimos que habíamos pagado por trabajar.

Alma se acercó con su planeta de fieltro y lo dejó encima del bolso torcido.

—Este no se vende —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Adriana.

—Porque es mío.

—Una política de propiedad intelectual muy clara.

Nuria sonrió y le indicó a la niña que regresara a los deberes. Después abrió un archivador. Cada prototipo tenía una ficha: material, persona que lo había preparado, horas, fallos y posibles mejoras. Las primeras estaban escritas a mano; las últimas procedían de una plantilla digital.

—Esto lo montaste tú —dedujo Adriana.

—Con Ángela. Ella hizo la hoja de cálculo y yo la fui insultando hasta que resultó comprensible.

—Así se desarrollan casi todos los sistemas de gestión.

Adriana fotografió varias fichas con permiso. Le interesaba tanto el rastro de decisiones como el producto acabado. Una marca podía hablar de autenticidad hasta gastar la palabra; aquellas páginas demostraban algo mejor: que detrás de cada pieza había observación, repetición y criterio.

—No quiero que desaparezca esta parte —dijo—. En la web podemos enseñar pruebas y explicar por qué se descartan. No como confesión de errores, sino como proceso.

Nuria la estudió.

—La última persona que vino a ayudarnos dijo que escondiéramos todo lo que no pareciera artesanalmente perfecto.

—«Artesanalmente perfecto» es una manera elegante de pedir que fingáis que las manos no se equivocan. Yo prefiero que se vea que saben corregirse.

La cautela terminó de abandonar la cara de Nuria. Sacó otra caja.

—Entonces tienes que ver el intento de zapatillas.

Pilar dio un paso atrás.

—Yo no pienso volver a ponérmelas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Adriana.

—El pie derecho miraba a Albacete y el izquierdo a Cuenca.

Durante unos minutos, las tres rieron alrededor de un par de zapatillas deformes. Adriana no recordaba la última reunión de trabajo en la que alguien hubiera mostrado un fracaso sin intentar culpar al proveedor, al plazo o al cliente.

Aquella confianza incipiente valía más que cualquier sesión de inspiración que hubiera podido imponer desde Madrid.

Pasaron casi dos horas revisando prototipos. Adriana tomó notas hasta que le dolieron los dedos. Supo que la asociación había nacido de unos talleres de aprovechamiento de lana que nadie quería comprar; que algunas piezas se vendían bien en ferias pequeñas, pero los precios no cubrían las horas; que la ayuda concedida permitía pagar su contrato, montar una tienda sencilla y organizar un evento, pero no comprar maquinaria milagrosa ni contratar a diez personas.

—No queremos voluntariado eterno —dijo Nuria—. Si una funda necesita dos horas, el precio tiene que incluir dos horas. Aunque

entonces alguien diga que en una gran superficie cuesta seis euros.

—Esa persona no es vuestro cliente.

—Eso digo yo. Pero luego llega la feria y nos entra miedo de volver con las cajas llenas.

Adriana abrió el cuaderno por una página limpia.

—Entonces no empezaremos preguntando qué compraría todo el mundo. Empezaremos por qué podéis hacer bien, pagar justamente y contar sin disfrazarlo.

Pilar se sentó frente a ella.

—Y sin convertirnos en señoras con pañuelo en la cabeza cardando lana para que los turistas hagan fotos.

—Eso debería ir en el contrato.

—Está en el contrato —dijo Pilar.

Adriana recordó una cláusula sobre representación digna de los oficios locales que había leído deprisa entre dos entregas. Sonrió.

—Me cae usted mejor por minutos.

—No te acostumbres.

Al salir del taller, pasaron por la cooperativa y el antiguo lavadero. Las pilas de piedra estaban secas y el canal conservaba manchas oscuras en las juntas. Pilar apoyó una mano en el borde desgastado.

—Aquí lavaban ropa, no vellones enteros como ha empezado a contar una guía de internet —dijo—. Alguna lana se limpiaba, sí, pero no quiero que inventemos una industria medieval para entretener visitantes.

—¿Quién escribió la guía?

—Un hombre que estuvo dos horas en el pueblo y comió muy bien en casa de su cuñada.

Adriana tomó una fotografía del canal.

—Podemos contar el lavadero como espacio de trabajo femenino y de encuentro sin fingir que todo era encantador.

—Eso quiero. Había conversación y apoyo, pero también frío, manos agrietadas y una obligación que nadie llamaba trabajo.

Pilar le señaló las marcas de una reforma y una rampa añadida años después. Habló de las mujeres que habían impulsado la recuperación del edificio, de las reuniones con el ayuntamiento y de una subvención perdida porque el formulario se presentó un día

tarde. Ninguna de aquellas historias encajaba con la imagen de un pueblo inmóvil. Eran historias de personas negociando, fallando, insistiendo y aprendiendo a usar certificados digitales con una conexión que desaparecía cuando llovía.

—La feria puede pasar por aquí —dijo Adriana—, pero el recorrido tendrá que explicar quién sostuvo cada lugar. No solo para recordar el pasado. También para que el presente no repita el reparto.

—Eso te va a dar una reunión entretenida con los ganaderos.

—Me han contratado por cuatro meses. Alguno tenía que ser entretenido.

Después fueron al teleclub donde tendría lugar la reunión. Pilar le explicó qué calles podían cerrarse, qué vecinos se opondrían a que les movieran el coche y por qué no convenía instalar puestos junto a la fachada de la iglesia cuando soplaba viento del norte.

—Mateo conoce las veredas y los accesos mejor que nadie —admitió—. Escúchalo cuando hable de eso.

—¿Y cuando hable de mi trabajo?

—Escúchalo también. Así sabrás exactamente cuándo mandarlo a paseo.

En la plaza, vieron a Mateo bajar de una furgoneta cargado con dos sacos. Saludó a Pilar y miró a Adriana.

—¿Se ha orientado hoy?

—Perfectamente. He usado una técnica nueva: preguntar a alguien que no disfrutara viéndome perdida.

—Entonces ya no me necesita.

—No se emocione. Mañana tenemos reunión.

Mateo llevó los sacos al almacén sin responder. Adriana lo observó alejarse un instante más de lo imprescindible.

Al volver a la casa de correos, abrió en el portátil la presentación inicial que había preparado en Madrid. La primera diapositiva decía: *Creación de una marca artesanal desde cero*.

La leyó dos veces. Después borró las dos últimas palabras.

No iba a crear nada desde cero. El taller estaba lleno de pruebas, cuentas, errores, conocimientos y decisiones que existían antes de que ella supiera colocar Valdebruna en un mapa.

Cambió el título por: *Dar forma y voz a un trabajo que ya existe*.

Luego escribió debajo tres nombres: Pilar, Nuria, La Hebra.

El de Mateo tardó un poco más en aparecer. Lo añadió al final, acompañado de una nota:

Escuchar sobre caminos. Discutir sobre casi todo lo demás.

Capítulo 4

Siempre se ha hecho así

La primera reunión de La Hebra empezó con doce minutos de retraso, seis sillas de menos y una discusión sobre quién tenía la llave del armario donde se guardaba el proyector.

Adriana había llegado veinte minutos antes. A las cinco menos cuarto había conectado el portátil, probado la presentación y colocado sobre una mesa las muestras que Nuria le había prestado. A las cinco menos diez, Mateo apareció con dos mesas plegables bajo el brazo y comentó que la pantalla quedaba mejor en la pared contraria. A las cinco menos cinco, Sebas desenchufó el alargador para conectar la cafetera. A las cinco en punto, Pilar descubrió que el proyector estaba en un armario cerrado y que la llave la tenía el concejal de Cultura, que se encontraba a nueve kilómetros revisando una fuga de agua.

—No pasa nada —dijo Adriana, cerrando el portátil—. Podemos trabajar sin diapositivas.

—Eso es lo que llevo diciendo yo desde 1987 —declaró Sebas.

—En 1987 no habías trabajado con diapositivas en tu vida —repuso Pilar.

—Por eso. Cero problemas.

El teleclub conservaba un escenario bajo, cortinas color mostaza y varias fotografías enmarcadas de representaciones teatrales. Olía a polvo, a café recién hecho y al ambientador de pino que alguien había colocado sobre un radiador apagado. Adriana miró a las personas sentadas en semicírculo: Pilar; Nuria, con una carpeta llena de papeles; Charo, que ejercería de secretaria; tres mujeres de La

Hebra llamadas Sole, Mariví y Concha; Mateo, Sebas y otros dos ganaderos; Julián Moya, un hombre alto de treinta y tantos que había llegado empujando un carrito con una niña dormida; y Lucía Ferrer, la veterinaria, que consultaba el móvil junto a la puerta.

La variedad le gustó. La forma de distribuirse, menos. Los hombres habían ocupado un lado y las mujeres el otro sin que nadie lo hubiera propuesto. Ellas acercaron sillas, repartieron vasos y colocaron las muestras. Ellos permanecieron de pie hablando del precio del gasóleo hasta que todo estuvo listo.

Adriana cogió una silla plegada y se la tendió a Mateo.

—¿Me ayudas?

Él la recibió por reflejo.

—Claro.

Ella le señaló las tres personas que seguían de pie. Mateo miró la silla, miró a sus amigos y terminó por desplegarla. Luego fue a buscar otras dos sin decir nada.

Pilar golpeó una cucharilla contra una taza.

—Empezamos. Adriana ha visto el taller y hoy quiere escuchar qué necesitamos. Escuchar significa que primero habla la persona a la que se ha dado la palabra y después los demás procuramos no demostrar que tenemos garganta.

Sebas levantó la mano.

—¿Eso va por alguien?

—Por orden alfabético, por ti.

Las risas deshicieron parte de la tensión. Adriana abrió su cuaderno.

—No voy a presentaros una marca cerrada porque todavía no la conozco. Necesito saber qué queréis conseguir con la feria, qué productos podéis fabricar de forma sostenible y qué cosas no queréis hacer, aunque pudieran venderse.

—Vender lana —dijo uno de los ganaderos, Eusebio—. Eso es lo que queremos.

—La lana en bruto no vale casi nada —explicó Nuria—. El proyecto intenta transformarla.

—Ya. Pero si para transformar un kilo vais a tardar dos días, tampoco salen las cuentas.

—Por eso necesitamos hablar de costes —dijo Adriana.

Mateo se inclinó hacia delante.

—Lo primero sería saber qué productos se venden. Antes de perder tiempo con nombres y colores.

—Eso forma parte del análisis —contestó ella—. Pero un producto no se vende solo porque exista. Y el precio no se calcula únicamente con la materia prima.

—Claro, aunque el cliente no va a pagar cualquier cosa porque la etiqueta sea bonita.

—No he dicho eso.

—Lo que Mateo quiere decir —intervino Pilar— es que muchos ganaderos temen que el proyecto se quede en una campaña sin salida comercial.

—Ese temor es razonable. Por eso he pedido los costes, los tiempos y el histórico de ventas. Nuria, ¿puedes contar lo que habéis medido?

Nuria abrió su carpeta.

—Para la funda de tableta, entre limpieza, preparación del fieltro, corte y costura…

—Eso puede mecanizarse —dijo Mateo.

Nuria alzó la vista.

—Algunas partes, sí. Ahora mismo no tenemos la máquina ni presupuesto para comprarla.

—Podemos preguntar en la cooperativa de Alcaraz. Tienen una prensa que a lo mejor…

—Mateo —lo cortó Adriana—, deja que termine.

El silencio llegó tan deprisa que hasta el carrito de la niña de Julián dejó de chirriar.

Mateo apoyó la espalda en la silla.

—Solo aportaba una opción.

—La apuntamos después. Nuria.

Nuria continuó. Había calculado dos horas y cuarto de trabajo por funda en una tirada pequeña. Sole añadió el coste de cremalleras; Mariví, el tiempo de lavado; Charo anotó las cifras. Adriana hizo preguntas y comprobó que no se habían incluido las horas de preparación del puesto, los desplazamientos ni el embalaje.

—Si metéis todo eso, no lo comprará nadie —dijo Eusebio.

—Si no lo metemos —repuso Nuria—, trabajaremos gratis nosotras.

—Bueno, pero la feria es una cosa del pueblo.

—Mi hipoteca también es una cosa del pueblo —dijo Nuria—. Está en una casa de aquí.

Julián soltó una risa. Mateo se frotó la barbilla.

—Hay que encontrar un término medio.

—El término medio entre cobrar y no cobrar suele parecerse mucho a no cobrar —señaló Adriana.

—Tampoco vamos a convertir cada minuto en una factura.

Ella respiró antes de responder. Había prometido escuchar. Escuchar no implicaba asentir hasta que le doliera el cuello.

—¿Tú descuentas del precio del cordero las horas que pasas con el rebaño porque el cliente prefiera pagarlo más barato?

—No funciona igual.

—¿Por qué?

Mateo buscó una respuesta. Adriana vio el momento exacto en que comprendió que cualquier explicación iba a conducirlo a un lugar poco favorecedor.

—Porque son mercados distintos —dijo al fin.

—Eso sí. Y vamos a estudiarlos como tales.

Lucía levantó la mano desde la puerta.

—También habría que decidir el tratamiento de la lana antes de prometer que todo es local. Parte de la limpieza se hace fuera.

Mateo se giró.

—Eso lo vemos luego tú y yo, chiquilla.

—Doctora Ferrer cuando estamos trabajando —respondió ella sin levantar la voz—. Y lo vemos todos porque afecta a lo que se puede comunicar.

—Llevo conociéndote desde que tenías coletas.

—Y yo llevo seis años firmando tus certificados sanitarios. Ninguna de las dos cosas cambia esta reunión.

Sebas ocultó una sonrisa detrás de la taza. Mateo alzó las manos, como si de pronto estuviera rodeado de peligros invisibles.

—Vale, doctora. No sabía que hoy había que venir con tratamiento oficial.

Adriana anotó algo en su cuaderno para no responder. No era incapaz de reconocer que él conocía bien su oficio. Precisamente por eso irritaba más verlo reducir el de otras mujeres con la naturalidad de quien aparta una silla del paso.

La reunión avanzó hacia la feria. Pilar explicó que la ayuda exigía una jornada pública antes de diciembre. Nuria propuso demostraciones breves y venta directa. Concha sugirió recuperar fotografías del antiguo lavadero. Julián habló de una ruta para que las familias vieran el rebaño sin interferir con el trabajo.

—Eso puede funcionar —dijo Adriana—. Una ruta corta y accesible, con varios puntos de interpretación. Sin convertir a los animales en un espectáculo.

—Yo puedo marcar por dónde —se ofreció Mateo—. Hay que evitar el barranco y las fincas sembradas.

—Perfecto. Lo vemos juntos esta semana.

Él asintió, y durante unos minutos colaboraron sin rozarse. Mateo conocía las distancias, los desniveles y los lugares donde un autobús podía girar. Adriana planteaba cómo ordenar el flujo de visitantes y conectar la ruta con los puestos. Fue tan sencillo que ella alcanzó a pensar que quizá el principio había sido solo una mala entrada.

Entonces Pilar preguntó por la distribución de responsabilidades.

—Lo lógico —dijo Mateo— sería que nosotros nos ocupáramos de accesos, proveedores y precios de la lana. Vosotras podéis preparar los puestos, los talleres y la comida. Se os da mejor organizar esas cosas.

La mala entrada regresó acompañada de una banda de música.

Nuria cerró la carpeta. Lucía soltó el aire por la nariz. Charo dejó de escribir.

—¿Vosotras quiénes? —preguntó Adriana.

Mateo señaló vagamente el lado femenino del semicírculo.

—La asociación.

—La asociación no es el servicio de cáterin de los ganaderos.

—No he dicho eso.

—Has propuesto que los hombres controléis proveedores y precios mientras las mujeres decoran puestos y preparan comida.

—Porque ya tenéis experiencia con las ferias.

—Nuria tiene más experiencia calculando costes de estos productos que cualquiera de vosotros. Pilar ha gestionado presupuestos públicos. Lucía controla trazabilidad. Julián acaba de proponer una actividad familiar y Charo conoce la logística del bar. ¿Por qué no repartimos por competencia y disponibilidad en lugar de hacerlo por el lado en el que se ha sentado cada uno?

Mateo la miró, molesto de una forma contenida.

—No hace falta convertirlo todo en una cuestión de hombres y mujeres.

—Estoy de acuerdo. Por eso te propongo que no lo repartas entre hombres y mujeres.

Julián se tapó la boca con la mano, fingiendo una tos. La niña del carrito se despertó y empezó a removerse. Él la cogió sin abandonar la reunión, sacó de una mochila una botella de agua y la sentó sobre sus rodillas. Nadie lo felicitó por aquella hazaña; sencillamente siguieron hablando.

Pilar se puso en pie.

—Vamos a ahorrarnos tres horas. Precios y viabilidad: Nuria, Eusebio y yo. Trazabilidad: Lucía, Mateo y Sole. Ruta y accesos: Mateo, Adriana y Julián. Puestos y actividades: Concha, Sebas y Mariví. Comida: Charo decidirá qué puede asumir y qué hay que contratar.

—Yo de puestos no sé —protestó Sebas.

—Aprenderás. Tienes dos manos y sabes usar un metro.

—Siempre se ha hecho de otra manera —dijo Mateo.

Pilar recogió su carpeta con una tranquilidad peligrosa.

—Y por eso llevamos años regalando el trabajo de media asociación, la lana sigue en un almacén y hemos tenido que pedir una ayuda para cambiarlo. Si «siempre se ha hecho así» fuera un argumento suficiente, no estaríamos aquí.

La reunión terminó poco después. Las sillas chirriaron, las tazas regresaron a una bandeja y los grupos intercambiaron teléfonos. Adriana guardaba las muestras cuando Mateo se acercó.

—No quería decir que las mujeres no supierais de precios.

—Qué alivio.

—Pero has llegado ayer. Hay maneras de organizarse que funcionan.

—¿Para quién?

Él se quedó callado.

Adriana colocó la última funda en la caja.

—Nos vemos para la ruta. Mándame dos horarios posibles y elijo uno.

—El jueves por la mañana me viene bien.

—Dos horarios. Elegir implica que exista más de una opción.

Mateo apretó la mandíbula. Luego asintió y salió del teleclub con Sebas.

Nuria apareció a su lado con la caja de muestras.

—Gracias por frenarlo —dijo.

Adriana cerró la cremallera de su bolsa.

—No tienes que darme las gracias. La idea era tuya y te estaba interrumpiendo.

—Ya. Pero cuando llevas años en una mesa con las mismas personas, una acaba eligiendo qué discusiones puede permitirse.

—No quiero ocupar tu voz en el proyecto.

—Ni yo quiero que gastes la tuya peleándote por todas nosotras. —Nuria se colocó la caja bajo el brazo—. La próxima vez déjame terminar a mí. Si Mateo va a aprender algo, también puede aprender a escucharnos sin traductora.

Adriana asintió. Había llegado preparada para impedir que los ganaderos se apropiaran del trabajo de La Hebra y, en el intento, podía convertirse fácilmente en otra persona que hablaba en lugar de sus autoras.

—Trato hecho —dijo—. Pero si necesitas que le pise el pie por debajo de la mesa, eso no cuenta como traducción.

—Depende de la fuerza.

Ambas sonrieron. Nuria se despidió y Adriana anotó una frase en la esquina de su cuaderno: *Dar espacio no es ocuparlo en nombre de otra persona.*

Pilar se acercó a Adriana.

—Podías haber sido más suave.

—¿Lo he estropeado?

—No. Podías haber sido más suave, pero habría servido de menos.

Pilar recogió dos tazas y le entregó otras dos.

—Ven. Aquí las revoluciones también lavan su vajilla.

La pequeña cocina del teleclub tenía un fregadero, una nevera con imanes de campañas municipales y un calendario del año anterior abierto por septiembre, una coincidencia que nadie se había molestado en corregir. Adriana abrió el grifo.

—¿Mateo es siempre así?

—No. A veces está dormido.

—Hablo en serio.

—Yo también. Dormido interrumpe menos.

Pilar secó una taza y la colocó en el armario.

—Mateo no es el pueblo —añadió—. Ni Sebas. Igual que nosotras tampoco somos un bloque de mujeres sabias esperando que llegue una madrileña a tomar notas. Aquí hay gente que lleva años intentando cambiar cosas, gente que cree que ya han cambiado demasiado y gente que opina según quién pague el café.

—No he venido a dar clases de modernidad.

—Lo sé. Por eso te contratamos.

La frase tenía más confianza de la que Adriana esperaba haber ganado en dos días. La recibió con una gratitud que no quiso convertir en solemnidad.

—También porque mi presupuesto era razonable.

—Sobre todo por eso.

Terminaron de ordenar la sala. Al salir, un vehículo blanco aparcó junto al ayuntamiento. No era un autobús regular, sino el transporte a demanda que comunicaba Valdebruna con varias localidades dos días por semana. Bajaron una mujer con bolsas, un hombre joven con una carpeta médica y dos estudiantes que regresaban de clase.

—El jueves va lleno —explicó Pilar—. El martes, depende. Si la aplicación no reconoce una dirección, llamamos a Marisa, que trabaja en el ayuntamiento y convence al sistema de que existimos.

—En Madrid también hay que convencer a muchos sistemas de que una existe.

—Sí, pero allí no conoces el nombre de quien termina haciéndolo.

Cruzaron la plaza. Pilar le señaló el tablón con los horarios del punto limpio, el bibliobús y una asesoría agraria itinerante. Nada tenía la estética pulida de una campaña; todo respondía a una necesidad concreta.

—Cuando diseñes la feria —dijo—, recuerda que aquí la gente no dispone de tiempo infinito por vivir en un pueblo. Hay quien trabaja fuera, quien cuida, quien estudia a cuarenta kilómetros y quien espera toda la mañana a que venga un técnico.

Adriana guardó la observación. Era el tipo de dato que no aparecía en las estadísticas de población ni en un tablero de inspiración. También era una forma de amistad: Pilar no le estaba mostrando la versión bonita de Valdebruna, sino la que necesitaba comprender para no utilizarla como decorado.

Adriana sonrió, cansada. Al despedirse de Pilar, vio a Mateo cruzar la plaza. Caminaba como si cada baldosa perteneciera a una ruta que conocía desde siempre.

Lo preocupante no era que aquel hombre creyera saber por dónde debía pasar todo el mundo.

Lo preocupante era que, incluso enfadado, seguía pareciéndole atractivo.

Capítulo 5

Un queso no es una disculpa

Mateo eligió el queso curado porque le pareció más serio que una botella de vino y menos exagerado que un ramo de flores.

No era un regalo. Era una manera de suavizar el ambiente antes de que tuvieran que trabajar juntos. Una cortesía entre profesionales. Un gesto normal que en Valdebruna no necesitaba un análisis de intenciones ni dos horarios alternativos.

Su madre lo encontró en la despensa, comparando dos piezas envueltas en papel.

—Ese de la izquierda está más curado —dijo Teresa—. ¿Para quién es?

—Para la mujer de La Hebra.

—La mujer de La Hebra puede ser Pilar, Nuria, Sole, Concha o cualquiera de las otras siete. ¿Cuál?

—Adriana. La que han contratado.

Teresa sonrió de una manera que Mateo conocía desde la adolescencia.

—Ah.

—No hagas «ah».

—He abierto la boca. A mi edad todavía puedo hacerlo sin autorización.

—Es por la reunión de ayer.

—¿Qué hiciste?

—Nada.

—Entonces llévale el semicurado. Sale más barato.

Mateo metió el curado en una bolsa.

—Discutimos por la organización. Ella acaba de llegar y no entiende que aquí las cosas…

Se detuvo antes de pronunciar la frase. Desde que Pilar la había desmontado en el teleclub, «siempre se ha hecho así» sonaba menos concluyente de lo habitual.

—¿Qué cosas? —preguntó Teresa.

—Nada, mamá. ¿Dónde está la autorización que dejó Ángela?

—Sobre la mesa del salón, debajo de la carpeta del traumatólogo de tu padre. El jueves tienes que llevarlo.

—Ángela no me ha dicho eso.

—Te lo estoy diciendo yo.

—El jueves tengo que mover las ovejas a la parcela de abajo.

—Pues muévelas antes o habla con Julián. Yo tengo podólogo y Ángela abre la gestoría.

Mateo cogió la carpeta y la autorización.

—Ya veremos cómo lo hacemos.

—No. Tú verás cómo lo haces. Nosotros ya hemos visto bastante.

Teresa salió de la despensa antes de que él pudiera preguntarle qué significaba aquello. Su madre llevaba unos días especialmente aficionada a las frases que parecían anunciar algo, pero Mateo tenía trabajo y no estaba para acertijos.

Encontró a Adriana en el despacho de la casa de correos, rodeada de papeles y hablando por teléfono.

La ventana estaba abierta. El router descansaba sobre tres tomos de una enciclopedia y llevaba encima un colador metálico.

Mateo se quedó en la puerta.

—¿Qué haces?

Ella tapó el micrófono.

—Pilar dice que el colador mejora la señal.

—Pilar fue maestra, no ingeniera.

—Ahora mismo tengo dos rayas. La ciencia deberá esperar.

Le indicó con un gesto que pasara. Mateo dejó la bolsa sobre una mesa pequeña y esperó mientras ella terminaba la llamada. Adriana hablaba con seguridad, sin mirar notas, y empleaba palabras como posicionamiento, conversión y arquitectura que él conocía por separado pero que juntas parecían levantar un edificio invisible.

—Perdona —dijo al colgar—. Un cliente convencido de que cambiar el color de un botón solucionará su modelo de negocio. ¿Qué necesitas?

Mateo le tendió la bolsa.

—Te he traído un queso.

—¿Entero?

—No sabía qué parte querías.

Ella lo sacó. La pieza redonda pesaría cerca de un kilo y medio y llevaba una etiqueta de una quesería de la comarca.

—Gracias. Tiene una pinta estupenda.

—Lo hace un primo de Julián. Con leche de aquí.

—Perfecto.

Adriana dejó el queso junto al portátil. Mateo esperó. Ella volvió a sentarse y movió el ratón.

—¿Ya está? —preguntó él.

—¿Qué más tiene que pasar?

—Nada. Pensaba que… Bueno, lo de ayer. No merece la pena que empecemos mal.

Adriana apoyó las manos sobre la mesa.

—¿El queso es una disculpa?

—Es un detalle.

—El detalle lo agradezco. Pero no sé qué significa si no me lo dices.

—Significa que no quería molestarte.

—Eso describe tu intención, no lo que hiciste.

Mateo notó cómo se le endurecía la nuca.

—No hice nada para tanto. Propuse una forma de repartir tareas y tú lo convertiste en una acusación de machismo.

—Yo no utilicé esa palabra.

—No hacía falta.

—Entonces quizá la escuchaste porque se parecía a lo que estabas haciendo.

Él miró el colador sobre el router. Le pareció absurdo estar allí, interrogado por una mujer a la que había llevado un queso que podía haberse comido perfectamente en su casa.

—Mira, no he venido a discutir.

—Yo tampoco.

—En el pueblo nos organizamos así desde hace años.

—Y varias personas te explicaron que esa organización hacía que ellas trabajaran gratis.

—Porque es una asociación. Todos hacemos cosas sin cobrar.

—¿Quién llevó las mesas?

—Yo.

—¿Después de que te diera una silla o antes?

Mateo se quedó callado.

—¿Quién hizo el café? ¿Quién trajo las tazas? ¿Quién tomó acta? ¿Quién preparó las muestras? ¿Quién se llevó todo para limpiarlo? —Adriana no elevó la voz—. Tú viste una reunión que empezó cuando os sentasteis. Ellas llevaban trabajando desde antes y siguieron después.

—¿Y ahora qué quieres que haga? ¿Que pida perdón por no haber fregado una taza?

—No quiero que hagas nada para dejarme contenta. Tú has venido.

La respuesta lo dejó sin terreno. Mateo cogió aire.

—Pues ya te he dado el queso.

—Y yo te he dado las gracias.

Salió de la casa con la sensación incómoda de haber perdido una discusión cuya existencia no había aceptado. Recorrió la plaza, subió a la furgoneta y arrancó con más fuerza de la necesaria.

En la finca lo esperaban problemas que sí tenían forma y solución. Un bebedero perdía agua. Dos ovejas habían empujado una valla móvil. Rosalía tenía el cencerro enganchado en una malla, algo que Mateo consideró una provocación personal.

—Quietecita.

La oveja tiró cuando él intentó soltar la correa. Mateo aflojó la tensión, acercó la malla hacia ella y deshizo el enganche sin forzarle el cuello. Rosalía quedó libre y salió trotando.

—Si tiras en la dirección equivocada, aprietas más el nudo —comentó Julián, que acababa de llegar con las trece ovejas separadas.

Mateo lo miró.

—Ya lo sé.

—Hablaba del cencerro.

—Pues yo también.

Julián empezó a descargar unas vallas de la caja de su camioneta. Mateo agarró el otro extremo sin que se lo pidiera.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el joven.

—Nada.

—Has llegado dando portazos y llevas diez minutos discutiendo con una oveja.

—He ido a hablar con Adriana.

—Ah.

—No hagas «ah». Mi madre ya lo ha hecho esta mañana.

Julián dejó la valla contra la pared.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he llevado un queso.

—Eso no es decir.

—Ahora resulta que todo el mundo es experto en disculpas.

—Yo no. Por eso tuve que aprender.

Mateo sabía que Julián y la madre de su hija habían pasado un año complicado antes de separarse. Nunca lo había oído hablar mal de ella y organizaba los turnos de la niña con una aplicación que Sebas consideraba una prueba de sometimiento.

—¿Y cómo se hace, según el manual? —preguntó Mateo.

—No hay manual. Dices qué hiciste, sin explicar durante veinte minutos que en realidad eres una persona estupenda. Y luego procuras no repetirlo.

—Yo no he dicho que sea estupendo.

—Lo llevabas escrito en la cara junto con el precio del queso.

Mateo levantó otra valla.

—No sé para qué hablo contigo.

—No has hablado. Me has preguntado y te he contestado. A veces se confunden las dos cosas.

Julián sonrió y se alejó para abrir el cercado. Mateo estuvo a punto de llamarlo insolente. Después recordó que él mismo había pedido una respuesta y continuó trabajando.

Trabajaron durante una hora. Julián le confirmó que podía ocuparse del rebaño el jueves mientras Mateo llevaba a Antonio al traumatólogo. No le preguntó por qué no lo hacía Ángela. Apuntó la hora en el móvil y siguió descargando sacos.

Al mediodía, Mateo abrió la nevera de la nave. Había agua, medio pimiento, una fiambrera vacía y una cerveza sin alcohol. Recordó la tortilla que su madre había dicho que tenía preparada en su casa. Recordó también que Teresa había comprado los huevos, cocinado, guardado la porción y enviado el mensaje. Él habría descrito todo aquello diciendo que había encontrado comida en la nevera.

Se sentó sobre un saco y sacó el teléfono. Tenía un mensaje de Ángela preguntando si había firmado la autorización. Respondió que sí y añadió que él llevaría a su padre el jueves.

Tres puntos aparecieron en la pantalla.

Gracias, escribió ella al fin.

No era un entusiasmo desbordante, pero se dio cuenta de que su hermana había esperado una solución y no otra pregunta.

A las siete, volvió a la casa de correos. Esta vez no llevaba nada.

Adriana abrió con unas gafas de cerca apoyadas en la cabeza y una cuña del queso en la mano.

—Está muy bueno —dijo.

—Lo sé.

—Eso no mejora lo que tengas que decir a continuación.

Mateo miró hacia la plaza y luego a ella.

—Ayer te interrumpí varias veces. También interrumpí a Nuria y traté a Lucía como si siguiera siendo una niña. Propuse repartir el trabajo de una forma que nos dejaba a nosotros decidiendo y a vosotras haciendo cosas que no se ven. Cuando me lo dijiste, me defendí en lugar de escucharlo.

Adriana no respondió enseguida. Mateo sintió el impulso de explicar que no era su intención, que en realidad respetaba a todas aquellas mujeres, que no era la clase de hombre que ella quizá pensaba. Se obligó a mantener la boca cerrada.

—Eso sí es una disculpa —dijo ella.

—¿La aceptas?

—Acepto que te hayas disculpado. Lo demás dependerá de lo que hagamos trabajando.

No era la absolución que esperaba. Sin embargo, tampoco parecía un castigo.

Adriana abrió más la puerta.

—Ya que estás aquí, necesito revisar una cosa contigo.

Lo condujo hasta el despacho. En la pantalla había un documento con horarios, tipos de plano, muestras necesarias y una columna titulada «qué no debemos fingir». Mateo se acercó con cautela, como si la tabla pudiera exigirle otra disculpa.

—Quiero fotografiar la salida del rebaño, el desplazamiento y la revisión del material —explicó ella—. Nada de colocar ovejas alrededor de una manta como si eligieran decoración. También necesito saber dónde puedo moverme sin alterar el trabajo.

Mateo leyó la secuencia. La profesional que, según él, venía a poner colores bonitos había previsto luz, permisos, bienestar animal, autorizaciones de imagen y hasta una alternativa por viento.

—Aquí no —dijo, señalando la tercera localización—. A esa hora pasan cerca de una carretera y necesito a Canelo pendiente del cruce. Una persona con cámara delante puede romper el grupo.

Adriana no discutió.

—¿Qué propones?

—La loma del almendro. El camino es ancho y, a primera hora, la luz entra por detrás de la sierra. Después podemos bajar a la parcela del pozo para las tomas de lana.

Ella abrió el mapa digital y le pasó el ratón.

—Márcamelo.

Mateo lo hizo. Adriana calculó distancias, cambió el orden de tres fotografías y redujo el tiempo previsto junto al rebaño.

—¿Por qué solo has puesto diez minutos para la revisión de los vellones? —preguntó él.

—Porque pensaba que era una toma sencilla.

—Si quieres enseñar diferencias de fibra, necesitarás al menos tres muestras y alguien que explique por qué no sirven igual.

—¿Tú puedes hacerlo?

—Sí.

—Entonces media hora. Te grabaré también en audio.

Trabajaron unos minutos inclinados sobre la misma pantalla. Mateo no entendía todos los códigos de color, pero reconocía un plan construido para que cada persona supiera qué debía hacer. Adriana no entendía aún el movimiento del rebaño, pero cambiaba una idea cuando recibía una razón mejor.

La competencia de ella le resultó más atractiva que la camisa color teja del bar, lo que ya era decir bastante.

Adriana cerró el documento y cogió el móvil.

—¿Mañana a las siete o el viernes a las siete y media?

Mateo casi respondió que la luz no negociaba horarios. Luego recordó las dos opciones que ella había pedido.

—Mañana a las siete. El viernes anuncian viento.

—Mañana a las siete, entonces.

Él señaló la cuña de queso.

—Eso tiene que respirar antes de comerlo.

—También me vas a explicar el queso.

—En este caso tengo razón.

Adriana sonrió por primera vez desde que lo conocía sin que la sonrisa pareciera el preludio de una batalla.

Mateo regresó a su furgoneta con una ligereza que no tenía nada que ver con haber sido perdonado, porque no lo había sido del todo.

Quizá tenía que ver con haber dicho, por fin, lo que había hecho en lugar de lo que había querido hacer.

Capítulo 6

La oveja del cencerro azul

A las seis y cincuenta y ocho de la mañana, Adriana aparcó junto a la nave con unas botas de senderismo recién estrenadas, dos cámaras, un trípode, una mochila de objetivos y la seguridad de haber previsto cualquier necesidad razonable.

A las siete y doce ya tenía una semilla espinosa dentro del calcetín.

—No digas nada —advirtió a Mateo mientras se quitaba la bota apoyada contra una piedra.

Él observó el calzado.

—No están mal.

—Eso cuenta como decir algo.

—He dicho que no están mal.

—Con el tono con el que un cirujano dice que todavía hay pulso.

El amanecer extendía una claridad rosada detrás de las primeras elevaciones de la sierra. Los rastrojos parecían de cobre y el aire tenía un frío limpio que desaparecería en cuanto subiera el sol. Cerca de la nave, las ovejas se agrupaban contra la valla, impacientes por salir. El cencerreo era menos caótico que el primer día. Adriana empezaba a distinguir campanas graves, golpes secos y, en medio, el tintineo agudo de Rosalía.

—¿De verdad sabes cuál es cada una por el sonido? —preguntó, volviendo a ponerse la bota.

—No todas. Sé dónde está cada grupo. Y reconozco algunos cencerros.

—El azul.

—El azul lo reconocería una persona sorda. Está torcido.

Rosalía asomó entre dos ovejas y se acercó directamente a la mochila de Adriana.

—Ni lo sueñes. Aquí no hay planos.

La oveja olfateó una correa.

Mateo abrió la cancela. Lo hizo sin aspavientos, dando espacio a los animales y utilizando apenas dos silbidos para Canelo. El rebaño empezó a salir como una corriente espesa. Adriana levantó la cámara.

—Espera un segundo.

—No puedo pedirles que repitan la entrada.

—No hace falta. Camina tú por la izquierda.

—Siempre voy por la derecha.

Ella bajó la cámara.

—¿Porque hay una razón o porque siempre se ha hecho así?

Mateo la miró con una mezcla de resignación y sospecha.

—Porque a la izquierda está el desnivel y si me abro demasiado las empujo hacia el camino.

—Esa es una razón. Quédate a la derecha.

Él sonrió.

—Gracias por autorizarme.

Adriana tomó una primera serie. No quería las imágenes habituales de una figura recortada contra el sol ni un mar de lana convertido en postal. Necesitaba manos, texturas, movimiento y contexto: la lana antes de ser material, el trabajo antes de ser relato. Se agachó para fotografiar pezuñas levantando polvo, el lomo irregular de una oveja, la mano de Mateo comprobando el cierre de una valla.

—No mires a la cámara —le indicó.

—No estaba mirando.

—Ahora sí.

—Porque me has hablado.

—Pues deja de ser educado durante treinta segundos.

—Eso te resultará fácil de imaginar.

La luz creció deprisa. Adriana se movía delante y detrás del rebaño, cuidando la distancia y obedeciendo a Mateo cuando le

pedía que no cortara la trayectoria. Él, a su vez, dejó de sugerir dónde debía colocarse después de que ella le enseñara dos fotografías: en una, el sol convertía el polvo en una niebla dorada; en otra, los animales parecían una masa plana y sin profundidad.

—La primera está mejor —admitió.

—Por eso llevo la cámara yo.

—Yo te he llevado a la loma.

—Y por eso intentamos no perdernos ninguno de los dos.

Al borde de una parcela, Adriana sacó un reflector plegable. El círculo plateado se abrió de golpe con un chasquido y tres ovejas retrocedieron.

Mateo levantó la mano.

—Guárdalo.

—Solo necesito devolver un poco de luz a las muestras.

—Les molesta el destello.

Adriana miró a los animales. El grupo se había tensado y Canelo esperaba una orden.

—De acuerdo.

Plegó el reflector sin discutir. Mateo la observó como si hubiera esperado otra batalla.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada.

—Acabas de poner cara de que por fin se puede razonar conmigo.

—Iba a decir que has aprendido rápido.

—He hecho una pregunta implícita, me has dado una razón y he cambiado el plan. El sistema funciona.

—No sabía que hubiera sistema.

—Hay un manual. Te pasaré la versión ilustrada.

Utilizó en su lugar una cartulina crema apoyada sobre una piedra. La luz resultó más suave y las ovejas ni siquiera levantaron la cabeza. Mateo sostuvo la muestra cuando ella se lo pidió y giró la muñeca dos veces siguiendo sus indicaciones.

—Así —dijo Adriana—. No hace falta que entiendas de dónde viene la luz si confías en quien está mirándola.

—Esa frase te la guardabas desde la reunión.

—Desde mucho antes de conocerte.

Llegaron a un almendro solitario. Adriana pidió hacer algunas tomas con muestras de producto. Había llevado una manta pequeña, dos fundas y varios carteles impresos con palabras de trabajo: *origen*, *tiempo*, *oficio*, *materia*. Nuria quería valorar si podían usarse en la web sin resultar solemnes.

Extendió la manta sobre una piedra plana y apoyó el primer cartel. Rosalía apareció antes de que pudiera enfocar.

—Mateo.

—La estoy viendo.

—Haz algo.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que hagas cuando una oveja se come una estrategia de marca.

—Normalmente no les doy estrategias de marca.

Rosalía atrapó la palabra *origen* y retrocedió cuando Adriana quiso recuperarla. El cartón se dobló entre sus dientes.

Mateo dejó escapar una carcajada. No una sonrisa discreta, sino una risa franca que le cambió la cara y lo hizo parecer más joven. Adriana sintió el impulso absurdo de fotografiarlo. Lo hizo antes de pensarlo.

El obturador sonó.

Mateo dejó de reír.

—Eso no era parte del trabajo.

—Documentación del proceso.

—Bórrala.

—Ni hablar. Es la única en la que no pareces estar negociando el precio del trigo.

Él se acercó a Rosalía, le ofreció un puñado de hierba seca y cambió el cartel por el soborno. Adriana examinó el daño.

—Ahora pone «rigen».

—Más original.

—No vuelvas a hacer chistes de marca.

Siguieron hacia una zona de monte bajo. Allí la tierra era más irregular y aparecían matas de tomillo entre las piedras. Adriana notó el esfuerzo en las piernas, pero no quiso pedir una pausa.

Había pasado demasiadas horas sentada ante una pantalla durante el último año; su cuerpo se lo recordó con una precisión humillante.

Mateo no comentó su respiración. Redujo un poco el ritmo sin señalarlo y aprovechó para explicarle cómo cambiaban las rutas según las parcelas sembradas, el agua disponible y la época del año.

—Desde fuera parece que sacáis las ovejas y camináis —dijo ella.

—Desde fuera tu trabajo parece elegir colores.

Adriana levantó la cámara hacia él.

—Bien jugado.

—Llevo desde ayer practicando.

Un balido distinto interrumpió la conversación. Mateo se volvió de inmediato. A Adriana le pareció imposible que hubiera reconocido aquel sonido entre doscientas voces, pero él fue directo hacia una oveja rezagada. Se agachó a su lado y le recorrió una pata con ambas manos.

—¿Qué tiene?

—Una rozadura. Ayer no estaba así.

Mateo llamó a Canelo para contener al resto y sacó del bolsillo un pequeño dispositivo de comunicación.

—Lucía, soy Mateo. Tengo una oveja con inflamación en la cuartilla. No parece profunda, pero está caliente.

Escuchó la respuesta. Esta vez no dijo «chiquilla». Describió la zona, siguió las indicaciones y anunció que acercaría al animal a la nave.

—Podemos parar —dijo Adriana.

—Tardaremos veinte minutos. Tú puedes seguir con las muestras aquí si quieres.

—He venido a fotografiar el trabajo real. Esto también lo es.

Mateo la miró un instante, como si hubiera esperado una queja por el cambio de planes. Luego tomó a la oveja con firmeza y cuidado. No la arrastró ni la levantó para demostrar fuerza. Caminó despacio, permitiéndole apoyar la pata, y habló en voz baja mientras la guiaba.

Adriana tomó dos fotografías y bajó la cámara. Algunas cosas requerían presencia antes que imágenes.

Lucía llegó en una furgoneta blanca cuando estaban cerca de la nave. Llevaba el pelo recogido, botas de goma y un maletín. Examinó la pata y confirmó que se trataba de una pequeña herida irritada por una espiga.

—Has hecho bien en separarla —dijo.

—¿Necesitará antibiótico?

—De momento, limpieza y vigilancia. Te mando la pauta. Si mañana sigue caliente, me llamas.

Lucía pasó el lector por el crotal electrónico. El aparato emitió un pitido y mostró una fila de números que a Adriana le parecieron la contraseña de una red wifi especialmente hostil.

—¿Eso identifica a la oveja? —preguntó.

—A esta y no a una oveja genérica de un anuncio —respondió Lucía—. Fecha de nacimiento, movimientos, tratamientos. Mateo luego tendrá que registrar la incidencia.

—Luego no. Ahora —dijo él.

Sacó el teléfono, abrió la aplicación de la explotación y anotó la revisión mientras Lucía limpiaba la herida. Lo hizo con dos dedos llenos de polvo y sin la solemnidad de quien quería demostrar que sabía utilizar un móvil. Preguntó por el plazo de vigilancia, adjuntó una fotografía y comprobó dos veces el número antes de guardar.

Adriana encuadró el lector, el crotal y la mano de Lucía, pero no disparó todavía.

—¿Puedo fotografiar esto sin que aparezca ningún dato que no deba? —preguntó.

Lucía revisó la pantalla y le indicó un ángulo.

—Desde aquí. Se entenderá el proceso y no se leerá el código completo.

Mateo apartó la mano para dejarle sitio. Adriana tomó tres imágenes: la comprobación, la cura y el registro. Ninguna tenía la belleza inmediata del rebaño sobre el rastrojo, pero juntas explicaban algo más difícil de vender y más importante de comprender: el campo no funcionaba por instinto ni por estampas antiguas. Funcionaba porque alguien observaba, medía y dejaba constancia.

—Estas van antes que la del almendro —decidió.

Mateo miró la pantalla de la cámara.

—La del almendro es más bonita.

—Y estas hacen que la bonita no sea decorado.

Él volvió a mirar la secuencia y asintió.

—Entonces van antes.

Mientras Lucía guardaba el lector, Adriana recordó el modo en que Mateo la había tratado en la reunión y observó que él evitaba deliberadamente cualquier familiaridad. No era una transformación histórica, pero sí una conducta distinta veinticuatro horas después de haber pedido disculpas.

Lucía reparó en las cámaras.

—Si me sacas, que no parezca un anuncio de yogur rural.

—Prometido.

—Y no uses la foto en la que Mateo sonríe. Nadie se lo creería.

—Ya la tengo protegida en tres copias.

Mateo negó con la cabeza.

Tras dejar a la oveja en observación, volvieron a la loma para aprovechar la última hora de luz suave. Adriana le pidió que sujetara una pieza de lana lavada junto a un vellón sin tratar. Mateo explicó por qué no todas las fibras servían igual y cómo la suciedad, la longitud y el manejo afectaban al aprovechamiento. Ella grabó su voz, le hizo repetir una frase cuando usó demasiados tecnicismos y discutieron sobre si decir «residuo» dignificaba o perjudicaba el material.

—No quiero fingir que toda la lana es un tesoro —dijo Adriana—. Parte da problemas y parte no puede utilizarse. La historia funciona si es verdad.

—Pensaba que te dedicabas a hacer que las cosas parecieran mejores.

—Me dedico a encontrar por qué merecen atención. Si tengo que mentir para conseguirla, el problema no es el anuncio.

Mateo sostuvo la muestra entre los dedos, pensativo.

—Eso sí me gusta.

La aprobación la sorprendió más de lo que debería. Adriana fingió revisar el enfoque.

A las once y media, el sol estaba alto y sus botas habían adquirido el color definitivo del polvo manchego. Tenía las rodillas cansadas, el pelo revuelto y más de cuatrocientas fotografías. Mateo condujo el rebaño hacia una parcela cercana mientras ella guardaba el equipo.

Rosalía aprovechó el descuido para meter el hocico en la bolsa de los carteles.

—¡Otra vez no!

Adriana tiró de un extremo y la oveja del otro. El cartón se rasgó por la mitad.

Mateo apareció junto a ellas.

—No tires. Aprietas el nudo.

—No hay ningún nudo. Hay una delincuente comiéndose mi trabajo.

Él ofreció a Rosalía un trozo de manzana que había sacado del bolsillo. La oveja soltó el cartel al instante.

—Soborno —dijo Adriana.

—Negociación.

—¿Llevas manzana por ella?

—La llevo por si hace falta.

Mateo acarició el cencerro azul y comprobó la correa. La ternura apareció otra vez, discreta, sin que él pareciera consciente de mostrarla.

Adriana guardó el último cartel. Al incorporarse, lo encontró demasiado cerca. Los ojos de Mateo bajaron un segundo hacia su boca y regresaron a los suyos.

El momento duró menos que un golpe de cencerro.

Él retrocedió.

—¿Tienes hambre?

—Podría comerme el cartel de *origen*.

—En la nave tengo harina de almortas. Haré gachas.

Adriana se colgó la mochila.

—¿Tú cocinas?

Mateo entrecerró los ojos.

—Procura que eso no haya sonado como ha sonado.

Ella recordó todas las cosas que había supuesto sobre él desde el primer día.

—Tienes razón. Retiro la cara de sorpresa.

—La cara no se puede retirar.

—Pues compénsala con unas buenas gachas.

Mateo echó a andar hacia la nave. Adriana lo siguió mientras el rebaño se extendía por el campo y el cencerro azul de Rosalía sonaba detrás de ellos, agudo y satisfecho, como si acabara de detectar algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a nombrar.

Capítulo 7

Gachas para una incrédula

La nave de Mateo contenía doscientas cosas que Adriana no sabía nombrar y una cocina que sí.

No era exactamente una cocina. Era una encimera de acero junto a un fregadero, un hornillo de gas, una nevera pequeña y tres estantes protegidos por una cortina de cuadros. Había una sartén de hierro colgada de un gancho, tarros de legumbres, ajos, pimentón, aceite y suficientes utensilios para demostrar que Mateo no acababa de inventarse lo de las gachas para impresionar a una mujer.

—Puedes sentarte —dijo él, señalando una mesa de madera—. Pero aparta esas cuerdas.

Adriana dejó la cámara sobre una caja limpia y movió dos rollos.

—¿Son para atar ovejas?

—Para reparar cercados.

—Era mi segunda opción.

—¿Cuál era la primera?

—No quiero saberlo antes de comer.

Mateo abrió la cortina, sacó un delantal azul y se lo anudó a la cintura. La imagen habría resultado cómica si no lo hubiera hecho con tanta naturalidad. Se lavó las manos y puso la sartén al fuego.

—¿Con tropezones? —preguntó.

—¿Hay una respuesta que pueda desacreditarme como persona?

—Si dices que no, un poco.

—Entonces con tropezones.

Él cortó panceta en dados, peló unos dientes de ajo y dejó a un lado harina de almortas, pimentón y agua. Adriana lo observaba

mientras descargaba las fotografías en una tableta. Había tomado más de quinientas. Eliminó desenfoques, repeticiones y una serie completa en la que Rosalía mostraba el trasero a la cámara con una expresividad casi política.

Llegó a la imagen de Mateo riéndose.

La amplió.

La luz le entraba de lado, dibujaba el gris de la barba incipiente y le encendía los ojos. No posaba. Tenía una mano extendida hacia la oveja y la cabeza ligeramente hacia atrás. Parecía un hombre que no necesitaba controlar el mundo durante ese segundo.

—Esa no —dijo él a su espalda.

Adriana dio un respingo.

—¿No estabas cocinando?

—Los ajos no necesitan vigilancia emocional.

—La foto es buena.

—Parezco tonto.

—Pareces alegre. Entiendo que puedas confundirlo si no practicas.

Mateo regresó al hornillo, pero ella vio que se le escapaba una sonrisa. El aceite empezó a chisporrotear. El olor a ajo frito y panceta llenó la nave y se mezcló con el heno, el polvo y la lana. No se parecía a ninguna de las cocinas abiertas de los restaurantes donde Adriana había pagado cantidades absurdas para ver a un hombre con pinzas colocar tres hojas sobre un plato. Allí no había nada diseñado para ser contemplado y, sin embargo, cada movimiento de Mateo era preciso.

—¿Quién te enseñó? —preguntó.

—Mi madre. Y mi abuelo. Él cocinaba en el campo cuando se quedaban varios días fuera.

—¿Tu padre no?

—Mi padre sabe hacer asado, patatas y poco más. Pero friega lo que usa.

—Un pionero.

—En su época, casi.

Mateo retiró parte de los tropezones, añadió la harina y comenzó a trabajarla con una rasera. Adriana volvió a la tableta. Seleccionó imágenes de los vellones, las manos, los caminos y la atención

veterinaria. Creó una carpeta aparte con las de Rosalía. No sabía aún para qué servirían, pero la oveja poseía una capacidad de comunicación que muchos clientes de Adriana habrían pagado por adquirir.

—Has hecho una fotografía de la herida —observó Mateo.

—Y otra de Lucía limpiándola. Si la usamos, será para hablar del cuidado y con su autorización. La lana no aparece mágicamente en una cesta bonita.

—A mucha gente no le gusta ver la parte sucia.

—A mucha gente le molesta descubrir que lo que compra tiene una historia anterior a la tienda.

—¿Y tú quieres enseñarlo todo?

—Quiero enseñar lo necesario para que nadie crea que esto consiste en abrazar ovejas y hacer mantas en una tarde.

Mateo vertió agua poco a poco. La mezcla espesó con un sonido suave. Él removía sin prisa.

—Nuria va a estar de acuerdo contigo.

—¿Y tú?

—Mientras no pongas una fotografía mía abrazando una oveja.

—No descartes nada. El mercado de calendarios rurales está sin explorar.

—Entonces fotografiamos a Julián. Tiene menos barriga.

Adriana bajó la tableta y lo miró. Mateo era ancho de hombros, fuerte, con una ligera curva en el abdomen que la camisa no ocultaba. La observación no parecía pedir consuelo. Aun así, ella había dedicado más atención de la profesionalmente justificable a cómo se le ajustaban los vaqueros cuando se agachaba.

—No selecciono modelos al peso —dijo.

—Eso dices porque todavía no has visto a Sebas sin camiseta.

—Y espero terminar el contrato conservando esa suerte.

Las gachas quedaron listas poco después. Mateo puso la sartén en el centro de la mesa sobre una tabla de madera, dejó los tropezones alrededor y cortó rebanadas de pan.

—Se comen desde la sartén —explicó.

—Sé lo que son unas gachas.

—¿Las has comido?

—No.

—Entonces sabes lo que has leído.

—En mi gremio eso cuenta como conocimiento hasta que llega un especialista a humillarte.

Mateo le enseñó a recoger una porción con el pan sin dejar caer la mitad. Adriana se quemó la lengua en el primer intento y consiguió disimularlo solo porque él estaba sirviéndose agua. El sabor era intenso, cálido y mucho más delicado de lo que esperaba de una mezcla color ocre dentro de una sartén de hierro.

—Están muy buenas —admitió.

—Tampoco hace falta que parezcas sorprendida.

—He retirado la cara.

—Sigues teniéndola puesta.

Ella repitió el gesto que él le había enseñado. Esta vez no se quemó.

—Te había juzgado —dijo.

Mateo alzó las cejas.

—¿Tú?

—Un poco.

—Te metiste por una vereda con un plano de papel y, antes de que pudiera decir mi nombre, ya me habías preguntado si era machista porque quería girarte el coche.

—Te pregunté si querías girarlo porque era mujer. La otra opción era que no hubiera espacio.

—No había espacio.

—Y te dejé.

—Después de un interrogatorio.

—La prudencia nunca sobra.

Mateo mojó otro trozo de pan.

—¿Qué pensabas? ¿Que mi madre me deja la comida en recipientes con los días de la semana?

Adriana no contestó lo bastante deprisa.

Él dejó la rasera en el borde de la sartén.

—No me lo puedo creer.

—No sabía que tu madre vivía cerca.

—Eso lo empeora. Has imaginado a una señora recorriendo el campo con siete fiambreras.

—He conocido hombres que se han alimentado gracias a una cadena logística menos eficiente.

—Sé cocinar.

—Ha quedado demostrado y estoy rectificando públicamente.

—Estamos solos.

—No puedo convocar una rueda de prensa por unas gachas.

Mateo se rio otra vez, más breve. Adriana comprobó que empezaba a esperar aquel sonido.

—Sé cocinar —repitió él—. Sobre todo aquí. En casa me complico menos.

—¿Qué significa menos?

—Mi madre hace comida para ellos y siempre sobra. Ángela también cocina algunos domingos. Yo llevo carne, queso, verduras… Nos organizamos.

—¿Quién organiza?

Mateo se llevó el pan a la boca y masticó antes de responder.

—Mi madre suele decir qué falta.

—Eso imaginaba.

—No pongas esa cara. Yo hago compras y me ocupo de cosas de la finca de mi padre.

—No he dicho nada.

—También piensas con mucho volumen.

Adriana reconoció la frase del primer día y sonrió.

—¿Y Ángela?

—Es mi hermana. Tiene una gestoría. Lleva papeles del negocio y las citas de mis padres porque se maneja mejor con eso.

—¿Le pagas por los papeles?

—Nos ayudamos entre todos.

La respuesta llegó tan preparada que parecía heredada junto a las tierras. Adriana decidió no convertir el almuerzo en otra reunión. Mateo acababa de pedir disculpas de una manera razonablemente decente y había modificado su trato con Lucía. No necesitaba examinar toda su estructura familiar antes del café.

—Yo no sé hacer gachas —dijo—. Si te sirve para equilibrar el mundo.

—¿Cocinas?

—Sé preparar doce versiones de comida rápida que parecen una cena adulta si usas un plato bonito. También hago una lasaña muy digna.

—¿Y tu madre no te llena la nevera?

—Mi madre vive en Alicante y cree que mi nevera contiene agua con gas, humus y decisiones sentimentales equivocadas.

—¿Se equivoca?

Adriana lo miró por encima del vaso.

—No tengo suficientes datos para responder.

—Pensaba que te dedicabas a encontrarlos.

—De productos. Los hombres no admitís una segmentación fiable.

—¿Por qué has venido de verdad? —preguntó Mateo.

La pregunta no fue brusca, pero cambió la temperatura de la conversación. Adriana desmigó un trozo de pan entre los dedos.

—Porque La Hebra me ofreció un trabajo interesante.

—Podías hacerlo desde Madrid.

—No bien. Necesito conocer el proceso, a la gente y el lugar. Y me apetecía salir una temporada.

—¿De qué?

Ella pensó en su piso silencioso, en las videollamadas encadenadas, en la sensación de que cada cliente tenía derecho a invadir cualquier hora porque ella trabajaba por cuenta propia. Pensó también en su última relación, terminada un año antes, y en cómo había aceptado durante meses planes que siempre se organizaban alrededor de la agenda de otro hasta que un día dejó de discutir y empezó a hacer la maleta por dentro.

—Del ruido —dijo.

Mateo miró hacia el exterior de la nave. Canelo dormía a la sombra y, a lo lejos, el rebaño producía una música irregular de balidos y campanas.

—Aquí también hay.

—Es distinto. Este no espera que responda a un correo.

—Dale tiempo a Rosalía.

Terminaron las gachas sin prisa. Mateo recogió la sartén y abrió el grifo. Adriana se levantó con su plato.

—Lo friego yo.

—No hace falta.

—He comido.

—Y yo he cocinado.

—Eso suele conducir a un reparto bastante obvio.

Mateo le entregó el estropajo.

—Adelante. No voy a impedirte luchar contra los roles tradicionales.

—Qué generoso.

Él secó mientras ella fregaba. No le explicó cómo hacerlo, lo que Adriana consideró un avance tan pequeño que resultaba ridículo contabilizarlo y tan agradable que lo contabilizó de todos modos.

Después revisaron las fotografías. Mateo se situó detrás de su hombro para mirar la tableta. La cercanía trajo otra vez el olor a jabón y a campo. Adriana pasó imágenes con el dedo, consciente de la respiración de él junto a su pelo.

—Esa —dijo Mateo.

Señaló una fotografía de las ovejas avanzando sobre el rastrojo. Su mano rozó la de Adriana. Ninguno de los dos la apartó enseguida.

—¿Por qué? —preguntó ella, y su voz salió más baja.

—Porque no parece que estén colocadas. Se ve el camino.

Adriana amplió la imagen. Tenía razón. La ruta curvaba entre los animales y conducía la mirada hacia la sierra. No era la más espectacular, pero contaba algo verdadero.

—Tienes buen ojo.

—Conozco lo que estoy mirando.

Adriana retrocedió dos fotografías. En una, Canelo parecía lanzarse contra el rebaño con una energía magnífica. El polvo dibujaba una diagonal perfecta y la luz recortaba al perro como si acabara de firmar un contrato con una marca deportiva.

—Esta habría servido de portada —dijo.

Mateo se inclinó de nuevo.

—No.

—¿No es buena?

—Es muy buena. Pero parece que está acosando a las ovejas. En realidad iba a cortar a Rosalía antes de que se acercara a tu bolsa. Si la ve alguien que sepa, va a pensar que trabajamos a lo bruto. Y quien no sepa aprenderá algo que no es verdad.

Adriana amplió la imagen. La posición del perro resultaba espectacular precisamente porque, aislada de la secuencia, contaba otra historia. Marcó la fotografía como descartada.

—Me duele hacer eso.

—Puedes guardarla para enseñársela a Rosalía en privado.

—Quiero que conste que acabo de renunciar a una foto excelente por integridad ganadera.

—La integridad ganadera agradece tu sacrificio.

Revisaron las siguientes. Mateo no opinó sobre colores ni tipografías. Señaló cuándo una oveja estaba alerta, cuándo el perro esperaba una orden y qué postura indicaba que el grupo iba a girar. Adriana tradujo esas observaciones en pies de foto breves y comprensibles. A la tercera propuesta, él corrigió una palabra, ella defendió otra y terminaron encontrando una frase mejor que cualquiera de las dos primeras.

Trabajar con alguien que sabía mucho y no necesitaba fingir que sabía lo de ella producía una clase de placer muy concreta. Adriana cerró un segundo la aplicación para no quedarse mirándolo.

Él se separó para coger una botella de agua. El aire volvió a caber entre ambos.

Cuando Adriana guardó el equipo, Mateo envolvió una porción de gachas y algunos tropezones.

—Para Pilar —explicó—. Si descubre que has comido aquí y no le llevas, subirá el alquiler.

—¿Eso también es tradición?

—Eso es supervivencia.

En la puerta, Adriana vio una fotografía antigua clavada sobre un tablón. Tres niños posaban junto a un pajar. Uno de ellos estaba sentado en el tejado, con las piernas colgando.

—¿Eres tú?

Mateo siguió su mirada.

—Sí.

—Ahora entiendo lo del Gato.

—Subía a todas partes. Mi madre decía que iba a matarme.

—¿Y «viejo»?

—Eso lo añadió Sebas cuando cumplí cuarenta y seguía sin casarme. Dice que un gato viejo no cambia de tejado.

Adriana se ajustó la mochila.

—Sebas tiene una relación preocupante con los refranes.

—Y con la vida de los demás.

—¿Tú también crees que no cambias de tejado?

Mateo se apoyó en el marco de la puerta. La observó con una expresión más seria que todas las anteriores.

—Hasta ahora no había necesitado hacerlo.

La frase podía significar muchas cosas. Adriana eligió no pedir ninguna explicación porque su corazón acababa de cometer la vulgaridad de acelerarse.

Salió hacia el coche con las gachas de Pilar en una mano y una certeza incómoda en la otra.

Mateo Roldán cocinaba, escuchaba a las ovejas, sabía leer una imagen y podía pedir disculpas si uno le daba suficientes oportunidades para equivocarse primero.

Era una combinación mucho más peligrosa que un hombre atractivo en mitad de un camino.

Capítulo 8

Los trabajos que no cuentan

El jueves, Mateo llevó a su padre al traumatólogo y descubrió que una cita médica podía ocupar una mañana completa aunque el médico solo pronunciara ciento cuarenta palabras.

Primero tuvo que acercarse a casa de sus padres, ayudar a Antonio a subir a la furgoneta y regresar porque había olvidado la tarjeta sanitaria. Después recorrieron cuarenta kilómetros hasta el hospital comarcal, buscaron aparcamiento, esperaron frente a una consulta y bajaron a radiología porque nadie había avisado de que faltaba una prueba. Antonio se quejó del aire acondicionado, de las sillas, de la máquina de café y de que las enfermeras jóvenes llamaran a todo el mundo «cariño».

—A mí me gusta —dijo Mateo.

—Porque no te lo dicen a ti.

Salieron con una revisión para noviembre, tres ejercicios nuevos y la recomendación de caminar todos los días. Antonio insistió en que ya caminaba dentro de casa.

—Del sillón a la cocina no cuenta —explicó Mateo.

—Mira quién habla. Tu madre dice que tú solo caminas de su nevera a la mesa.

Mateo condujo en silencio durante un par de kilómetros.

—Últimamente estáis todos muy graciosos.

Cuando llegaron a Valdebruna eran casi las dos. Ángela estaba sentada a la mesa de la cocina con un portátil, dos archivadores y el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja. Teresa removía un guiso junto a los fogones.

—Sí, mándamelo en PDF —decía Ángela—. No, una fotografía torcida no es un PDF. Escanéalo desde la aplicación… Espera.

Apartó el teléfono.

—¿Qué ha dicho el médico?

Mateo dejó la carpeta sobre la mesa.

—Que va bien y tiene que caminar.

—¿Cuánto? ¿Qué ejercicios? ¿Cuándo es la revisión?

—Está todo ahí.

Ángela miró la carpeta como si él hubiera dejado un animal muerto.

—Estoy trabajando.

—Y yo llevo fuera toda la mañana.

—Yo también. He venido porque mamá no podía entrar en la página de la receta electrónica, tenía que enviar tus movimientos del rebaño y faltaba una factura para cerrar el trimestre.

Volvió a la llamada.

—Perdona, ya estoy. Dale al icono que pone compartir…

Antonio se sentó con cuidado. Teresa bajó el fuego, le acercó un vaso de agua y cogió la carpeta médica. Mateo abrió la nevera. Había una fuente de carne guisada, fruta cortada y varios recipientes etiquetados.

—No cojas nada —dijo su madre—. Comemos en diez minutos.

—Solo miraba.

—Tú miras con tenedor.

Llamaron a la puerta. Teresa fue a abrir y regresó con Adriana, que llevaba el portátil bajo el brazo y una carpeta verde.

—Perdonad —dijo ella—. Ángela me dijo que podía recoger aquí los datos de trazabilidad. Si es mal momento, vuelvo luego.

—Pasa —respondió Ángela, después de terminar la llamada—. Mal momento es mi estado natural.

Mateo se enderezó. No esperaba verla y de pronto fue consciente de que llevaba la camisa arrugada, olía a hospital y tenía la mano dentro de la nevera de su madre. La sacó.

—¿Qué tal la ruta de las fotografías? —preguntó Teresa a Adriana.

—Muy bien. Mateo consiguió que ninguna oveja me atropellara.

—Es su principal cualidad —dijo Ángela—. En el currículum la pone antes que ofimática.

—¿Queréis parar ya? —protestó él.

Adriana sonrió y se sentó junto a su hermana. Ángela abrió una hoja de cálculo con los lotes, las fechas de esquileo y los datos de entrega. Mateo conocía el contenido general, pero no había visto aquel archivo en meses. Había pestañas de colores, avisos automáticos y una lista de incidencias.

—Necesito relacionar los lotes que podrán usarse en la primera producción —explicó Adriana—. No para poner el nombre de cada ganadero en una etiqueta, sino para contar el sistema con precisión.

—Aquí están las explotaciones —dijo Ángela—. En esta columna tienes el volumen aprovechable y en esta las observaciones de Nuria. Me faltan los albaranes de Eusebio y una ficha de Mateo que lleva tres semanas en el asiento de su furgoneta.

Adriana señaló una celda amarilla.

—¿Por qué este lote no se puede presentar como lana de una sola explotación?

Ángela abrió otra pestaña.

—Porque se lavó junto con material de tres ganaderos. Podemos rastrear quiénes son, pero después del lavado no podemos asegurar qué fibra acabó en cada pieza. Si la web dice «de la oveja al bolso» y pone la cara de Mateo al lado, alguien entenderá que ese bolso viene solo de su rebaño.

—Entonces no pondremos eso. Diremos que cada tirada identifica las explotaciones participantes y el proceso compartido.

—Es menos romántico —dijo Teresa desde los fogones.

—Es más defendible —respondió Adriana—. Y también tiene una historia: varias personas consiguiendo que un material aproveche una infraestructura que ninguna podría pagar sola.

Mateo miró la pantalla por encima del hombro de su hermana. Él habría resumido todo aquello diciendo que la lana se juntaba en el lavadero, como se había hecho siempre. Adriana había escuchado una limitación y la había convertido en una explicación clara sin esconderla ni adornarla. Lo hizo, además, preguntándole a Ángela, no a él.

—¿Necesitas que aparezca el nombre de todos? —preguntó Mateo.

Adriana levantó la vista.

—Necesito saber qué podemos prometer. Los nombres vendrán después y solo con permiso. ¿Hay alguien que no quiera aparecer?

—Eusebio no quiere fotos —dijo Ángela—. Dice que en internet sale la gente que ha hecho algo malo.

—Perfecto. Sus datos estarán en el registro y su cara, donde él decida.

Ángela añadió una columna titulada «consentimiento de comunicación». Mateo reconoció, con una incomodidad que no tenía nada de desagradable, que Adriana era muy buena en su trabajo. No hacía que el pueblo pareciera moderno pegándole un código cuadrado a una fotografía. Entendía qué había detrás y decidía qué podía contarse sin apropiarse de ello.

Mateo frunció el ceño.

—Te la di.

—Me diste una fotografía por WhatsApp. Faltaba la segunda página y se veía tu rodilla.

—Podías habérmelo dicho.

Ángela giró lentamente la cabeza.

—Te lo he dicho cuatro veces.

—Pues se me habrá pasado.

—A mí no se me puede pasar. Esa es la diferencia.

Adriana mantuvo los ojos en la pantalla. Mateo habría preferido que lo mirara. No hacerlo convertía la conversación en algo demasiado privado para poder representarlo y demasiado público para ignorarlo.

—Luego busco la ficha —dijo.

—La necesito antes de las cinco. También tienes que firmar la solicitud del crotal duplicado, confirmar a Lucía la fecha del saneamiento y llamar al seguro por la valla.

—Dime dónde está cada cosa y lo hago.

Ángela cerró los ojos.

—En los mensajes que te he enviado.

—Tengo muchos mensajes.

—Yo también. Los tuyos incluidos.

Teresa empezó a poner la mesa. Colocó platos, cubiertos y pan mientras Antonio le explicaba desde la silla lo que el médico había dicho, omitiendo los ejercicios. Mateo vio que Adriana observaba el movimiento de la cocina: su madre sirviendo, su hermana escribiendo y atendiendo al teléfono, su padre esperando y él de pie junto a una nevera llena.

Cogió los vasos del aparador.

—Ya lo hago yo —dijo.

Teresa le entregó una jarra sin felicitarlo.

Adriana pasó varias filas del archivo.

—¿Tú gestionas los datos de todas las explotaciones? —preguntó a Ángela.

—Los recopilo para la parte familiar y echo una mano a la cooperativa cuando cierran campañas. Ellos tienen administración, pero siempre falta algo.

—¿Y La Hebra te paga estas horas dentro del proyecto?

—La Hebra no. Esto lo hago por la explotación de mi padre y Mateo.

—Nos ayudamos —intervino Mateo—. Yo también hago cosas para ella.

—¿Qué cosas? —preguntó Ángela.

—Te cambié las ruedas del coche.

—Las pagué.

—No te cobré el montaje.

—Sebas tampoco te lo cobró a ti.

Mateo dejó la jarra sobre la mesa con un golpe algo más fuerte de lo necesario.

—No hace falta llevar una cuenta de cada favor.

—Qué casualidad que eso lo diga siempre quien sale ganando —replicó Ángela.

El silencio cayó sobre la cocina. Teresa siguió sirviendo el guiso. Antonio se aclaró la garganta y preguntó si había vino. Nadie respondió.

Adriana cerró la carpeta verde.

—Puedo volver esta tarde.

—No —dijo Ángela—. Siéntate a comer. Mi madre ha cocinado para un regimiento porque Mateo iba a traer a un hombre que ha resultado ser solo mi padre.

—Yo no sabía que Adriana venía —dijo Mateo.

—La comida alcanza —aseguró Teresa—. Siempre alcanza porque yo me ocupo de que alcance.

Mateo miró a su madre. Había énfasis en la frase, pero no enfado. Eso era peor. El enfado le permitía esperar a que pasara. El cansancio no tenía una tormenta clara que soportar; era una humedad acumulada.

Se sentaron. Adriana quedó frente a él. Durante los primeros minutos hablaron del hospital, del calor y de las previsiones de lluvia. Antonio explicó tres veces que no pensaba hacer ejercicios ridículos apoyado en una silla. Teresa le recordó tres veces que prefería verlo ridículo a volver a empujarlo en silla de ruedas.

—Yo puedo venir el sábado a caminar contigo —dijo Mateo.

—El sábado tienes las ovejas —respondió su padre.

—Las tengo todos los días. Puedo organizarme.

Ángela levantó la vista, pero no hizo ningún comentario.

Después de comer, Teresa empezó a retirar los platos. Mateo recogió el suyo y el de Antonio.

—Déjalo —dijo su madre por costumbre.

—No. ¿Dónde guardas las sobras?

—En recipientes.

—Ya sé que en recipientes. ¿Cuáles?

Teresa apoyó ambas manos en la encimera.

—Abre un cajón, hijo. Si no están, abre otro.

Adriana ocultó una sonrisa bebiendo agua. Mateo abrió el primer cajón y encontró cubiertos. En el segundo había paños. Los recipientes estaban en un armario bajo, a menos de medio metro de donde había empezado.

—Esto lo cambiáis de sitio —protestó.

—Llevan ahí desde que reformamos la cocina en 2009 —dijo Ángela.

Mateo colocó la carne sobrante dentro de uno y buscó la tapa correcta. Había cinco tapas parecidas y ninguna encajaba. Antonio lo

contemplaba con una satisfacción que no había mostrado al salir del hospital.

—Tienes buen ojo para las ovejas —comentó—. Para el plástico, no.

Adriana se levantó.

—Gracias por la comida, Teresa. Estaba buenísima.

—Llévate un poco.

—No hace falta.

—Aquí esa frase no sirve.

Mientras Teresa preparaba una porción, Adriana se acercó a Mateo.

—No tienes que demostrar nada porque yo esté delante —dijo en voz baja.

Él sostuvo una tapa verde sobre un recipiente azul.

—No estoy demostrando nada.

—Mejor.

—En mi familia siempre nos hemos ayudado.

Adriana miró hacia Ángela, que había regresado al ordenador y respondía un correo mientras su madre le dejaba un café al lado.

—Puede ser —dijo—. Pero parece que algunas ayudas tienen horario y otras están de guardia.

No añadió nada más. Cogió la bolsa con la comida y se despidió.

Mateo encontró por fin una tapa. Encajó con un chasquido tan satisfactorio que estuvo a punto de enseñársela a alguien. Nadie miraba.

Ángela le tendió una carpeta.

—Aquí tienes lo que falta. No me preguntes qué tienes que hacer. Está apuntado en la primera página.

—No soy idiota.

—No. Ese es el problema. Eres perfectamente capaz y te has acostumbrado a que ser capaz sea opcional para ti.

Mateo recibió la carpeta. Quiso decirle que llevaba desde los diecisiete años levantándose antes del amanecer, que había cuidado a su padre durante las primeras semanas después de la operación, que nunca había dejado a la familia tirada cuando había un problema de verdad. Todo aquello era cierto.

También era cierto que no sabía dónde estaban los recipientes, cuándo caducaba la receta de Antonio ni cuántos mensajes necesitaba enviarle Ángela para conseguir una ficha completa.

—Mándame la factura de tu tiempo —dijo, a la defensiva—. Si es una cuestión de cobrar, te pago.

Ángela soltó una risa sin humor.

—No quiero que me pagues una tarde como si te hubiera hecho una gestión. Quiero que entiendas que esto es un trabajo permanente y que dejéis de dar por hecho que será mío.

Se guardó el portátil y salió con su bolso. Teresa la siguió hasta la puerta para darle fruta. Antonio encendió el televisor. La casa recuperó su orden habitual, pero Mateo ya no consiguió verlo como algo que sucedía solo.

Abrió la carpeta. En la primera página, Ángela había escrito seis tareas con fechas, teléfonos y documentos adjuntos. Tardó cuarenta minutos en completarlas. La ficha estaba, en efecto, en el asiento de la furgoneta debajo de una chaqueta.

Cuando terminó, añadió en su propio calendario la revisión de noviembre, los ejercicios diarios de Antonio y la renovación de la póliza de la valla. Después escribió a su hermana:

Hecho todo. El sábado voy yo con papá. No hace falta que me lo recuerdes.

Ángela tardó en contestar.

Eso último está por ver.

Mateo habría preferido un agradecimiento. Guardó el teléfono y salió al corral.

Al otro lado del muro sonaban los cencerros. Identificó el de Rosalía, el del grupo de las corderas y el golpe grave de la oveja más vieja. Podía oír una diferencia mínima dentro de un rebaño entero.

Sin embargo, no supo en qué momento la voz de su hermana había pasado de ayudar a pedir auxilio.

Capítulo 9

El mapa y la vereda

Adriana extendió el mapa sobre el capó de la furgoneta y colocó cuatro piedras en las esquinas para que el viento no se lo llevara.

—La entrada debería estar aquí —dijo, señalando la plaza—. Recepción, programa y primera explicación del proyecto. Después, taller, lavadero y ruta corta hasta el mirador.

Mateo apoyó un dedo sobre el papel.

—Por esta calle no puede pasar un grupo grande. Hay coches en las puertas y el giro de la esquina es estrecho.

—Se puede cerrar durante dos horas.

—Se puede pedir. Que Bartolo quite la furgoneta es otro proyecto con su propia financiación.

Estaban junto al antiguo lavadero, una construcción de piedra a las afueras del pueblo. El tejado se había restaurado unos años antes, pero las pilas seguían vacías y una de las entradas estaba protegida por una cadena. A su alrededor crecían álamos jóvenes y hierba seca. Desde allí se veía la torre de la iglesia, el perfil bajo de las casas y, más allá, una extensión de campos que cambiaba del ocre al verde apagado.

Era viernes por la tarde. Llevaban una hora recorriendo posibles accesos y todavía no se habían puesto de acuerdo sobre el primer tramo.

Lo sorprendente era que Adriana no estaba irritada.

Mateo no había intentado decidir el itinerario completo. Marcaba pendientes, anchuras y parcelas; ella calculaba tiempos, accesibilidad y puntos de interés. Cuando disentían, él ofrecía una

razón en lugar de la frase que Pilar había prohibido convertir en argumento. A veces la razón era buena. Otras veces solo estaba mejor disfrazada.

—¿Y si entramos por la calle del consultorio? —propuso Adriana.

—Tiene escalones al final.

—Entonces excluimos a cualquiera que lleve silla de ruedas o carrito.

—La ruta del campo tampoco puede hacerse en silla de ruedas.

—No toda la feria tiene que exigir completar toda la ruta. Necesitamos un recorrido principal accesible y actividades opcionales.

Mateo miró hacia un camino lateral.

—Hay una entrada por detrás del almacén. Es más larga, pero está asfaltada hasta el lavadero.

—No aparece en el mapa.

—Porque esto no es un mapa de caminos agrícolas.

—¿Podemos verla?

—Para eso hemos venido.

Recogieron el papel y subieron a la furgoneta. Canelo ocupaba la parte trasera, separado por una rejilla. Mateo condujo por una calle estrecha, saludó a tres vecinos y se detuvo para dejar pasar a una mujer con dos bolsas. Todo el mundo parecía saber quién era Adriana aunque ella no conociera a todo el mundo.

—La noticia del atasco de las ovejas ha llegado más lejos que la fibra —dijo.

—Valdebruna tiene su propia red.

—Charo.

—Charo es el servidor central.

La entrada trasera del almacén resultó útil. Permitía llegar al lavadero sin escalones, pasaba cerca del taller de La Hebra y desembocaba en una explanada donde podían montarse algunos puestos. Adriana tomó fotografías, midió el ancho con una aplicación y añadió notas.

—Tenías razón —dijo.

Mateo, que bebía agua, casi se atragantó.

—¿Puedes repetirlo? No estaba grabando.

—Disfrútalo sin abusar. Caduca en treinta segundos.

—¿Sobre qué tenía razón exactamente?

—Sobre este acceso. Si intentas extenderlo a otros asuntos, lo retiro.

—Demasiado tarde. Ya es parte del acta.

Continuaron a pie por una vereda que subía suavemente entre almendros. El plan consistía en llevar a los visitantes hasta un pequeño mirador natural sin acercarlos al rebaño más de lo prudente. Mateo calculaba que podían situar una demostración de trabajo con perro en una parcela cercada. Adriana insistía en que la explicación debía dejar claro que no era un número de circo.

—Canelo trabaja mejor con gente mirando que Sebas —dijo Mateo.

—La comparación no me ayuda.

—A Canelo le das una orden y sabe cuándo parar.

—Ahora sí.

Adriana sacó del bolsillo una tarjeta provisional con un código QR y la sostuvo a la altura de un poste.

—Quería enlazar aquí la información de la demostración. Horario, normas y una pieza corta sobre cómo trabaja Canelo.

Mateo miró su teléfono.

—Aquí no hay cobertura.

—En el mío aparece una raya.

—Esa raya es decorativa. A veces llega un mensaje de Navidad en febrero.

Adriana intentó abrir el enlace. La pantalla giró durante unos segundos y luego ofreció una página en blanco con una seguridad casi ofensiva.

—Vale. Cartel con la información esencial y descarga previa desde la plaza.

—Y una copia en papel para quien no lleve teléfono —añadió Mateo—. Aquí viene mucha gente mayor a las jornadas.

—También letra grande y un número al que llamar. Aunque si no hay cobertura…

—El número es para antes. Durante la ruta tiene que haber una persona delante y otra cerrando. Y hay que dejar paso por si entra

un vehículo de la finca.

Adriana anotó las condiciones. Después midió la altura del poste, calculó dónde quedaría el cartel sin obligar a nadie a agacharse y fotografió el tramo con una persona imaginaria ocupando una silla de ruedas. Mateo esperó sin impaciencia. Cuando ella terminó, señaló una acequia medio oculta por la hierba.

—Eso hay que marcarlo. Con el terreno seco parece un desnivel pequeño, pero después de llover resbala.

—¿Podemos cubrirlo con una pasarela temporal?

—Si no bloquea el agua. Te dibujo cómo pasa por debajo.

Se agachó sobre el cuaderno y trazó el cauce, las entradas de la parcela y el giro que necesitaría un vehículo. Adriana añadió el flujo de visitantes y movió el punto de la demostración siete metros. Las dos capas encajaron con una facilidad que resultó casi íntima: él conocía lo que el terreno hacía; ella, lo que las personas intentarían hacer sobre él.

—Así funciona —dijo Mateo.

—Todavía no. Así tiene posibilidades de funcionar.

—Eso es lo más parecido a un entusiasmo que te he oído desde que se ha caído internet.

—Mi entusiasmo se activa con planes de contingencia.

—Una mujer fácil de impresionar.

—Muchísimo. Dame señalización legible y un presupuesto con imprevistos y soy tuya.

La frase salió con ligereza, pero el silencio de Mateo tardó medio segundo más de lo normal. Adriana cerró el cuaderno antes de que él pudiera encontrarle otro significado.

La vereda atravesaba una finca cerrada por una cancela metálica. Mateo sacó una llave, abrió el candado y tiró. La hoja no se movió.

—Está vencida —dijo.

—¿Tenemos otro camino?

—Sí. Dando una vuelta de tres kilómetros.

—Entonces esta cancela va a descubrir el valor de la colaboración.

Adriana dejó la carpeta en el suelo y agarró uno de los barrotes. Mateo se colocó junto al extremo.

—Tienes que levantar mientras yo tiro.

—Puedo tirar.

—Desde tu lado no.

—¿Por una razón física o porque siempre…?

—Porque la bisagra está aquí. —Señaló el anclaje—. Si quieres cambiamos y lo compruebas.

Adriana ocupó su lugar. Tiró. La cancela se clavó aún más contra la piedra.

—Satisfecha —dijo Mateo.

—Informada. No es lo mismo.

Volvieron a cambiarse. Él levantó el extremo con ambas manos mientras ella empujaba desde el centro. El metal rechinó, avanzó diez centímetros y volvió a atascarse.

—Otra vez —dijo Mateo.

—A la de tres.

—Una, dos…

—Has empujado antes del tres.

—Iba a decir ya.

—Eso no es contar.

—Las ovejas no necesitan tres.

—Trabaja con ellas, entonces.

—Están ocupadas.

A la segunda intentona, la hoja cedió de golpe. Adriana perdió el equilibrio hacia delante. Mateo soltó la cancela para sujetarla por la cintura. El impulso los llevó contra el poste, ella con una mano apoyada en su pecho y él rodeándola con el brazo.

El mundo no se detuvo. Canelo jadeaba junto a la furgoneta. Un tractor trabajaba en una parcela lejana. El viento movía las hojas secas de los almendros. Sin embargo, a Adriana le pareció que todos aquellos sonidos se habían apartado unos metros.

Mateo tenía el rostro muy cerca. Sus ojos eran más verdes en aquella luz, aunque ella habría jurado que el primer día eran color miel. Quizá cambiaban. Quizá nunca los había mirado el tiempo suficiente.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí.

La mano de Mateo continuaba en su cintura. No apretaba, pero estaba allí: grande, cálida incluso a través de la camisa. Adriana notaba bajo la palma el latido firme de su pecho. Ninguno parecía recordar qué movimiento debía hacerse primero para recuperar una distancia razonable.

Mateo bajó la vista hacia su boca.

Esta vez no fue una impresión fugaz. Adriana lo vio hacerlo y supo que él vio cómo ella no se apartaba.

Se inclinó apenas.

La cancela se desplomó detrás de ellos con un estrépito metálico.

Canelo ladró. Adriana dio un salto y Mateo la soltó. La hoja había salido de la bisagra inferior y descansaba torcida sobre el suelo.

—Perfecto —dijo ella, alisándose la camisa—. Muy accesible.

Mateo se agachó junto al anclaje.

—Está oxidado.

—Un diagnóstico tranquilizador después de arrancarlo.

—No lo hemos arrancado. Ya estaba casi suelto.

—Ha esperado a que llegáramos para manifestarse.

Ambos hablaban demasiado deprisa. Adriana recogió la carpeta, aunque no había ningún peligro de que se volara. Mateo examinó la bisagra con una concentración que habría resultado más convincente si no tuviera las orejas ligeramente rojas.

—Hay que arreglarla antes de la feria —dijo.

—Voy a anotarlo.

—Y mientras tanto no puede pasar nadie.

—También voy a anotarlo.

Adriana escribió: *Reparar cancela*. Debajo, sin ninguna necesidad técnica, trazó dos veces la misma línea.

Continuaron por la vereda. La conversación se volvió estrictamente profesional durante casi diez minutos. Hablaron de señales, seguros, agua y tiempo estimado. Mateo mantenía una distancia escrupulosa, como si existiera el riesgo de que otro elemento del paisaje los empujara el uno contra el otro.

Al llegar al mirador, la incomodidad cedió ante la vista.

El terreno descendía hacia una sucesión de parcelas separadas por ribazos. El pueblo quedaba a la izquierda y, al fondo, la sierra

parecía una sombra azul. En una ladera cercana pastaba el rebaño. Desde aquella distancia, las ovejas eran pequeñas manchas móviles y los cencerros llegaban suavizados por el aire.

—Aquí —dijo Adriana—. El final tiene que ser aquí.

Mateo asintió.

—Al atardecer se ve mejor.

—La feria es por la mañana.

—Podemos hacer una segunda ruta al final del día. Con menos gente.

Adriana imaginó un grupo pequeño, una explicación sobre el territorio y las fibras, el regreso con la luz descendiendo sobre el pueblo. Sacó el cuaderno.

—Una actividad con reserva. Veinte personas como máximo.

—Quince.

—Veinte hace que salga mejor el coste del guía.

—Quince evita que se metan tres en el sembrado cuando alguien se pare a hacer una foto.

—Dieciocho.

Mateo la miró.

—Eso no tiene ninguna lógica.

—Tiene lógica negociadora.

—Dieciséis y una plaza para quien guíe.

—Diecisiete más guía.

—Hecho.

Adriana anotó el acuerdo.

—Trabajamos bastante bien cuando no intentas organizar a las mujeres por grupos.

La frase le salió antes de decidir si debía pronunciarla. Mateo no se defendió.

—Trabajo bastante bien cuando sé de qué hablo.

—El problema es que crees saber de casi todo.

—Eso también me lo dicen en casa.

—Ángela estaba muy enfadada.

Él apoyó las manos en el murete de piedra.

—Lleva mucho trabajo. A veces paga conmigo el cansancio.

Adriana cerró el cuaderno.

—Puede ser. O puede que parte de su cansancio seas tú.

Mateo miró el rebaño durante unos segundos.

—He hecho todo lo que me dejó apuntado.

—Bien.

—No parece impresionarte.

—¿Querías impresionarme?

Él volvió la cabeza. La pregunta quedó entre ambos con un significado que ya no tenía nada que ver con facturas o citas médicas.

—No lo sé —dijo.

Era la primera vez que Adriana lo oía reconocer que no sabía algo. La honestidad le resultó más seductora que cualquier certeza.

Un grupo de ovejas cambió de dirección. Mateo inclinó la cabeza y escuchó. Adriana quiso preguntarle qué había percibido, pero antes de hacerlo él señaló hacia la derecha.

—Rosalía se ha separado.

—¿La ves desde aquí?

—La oigo.

El golpe agudo del cencerro azul se distinguía débilmente del resto. Mateo emitió un silbido largo. A lo lejos, Canelo corrió hacia el borde del grupo y una pequeña figura blanca regresó con las demás.

—Es increíble —admitió Adriana.

—¿El perro?

—Que puedas escuchar una campana concreta desde tan lejos.

Mateo se encogió de hombros.

—Cuando llevas años oyéndolas, sabes cuál falta.

Adriana pensó en la cocina de Teresa, en Ángela diciendo que no podía partirse en cuatro y en la cara de Mateo al reconocer que quizá no había oído algo importante. No dijo nada. Él tendría que hacer solo aquel recorrido.

El sol empezó a descender cuando regresaron. Frente a la cancela desmontada, tuvieron que pasar de lado entre el poste y el borde de la finca. Mateo cruzó primero y sostuvo la hoja para abrirle espacio.

—Puedes pasar —dijo.

Adriana se detuvo.

—¿Puedo o quieres que pase?

Él entendió la broma. Su sonrisa apareció lentamente.

—He abierto la cancela. El camino lo eliges tú.

—Vas aprendiendo.

Adriana pasó junto a él. Sus brazos se rozaron, esta vez sin accidente. La cercanía volvió a tensar el aire, pero ninguno intentó recuperar el momento anterior.

En la furgoneta revisaron el mapa. Mateo trazó con un lápiz el acceso que no aparecía y Adriana añadió los puntos de actividad. Su letra recta y la de él, inclinada y grande, compartieron el papel sin taparse.

—Al final el mapa no estaba tan mal —dijo ella.

—Le faltaban caminos.

—Para eso necesitaba a alguien que los conociera.

Mateo cerró el capó con cuidado para no atrapar el papel.

—Y el camino necesitaba a alguien que supiera para qué iba a usarlo.

La frase la sorprendió. No era un elogio grandioso, pero reconocía su trabajo sin convertirlo en colores bonitos ni páginas de internet.

Adriana dobló el mapa y lo guardó en la carpeta.

Durante el regreso al pueblo, pensó en la cancela cediendo, en la mano de Mateo sobre su cintura y en ese segundo suspendido antes del estrépito. Podía fingir que había sido un accidente. Podía atribuir el pulso acelerado al esfuerzo y el silencio de él a la vergüenza por haber roto una bisagra.

Lo que no podía hacer era seguir creyendo que el único peligro de las veredas consistía en perderse.

Capítulo 10

Bajo la tormenta

Adriana había aprendido tres cosas sobre el campo en las cinco semanas que llevaba en Valdebruna. La primera era que una distancia «de aquí al lado» podía requerir cuarenta minutos, dos cancelas y una conversación con alguien que pasaba por allí. La segunda, que el barro distinguía las botas de ciento veinte euros de las de diecinueve con una eficacia casi ideológica. La tercera, que cuando Mateo miraba el cielo y decía «no tardará», convenía preguntar qué era exactamente lo que no iba a tardar.

—Podrías haber especificado que hablabas del diluvio —le reprochó.

El viento acababa de darle la vuelta al paraguas. No era una metáfora elegante. Las varillas apuntaban hacia ella como las patas de una araña muerta.

Mateo, que caminaba unos pasos por delante con la mochila de las cámaras protegida bajo el impermeable, se volvió sin dejar de avanzar.

—Te dije que trajeras el chubasquero.

—Me dijiste: «Echa algo por si refresca».

—Eso, en octubre, es el chubasquero.

—Eso, en un idioma normal, es una rebeca.

Un trueno hizo temblar la ladera. Mateo dejó de sonreír.

Habían subido a una de las antiguas veredas de la sierra para localizar el lugar desde el que Adriana quería fotografiar el rebaño al amanecer. Desde allí, antes de que el cielo se cerrara, se veía el mosaico de encinas, rastrojos y lomas pálidas que rodeaba

Valdebruna. Ella había imaginado una serie de imágenes limpias, con la lana destacando contra la tierra oscura y el primer sol detrás. A esas alturas se conformaba con que la campaña no terminara titulándose *Mujer encontrada fosilizada junto a un paraguas*.

La lluvia empezó sin transición. Una cortina gruesa borró el pueblo al fondo y convirtió el sendero en una reguera.

Mateo regresó hasta ella, le cerró con rapidez la cremallera de la chaqueta y señaló hacia un grupo de carrascas.

—Hay una caseta más abajo.

—¿Más abajo en qué sentido? Porque ya no veo el mundo.

—Sígueme.

Adriana se apartó cuando él intentó cogerla por el codo.

—Sé seguir una espalda.

Mateo retiró la mano sin discutir. Fue un gesto pequeño, apenas visible entre el agua y las prisas, pero ella lo registró. La semana anterior habría insistido en que era para que no se cayera. Aquella vez se limitó a bajar más despacio.

La caseta apareció al otro lado de un ribazo: una construcción de piedra seca, baja y redonda, con una puerta de madera que parecía haber sobrevivido a tres guerras y a varios presupuestos municipales. Mateo tuvo que empujar con el hombro. Adriana entró detrás de él justo cuando una ráfaga barrió el claro.

Dentro olía a tierra húmeda, tomillo viejo y humo apagado. Había un banco corrido de piedra, una repisa con dos velas consumidas y una escoba sin ninguna intención de seguir ejerciendo. La lluvia golpeaba el tejado con una violencia que reducía el mundo a aquel círculo oscuro.

—¿Esto es seguro? —preguntó Adriana.

Mateo dejó la mochila en el rincón más seco.

—Lleva aquí más de cien años.

—Las ruinas romanas también y no me metería debajo durante una tormenta.

—No hay metal, no hay árboles encima y la piedra está bien trabada.

—Eso sonaba casi a informe técnico.

—Puedo añadir un sello si te tranquiliza.

Él se quitó el impermeable. Debajo llevaba un jersey de lana gris, oscuro en los hombros por el agua. Adriana intentó escurrirse el pelo y descubrió que su coleta pesaba como una cuerda de pozo.

—Tienes la camiseta empapada —dijo Mateo.

—Gracias. Pensaba que era una experiencia sensorial.

Abrió la mochila y sacó, junto a las cámaras, una prenda doblada dentro de una bolsa.

—Ponte esto.

Era una camisa de franela verde, ancha y seca. Adriana la miró y después lo miró a él.

—¿Llevabas ropa de repuesto?

—Llevaba algo por si refrescaba.

Ella soltó una carcajada que otro trueno cortó por la mitad.

Mateo se volvió hacia la puerta mientras Adriana se quitaba la chaqueta y se ponía la camisa sobre la camiseta. No hizo un espectáculo de su corrección. Se limitó a darle intimidad en un espacio que apenas medía cuatro metros de diámetro.

La franela olía a jabón y a él, una mezcla de madera, campo y ese frío limpio que traía pegado a la ropa por las mañanas. Adriana dobló las mangas tres veces.

—Parezco una cantante de folk que ha tomado malas decisiones.

—Te queda bien.

Mateo lo dijo todavía de espaldas. A Adriana le agradó más de lo conveniente.

Se sentaron en extremos opuestos del banco. Durante unos minutos escucharon el agua. Mateo identificó sonidos que para ella eran un único estruendo: el canal que se estaba formando detrás, una rama que golpeaba la pared, el granizo breve sobre las losas superiores.

—¿Cómo distingues todo eso? —preguntó.

—Porque llevo años oyéndolo.

—También llevas años oyendo hablar a tu hermana y no siempre parece servir de mucho.

Mateo hizo una mueca.

—Eso ha sido bajo.

—Estamos en una caseta. Todo queda bajo.

Él rio, pero no se refugió del todo en la broma.

—Ángela sigue enfadada conmigo.

—Ángela no está enfadada porque no le hayas dado las gracias por una factura. Está cansada de que la gratitud sea el salario de un trabajo que nadie considera trabajo.

—Ya.

Adriana esperó la explicación que solía venir después de aquel *ya*: que él tenía ovejas, que su hermana entendía mejor los papeles, que su madre prefería hacer ciertas cosas. No llegó.

—He estado mirando cuánto tiempo le lleva todo —dijo Mateo—. No se lo he preguntado todavía. Solo he empezado a fijarme.

—Es un comienzo.

—No suena a gran hazaña cuando lo dices así.

—Porque no lo es.

Mateo asintió despacio.

La lluvia se coló por una grieta y dibujó una línea oscura junto a sus botas. Él movió la mochila, comprobó el cierre y se sentó esta vez un poco más cerca. No demasiado. Lo bastante para que Adriana notara el calor de su brazo.

—¿Tú siempre has sabido hacer lo que haces? —preguntó Mateo.

—No. Nací sabiendo usar tipografías, pero la estrategia de marca tuve que estudiarla.

—Ya me entiendes.

Adriana apoyó la cabeza en la pared. La piedra estaba fría incluso a través de la camisa.

—Trabajé doce años en agencias. Al principio me encantaba. Había algo adictivo en ver una idea convertida en una campaña que aparecía por todas partes. Luego empecé a vivir dentro de calendarios ajenos. Las urgencias de otros decidían cuándo comía, cuándo dormía y con quién cancelaba una cena. Un día me escuché pedir perdón por querer irme a casa a las nueve de la noche.

—¿Y te fuiste?

—De la agencia, sí. De aquella reunión, a las once y cuarto.

—Muy rebelde.

—Siempre he sido peligrosa a plazos.

Sonrió, aunque recordarlo todavía le apretaba un punto bajo las costillas. La independencia le había costado clientes, ingresos regulares y más de una madrugada preguntándose si había confundido dignidad con imprudencia. Aun así, no habría vuelto.

—Elegir una vida no significa que deje de darte miedo —añadió—. Solo significa que el miedo no firma por ti.

Mateo miró la cortina de agua en la puerta.

—Yo no sé si he elegido la mía.

Adriana guardó silencio. Era la primera vez que lo oía hablar sin presentar su vida como una suma de certezas.

—El rebaño era de mi abuelo —continuó él—. Luego de mi padre. Desde crío sabía qué iba a hacer. No me obligaron. Se me daba bien y me gustaba. Pero una cosa puede gustarte y, aun así, venir ya decidida.

—¿Hubieras querido hacer otra cosa?

—Fotografía, durante una temporada. Tenía una cámara de segunda mano. Revelaba en el cuarto de baño hasta que mi madre se cansó de encontrar pinzas en la ducha.

Adriana giró la cabeza hacia él.

—¿Tú hacías fotos?

—Malas.

—Eso no te lo he preguntado.

Mateo se encogió de hombros.

—Mi padre decía que aquello era una afición de señoritos. Los amigos se reían porque fotografiaba sombras, paredes, manos… Dejé de hacerlo.

—Y ahora opinas sobre mis encuadres.

—Por eso sé reconocer los torcidos.

Adriana le dio un golpe suave con el hombro. Él no se apartó.

—¿Te daba miedo que se rieran?

—Me sigue dando miedo. No con las fotos. Con casi todo lo que no sé hacer. Bailar. Hablar delante de gente. Entrar en un sitio donde no conozco a nadie. —Se frotó las manos—. Cuando uno tiene veinte años puede hacer el ridículo y parece que está aprendiendo. A los cincuenta parece que ha llegado tarde.

Adriana lo observó. La penumbra le suavizaba las líneas del rostro, pero no lo hacía más joven. No lo necesitaba. Había algo profundamente atractivo en aquel hombre grande admitiendo, por fin, que parte de su inmovilidad no era convicción, sino miedo.

—A los cincuenta el ridículo dura lo mismo —dijo—. Lo que pasa es que tienes más años para anticiparlo.

—Qué alivio.

—Y una ventaja.

—¿Cuál?

—Que ya deberías saber que la gente está demasiado ocupada pensando en sí misma para recordar tus pasos de baile.

—No conoces a Charo.

—Buen punto.

Adriana se inclinó hacia la mochila y comprobó una vez más las cámaras. Las bolsas interiores estaban secas. Sacó la más pequeña, limpió una mota del objetivo y se la ofreció a Mateo.

—Toma.

Él no la cogió.

—¿Para qué?

—Para que recuerdes dónde está el botón.

—No necesito demostrar nada.

—No. Y yo no necesito que hagas una buena foto. Quiero saber qué veías cuando fotografiabas sombras y manos.

Mateo miró la cámara como si perteneciera a un oficio que había abandonado sin entregar las llaves. Finalmente la tomó. El gesto cambió en cuanto la sostuvo: el pulgar encontró los mandos, la mano izquierda se colocó bajo el objetivo y el cuerpo se inclinó apenas hacia delante.

—Estas pesan menos —dijo.

—Y cuestan bastante más. Procura que no aprenda a nadar.

Mateo enfocó la entrada. No fotografió la tormenta ni el paisaje borrado, sino el agua que caía desde el dintel y formaba una cortina delante de las botas de Adriana. Hizo un solo disparo.

Ella revisó la imagen. Sus pies aparecían abajo, quietos dentro de las botas manchadas, y más allá la vereda se deshacía bajo la lluvia. Era una foto sobria, extrañamente íntima.

—No está mal para un hombre que ha llegado tarde.

Mateo se la devolvió demasiado deprisa.

—Ha sido suerte.

—La suerte también necesita encuadre.

No insistió. Guardó la cámara y vio que él seguía observando la mochila cerrada. El deseo no siempre regresaba como una gran llamada. A veces asomaba un segundo, comprobaba si aún tenía permiso para existir y volvía a esconderse.

Un relámpago iluminó la caseta. Adriana vio una gota detenida en la ceja de Mateo. Antes de pensarlo, levantó la mano y se la quitó con el pulgar.

El silencio cambió de forma.

Mateo no se movió. Sus ojos bajaron hasta la boca de ella y regresaron despacio. Adriana sintió el latido en la garganta, absurdo y nítido bajo el estrépito de la lluvia. Estaban tan cerca que podía contar las motas ámbar de sus iris.

—Adriana…

No supo si era una pregunta o una advertencia. Tampoco tuvo tiempo de decidirlo. Un golpe seco sonó detrás de la pared y ambos se levantaron de un salto.

Mateo abrió la puerta apenas un palmo y miró fuera. Una rama gruesa acababa de caer junto a la caseta.

—Nada —dijo—. Solo una encina podando por libre.

Cuando se volvió, la distancia había regresado. No toda, pero sí la suficiente.

La tormenta perdió fuerza veinte minutos después. Bajaron por el sendero entre regueros, con Adriana todavía dentro de la camisa verde. Mateo caminó a su lado sin sujetarla. Solo le avisaba de las piedras sueltas y dejaba que ella escogiera dónde poner el pie.

Al llegar a los vehículos, Adriana abrió la puerta del coche y empezó a desabrocharse la camisa.

—Quédatela hasta que se seque tu ropa —dijo él.

—¿No vas a decirme que cogeré una pulmonía?

—He pensado que ya sabías si tienes frío.

Ella lo miró por encima del techo del coche.

—Aprendes deprisa bajo presión atmosférica.

Mateo sonrió, pero en sus ojos seguía aquella pregunta sin terminar.

Mateo cerró la puerta de la camioneta y miró hacia el cielo, que seguía negro sobre la loma.

—Tengo que pasar por el cercado de abajo. Julián ha recogido allí el rebaño antes de la tormenta.

—Voy contigo.

—Puedes volver al pueblo. Estás empapada.

—No te he preguntado qué puedo hacer. He dicho que voy contigo.

Mateo abrió la boca, la cerró y asintió.

—Sígueme con el coche. La entrada tiene barro.

—Eso último sí es información útil.

El cercado quedaba a menos de un kilómetro, en una hondonada protegida por encinas. Julián había dejado a las ovejas agrupadas junto a un cobertizo abierto, lejos del cauce que la lluvia acababa de improvisar en la parcela alta. Cuando los dos vehículos se detuvieron, el rebaño respondió con un rumor espeso de balidos y cencerros.

Mateo se puso el impermeable de nuevo.

—Voy a comprobar la valla y a contarlas. Puedes esperar dentro.

Adriana ya estaba cambiando los botines mojados por las botas de goma que llevaba en el maletero desde que Valdebruna le había enseñado a desconfiar de los pronósticos.

—¿Dónde te soy útil?

La pregunta pareció descolocarlo más que una negativa.

—En la puerta. Si la sujetas mientras pasan por el pasillo, puedo ver si alguna cojea.

—Eso síguelo diciendo. Lo de que voy a resfriarme puedes ahorrártelo.

—No iba a decirlo.

—Has mirado mi pelo con intenciones médicas.

Entraron en el cercado. La tierra se pegaba a las botas en bloques y el aire olía a lana mojada, un aroma mucho menos poético de lo que sugerían los anuncios de mantas. Adriana sostuvo la puerta estrecha mientras Mateo hacía avanzar a los animales por grupos.

No los empujaba. Usaba el cuerpo, un silbido y la ayuda de Canelo, que había permanecido con Julián y ahora trabajaba como si la tormenta no hubiera alterado su jornada.

—Ciento noventa y ocho, ciento noventa y nueve… —contó Adriana.

El pasillo quedó vacío.

—Falta una —dijo.

—Faltan dos. Has contado dos veces a la del hocico negro.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque siempre intenta volver por el lado izquierdo.

Mateo recorrió el cobertizo. Encontraron una oveja resguardada detrás del depósito de agua y a Rosalía con la cabeza introducida en un saco de paja que no contenía nada comestible desde hacía meses. El cencerro azul golpeaba la chapa a cada tirón.

—Ahí están tus dos delincuentes —dijo Adriana.

—Una está asustada. La otra es reincidente.

Mateo se acercó despacio a la primera, dejó que oliera su mano y la condujo hacia el grupo. Adriana se ocupó de Rosalía. Le sacó la cabeza del saco, recibió un golpe de morro en el hombro y la guió hasta el pasillo sujetando el borde de la lona fuera de su alcance.

—No llevo planos y aun así encuentras la forma de robarme algo —le reprochó.

Rosalía pasó junto a ella con el orgullo intacto y se reincorporó al rebaño. Mateo comprobó el cierre, el nivel del bebedero y la pata de una cordera que había resbalado. Adriana no intentó ayudar donde no sabía. Hizo preguntas, sostuvo la puerta y anotó en el móvil que aquel cobertizo podía formar parte de la ruta de la feria si se nivelaba el acceso. El campo no era un escenario que Mateo desplegara para sus fotografías. Tenía ritmos, riesgos y decisiones anteriores a su cámara.

Cuando acabaron, la lluvia era apenas una neblina. Adriana regresó al coche cubierta de barro hasta las rodillas y con una satisfacción que no pensaba atribuir a ninguna supuesta conversión rural.

Durante el trayecto a Valdebruna, antes de tomar la carretera, bajó la ventanilla. Detrás de la valla oyó el cencerro de Rosalía entre

todos los demás. Antes le había parecido siempre el mismo sonido. Esa tarde distinguió cuándo la oveja se movía, cuándo se detenía y cuándo golpeaba adrede la chapa para protestar.

Quizá escuchar no consistía en oír algo nuevo.

Quizá consistía en dejar de dar por hecho que ya se sabía lo que significaba.

Capítulo 11

Una disculpa con verbo

Mateo llevaba desde las seis y media de la mañana intentando no pensar en la boca de Adriana, lo cual habría resultado más sencillo si la camisa verde que ella le había devuelto no estuviera colgada justo delante de él.

La había lavado. También la había planchado, algo que Mateo dedujo por la raya impecable de las mangas y por una nota sujeta al cuello con una pinza: «Gracias por el refugio y por no diagnosticarme una pulmonía. A.». La letra inclinada parecía burlarse de él desde el tendedero interior.

La dobló, la guardó en un cajón y, treinta segundos después, volvió a abrirlo porque había dejado un calcetín debajo.

—Esto empieza estupendamente —murmuró.

La reunión de La Hebra era a las diez. Mateo llegó siete minutos antes, que en Valdebruna equivalía a una declaración de intenciones. Pilar aún estaba colocando las sillas del antiguo salón parroquial. Nuria extendía sobre una mesa muestras de fieltro y etiquetas provisionales. Adriana revisaba una presentación en el portátil, vestida con una chaqueta azul y una coleta alta que no tenía ninguna obligación de recordarle la tormenta, pero lo hizo.

—Buenos días —dijo él, procurando que sonara como si no hubiera estado a punto de besarla dentro de una caseta.

—Buenos días —respondió ella, con un tono que demostraba que también podía fingir normalidad y probablemente había realizado cursos avanzados.

Mateo ayudó a Pilar a mover una mesa. Después preguntó dónde la quería, en lugar de depositarla bajo la ventana porque allí había estado siempre. Pilar lo miró con sospecha.

—En el centro.

—¿Atravesada o a lo largo?

—A lo largo. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—Pues avisa si empeoras.

Fueron llegando Ángela, Lucía, dos ganaderos de la cooperativa, tres mujeres de la asociación y Sebas, que apareció con café para los hombres y una caja de pastas «para que repartieran ellas». Pilar le señaló la mesa sin decir una palabra. Sebas dejó allí la caja y se sirvió su propio café bajo ocho miradas femeninas.

Adriana abrió la sesión.

—Hoy necesitamos cerrar tres cuestiones: quién aporta cada tipo de lana, qué capacidad real de producción tenemos y qué información queremos que acompañe a cada pieza. Real, no aspiracional. Si podemos fabricar veinte fundas al mes, no vamos a prometer cien porque una diapositiva quede más bonita.

—La lana más blanca la puedo separar yo y… —empezó Mateo.

Se oyó a sí mismo antes de terminar. Adriana tenía una mano apoyada en el respaldo de la silla. No parecía enfadada. Tampoco impresionada.

Mateo cerró la boca.

—Perdona, Nuria. Estabas hablando tú.

Nuria parpadeó.

—Todavía no había empezado.

—Pues estabas a punto.

—Eso sí.

Hubo un silencio corto. Sebas carraspeó para esconder una risa. Mateo sintió un calor incómodo en el cuello. Durante medio segundo estuvo tentado de convertirlo en broma y recuperar el terreno. En lugar de eso, sacó el bolígrafo.

—Decía que podemos hacer las mantas pequeñas por tandas —continuó Nuria—. Las fundas y los salvamanteles permiten

aprovechar retales. Pero necesitamos saber con antelación qué lana llega lavada y cuál no.

Mateo tomó nota. Cuando Nuria terminó, explicó qué lotes podía separar y cuánto tiempo necesitaba. Adriana hizo dos preguntas. Él respondió solo a las dos.

No fue una experiencia mística. No se abrió el techo ni bajó una voz a felicitarlo por haber dejado hablar a una mujer durante cuatro minutos completos. Simplemente la reunión avanzó más deprisa.

La segunda cuestión levantó más polvo. Ángela propuso que cada producto llevara una tarjeta con el nombre de la artesana, el origen de la lana y las horas aproximadas de trabajo. Sebas apoyó los codos sobre la mesa.

—Eso de poner la historia está bien. La gente compra más si sabe que la lana viene del Gato y que las piezas las hacen aquí.

—No ha dicho eso —intervino Pilar.

—Bueno, pero se entiende.

—No —dijo Adriana—. Precisamente estamos intentando dejar de confiar en que las cosas importantes «se entiendan».

Mateo vio que Sebas se volvía hacia él, invitándolo a suavizar el ambiente. Era lo que solían hacer: una frase graciosa, una palmada y el asunto quedaba reducido a un exceso de seriedad de las mujeres.

—La idea es de Ángela —dijo Mateo—. Y no consiste en poner mi nombre más grande. Consiste en que se sepa quién ha hecho cada parte.

—Si yo no he dicho que sea tuya —protestó Sebas.

—Has empezado por mí y has dejado a las artesanas en «las piezas las hacen aquí». Tienen nombre.

Ángela lo miró. Mateo habría preferido que sonriera o asintiera, cualquier señal que le permitiera saber que había acertado. Su hermana se limitó a pasar la página del cuaderno.

—Entonces —dijo ella—, ¿incluimos también el lote y la explotación? Así hay trazabilidad.

—Por mí, sí —respondió Mateo.

—Falta escuchar a los demás ganaderos —señaló Adriana.

Mateo notó la corrección. También notó que no le dolía.

Preguntaron. Uno aceptó y el otro pidió que el sistema fuera sencillo. Lucía explicó qué datos sanitarios podían comunicarse sin convertir la etiqueta en un prospecto. Cuando Mateo la llamó «chiquilla», la palabra salió por pura costumbre.

—La chiquilla sabe qué… —Se detuvo—. Lucía. Perdona.

La veterinaria levantó una ceja.

—Mira, otro milagro sin romería.

—No abuses, que aún puedo recaer.

—Entonces no es un milagro. Es conducta.

Adriana bajó la vista para ocultar una sonrisa. Mateo sintió algo parecido al orgullo y se obligó a no disfrutarlo demasiado. Si solo se comportaba bien cuando ella estaba mirando, no era comportamiento. Era cortejo con papelería.

Al llegar a los plazos, propuso llevar la primera entrega el lunes. Adriana consultó a Nuria antes de apuntarlo.

—¿Te da tiempo a recibirla y clasificarla?

—El lunes no. Tengo a Alma conmigo y sale del colegio a las dos. El martes por la mañana, sí.

Mateo pensó que él podía dejarla el lunes en el almacén y ahorrarse el viaje del martes. La solución se le formó entera en la cabeza, con llaves, horarios y hasta el lugar donde apilar los sacos.

—¿Prefieres que vaya el martes o que lo deje el lunes en el almacén? —preguntó.

Nuria eligió el martes porque quería comprobar los lotes al recibirlos.

—Hecho.

No explicó por qué el lunes era más práctico. No insistió. La solución de Nuria no necesitaba vencer a la suya para ser válida.

Pilar pasó al reparto de tareas para la jornada de prueba. Había que mover mesas, colocar señales, preparar agua para el taller y registrar las entradas de material. Sebas miró la lista.

—Las mesas podemos traerlas nosotros. Lo de recibir a la gente y preparar las cosas, vosotras sabréis mejor.

Mateo conocía el mecanismo. Los hombres cargaban durante veinte minutos, recibían las gracias y se marchaban a por una cerveza; las mujeres pasaban dos días haciendo listas, comprando

vasos, confirmando asistentes y recogiendo cuando nadie quedaba para verlo.

—Yo puedo encargarme del agua, los vasos y la recogida —dijo.

Sebas se volvió hacia él.

—¿Tú vas a poner vasos?

—No sabía que exigieran una titulación.

—No pega mucho contigo.

—Entonces será una jornada de descubrimientos.

Pilar escribió su nombre en la pizarra.

—La compra se hace con factura —le advirtió Ángela—. Nada de perder el tique y luego decir que son veinte euros.

Mateo estuvo a punto de responder que siempre le había entregado los gastos. Recordó tres comidas de la cooperativa que Ángela había tenido que reconstruir preguntando por WhatsApp y cerró la boca.

—Con factura —repitió.

—Y no le preguntes a mamá dónde están los termos —añadió su hermana—. Están en el armario del salón de actos. Etiquetados.

—Sé leer.

—Hoy estamos confirmando muchas capacidades.

Adriana repartió entonces unas fichas de una sola página. En la parte superior aparecían cuatro campos: explotación, tipo de lana, tratamiento y persona responsable de verificar los datos. Debajo había un espacio breve para explicar el origen del lote sin convertir la etiqueta en una novela pastoril.

—Necesito una por cada ganadería antes del martes —dijo—. La información técnica tiene que venir de quien conoce el material. Yo la adapto al espacio y al tono de la marca, pero no voy a inventarla.

Eusebio examinó la hoja.

—Yo te mando un audio con lo que haga falta y tú lo pones bonito.

—Puedes mandarme un audio si después revisas y apruebas por escrito la ficha. No asumiré la responsabilidad de adivinar si cuando dices «esta lana es la buena» hablas de finura, longitud o simpatía del animal.

—Tú entiendes de comunicar.

—Y tú de tu lana. Por eso el trabajo necesita a los dos.

No sonó a negativa caprichosa ni a una profesional defendiendo territorio por orgullo. Adriana estaba protegiendo la exactitud del proyecto y también su tiempo. Mateo recordó cuántas veces había enviado a Ángela una fotografía torcida de un documento con un «mira a ver qué piden», como si entender un problema incluyera resolverlo.

—Podemos rellenar el primer ejemplo ahora —propuso Adriana—. Así sabremos si la ficha sirve o solo es bonita.

Colocó sobre la mesa una muestra del lote que Mateo había separado la semana anterior.

—Descríbela para alguien que no ha tocado una oveja en su vida.

—Es vellón de manchega, de la zona del costillar, con una longitud media de seis centímetros y buen rizado para…

—Te he perdido en «costillar» —dijo Maribel.

—Y yo en «longitud media» —añadió Pilar—. Parece la descripción de un sospechoso.

Mateo miró la fibra entre sus dedos. Sabía reconocerla, limpiarla y explicar durante una hora qué podía hacerse con ella. Traducir ese conocimiento sin esconderlo bajo tecnicismos era otra clase de oficio.

—Es una lana resistente —dijo al fin—. No es la más suave para llevarla pegada al cuello, pero funciona bien en fieltro y piezas que tienen que durar. Esta parte sale más limpia y uniforme porque se separa al esquilar.

Adriana escribió sin apartar la mirada de él.

—Eso sí lo entiende alguien que compra una bolsa. Lucía, ¿hay algo que no podamos afirmar?

La veterinaria leyó el borrador y pidió sustituir «natural» por una explicación concreta del lavado. Nuria añadió qué parte utilizaba para cada producto. En diez minutos, la ficha dejó de pertenecer a quien hablaba más alto y empezó a contener el trabajo de varias personas.

—El martes traeré la mía completa —dijo Mateo.

—La tuya y solo la tuya —precisó Adriana—. No recojas las de los demás para ahorrarnos tiempo. Cada responsable tiene que

responder por sus datos.

Mateo había estado a punto de ofrecerse exactamente a eso.

—Entendido.

Nadie lo felicitó por asumir una tarea. Pilar siguió repartiendo responsabilidades. Mateo anotó «vasos, agua, termos, recoger» y comprendió que un verbo concreto obligaba mucho más que ofrecerse a «ayudar en lo que hiciera falta». Lo segundo permitía aparecer cuando todo estaba decidido. Lo primero tenía hora, coste y consecuencias.

La reunión terminó a las doce y cuarto con una lista de responsables escrita por Pilar en la pizarra. Bajo «logística» había cuatro nombres. Bajo «diseño», Adriana y Nuria. Bajo «precios», Nuria, Ángela y Pilar. Mateo observó que el suyo no aparecía en todos los apartados y el edificio seguía en pie.

Sebas lo alcanzó fuera.

—¿Qué te han dado de desayunar?

—Café.

—Parecías un concejal en jornada de igualdad.

—Parecía alguien en una reunión.

—Si es por la madrileña, te aviso de que tanto esfuerzo luego crea expectativas.

Mateo guardó las llaves en el bolsillo.

—No es por la madrileña.

—Claro.

—Y se llama Adriana.

Sebas abrió las manos, divertido.

—Como quieras, Gato. Te estás volviendo muy fino.

Mateo habría respondido otras veces con alguna grosería sobre estar fino o no estarlo. Miró a través de la puerta. Ángela seguía dentro, recogiendo los vasos que Sebas y él habían usado.

Volvió sobre sus pasos, tomó los dos vasos y los llevó a la cocina.

—Tampoco hace falta que montes una representación —dijo Ángela.

—No la monto.

—Bien.

Su hermana siguió guardando papeles. Mateo lavó los vasos, los secó y los dejó donde Pilar le indicó. Aquella ausencia de aplausos empezó a parecerle la medida exacta de las cosas.

Adriana cerró el portátil cuando ya se habían marchado casi todos.

—La camisa está limpia —dijo.

—La he visto.

—No sabía si las pinzas de tu casa tenían protocolo de entrega.

—Solo para prendas diplomáticas.

Se quedaron de pie a ambos lados de la mesa. A Mateo le volvió a la memoria la gota en la ceja, el pulgar de ella y el golpe de la rama.

—Lo de hoy… —empezó él.

Adriana lo miró con calma. Mateo supo que podía decir *lo he hecho bien*, *¿te has fijado?*, *ves como puedo cambiar*. Cualquiera de esas frases convertía una conducta elemental en una moneda que ella debía pagar.

—Nuria tiene razón con los plazos —terminó—. El martes iré antes de las diez.

Algo se suavizó en la expresión de Adriana.

—Perfecto.

Mateo se dirigió a la puerta.

—Y, Mateo.

Se volvió.

—Gracias por devolverle la idea a Ángela.

—Era suya.

—Precisamente.

Salió a la plaza con una sensación extraña. No era la satisfacción limpia de haber hecho algo admirable. Era más modesta y más incómoda: la certeza de que durante años habría aceptado aquel mérito sin darse cuenta.

En el campanario dieron las doce y media. Mateo escuchó las campanas, el motor de una furgoneta, una persiana que subía y, desde el corral de la calle de atrás, un cencerro irregular.

Reconocer un sonido no bastaba para entenderlo.

Pero al menos ya empezaba a saber cuándo debía callarse para oír el resto.

Capítulo 12

La primera puntada

Adriana escribió «¿QUÉ ESTAMOS VENDIENDO?» en letras mayúsculas sobre el papel continuo y se apartó.

—Lana —respondió Eusebio, uno de los ganaderos.

—Gracias, Eusebio. Podemos irnos todos.

Pilar resopló desde su silla. Nuria escondió la risa detrás de una madeja. Mateo, apoyado contra la pared del taller, cruzó los brazos. Adriana ya reconocía aquella seriedad excesiva: era su manera de disimular que algo le hacía gracia sin concederle la victoria demasiado pronto.

—Vendemos cosas de lana —precisó Eusebio.

—Ahora sí que noto el avance estratégico —dijo Adriana.

El taller ocupaba el bajo de una antigua vivienda junto a la plaza. Tenía paredes encaladas, vigas oscuras y estanterías donde convivían mantas, moldes de fieltro, ovillos, cajas de botones y una cafetera que llevaba toda la mañana produciendo un líquido de consecuencias legales inciertas. Sobre la mesa central descansaban los primeros prototipos: dos fundas de cojín, un salvamanteles trenzado, una bolsa de fieltro y una manta pequeña con una costura azul inspirada en el cencerro de Rosalía.

Nada había nacido de una inspiración repentina de Adriana. Nuria y las demás llevaban años probando, descartando y mejorando. Su trabajo era conseguir que alguien ajeno al taller entendiera por qué aquellas piezas importaban y pagara lo suficiente para que pudieran seguir haciéndolas.

—No os pregunto qué objeto entregamos —explicó—. Os pregunto qué compra una persona además del objeto. ¿Qué queréis que sepa? ¿Qué no queréis fingir?

—Que esto no sale de una fábrica —dijo Maribel, una de las artesanas—. Cada pieza cambia un poco.

Adriana lo anotó.

—Que la lana es de aquí y no viene de la otra punta del mundo con una foto de ovejas manchegas puesta después —añadió Ángela.

—Que no somos señoras que hacen manualidades para entretenerse —dijo Nuria—. Es un producto y es trabajo.

—Eso va en grande —afirmó Pilar.

Adriana subrayó *trabajo* dos veces.

—Que se aprovecha una lana que ahora casi no vale nada —intervino Mateo—. Pero sin contar que le hacemos un favor a nadie. La lana no necesita dar pena.

Adriana lo miró. Era una observación buena, nacida del orgullo profesional y no de la necesidad de dirigir la conversación.

—Exacto. Nada de caridad rural ni de fotos en sepia. Producto contemporáneo, origen claro y personas reales.

—¿Y un pastor guapo apoyado en una cerca? —preguntó Maribel.

—Si encontramos uno, lo valoramos —dijo Adriana.

Mateo inclinó la cabeza.

—Puedo preguntar en la cooperativa.

Las risas deshicieron la rigidez inicial. Adriana repartió tarjetas y pidió que cada cual escribiera tres palabras. Durante media hora llenaron la pared con conceptos. Algunos servían: *duradero*, *local*, *abrigo*, *oficio*. Otros exigían una explicación.

—¿Quién ha puesto «oveja con dignidad»? —preguntó.

Lucía levantó la mano.

—Estoy cansada de las ovejas decorativas con lacito.

—Rosalía no aceptaría un lazo —dijo Mateo—. Se lo comería.

—Precisamente. Dignidad.

Las propuestas de nombre ocuparon otra pared. Había opciones razonables y otras que Adriana leyó en voz alta solo para que sus autores asumieran las consecuencias.

—«Tesoros de la abuela manchega».

Nuria levantó la mano de inmediato.

—No. Mi madre no ha tocado una rueca en su vida y yo tengo treinta y seis años.

—Además, suena a tienda con olor a ambientador de canela —dijo Ángela.

Adriana tachó el nombre.

—«Lana de antes para mujeres de hoy».

—¿Y los hombres no tienen sofá? —preguntó Lucía.

—Algunos creemos que se limpia solo —dijo Mateo.

Ángela lo señaló con el bolígrafo.

—Reconocerlo no te da puntos.

—No los he pedido.

Adriana tachó también aquella opción. Siguieron «Alma Manchega», «Raíces de Lana» y «El Susurro del Rebaño», que Mateo rechazó porque, según explicó, un rebaño de doscientas ovejas no susurraba jamás.

—No quiero que nos vendamos como una postal de otro siglo —dijo Nuria—. Usamos técnicas antiguas en algunas piezas, pero también diseñamos, hacemos pruebas y queremos vender por internet. No somos el decorado de una tradición.

—Eso tiene que estar en la identidad —respondió Adriana—. Origen sin disfraz. Oficio sin nostalgia obligatoria.

—Y nada de poner a una mujer hilando junto al fuego —añadió Maribel—. Mi chimenea tira fatal.

Adriana escribió en el centro de la pared: «CONTEMPORÁNEO SIN NEGAR DE DÓNDE VIENE». Aquella frase no sería un eslogan, pero sí una regla. Cada decisión gráfica tendría que pasar por ella.

El nombre general no causó batalla porque La Hebra llevaba años siendo La Hebra. Adriana se negó a borrar esa historia en nombre de una supuesta modernidad. Trabajaron el apellido de marca y la línea de producto hasta quedarse con **La Hebra de Valdebruna** y una frase sencilla: **Lana, tierra y manos**.

—Las manos salen antes que los nombres de las artesanas —observó Nuria.

—En la parte frontal —explicó Adriana—. En la tarjeta interior estarán los nombres, el origen de la lana y el tiempo de elaboración.

No escondemos a nadie detrás de una palabra bonita.

Pilar levantó la etiqueta de prueba. El papel color hueso llevaba una línea azul, el dibujo mínimo de una hebra que se convertía en loma y una tipografía limpia.

—Parece de aquí sin parecer un souvenir de gasolinera —dictaminó.

Para Adriana, aquello equivalía a ganar un premio internacional.

Antes de dar la identidad por aprobada, pegó en la pared tres alternativas que había preparado. La primera usaba la hebra convertida en loma. La segunda mostraba una oveja dibujada con acuarela. La tercera era solo el nombre, en una letra gruesa y geométrica.

—No votéis todavía —advirtió.

—La oveja —dijo Eusebio.

—La parte de no votar te ha parecido orientativa.

—Se entiende más rápido.

Mateo observó los tres papeles. La oveja era agradable, blanca y redonda, con una expresión de serenidad incompatible con cualquier animal que él conociera.

—Parece que nunca se ha metido en un zarzal —dijo.

—Ni ha pisado a nadie —añadió Lucía.

Adriana abrió una carpeta y colocó alrededor del dibujo seis fotografías impresas: el logotipo de una quesería, el de una casa rural, una tienda de recuerdos, dos cooperativas y una marca de jabones. Todos contenían alguna versión de la misma oveja amable.

—Que algo se entienda rápido no sirve si también puede confundirse rápido —explicó—. Si tapo el nombre, ¿cuál de estas imágenes habla de vuestro proyecto?

Maribel comparó los papeles.

—Ninguna.

—Exacto. Y antes de que penséis que he venido de Madrid a salvaros de una oveja con pestañas, esta fue mi primera propuesta.

Sacó otro boceto. Tenía una silueta ovina mucho más elegante, pero seguía siendo una silueta ovina.

—La descarté cuando vi los carteles de la comarca —continuó—. Mi oficio no consiste en acertar a la primera. Consiste en detectar a

tiempo cuándo una idea bonita no hace el trabajo.

Nuria se acercó a la hebra azul.

—Esta puede ser lana, camino o montaña.

—Y no convierte el pueblo en una postal —dijo Pilar.

—A mí me gusta la letra de la tercera —añadió Ángela—. Se lee mejor pequeña.

Adriana no defendió el conjunto que llevaba más horas de trabajo. Despegó las muestras, recortó el nombre de la tercera y lo colocó bajo el símbolo de la primera.

—Probemos así.

Imprimió una versión en la pequeña impresora del taller y la redujo hasta el tamaño real de la etiqueta. Nuria la cosió con dos puntadas provisionales a una funda. Pasaron la pieza de mano en mano. Varias miradas recayeron en Adriana, también la de Mateo, como si fuera a pedir una opinión general y dejar que la voz de siempre decidiera por agotamiento. Ella repartió seis botones, uno a cada artesana presente.

—La marca es de la asociación. Ellas llevan años sosteniéndola. Si no les sirve, vuelvo a la mesa de dibujo.

Los seis botones quedaron junto a la propuesta combinada.

—Ahora sí —dijo Nuria.

Adriana fotografió la elección y anotó los ajustes pendientes. No había ganado su diseño. Habían encontrado una herramienta que el proyecto reconocía como propia.

La verdadera discusión comenzó con los precios.

Nuria abrió una hoja de cálculo. Había registrado materiales, lavado, cardado, horas de diseño, confección, embalaje y comisiones de venta. La funda de cojín debía salir a cincuenta y ocho euros para cubrir costes y dejar un margen pequeño.

Eusebio soltó un silbido.

—Por ese dinero compras cuatro en Albacete.

—También compras cuatro camisetas hechas a miles de kilómetros —respondió Adriana—. No son el mismo producto.

—Pero la gente mira el precio.

—Y nosotras miramos si podemos pagar la luz —dijo Nuria.

Sebas, que había aparecido con la excusa de arreglar una bisagra, examinó la funda como si ocultara un motor.

—Cincuenta y ocho euros por esto es mucho.

—¿Cuánto cobras por una hora de taller? —preguntó Ángela.

—No tiene nada que ver.

—Claro. Tu hora lleva mono azul.

Adriana vio cómo Mateo descruzaba los brazos. Esperó que propusiera bajar el precio para «entrar en mercado», una frase que solía significar que alguien trabajara gratis hasta nuevo aviso.

—¿Cuántas horas lleva? —preguntó él.

—Entre preparación y confección, tres y cuarto —respondió Nuria —. Sin contar las pruebas anteriores.

Mateo hizo un cálculo mental.

—La lana, lavada y clasificada, son nueve euros. El embalaje, tres. Si se vende a treinta y cinco, ¿qué queda para tres horas?

—Pero así no se venderá —insistió Eusebio.

—Entonces habrá que vender menos o encontrar a quien valore lo que cuesta. Lo que no podemos hacer es llamar proyecto a que ellas pongan las horas y nosotros salgamos en la foto con las ovejas.

El silencio que siguió no fue incómodo para Adriana. Fue preciso.

Nuria miró a Mateo, sorprendida.

—Gracias.

—Son cuentas —dijo él.

—Las cuentas también eligen a quién borran —replicó Ángela.

Mateo aceptó la frase con un movimiento de cabeza.

Finalmente acordaron mantener el precio calculado, crear una gama de piezas pequeñas más accesibles y explicar el proceso sin pedir disculpas por él. Adriana colocó una pegatina con «58» junto a la funda.

—El precio no es una vergüenza que se susurra —dijo—. Si no podemos defenderlo, revisamos el producto. Si podemos, lo mostramos.

Al caer la tarde, Nuria cosió la etiqueta definitiva al primer prototipo vendible: una bolsa de fieltro gris con asa corta y una puntada azul en el borde. Todas se agruparon alrededor como si

asistieran a una operación delicada. La aguja atravesó la etiqueta, volvió a salir y cerró el nudo.

Pilar aplaudió una vez.

—Ya está.

—No está —corrigió Adriana—. Falta tienda, fotografías, embalaje, medios de pago, envíos, inventario y conseguir que la feria no se convierta en una romería con datáfono.

—Déjanos treinta segundos de felicidad, hija.

—Treinta. Los estoy cronometrando.

La celebración se trasladó a La Parada. Charo puso una botella de espumoso sobre la barra y seis copas distintas porque, según explicó, la uniformidad era cosa de hoteles sin personalidad. Mateo llevó la bolsa terminada en alto, lejos de cualquier oveja.

—No te encariñes —le advirtió Adriana—. Es para venderla.

—Solo estoy evitando que alguien apoye una caña encima.

—Eso sí es protección útil.

Charo llenó las copas y quiso saber cuánto costaría la bolsa.

—Setenta y dos euros —dijo Nuria, sin bajar la voz.

Charo la examinó por ambos lados.

—Me parece bien.

—¿No vas a decir que es cara? —preguntó Sebas.

—Yo cobro dos euros por un café que cuesta dieciocho céntimos y nadie me organiza una mesa redonda.

Brindaron por La Hebra, por la primera pieza y por la esperanza de que la siguiente tardara menos de tres años. Cuando los demás empezaron a marcharse, Adriana recogió las tarjetas del taller. Mateo se quedó junto a la barra, girando su vaso vacío entre los dedos.

—El viernes voy a Albacete —dijo—. Tengo que recoger unas piezas para el tractor.

—Qué plan tan seductor.

—Hay un restaurante al que quería ir después.

Adriana guardó las tarjetas en una carpeta.

—Pues espero que no cierren pronto.

—Quería ir contigo.

Ella alzó la vista. Mateo miraba el vaso, no a ella.

—¿Para hablar de etiquetas? —preguntó.

—No.

—¿De lana?

—Tampoco.

—¿De la capacidad de producción?

Mateo dejó el vaso en la barra.

—Adriana, quiero invitarte a cenar.

—Eso se parece mucho a una cita.

—Es una cena.

—Dos adultos que se atraen, solos, un viernes por la noche, en un restaurante. Tienes razón. Podría ser una auditoría.

Mateo la miró al fin. Había en su expresión el mismo miedo al ridículo que ella había visto bajo la tormenta, pero esta vez no retrocedió.

—Es una cita —dijo—. Si tú quieres.

Adriana dejó que el silencio durara lo justo para que él comprendiera que la respuesta no venía incluida en la invitación.

—Quiero.

—Bien.

Mateo sonrió. No una de sus medias sonrisas defensivas, sino una completa, inesperadamente juvenil.

—A las ocho paso a buscarte.

—A las ocho y cuarto. A las ocho todavía estaré trabajando.

Él abrió la boca. Adriana vio desfilar por su rostro el impulso de decirle que terminara antes, que el restaurante estaba lejos o que convenía salir con tiempo.

—A las ocho y cuarto —aceptó.

Charo apareció desde la cocina con un paño al hombro.

—No he oído nada —anunció—. Pero el viernes voy a cerrar tarde por si alguien necesita contarme cómo ha ido una auditoría.

Adriana se echó a reír. Mateo se tapó los ojos con una mano.

La primera puntada de una bolsa podía parecer poca cosa. También una invitación hecha a tiempo, una pregunta sin respuesta presumida o un silencio en el lugar exacto.

Los proyectos, pensó Adriana, no empezaban cuando alguien tenía una gran idea.

Empezaban cuando varias personas decidían qué estaban dispuestas a sostener después.

Capítulo 13

Nadie baila pasodobles por accidente

Mateo se cambió de camisa tres veces.

La primera era blanca y lo hacía parecer, según Teresa, un hombre que iba a pedir un crédito. La segunda tenía unos cuadros tan grandes que Ángela preguntó si pensaba acudir a la cita o tapar una mesa. La tercera era azul oscuro, sencilla y limpia, y habría resultado perfecta si su madre y su hermana no lo hubieran visto probársela.

—Esa —dijo Teresa desde la puerta de su dormitorio.

—No he preguntado.

—Por eso te lo digo gratis.

Mateo se abrochó el puño.

—¿Podéis dejar de entrar?

—La puerta está abierta —respondió Ángela.

—Es mi casa.

—Y tu madre tiene la llave desde antes de que tú supieras usar una cuchara.

Teresa le alisó el cuello con dos dedos. Mateo se dejó hacer durante un segundo y después se apartó, consciente de que acababa de ofrecer una demostración práctica de uno de sus problemas.

—Sé vestirme solo.

—Lo sabemos —dijo su madre—. Lo que no sabíamos era que aún recordaras cómo.

Las piezas del tractor estaban ya en la nave. Mateo había ido a Albacete a las cuatro, cuando el almacén de repuestos seguía

abierto, y regresó con un rodamiento, dos juntas y una factura que guardó en la carpeta antes de que Ángela pudiera preguntarle por ella. Durante un momento pensó en proponer a Adriana que lo acompañara y aprovechar el viaje. Descartó la idea: ella había dicho que trabajaba hasta las ocho y la invitación era a cenar, no a pasar la tarde esperando junto a un mostrador de recambios.

El segundo trayecto de la jornada era una ineficacia absoluta. También era la primera vez en mucho tiempo que Mateo organizaba su trabajo alrededor del tiempo de una mujer sin presentar el ajuste como un favor que debía agradecerle.

A las ocho y doce aparcó delante de la antigua casa de correos. Había calculado el trayecto a Albacete, el tiempo para encontrar estacionamiento y hasta un margen de ocho minutos por si Adriana quería ponerse otro abrigo. A las ocho y catorce comprendió que llegar antes de la hora acordada y esperar dentro del coche era una forma bastante digna de no dirigir la noche.

A las ocho y cuarto exactas, Adriana salió.

Llevaba pantalones negros, botines y una blusa color vino bajo el abrigo. Nada espectacular en el sentido aparatoso de la palabra. Sin embargo, al verla bajar los dos escalones de la entrada, Mateo olvidó el saludo que había preparado, una frase normal y adulta que no incluía ninguna referencia al tiempo.

—Estás…

—Vestida —completó ella.

—Iba a decir muy guapa.

—Ah. En ese caso puedes terminar.

—Estás muy guapa.

Adriana sonrió y subió a la camioneta.

—Tú también. La camisa número tres ha sido una buena elección.

Mateo se quedó inmóvil con una mano en la puerta.

—¿Cómo sabes que es la número tres?

—Ángela me ha enviado una encuesta.

El mensaje existía. Adriana se lo enseñó junto con tres iconos de camisa y una petición de voto «para evitar una desgracia textil». Mateo arrancó mientras ella reía.

—Esto es una traición familiar.

—Esto es participación ciudadana.

No llegaron a Albacete. Al atravesar Cañada Serena, el pueblo vecino, encontraron la carretera cortada por una fila de farolillos y un agente municipal que les indicó el desvío. En la plaza había una verbena de otoño, puestos de comida y una orquesta probando sonido bajo una pancarta que celebraba a la patrona con tres semanas de retraso.

—Me había olvidado de las fiestas —dijo Mateo.

—¿Tu conocimiento absoluto de todos los caminos no incluía el calendario?

—Conozco dónde llevan. No qué santo se pone delante.

El desvío añadía cuarenta minutos. El restaurante perdería la reserva.

Mateo miró la plaza, después a Adriana.

—Las piezas ya están recogidas, así que podemos llamar y llegar tarde o cenar aquí. Hay miguelitos, bocadillos y una barra donde seguramente el concepto de reserva cause risa.

—¿Qué prefieres tú?

La pregunta le pilló desprevenido. Había pasado el trayecto vigilándose para no elegir por ella y ahora Adriana le devolvía la responsabilidad de tener un deseo.

—Quedarme —dijo—. Si no te importa cenar de pie.

—Me parece perfecto.

Aparcaron a la salida del pueblo y caminaron hasta la plaza. La noche olía a leña, aceite caliente y azúcar. Compraron dos bocadillos de lomo, una ración de pimientos y una bolsa de almendras garrapiñadas que Adriana empezó a comerse antes de que él pudiera pagar.

—Te devolveré los tres euros —prometió.

—Eso espero. No quiero que pienses que esta relación se basa en mi patrimonio.

—¿Qué relación?

Mateo casi se atragantó con un pimiento. Adriana sostuvo su mirada durante dos segundos y luego sonrió.

—Era por comprobar tus reflejos.

—Mis reflejos funcionan mejor con ovejas.

—Romántico y específico.

La orquesta empezó con una versión entusiasta de una canción de los ochenta. Había niños corriendo entre las mesas, parejas mayores que habían ocupado la primera fila y grupos de jóvenes junto a la barra. Mateo reconoció a gente de la cooperativa y saludó desde lejos, esperando que no se acercaran a comentar su camisa.

No tuvo suerte. Julián apareció con Laura, su mujer, y sus dos hijos. Inés llevaba una diadema luminosa; el pequeño, un globo con forma de tiburón que golpeó a Mateo tres veces antes de que terminaran los saludos.

—Así que has ido dos veces a Albacete por una cena —dijo Julián.

—Las piezas las he recogido esta tarde. La carretera estaba cortada.

—Una cadena de circunstancias muy romántica.

Laura saludó a Adriana sin examinarla como a una recién llegada en periodo de prueba. Hablaron unos minutos sobre el taller de La Hebra; ella había visto las etiquetas provisionales y quería apuntarse a uno de los cursos de fieltro.

—Mi madre dice que estas cosas se me dan mal —comentó—, así que ya tengo una razón excelente para probar.

—No hace falta que se te den bien para empezar —respondió Adriana.

Mateo reconoció la frase aunque no fuera idéntica a la que ella le había dicho bajo la tormenta.

—Eso mismo le digo yo con el barro —dijo Laura, señalando a Julián—. Lleva ocho años prometiendo venir conmigo al taller de cerámica.

—Voy cuando los niños sean mayores.

—Para entonces podrán quedarse solos y ya no tendrás excusa.

Julián aceptó el golpe con una sonrisa. Laura se volvió de nuevo hacia Adriana.

—¿Y tú qué tal? Te lo pregunto a ti, no al comité de vecinos que ya ha decidido si te quedas.

Adriana miró un instante a Mateo. Él no respondió por ella ni adoptó la expresión confiada de quien conoce la respuesta correcta.

—Estoy bien —dijo—. Me gusta el trabajo, me gusta la casa y ya sé qué camino no debo tomar con el coche. También echo de menos que en Madrid nadie controle cuántas veces compro pan.

—Aquí no lo controlamos —protestó Julián.

—Charo me preguntó ayer si estaba haciendo tostadas francesas porque llevé huevos y pan el mismo día.

—Eso no es control —dijo Laura—. Es una auditoría sin consentimiento.

Adriana rio.

—Me quedaré los cuatro meses del contrato. Después decidiré yo.

—Buena respuesta —dijo Laura.

No había pedido una promesa romántica ni presentado el pueblo como una prueba que Adriana debía aprobar. La había escuchado describir dos verdades a la vez: podía gustarle Valdebruna y seguir necesitando una parte de la ciudad. Mateo sintió el impulso de preguntar qué echaba de menos exactamente. Lo guardó para cuando estuvieran solos.

Inés pidió a su padre dinero para una atracción. Julián se agachó, negoció dos viajes y después comprobó con Laura a qué hora se marcharían.

—¿No tienes que madrugar por el ganado? —preguntó Mateo.

—Sí. Y Laura trabaja mañana. Nos vamos a las doce los cuatro.

La respuesta fue simple. No había mártir, ayudante ni persona cuya mañana importara menos. Mateo miró a Adriana, que seguía conversando con Laura. Pensó que empezaba a ver repartos que antes le habían parecido naturaleza.

—Pasadlo bien —dijo Julián antes de alejarse—. Y si bailas, Gato, procura no mover las mismas patas a la vez.

—¿Todo el mundo sabe que no bailo?

—Todo el mundo te ha visto no bailar durante treinta años.

Adriana, en cambio, parecía cómoda. No contemplaba la fiesta como una turista ni se esforzaba por demostrar que sabía divertirse en un pueblo. Comía almendras, observaba a la gente y movía un pie al ritmo de la música.

—¿Bailas? —preguntó Mateo.

—Lo suficiente para no lesionarme. ¿Tú?

—No.

—Qué pena.

—No he dicho que no vaya a hacerlo.

Adriana volvió la cabeza.

—Mateo Roldán, ¿acabas de ofrecerte a bailar?

—He preguntado si tú bailabas.

—Y yo he oído una puerta abriéndose.

—No dramatices.

—Solo si la orquesta toca algo que no exija coreografía.

La orquesta interpretó dos rumbas, un rock lento y una canción latina en la que Mateo consiguió permanecer a salvo detrás de una mesa. Entonces el vocalista anunció un pasodoble «para los que todavía saben bailar de verdad».

—Esto es una trampa —dijo él.

Adriana ya se había puesto en pie.

—Nadie baila pasodobles por accidente.

—Yo no sé.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—El ridículo durante tres minutos. Después la gente volverá a pensar en sí misma.

Mateo recordó la caseta de piedra. Miró la pista. Había parejas que se movían con una precisión adquirida durante décadas y otras que simplemente caminaban abrazadas procurando no derramar la bebida. Sebas, si llegaba a enterarse, tendría material hasta Navidad.

Adriana le tendió la mano.

Mateo la tomó.

Al principio se movió como si condujera un mueble por una escalera estrecha. Puso una mano en la espalda de Adriana, avanzó cuando ella también avanzaba y le pisó el pie antes del primer estribillo.

—Perdón.

—No pasa nada. Me queda otro.

—Podemos parar.

—Podemos. ¿Quieres?

Él observó sus ojos brillantes, el mechón que se había soltado junto a su mejilla y la sonrisa que no era cruel ni indulgente. Se estaba riendo con él, no de él. La diferencia le aflojó los hombros.

—No.

—Entonces deja de contar pasos.

—Si dejo de contarlos, podemos acabar en la fuente.

—La fuente está a doce metros. Confío en ti hasta ocho.

Mateo dejó de pensar en sus pies. La música era demasiado rápida, la mano de Adriana estaba caliente y, cuando giraron, chocaron con una pareja que les pidió perdón aunque la culpa había sido claramente suya. Para el final de la canción no bailaban bien, pero habían logrado no separarse.

—Has sobrevivido —dijo Adriana.

—Tú cojeas un poco.

—El aprendizaje tiene costes.

La siguiente canción fue lenta. La pista se vació en parte. Mateo no soltó su mano.

—Esta la sé bailar —dijo.

—¿Cuál es la técnica?

—No moverme mucho.

—Por fin una disciplina adecuada a tu experiencia.

Adriana se acercó. Mateo apoyó la mano con más seguridad en su cintura. Durante un rato no hablaron. A su alrededor, los farolillos oscilaban con el viento y la voz del cantante se perdía entre conversaciones. Ella olía a un perfume suave y a azúcar de las almendras.

Al terminar, se apartaron de la pista y caminaron hasta una calle lateral para respirar lejos de los altavoces. Unas banderolas cruzaban de balcón a balcón. El ruido de la plaza llegaba amortiguado.

—No ha sido tan terrible —dijo Adriana.

—He perdido sensibilidad en el pie derecho.

—Ese era el que me pisaba. Justicia poética.

Mateo quería besarla. Lo sabía desde la tormenta, quizá desde mucho antes, pero allí el deseo dejó de ser una posibilidad que podía guardar entre tareas. Adriana estaba apoyada en una pared

blanca, mirándolo con una calma que no le facilitaba ninguna excusa.

Sacó el móvil para comprobar la hora. Tenía un mensaje de Antonio preguntando si todo iba bien. Respondió que sí y abrió sin querer el grupo «Valdebruna avisos», donde Charo acababa de compartir una fotografía de un perro perdido. Bloqueó la pantalla y guardó el teléfono en el bolsillo de la camisa.

—Llevo media noche queriendo besarte —dijo.

Adriana alzó una ceja.

—¿Solo media?

Mateo rio por lo bajo.

—Desde la tormenta.

—Eso ya es una respuesta mejor.

—¿Puedo?

—Sí.

La besó despacio, con una mano junto a su cuello y la otra todavía torpe en la cintura. Adriana le agarró la camisa y lo acercó. El primer contacto fue suave; el segundo, no tanto. Mateo sintió que el cuerpo entero se le ordenaba alrededor de aquella boca.

El teléfono empezó a vibrar entre los dos.

Lo ignoró. Vibró otra vez, luego tres seguidas. Adriana se apartó apenas un centímetro.

—O tu padre necesita algo o las ovejas han creado un sindicato.

Mateo sacó el móvil. Había doce mensajes nuevos en «Valdebruna avisos». El primero era de Pilar: «Mateo, has enviado un audio de 0:47». El siguiente, de Charo, contenía tres labios rojos. Después venían un «¡viva!» de Maribel, un «este grupo es para información útil» de un vecino y la respuesta de Charo: «A mí me está resultando utilísimo».

Mateo abrió el audio. Su propia voz salió del altavoz: «Llevo media noche queriendo besarte». Luego se oía a Adriana preguntar «¿Solo media?», su respuesta y, durante varios segundos insoportablemente claros, el sonido del beso. La grabación terminaba con la vibración inicial del móvil.

Adriana se tapó la boca. Mateo no supo si estaba horrorizada hasta que la vio doblarse de risa.

—No tiene gracia.

—Has retransmitido tu primer beso al servicio municipal de avisos.

—No es municipal.

—Eso es lo que te preocupa.

Mateo borró el audio. Ya lo habían escuchado cuarenta y dos personas.

—Mañana no puedo volver al pueblo.

—Tienes doscientas ovejas. Acabarán notando tu ausencia.

—Puedo trasladarlas.

Adriana le quitó con suavidad el móvil de la mano, lo apagó y lo guardó en el bolsillo de su abrigo.

—Ya está. Has hecho el ridículo. ¿Notas algo distinto?

—Sí. Quiero mudarme.

—Además de eso.

Mateo la miró. Seguía deseando besarla. El pueblo entero podía haberlo oído y el deseo no se había vuelto menos verdadero ni más vergonzoso.

—No.

—Pues terminemos lo que la tecnología ha interrumpido.

Adriana lo acercó por el cuello de la camisa número tres.

La segunda vez, Mateo dejó el teléfono apagado.

Y dejó de contar cuánto podía durar el ridículo.

Capítulo 14

Los buenos días

El problema de enamorarse de un pastor, descubrió Adriana, era que los amaneceres dejaban de ser un recurso literario y se convertían en una hora de quedar.

A las seis menos cuarto del martes, Mateo llamó a su puerta con dos cafés y una bolsa de tortas de manteca. No tocó el timbre porque Pilar le había advertido de que sonaba en la vivienda de arriba como una alarma antiaérea. Dio tres golpes suaves y esperó.

Adriana abrió envuelta en una bata, con el pelo sujeto de cualquier manera.

—Dime que hay un incendio.

Mateo levantó los vasos.

—Hay café.

—No es una emergencia suficiente.

—Ayer dijiste que querías ver cómo sacábamos el rebaño antes de que saliera el sol.

—Ayer eran las cinco de la tarde. Yo a esas horas tengo ideales.

Él no intentó entrar. Se quedó en el umbral mientras Adriana valoraba seriamente cerrar la puerta, volver a la cama y perder para siempre el respeto de doscientas ovejas.

—Dame diez minutos.

—Te espero en el coche.

—Doce.

—Los que necesites.

Aquel detalle la despertó más que el café. Mateo llevaba dos semanas demostrando que podía incorporar preguntas a su

vocabulario sin que se alterara el equilibrio del planeta. No siempre. Aún sugería rutas con tono de orden y tenía una capacidad extraordinaria para explicar herramientas a mujeres que acababan de utilizarlas delante de él. Pero se detenía, rectificaba y, sobre todo, no pedía una medalla cada vez.

Adriana tardó diecisiete minutos. Mateo no comentó los cinco de diferencia.

En la nave, el rebaño era una masa tibia y murmurante. Los cencerros sonaban aislados, como notas que se buscaran en la oscuridad. Mateo abrió la puerta lateral y las primeras ovejas salieron con una seguridad que Adriana envidió. Rosalía apareció en medio, reconocible por el cencerro azul y por el interés inmediato que mostró en el bolsillo de su chaqueta.

—No llevo planos —le dijo Adriana—. Hoy vas a tener que desayunar hierba como una oveja convencional.

Rosalía le mordisqueó la cremallera.

—Te ha echado de menos —dijo Mateo.

—Tenemos una relación basada en que yo pierda material de oficina.

Caminaron detrás del rebaño. El aire frío mordía la nariz y las manos, pero el horizonte empezaba a clarear sobre las lomas. Adriana bebió el café a sorbos, procurando no tropezar. Mateo silbaba de vez en cuando y las ovejas corregían el rumbo con una obediencia que ella no pensaba mencionar por miedo a que él extrajera conclusiones equivocadas sobre la comunicación humana.

—Buenos días —dijo él.

—Llevamos juntos cuarenta minutos.

—Ahora está saliendo el sol.

—Ah. El saludo oficial depende de la luz.

—Claro.

Mateo se inclinó y la besó. Fue un beso breve, frío por fuera y cálido por dentro, en mitad de una vereda que olía a romero húmedo.

—Buenos días —repitió.

Adriana lo agarró de la chaqueta antes de que se apartara.

—Ahora sí.

Desde el audio de la verbena habían pasado diez días. Diez días de mensajes que Mateo redactaba como partes meteorológicos y terminaba corrigiendo con algún intento de coquetería. Diez días de cafés, roces al mover cajas, una cena en La Parada y besos junto a la puerta de la casa de correos. Valdebruna había necesitado menos de cuarenta y ocho horas para asumir que estaban juntos y veinticuatro más para atribuirse la previsión.

—Se veía venir —había declarado Charo.

—Lo viste venir porque escuchaste el audio —le recordó Adriana.

—Los buenos periodistas confirman sus fuentes.

La mañana posterior a la verbena, Adriana había entrado en La Parada dispuesta a comprar pan y salir en menos de un minuto. Encontró a tres personas preguntándole si pensaba quedarse en Valdebruna «ahora que tenía novio».

—Mi contrato dura cuatro meses —respondió—. La duración no la ha modificado un beso.

Uno de los hombres de la cooperativa miró a Mateo, que acababa de entrar detrás.

—Ya la convencerás tú, Gato. Una vez se acostumbre al campo, no querrá volver a Madrid.

Adriana sintió la huida subirle por el cuerpo como un ascensor. Antes de que pudiera responder, Mateo dejó las llaves sobre la barra.

—No tengo que convencerla de nada.

—Era una forma de hablar.

—Pues habla de otra cosa.

No lo dijo con voz de héroe ni buscó la aprobación de Adriana. Pidió su café y se puso a discutir con Charo sobre el resultado del Albacete. Ella se quedó un momento junto a la puerta, sorprendida por el alivio. Después compró el pan y decidió sentarse a tomar otro café, no porque Mateo hubiera luchado por su honor, sino porque no había utilizado el comentario para marcar territorio.

Esa mañana, sin embargo, no había nadie mirando. Solo el rebaño, que tenía normas de confidencialidad más fiables que las de la hostelería local.

Llegaron a una loma. Mateo repartió un poco de grano en dos comederos bajos y se quedó observando a una oveja rezagada. Le

palpó una pata con cuidado, comprobó la pezuña y la dejó incorporarse sin forzarla. Adriana lo miró trabajar. Nunca la fascinación le había parecido una emoción especialmente razonable, pero allí estaba: en las manos grandes que sabían cuánto apretar, en la voz baja que distinguía a cada animal y en la concentración sin alarde.

—¿Qué? —preguntó él al enderezarse.

—Nada.

—Me estabas mirando.

—Estoy recopilando material para la campaña del pastor guapo.

—Dijiste que preguntarías en la cooperativa.

—No ha habido candidatos mejores.

Adriana sacó la cámara. La luz rozaba ya el lomo de las ovejas y convertía el vaho de sus respiraciones en pequeñas nubes. Mateo miró hacia la parte alta de la finca.

—Si abro la portilla norte, puedo hacerlas pasar por la cresta. Con el sol detrás quedaría bien.

Semanas antes, Adriana habría aceptado sin preguntar. Necesitaba una imagen y él ofrecía el paisaje perfecto. Bajó la cámara.

—¿Las harías pasar por ahí si yo no estuviera?

—Hoy no. La parte de arriba sigue blanda por la tormenta y tardaríamos veinte minutos más en llegar al pasto.

—Entonces no.

—Puedo llevarlas despacio.

—No dudo de que puedas. No quiero que la fotografía convierta su mañana en un decorado.

Mateo contempló la cresta dorada, luego el rebaño agrupado junto a unos comederos bastante menos cinematográficos.

—Tendrías una foto mejor.

—Tendría una foto más espectacular. No siempre es lo mismo.

Adriana se agachó junto a la valla. Desde allí, el encuadre incluía las botas embarradas de Mateo, sus manos repartiendo el grano y a Rosalía intentando adelantarse por tercera vez. El sol no aparecía como una corona detrás de un rebaño obediente; entraba de lado, iluminaba polvo, lana y trabajo.

—Sigue como si yo no estuviera —dijo.

—Llevas una cámara a veinte centímetros de mi rodilla.

—Haz un esfuerzo interpretativo.

Mateo volvió al comedero. No miró al objetivo. Separó a una oveja demasiado insistente, comprobó el cierre y llamó a Canelo para abrir espacio. Adriana hizo una ráfaga corta. Después cambió de posición y fotografió la mano de él apoyada un instante sobre la espalda de la oveja rezagada.

Revisó las imágenes. En una, la puntada azul de la campaña parecía existir ya en el cencerro de Rosalía; en otra, el campo era trabajo antes que paisaje. Había obtenido lo que necesitaba sin pedir a los animales ni al pastor que fingieran una vida más bonita.

—Esta va a la selección —dijo, enseñándole la pantalla.

—No se ve la sierra.

—Se ve lo que haces.

Mateo observó la fotografía con una atención que le tensó la boca. Adriana recordó la caseta, la cámara entre sus manos y las sombras que había dejado de perseguir a los veinte años.

—Cuando acabemos la campaña —dijo—, puedes llevarte una copia. Si quieres.

—Quiero.

La respuesta llegó sin defensa. Adriana guardó la cámara antes de convertir aquel momento en algo que debiera explicar.

Mateo sonrió y se acercó. Adriana dio un paso atrás por puro juego. Él se detuvo.

—¿Puedo besarte o estás trabajando?

La pregunta contenía humor, pero seguía siendo una pregunta.

—Puedes. Dispones de treinta segundos antes de que Rosalía nos cobre derechos de imagen.

Esta vez el beso duró más. El sol apareció a sus espaldas y calentó apenas la tela de la chaqueta. Adriana apoyó una mano en el pecho de Mateo y sintió bajo la palma un corazón que no guardaba ninguna relación con su aire tranquilo.

Regresaron a la casa de correos pasadas las ocho. Adriana tenía una videollamada a las diez y necesitaba ducharse. Mateo dejó los

vasos en la cocina y se quedó de pie, sin inventar una avería que revisar ni una tarea que justificara prolongar la mañana.

—Gracias por venir —dijo.

—Gracias por no hablar durante los primeros quince minutos.

—Sé tratar con criaturas asustadas.

Adriana se acercó para darle un beso de despedida. Mateo le rodeó la cintura y el beso cambió antes de que ninguno decidiera nada en voz alta. Ella notó la pared fría contra la espalda, las manos de él quietas un instante, esperando.

—¿Tienes prisa? —preguntó Mateo.

—Todavía no.

—¿Quieres que me quede?

Adriana lo miró. Le gustó que lo preguntara. Le gustó aún más poder responder sin sentir que estaba entregando una parte de sí que luego tendría que reclamar.

—Sí.

Subieron la escalera estrecha entre besos y una discusión en susurros sobre quién había dejado una bota en el tercer peldaño. En el dormitorio entraba una luz dorada a través de las contraventanas. Mateo la tocó con una mezcla de seguridad y cuidado que no parecía ensayada. Adriana le desabrochó la camisa azul —otra, no la número tres; él había aclarado el dato sin que nadie se lo pidiera— y apoyó la frente en su hombro cuando la respiración dejó de permitir bromas completas.

No hubo promesas ni música. Hubo piel caliente después del frío, risas cuando el somier protestó y preguntas dichas al oído. Hubo deseo adulto, sin el examen absurdo de impresionar a nadie. Cuando Mateo volvió a besarla, Adriana sintió que por una vez la intimidad no la reducía: le daba espacio incluso dentro de un abrazo.

Más tarde se quedaron tumbados, medio cubiertos por el edredón. Faltaban veintiséis minutos para su videollamada.

—Esto mejora bastante los amaneceres —dijo ella.

—Podemos repetir mañana.

—No abusemos. Podría desarrollar hábitos rurales.

Mateo le acarició el hombro. En la calle pasó una furgoneta y tocó el claxon dos veces.

—No quiero que esto se convierta en un espectáculo —dijo Adriana.

—¿Lo del claxon?

—Todo. El audio ya fue suficiente. No quiero entrar en un bar y que me pregunten por tus ronquidos. Ni que cada conversación sobre La Hebra termine con alguien llamándome la novia del Gato.

Mateo se incorporó sobre un codo.

—No ronco.

—Céntrate.

—Me centro. No diré nada.

—No se trata solo de contar o no contar. —Adriana buscó las palabras—. Estoy aquí por mi trabajo. Tengo una vida, clientes, planes. No quiero convertirme en un apéndice simpático de la tuya ni en una historia que el pueblo haya decidido por mí.

—No eres ningún apéndice.

—Bien.

—Y si alguien dice algo, le paro los pies.

Adriana oyó la respuesta protectora. No era mala, pero se quedaba un poco antes de donde ella quería llegar.

—También puedo parar mis propios pies. Lo que necesito es que no alimentes la historia. Que no hables por los dos.

Mateo asintió.

—No hablaré por los dos.

Parecía sincero. Adriana quiso creer que había comprendido todo el alcance de la frase y no únicamente la parte relativa a Charo. Le besó el hombro y salió de la cama.

—Tengo una presentación en veintidós minutos.

—Te preparo café.

—Eso sí puedes decidirlo sin comité.

Mientras se duchaba, Mateo bajó a la cocina. Cuando Adriana volvió, encontró café, dos tostadas y una nota junto al portátil: «No he tocado nada. Ni siquiera ese cable que está pidiendo auxilio».

Él se había marchado. La taza estaba caliente.

Adriana vio el cable mencionado en la nota, torcido junto al rodapié. Mateo podría haberlo tocado, reparado o sustituido antes de que ella bajara. No lo había hecho. Aquella contención minúscula

le pareció más íntima que encontrar un cepillo de dientes nuevo junto al suyo.

Adriana se sentó ante la pantalla con el pelo mojado y una sonrisa que tuvo que disimular cuando se conectó su cliente.

Había marcado un límite y Mateo no lo había discutido. De momento, aquello bastaba.

Los buenos días no garantizaban nada sobre el resto de la jornada.

Pero eran una forma preciosa de empezarla.

Capítulo 15

El turno de Ángela

Teresa anunció que se marchaba de viaje durante la comida del domingo, entre el cocido y las natillas, con el mismo tono que habría utilizado para pedir que le acercaran el pan.

—El domingo que viene me voy a Peñíscola con las de gimnasia.

Mateo dejó la cuchara.

—¿Qué gimnasia?

—La que hago los martes y los jueves desde hace cuatro años.

—¿Cuatro años?

Ángela siguió comiendo.

—Te estás cubriendo de gloria.

Estaban los cuatro en la cocina de sus padres. Antonio ocupaba la cabecera, con el bastón apoyado en la pared y un cojín bajo la cadera operada. Se movía despacio, pero había servido el vino, cortado el pan y llevado su plato al fregadero sin ayuda hasta que Teresa le ordenó sentarse porque aún quedaban natillas. Mateo había aceptado aquella coreografía familiar como parte del mobiliario: su madre levantándose, su hermana recordando las citas y su padre protestando lo justo para que lo cuidaran sin reconocer que se dejaba cuidar.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Cinco noches.

—¿Y padre?

Antonio alzó la vista.

—Padre está aquí y puede contestar.

—Ya lo sé.

—Pues pregunta bien.

Mateo se corrigió.

—¿Tú qué necesitas esos días?

Antonio se tomó su tiempo, quizá por la cadera, quizá para disfrutar de la novedad.

—Que alguien me lleve a rehabilitación el martes y el jueves. Que paséis a verme, pero no por turnos de vigilancia. Y comida para un par de días hasta que pueda cocinar algo.

—Yo dejaré preparado el sábado —dijo Teresa.

—No —intervino Ángela—. Tú el domingo sales a las nueve y no vas a pasar el último día cocinando cinco menús. Organizamos turnos.

Sacó una hoja doblada del bolso. Mateo reconoció un calendario con columnas, colores y nombres.

—¿Ya lo tenías hecho?

—Tenía hecha mi parte. Ahora vamos a rellenar la tuya.

—Yo tengo el ganado.

—Qué sorpresa. Pensaba que esas doscientas ovejas habían aparecido esta mañana.

—No puedo dejarlo todo a una hora fija.

—Yo tampoco. Trabajo en la gestoría, tengo dos hijos, llevo los papeles de vuestra explotación y acompaño a papá a la mitad de las citas.

—A las citas importantes voy.

Ángela dejó el bolígrafo.

—¿Cuáles son las importantes?

—Las del traumatólogo, por ejemplo.

—¿Y rehabilitación no lo es? ¿Recoger recetas? ¿Llamar porque han cambiado una pastilla? ¿Comprobar que haya comida? ¿Pedir la ambulancia si no podéis llevarlo? Tú apareces en la consulta donde el médico da un diagnóstico y dices que vienes a todo. Yo organizo las quince cosas que permiten llegar a esa consulta.

Mateo miró a Teresa esperando que mediara. Su madre raspó el fondo de las natillas.

—No me mires. Yo me voy a ver el mar.

—No digo que no vaya a hacerlo —protestó él—. Digo que habrá que ver los horarios.

—Eso es exactamente lo que estamos haciendo —dijo Ángela—. Verlos juntos, no esperar a que yo te llame cuando ya esté resuelto.

Antonio tosió para llamar la atención.

—Puedo quedarme solo. No soy un niño.

—Nadie ha dicho que lo seas —respondió Ángela—. Estamos repartiendo lo que sí necesitas, no decidiendo por ti.

La frase golpeó a Mateo en un lugar conocido. Adriana se la habría podido decir. Quizá se la había dicho ya con otras palabras.

Tomó el calendario.

El martes podía llevar a Antonio a las doce si Julián cubría una hora el rebaño. El jueves tenía una entrega de pienso a primera hora, pero la rehabilitación era a las once. Cabían ambas cosas si confirmaba la entrega en lugar de confiar en que el camión apareciera cuando quisiera.

—El martes y el jueves lo llevo yo —dijo—. El lunes cocinamos para dos días.

—No hace falta que «traigas» si vas a cocinar aquí —señaló Antonio—. Yo pelo patatas.

—Te cuesta estar de pie.

—He dicho que pelo patatas, no que voy a subir al Mulhacén.

Teresa sonrió satisfecha.

—También hay que poner lavadoras —dijo—. Y cambiar las sábanas a mitad de semana.

Mateo miró a Ángela.

—¿Eso no puede esperar hasta que vuelva?

—Las tuyas esperan tres semanas y sigues vivo —replicó ella—. Pero papá suda mucho por la medicación. Conviene no olvidarlas.

Otra tarea invisible emergió de debajo de la normalidad. Mateo anotó «sábanas» en su casilla.

—No pongas esa cara —dijo Teresa—. La lavadora tiene dibujos.

—Sé poner una lavadora.

—Entonces ya tenemos una crisis menos.

Por la tarde, Mateo fue a ver a Julián. Lo encontró cerrando el cercado mientras su hija, Inés, hacía los deberes en la cabina del

todoterreno.

—Necesito que me cubras el martes de once y media a una —le dijo Mateo—. Tengo que llevar a mi padre a rehabilitación.

—Vale. Tú me cubres el miércoles a las cuatro.

—¿Qué tienes?

—Dentista con Inés.

—¿No puede llevarla Laura?

Julián cerró el pestillo y lo miró.

—Puede. Pero esta vez voy yo.

—Lo decía porque tú tienes el ganado.

—Y una hija. Las ovejas no me impiden saber dónde está el dentista.

—No he dicho eso.

—Lo has pensado tan fuerte que casi se ha asustado el perro.

Mateo metió las manos en los bolsillos.

—Mi madre se va cinco noches. Ángela ha hecho turnos para mi padre.

—Muy bien.

—Me ha puesto dos rehabilitaciones, comida y una lavadora.

Julián esperó.

—¿Y?

—Nada. Te lo cuento.

—Pensaba que venía una parte difícil.

—Tengo doscientas ovejas.

—Yo ciento sesenta, dos hijos y un suegro con diálisis. Laura y yo hacemos encaje de bolillos con los horarios. El martes te apaño yo y el miércoles me apañas tú.

Mateo pateó una piedra.

—Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo.

—Nadie se ha puesto de acuerdo. Solo estamos cuadrando la semana.

Inés tocó el claxon desde el vehículo.

—Papá, me falta una división.

—Voy. —Julián abrió la puerta y se volvió hacia Mateo—. El martes te cubro. Envíame la ubicación del cercado que usarás.

—Te la sabes.

—Sí, pero mándamela. Igual cambias de cercado y termino cuidando las ovejas del vecino.

Mateo sospechó que Adriana había fundado una organización clandestina y medio pueblo se había afiliado.

Regresó a casa de sus padres antes de que anocheciera. Teresa había extendido sobre la mesa un folleto del hotel, el horario del autobús y una lista titulada «Cosas que no pienso resolver desde Peñíscola». Debajo figuraban, con letra grande: el café, las llaves, las camisas, la compra y cualquier objeto que estuviera delante de quien preguntaba.

—Esa lista parece agresiva —dijo Mateo.

—Es preventiva.

Antonio estaba sentado junto a la ventana con el calendario de Ángela. Había tachado dos casillas.

—¿Qué has quitado? —preguntó Mateo.

—La visita del miércoles por la mañana y que alguien venga a prepararme el desayuno. Sé abrir una cafetera.

—No tienes que demostrar nada.

—Precisamente. No tengo que demostrar que puedo hacerlo todo ni aceptar que vosotros hagáis lo que sí puedo hacer yo.

Mateo se sentó frente a él. El calendario no era un reparto de Antonio como si fuera una parcela. Era una conversación sobre tareas concretas. Algunas requerían ayuda; otras, compañía; otras no necesitaban a nadie.

—Entonces dime cuáles dejamos.

Antonio señaló las dos sesiones de rehabilitación.

—Estas. El autobús no coincide y el taxi cuesta un disparate. El lunes cocinamos tú y yo. El jueves, después de rehabilitación, quiero comer en el bar de la carretera. Y el miércoles he quedado con Hilario para jugar al dominó.

—Eso no estaba en el primer calendario.

—Porque vuestra hermana hace calendarios de cuidados, no de vida.

Teresa levantó un dedo sin apartar la vista del folleto.

—Tu hermana hace el calendario que puede con la información que le dais. Si nadie le cuenta lo del dominó, no se lo inventa.

Antonio cogió el bolígrafo y escribió «Hilario, cinco» en la casilla del miércoles.

—Ya está contado.

Mateo abrió el calendario compartido en el móvil. No esperó que Ángela trasladara los cambios. Marcó sus dos traslados, la comida del lunes y el hueco de Julián. Luego llamó al proveedor de pienso para pedir una franja concreta el jueves. El hombre respondió que pasaría por la mañana, como siempre.

—Necesito saber si será antes de las nueve y media —dijo Mateo —. Si no puedes asegurarlo, lo dejamos para el viernes.

Hubo una negociación breve, dos quejas sobre las rutas y un acuerdo para el viernes. Mateo colgó. Había movido una entrega sin que ninguna oveja desapareciera ni el negocio se hundiera. La dificultad no estaba en el cambio, sino en haber considerado hasta entonces que el horario de todos los demás debía doblarse alrededor del suyo.

—Me falta una cosa —dijo.

—La compra —respondió Teresa.

—Iba a decir las medicinas.

—Las medicinas las controla tu padre.

Antonio sacó del bolsillo una hoja con las recetas y las fechas.

—Tu madre sabe dónde están porque vivimos juntos, no porque yo sea analfabeto farmacéutico.

—Entonces, ¿qué hace falta?

—Recoger una crema el martes —dijo Antonio—. Puedes hacerlo mientras estoy dentro de rehabilitación. Y no te quedes una hora en la sala de espera mirándome como si fueras seguridad privada.

—Puedo aprovechar para hacer la compra.

—Eso es.

Teresa entró en la despensa y regresó con una bolsa de tela. Se la entregó a Mateo.

—Toma.

—¿Qué es?

—La bolsa con la que te llevas los táperes.

—Está vacía.

—Eres observador. Desde ahora seguirá estándolo salvo que cocines tú y nos traigas algo.

Mateo soltó una risa incrédula.

—Mamá, sé cocinar.

—Por eso me parece aún más misterioso que lleves veinte años abriendo mi nevera.

—A ti te gusta que venga.

Teresa le acarició la mejilla.

—Me gusta que vengas. No que confundas mi cariño con un servicio de comidas.

La ternura de la frase no redujo su precisión. Mateo sostuvo la bolsa vacía.

—¿Esto tiene que ver con Adriana?

—No. Adriana no me ha pedido que eduque al hijo que ya crié. Esto tiene que ver con que me voy cinco noches y no quiero dejar mi vida preparada para que los hombres de mi casa apenas noten que falto.

—Lo vamos a notar.

—Eso espero.

Teresa volvió al folleto y enseñó una fotografía de la piscina cubierta.

—Voy a llevarme el sombrero grande.

—Es noviembre.

—El sombrero no sabe en qué mes estamos.

Antonio estudió la fotografía.

—Yo quiero uno de esos albornoces del hotel.

—Tú lo que quieres es que te robe un albornoz —dijo Teresa.

—He dicho que quiero uno. Puedes preguntar en recepción cuánto cuesta.

Mateo miró a sus padres discutir sobre bordados y tallas. Faltaba una semana para el viaje. Nadie había cocinado todavía, puesto una lavadora ni resuelto una urgencia. Sin embargo, la casa ya parecía distinta porque las tareas habían dejado de flotar alrededor de Teresa y Ángela como si las siguieran por naturaleza.

En el móvil, su nombre aparecía en casillas concretas. No estaba «echando una mano». No estaba sustituyendo a las mujeres hasta

que regresaran a su puesto. Eran sus turnos.

Guardó el teléfono y la bolsa vacía.

—El lunes hacemos caldereta —le dijo a Antonio—. Tú pelas las patatas.

—He dicho que sé cocinar, no que acepte tus órdenes.

—¿Quieres pelar las patatas?

—Sí.

—Entonces queda apuntado.

Teresa no levantó la vista del hotel, pero sonrió.

Capítulo 16

Manual para no arreglarlo todo

La mancha del techo apareció un lunes a las ocho y diez de la mañana, justo encima de la mesa donde Adriana había colocado el ordenador para una presentación importante.

Era pequeña, de un amarillo indeciso, y durante los primeros minutos fingió que podía ser antigua. La casa de correos tenía muchas marcas cuya edad Pilar describía con expresiones como «eso lleva ahí desde antes del euro». Adriana apartó el portátil por prudencia y siguió revisando las diapositivas.

A las ocho y veintidós, una gota cayó sobre la letra *oportunidad*.

—Estupendo —dijo.

Puso una cazuela en el suelo y escribió a Pilar. Después subió al desván con la linterna del móvil. La gotera parecía venir de una unión de la cubierta junto al canalón. No caía un torrente ni se estaba hundiendo el techo. Había llovido durante la noche y una teja desplazada, una canaleta atascada o el sentido del humor de la vivienda habían decidido participar en su jornada laboral.

Pilar respondió que avisaría a Moisés, el albañil que atendía las reparaciones de la casa. Adriana le pidió que fuera después de las doce y media, cuando terminara su reunión. A las nueve tenía otra llamada corta; a las diez, la presentación; a las cinco, un taller de embalaje con Nuria. Podía trabajar desde la mesa de la cocina y sobrevivir unas horas con una cazuela.

Le envió a Mateo una fotografía porque la noche anterior él le había preguntado si la casa había resistido la lluvia. «Ha decidido producir agua de interior. Ya está avisada Pilar», escribió.

Mateo contestó con un audio de seis segundos.

—Voy para allá.

Adriana escribió «No hace falta», pero él ya no estaba conectado.

A las nueve menos cuarto llamó a la puerta. Llevaba una escalera en la camioneta, una caja de herramientas y la urgencia de un hombre al que acababan de informar de una grieta en una presa.

—Enséñame dónde cae.

—Buenos días a ti también.

Mateo le dio un beso rápido, dejó las botas en la entrada y examinó la mancha. Movió la cazuela cuatro centímetros, como si el recipiente estuviera haciendo mal su trabajo.

—Puede ser el encuentro del faldón con el canalón.

—Eso he pensado.

—No subas al desván.

—Ya he subido.

—Adriana.

—Mateo.

Él miró hacia arriba, preocupado.

—Si hay madera húmeda, puede ceder.

—El suelo está seco y he pisado sobre las vigas. Además, ya está avisado Moisés para después de las doce y media.

—No hace falta esperar. He llamado a Ramón. Viene con su hijo en veinte minutos.

Adriana tardó un instante en procesarlo.

—¿Quién es Ramón?

—El albañil que me arregla la nave. Trabaja bien.

—La casa es de Pilar y Pilar ya tiene a una persona.

—He hablado con ella. Moisés está en Alcaraz y no puede venir hasta mañana.

—Me ha dicho que venía hoy después de comer.

—Eso le ha dicho al principio. Luego la ha llamado. Pero no te preocupes, está todo arreglado.

La frase cayó con más peso que la gota.

—¿Qué está arreglado exactamente?

—Ramón revisa la cubierta, cambia lo que haga falta y le pasa la factura a Pilar. Ya le he dicho que empiece por arriba para no

molestarte.

En ese momento vibró el móvil de Adriana. Era un mensaje de Nuria: «Mateo dice que mejor pasamos el taller al miércoles por lo de la obra. A mí me viene bien. ¿Te parece?».

Adriana levantó la pantalla.

—¿También has cambiado mi taller?

—Van a tener que cortar la luz un rato. El ordenador…

—Tengo una batería.

—Y con golpes en el techo no podrás trabajar.

—Eso lo decido yo.

—Solo intento que no tengas que preocuparte.

—Pues lo estás haciendo fatal.

Mateo dio un paso atrás. La preocupación de su cara se endureció en defensa.

—Hay una gotera. No puedes dejar que siga entrando agua.

—No he dicho que vaya a hacerlo. He hablado con la propietaria, hemos buscado un profesional y he organizado mi jornada. Tú has llamado a otro, has acordado una obra en una casa que no es tuya y has movido una reunión que no es tuya.

—Porque Moisés no venía.

—Porque tú has decidido que mañana era demasiado tarde.

—Puede empeorar.

—Y puede no hacerlo. Había opciones. Podías contármelas.

—Cuando hay algo que arreglar, se arregla.

—No. Cuando hay algo que me afecta, se me pregunta.

Mateo se pasó una mano por la nuca. Fuera se oyó el motor de una furgoneta.

—Ya están aquí.

—Pues tendrás que decirles que no entren.

—Han dejado otro trabajo para venir.

—Eso también lo has decidido tú.

—¿Quieres que los mande de vuelta con la gotera ahí?

Adriana notó la trampa de la pregunta: si decía que sí, se convertía en una mujer caprichosa que prefería mojarse antes que aceptar ayuda; si decía que no, la decisión de Mateo quedaba legitimada por los hechos que él mismo había provocado.

Sonó su teléfono. Faltaban ocho minutos para la primera llamada.

—Quiero que salgas, hables con ellos y les expliques que has llamado sin consultar. Quiero que les pagues el desplazamiento si corresponde. Después quiero hacer mi reunión en paz. A las diez y media decidiré con Pilar qué solución tomamos.

—Pero…

—No quiero un hombre que me abra la puerta si después pretende decidir por cuál tengo que pasar.

Mateo se quedó muy quieto.

La frase no era brillante ni nueva; llevaba semanas formándose entre cancelas, reuniones y gestos pequeños. En voz alta sonó más cansada que ingeniosa.

Ramón tocó el claxon. Mateo miró la mancha, la cazuela y a Adriana.

—De acuerdo —dijo.

Ella había esperado otra explicación. La ausencia de pelea la dejó sin el siguiente argumento preparado.

—¿De acuerdo?

—Los mando de vuelta. Hablo con Pilar. Y con Nuria para decirle que el cambio no estaba confirmado.

—Bien.

Mateo cogió la chaqueta.

—Cuando acabes la presentación, ¿quieres que te pase el teléfono de Ramón por si decides llamarlo?

Adriana respiró.

—Sí. El teléfono, sí.

—Te lo envío.

Salió y cerró la puerta. Desde la ventana, Adriana lo vio acercarse a la furgoneta. Ramón bajó el cristal. Mateo habló durante varios minutos, señaló la casa una vez y negó con la cabeza. No pareció culparla ni inventó una excusa. Sacó la cartera, entregó algo al conductor y la furgoneta se marchó.

A las nueve, Adriana se conectó a la llamada desde la cocina. Una gota cayó cada cincuenta segundos en la cazuela del salón. El sonido la acompañó como un metrónomo hostil.

La presentación de las diez era para una empresa de cosmética que quería reposicionarse como «honesta» sin cambiar ni sus envases ni la letra pequeña. Adriana explicó durante cuarenta minutos que una marca no podía usar el lenguaje de la transparencia como maquillaje. Mientras hablaba, oyó su propia conversación con Mateo. Las buenas intenciones no corregían una práctica si se utilizaban para evitar preguntar.

Terminó a las once y dos con el encargo aprobado y una lista de modificaciones. Cuando salió al salón, encontró tres mensajes.

El primero era de Nuria: «Taller hoy a las cinco como estaba. El Gato dice que se adelantó. Le he dicho que no vuelva a gestionar mi agenda y ha dicho que vale. ¿Está enfermo?».

El segundo, de Pilar: «Moisés puede pasar a las cuatro. La mancha no parece grave. Tú decides si te viene bien que entre. La casa es mía, pero mientras la habitas tus horarios son tuyos».

El tercero era de Mateo: el contacto de Ramón, sin comentario añadido.

Adriana llamó a Pilar. Acordaron que Moisés fuera a las cuatro, revisara el desván y, si hacía falta cortar la luz o trabajar dentro, volviera al día siguiente a una hora convenida. Después escribió a Mateo: «Moisés viene a revisar a las cuatro. Gracias por cancelar lo otro».

Él tardó diez minutos en responder.

«Era lo que me habías pedido».

No añadió un corazón, una cara triste ni una petición de perdón. Adriana se preparó una tostada y se sentó frente a la cazuela. Seguía enfadada. También estaba aliviada. Ambas emociones podían coexistir sin obligarla a resolver la relación antes de comer.

Mateo apareció a las cinco menos cuarto, cuando Moisés ya había recolocado dos tejas y limpiado una acumulación de hojas en el canalón. Venía a llevar cajas de cartón al taller de embalaje. Se detuvo en el umbral.

—¿Puedo pasar?

Adriana abrió más la puerta.

—Sí.

Él dejó las cajas junto a la pared.

—Ramón no ha cobrado el desplazamiento. Dice que me lo descontará de la próxima factura, así que seguramente me lo cobrará dos veces.

—Me parece una consecuencia pedagógica.

—A mí también.

Se miraron. Mateo no intentó besarla.

—Lo siento —dijo—. No por haber querido arreglar la gotera. Por actuar como si querer arreglarla me diera derecho a organizarlo todo. Tendría que haberte preguntado qué necesitabas.

Adriana apoyó una mano sobre las cajas.

—Sí.

—Y no volveré a cambiar una cita tuya.

—Eso espero.

Mateo miró hacia la escalera, luego a ella.

—No sé si ahora quieres que me vaya o que siga aquí como si nada.

—No quiero ninguna de las dos cosas.

—Es una respuesta complicada.

—Las personas tenemos esa mala costumbre. —Adriana se cruzó de brazos—. No necesito que desaparezcas cada vez que discutimos. Eso convertiría mis límites en una amenaza: o acepto tu ayuda como tú la das o te pierdo durante dos días.

—No pretendía castigarte.

—Ya. Igual que no pretendías organizarme la mañana. Hablo del efecto, no de tu intención.

Mateo recibió la frase sin bajar la mirada.

—Entonces, ¿qué necesitas?

Adriana pensó antes de contestar. Pedir algo le resultaba más difícil que señalar lo que rechazaba. Una parte de ella prefería encargarse de todo y evitar así la deuda imaginaria de necesitar a alguien.

—Que lleves las cajas. Que hagamos el taller. Que no finjamos que no ha pasado nada, pero tampoco que una discusión lo rompe todo.

—Puedo hacer eso.

—Y esta noche ya veremos.

—También.

No había dramatismo en la aceptación. Adriana sintió el impulso de premiarlo con un beso y lo dejó pasar. Mateo no era un niño que necesitara una golosina por sostener una conversación incómoda. Ella tampoco tenía que convertir cada reconciliación parcial en una absolución física.

—¿Quieres que lleve las cajas al taller o prefieres llevarlas tú?

—Quiero que lleves las dos grandes. Yo cojo la pequeña.

Mateo asintió. No dijo que podía con las tres ni convirtió el reparto en una prueba de fuerza. Tomó las cajas grandes y salió.

En el taller, Nuria había preparado rollos de papel, sellos y cordeles. Trabajaron dos horas diseñando un sistema de embalaje sencillo. Mateo siguió las instrucciones, cortó cartones y preguntó antes de reorganizar la mesa. En un momento dado, vio que Adriana forcejeaba con un rollo de cuerda enredado.

—¿Quieres que…?

—No.

—Vale.

Ella tiró durante un minuto. El nudo empeoró.

—Ahora sí —dijo.

Mateo dejó sus tijeras, se acercó y examinó el enredo.

—Si tiras más fuerte, se cierra.

—Ya me he dado cuenta.

—Hay que aflojar por aquí.

Trabajaron juntos, cediendo cuerda en lugar de tensarla. El nudo se abrió.

—Gracias —dijo Adriana.

—De nada.

Esa noche, al despedirse en la plaza, Mateo señaló hacia su casa.

—¿Quieres que vaya contigo?

Adriana pensó en la discusión, en la furgoneta alejándose y en la forma en que él había aceptado dos veces un no sin convertirlo en castigo.

—Sí —respondió—. Pero la cazuela la quito yo.

—No pensaba discutir semejante privilegio.

Caminaron juntos. La avería estaba resuelta, aunque aquello era lo menos importante que se había reparado durante el día.

Capítulo 17

Una noche sin cobertura

Mateo preparó la cena en la caseta restaurada del cerro del Enebral porque allí no había cobertura y, después de la experiencia de la verbena, consideraba prudente que los teléfonos quedaran fuera de cualquier conversación sentimental.

No se lo planteó a Adriana de ese modo.

—¿Te apetece cenar el sábado en el cerro? —le preguntó el jueves—. Hay una caseta que arreglamos hace unos años. Chimenea, mesa y un banco que se hace cama. Yo llevaría la comida. No hay señal y por la noche hace frío.

Adriana lo observó por encima de una etiqueta.

—¿Esto es una invitación o el prospecto de un medicamento?

—Intento darte información suficiente.

—Me apetece. ¿A qué hora?

—A la que termines.

—A las ocho.

—Paso a recogerte a las ocho y cuarto.

—Mira qué bien se te da aprender horarios.

El sábado, Mateo dejó el rebaño recogido, preparó una cazuela de cordero con setas y verduras, una ensalada de pimientos asados y una tarta de queso que se abrió por un lado al desmoldarla. Teresa habría cubierto la grieta con mermelada y afirmado que formaba parte del diseño. Él la dejó visible.

También llevó mantas, leña, agua, dos copas y una botella de vino. Dudó frente a un jarrón pequeño. Finalmente colocó dentro

tres ramas de romero y una flor tardía que encontró junto al cercado. Le pareció ridículo. La dejó.

Adriana salió a las ocho y cuarto con una mochila y una bolsa.

—He traído pan y chocolate —dijo—. No sé qué se come en una caseta sin cobertura.

—Lo mismo que con cobertura, pero sin fotografiarlo.

—Una experiencia radical.

Subieron en la camioneta hasta donde terminaba la pista. Después caminaron diez minutos bajo un cielo limpio. La caseta era rectangular, de piedra clara, con tejas nuevas y una puerta baja. Un grupo de pastores y vecinos la había restaurado para usarla durante rutas y jornadas de trabajo. Dentro había una chimenea, una mesa robusta, estantes con velas, una pila de leña y un banco ancho cubierto con colchonetas.

Adriana vio el romero nada más entrar.

—¿Decoración?

—Había un jarrón.

—Y has sentido que no podía seguir vacío.

—Me ha dado pena.

—No te preocupes. No se lo diré a Sebas.

Mateo encendió el fuego mientras ella colocaba el pan. El silencio de fuera era enorme, pero no vacío: se oían hojas, algún insecto y un cencerro lejano. Adriana dejó el móvil apagado en la mochila.

—¿Estás seguro de que no hay cobertura o has instalado un inhibidor? —preguntó.

—He comprobado que no se envían audios.

—Qué pena. Tenía preparado un discurso para el grupo de avisos.

Cenaron despacio. Adriana alabó el guiso sin fingir sorpresa por que él supiera cocinar. Mateo agradeció el cumplido sin explicar que la receta era de su abuelo ni enumerar todos los ingredientes. La tarta rota apareció al final.

—Es deconstruida —dijo él.

—No. Se te ha roto.

—El mundo de la marca admite interpretaciones.

—Mi oficio tiene límites éticos.

Compartieron la parte que se había mantenido en pie y comieron el resto directamente de la fuente. El fuego calentó pronto la caseta. Mateo se quitó el jersey; Adriana se descalzó y dobló las piernas sobre el banco.

—¿Traes aquí a todas tus citas? —preguntó ella.

—Sí. Hay una lista de espera detrás de la puerta.

—Con razón has puesto flores.

La broma abrió un espacio que llevaba tiempo rondándolos. Mateo sirvió un poco más de vino.

—No he tenido tantas relaciones como Charo cree —dijo.

—¿Cuántas cree Charo?

—Depende del día. Entre tres y una compañía itinerante de teatro.

—Me interesa especialmente la compañía.

—Era un grupo que actuó aquí un verano. Yo tenía veintitrés años y ayudé a montar el escenario. Desde entonces, según la versión, estuve con la protagonista, con la directora o con dos hermanas acróbatas.

—¿Y qué ocurrió de verdad?

—Me tomé una cerveza con el técnico de luces.

Adriana rio.

—Tu leyenda tiene poca base documental.

Mateo apoyó los antebrazos en la mesa.

—Estuve siete años con Carmen. Yo tenía treinta y pocos. Ella trabajaba en una tienda de muebles en Albacete y venía los fines de semana. Hablábamos de vivir juntos, pero yo siempre lo planteaba como que ella viniera aquí.

—¿Nunca pensaste en ir tú?

—Decía que no podía dejar el rebaño. Era verdad, pero no era toda la verdad. Podía haber buscado opciones, contratar a alguien, repartir días. Ni siquiera hice las cuentas. Pensaba que mi vida era la fija y la suya la que tenía que moverse.

Adriana no respondió enseguida. El fuego crujió.

—¿Te dejó por eso?

—Por eso y por más cosas. No era una villana ni yo una víctima. Se cansó de esperar una conversación que yo daba por terminada

antes de empezar. Después tuve relaciones más cortas. Cuando alguna mujer quería algo serio, encontraba motivos para pensar que no encajaría aquí.

—¿Y encajaba alguna?

—No lo sé. Nunca pregunté cómo querían encajar. —Mateo giró la copa—. Era más fácil decir que yo estaba hecho a mi manera. El Gato Viejo. Como si el apodo me absolviera de todo.

Adriana lo miraba sin lástima. Él agradeció aquella atención limpia, que no corría a tranquilizarlo.

—¿Te arrepientes de no haber ido a Albacete? —preguntó.

—Me arrepiento de no haber considerado que podía hacerlo. A veces uno confunde no elegir con ser fiel a sí mismo.

—Eso es bastante lúcido para un hombre que ha intentado venderme una tarta rota como alta cocina.

—El vino está ayudando.

Adriana extendió una mano sobre la mesa. Mateo puso la suya encima.

—Yo viví seis años con Daniel —dijo ella—. Éramos buenos juntos en muchas cosas. No era controlador. Ese es el problema: cuesta explicar por qué una desaparece cuando nadie le ha ordenado desaparecer.

Mateo esperó.

—Él organizaba mejor los viajes, así que acabó eligiendo los destinos. Tenía un horario menos flexible, así que cenábamos cuando él podía. Su casa era más grande, por eso yo me mudé. Su trabajo exigía silencio, por eso el mío fue ocupando una esquina. Cada decisión tenía lógica. Yo las aceptaba y después me enfadaba porque él no adivinaba todo lo que yo no había dicho.

—¿Y te fuiste?

—Una mañana vi que tenía la ropa de invierno en cajas porque no cabía en el armario. Llevaba dos años viviendo allí y seguía siendo una invitada muy bien organizada. —Adriana acarició con el pulgar la mano de Mateo—. Terminé la relación. Pero también comprendí que yo había cedido terreno sin negociar. Ahora, cuando siento que alguien se acerca demasiado a una decisión mía, a veces me marcho antes de averiguar si está dispuesto a hablar.

—Como con la gotera.

—Con la gotera no me marché.

—No.

—Quise hacerlo. Mentalmente ya había metido el portátil en el coche y estaba buscando pisos en Cuenca.

Mateo apretó suavemente sus dedos.

—Gracias por quedarte a discutir.

—Gracias por mandar la furgoneta de vuelta.

—Me costó cincuenta euros.

—Una sesión de terapia te habría costado más.

Sonrieron, pero la conversación no perdió profundidad.

—¿Qué temes perder ahora? —preguntó Mateo.

Adriana miró el fuego.

—La capacidad de reconocer mi propia vida. No quiero despertarme dentro de cinco años y descubrir que todas mis decisiones eran razonables, pero ninguna era mía. ¿Tú?

Mateo pensó en la casa vacía, el rebaño al amanecer y la facilidad con que había convertido la costumbre en carácter.

—Temo que, cuando termine tu contrato, te vayas a Madrid y esto se convierta en una anécdota bonita. —Tragó saliva—. Y temo pedirte que te quedes de una manera que confirme todas las razones por las que deberías marcharte.

Adriana sostuvo su mirada.

—Eso sí que es complicado.

—Te dije que el vino ayudaba, no que hiciera milagros.

—Mi contrato termina en diciembre. No he decidido qué haré después.

Mateo sintió el impulso de enumerar soluciones: podía trabajar desde allí, la casa de correos seguiría libre, él tenía una habitación que podía convertir en estudio. Las ideas llegaron ordenadas y completas.

No las dijo.

—Cuando quieras hablarlo —respondió—, te escucharé.

Adriana levantó su copa.

—Eso ha estado muy bien.

—Tengo momentos.

—No lo estropees.

Adriana acercó los pies al fuego.

—¿Y qué tal va la organización del viaje de tu madre?

—Todavía no se ha ido y el calendario ya tiene más versiones que tus etiquetas. Mi padre ha borrado dos visitas porque no quiere que lo vigilemos, ha añadido una partida de dominó y me ha encargado dos rehabilitaciones.

—Suena a que ha participado.

—Con entusiasmo. También ha pedido que nadie le prepare el desayuno. Mi madre ha escrito una lista de cosas que no piensa resolver desde Peñíscola y ha puesto las llaves en segundo lugar.

—¿Qué ocupa el primero?

—El café. Hay prioridades familiares.

Sonrieron. Después Mateo se puso serio.

—Ángela quiere que mantengamos el calendario cuando mi madre vuelva. No solo para el viaje. Vamos a repartir las citas de forma fija.

—¿Te parece bien?

—Me parece que tendría que haber ocurrido hace años. Y también me fastidia porque tendré que mover cosas. Las dos son verdad.

—Cambiar no exige que te encante cada consecuencia.

—Menos mal. Mover una entrega de pienso no me ha provocado ningún despertar espiritual.

—Lo importante es que no esperes a que Ángela te diga qué tienes que mover.

Mateo asintió. Le gustaba que Adriana no lo convirtiera en un hombre nuevo por haber rellenado unas casillas. También le incomodaba. Era mucho más fácil transformarse ante alguien dispuesto a confundir intención con resultado.

—No quiero hacer estas cosas solo para que tú pienses mejor de mí —dijo.

—Entonces no las hagas por mí.

—No las hago por ti.

—Perfecto.

Adriana no añadió *estoy orgullosa* ni *sabía que podías*. Le rellenó la copa y le preguntó qué quería hacer Antonio después de rehabilitación. Mateo habló del café del bar de la carretera, del dominó y de su padre, no de sí mismo. La conversación cambió de centro con una naturalidad que le mostró cuánto tiempo había ocupado él sin notarlo.

Recogieron la mesa juntos. Mateo lavó los platos en una palangana y Adriana los secó. No discutieron quién hacía qué; tampoco fingieron que el reparto había surgido por intervención divina. Ella eligió secar porque el agua estaba helada. Él aceptó lavar porque había cocinado y conocía la grasa de la cazuela.

Cuando terminaron, extendieron las mantas sobre el banco. Fuera había empezado a soplar viento. Adriana se acercó a la puerta para mirar las estrellas y Mateo se colocó detrás, sin rodearla todavía.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—Un poco.

—¿Quieres una manta o esto?

Abrió los brazos. Adriana se volvió y entró en ellos.

—Esto.

El beso empezó lento. Ya conocían el modo en que el otro respiraba, dónde se interrumpía una risa y cómo formular una pregunta sin apagar el deseo. Mateo sintió las manos de Adriana bajo su camisa y el cuerpo de ella pegado al suyo. Cerró la puerta. La chimenea dejó la habitación en una luz naranja y suave.

Se desvistieron sin prisa, entre el calor del fuego y el aire frío que se colaba por las piedras. Hubo caricias, palabras bajas y un instante en que Adriana se golpeó el codo con la pared y ambos acabaron riéndose sobre las mantas. La intimidad no borró lo que habían hablado. Lo volvió más real: dos cuerpos que se deseaban sin confundir deseo con derecho.

Más tarde, Adriana se durmió con la cabeza en su pecho. Mateo miró las vigas. Podía imaginar una vida entera con ella con una facilidad peligrosa: desayunos, herramientas en un estudio, un hueco en su armario, dos tazas junto al fregadero.

La imaginación no pedía permiso. Los actos sí.

No despertó a Adriana para contarle el futuro que acababa de construir en silencio. Le subió la manta hasta el hombro y escuchó su respiración mezclada con el viento.

Por primera vez, no tener cobertura le pareció menos importante que no llenar el silencio con una respuesta que ella aún no había dado.

Capítulo 18

Gato viejo, rata tierna

Adriana entró en La Parada a las diez y veinte de la mañana con el pelo recogido a toda prisa, la misma ropa de la noche anterior y una rama de romero enganchada en el abrigo.

Mateo caminaba detrás con la cesta de la cena y una expresión demasiado tranquila para un hombre que acababa de cruzar la plaza un domingo acompañado por la mujer cuyo primer beso había retransmitido al pueblo.

Charo levantó la vista de la cafetera.

—Mira quiénes vienen. Gato viejo, rata tierna.

El bar quedó en silencio durante ese medio segundo prodigioso en que veinte personas fingieron no estar pendientes.

Adriana se detuvo.

—¿Perdón?

Charo dejó dos tazas sobre la barra.

—El Gato eres tú —dijo, señalando a Mateo—. Y la rata tierna es ella.

—Había deducido el reparto —respondió Adriana.

En una mesa, Sebas se atragantó con el café. Pilar estaba junto a la ventana leyendo el periódico y no hizo ningún esfuerzo por ocultar que escuchaba.

—No me entusiasma la imagen —continuó Adriana—. Un gato viejo, una rata tierna… ¿Esto termina con él devorándome?

—Qué va —dijo Charo—. Las ratas son listas. El gato lleva meses dando vueltas sin saber dónde meterse.

—Gracias —murmuró Mateo.

—Y he dicho tierna porque eres cariñosa cuando quieres.

—Eso no mejora la posición de presa.

Charo se apoyó en la barra.

—Niña, aquí la única criatura que se come lo que no debe es Rosalía. Tú tienes pinta de defenderte bien.

Adriana miró alrededor. Sebas sonreía, dos mujeres de La Hebra esperaban su respuesta y Mateo permanecía a su lado sin intervenir para explicar que Charo no tenía mala intención. Agradeció que no hablara por ninguna de las dos.

Se quitó la rama de romero del abrigo y la dejó sobre la barra.

—Cuidado —dijo—. La rata muerde.

La carcajada fue inmediata. Charo golpeó la encimera con el paño.

—¡Eso! Gato, ya puedes andar listo.

Mateo ocupó un taburete.

—Llevo toda la vida rodeado de animales con dientes.

—Y todavía no has aprendido —replicó Adriana.

La tensión se deshizo. Charo les sirvió café y tostadas sin preguntar, aunque rectificó a mitad de camino.

—¿Queréis tostadas?

—Sí —respondieron a la vez.

—Esto de preguntar va a retrasar mucho la hostelería.

Adriana se sentó junto a Mateo. No le molestaba que el pueblo supiera que estaban juntos. Le molestaba que el conocimiento pareciera conceder acceso ilimitado a su intimidad o que la relación sustituyera su identidad. Había una diferencia entre entrar al bar de la mano y descubrir que alguien ya había escrito el resto de la historia.

Charo esperó a que Mateo se alejara para saludar a Pilar y se inclinó hacia Adriana.

—Si de verdad te molesta, no lo vuelvo a decir.

La seriedad inesperada de la tabernera la desarmó un poco.

—La parte de la presa sí me molesta.

—No estaba pensando en una presa. Mi abuela decía «gato viejo, rata tierna» cuando alguien muy resabiado se quedaba bobo por otra persona. La rata era la que mandaba.

—Eso mejora algo el reparto de poder, aunque la zoología sigue siendo cuestionable.

—Puedo buscar otro animal.

—No. —Adriana miró a Mateo, que escuchaba a Pilar con la cabeza inclinada—. Podemos quedárnoslo si se entiende que la rata tiene criterio propio.

—Y dientes.

—Especialmente dientes.

Charo asintió, satisfecha.

—Trato hecho. Y no te llamaré así cuando hablemos del proyecto.

Adriana la miró con gratitud. Aquella distinción era exactamente la que había intentado explicar: podía ser pareja de Mateo sin que esa relación encabezara cada habitación en la que entraba.

—Gracias.

—De nada. Ahora dime si quieres tomate en la tostada. Estoy agotada de tanta consulta.

—Tomate y aceite.

—Eso ya lo sabía, pero estamos modernizándonos.

Esa mañana, al menos, nadie escribió más de lo que ella permitió.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó Sebas desde la mesa.

—Sí —dijo Mateo—. ¿Tú?

—Yo preguntaba por la caseta.

—Y yo por tu colchón. Ya que intercambiamos información privada.

Pilar bajó el periódico para sonreír. Sebas levantó las manos.

—No se puede decir nada.

—Se pueden decir miles de cosas —respondió Adriana—. Prueba con alguna que no incluya mi cama.

—Técnicamente era un banco —señaló Mateo.

Adriana le dio un codazo. Él se llevó la mano a las costillas con exageración.

—Lo ha avisado —dijo Charo—. La rata muerde.

A las once tenían que preparar la primera pequeña exposición de La Hebra en el propio bar. Charo había cedido la sala del fondo para mostrar prototipos y tomar fotografías del embalaje final. Nuria llegó con Alma, su hija, y tres cajas de piezas terminadas. Ángela trajo las

tarjetas impresas. Lucía apareció con una bolsa de magdalenas. En menos de media hora, la sala se llenó de lana, papel, tijeras y opiniones.

Adriana sacó la cámara y organizó las zonas de trabajo.

—Las mantas junto a la pared clara. Las piezas pequeñas sobre la mesa. Nuria, quiero fotografiar tus manos cosiendo una etiqueta si te parece bien.

—Sí, pero avísame antes para quitarme esta tirita.

—No hace falta. También forma parte del trabajo.

—Entonces cobra protagonismo y habrá que pagarle —dijo Ángela.

Mateo tomó una caja.

—¿Dónde la pongo?

Adriana señaló la mesa lateral.

—Allí, por favor. Sin sacar nada todavía.

—Entendido.

La llevó y se apartó. No abrió los paquetes, no decidió qué producto merecía la primera fotografía ni empezó a contar a los presentes cuál era el origen de la colección. Se quedó disponible, lo cual Adriana descubrió que era mucho más útil que estar al mando.

Alma, aburrida tras siete minutos, cogió una de las tarjetas y leyó en voz alta:

—«Pieza elaborada por Nuria Lozano con lana del rebaño de Mateo Roldán». Mamá sale antes.

—Porque ha hecho la pieza —explicó Mateo.

—Pero las ovejas son tuyas.

—La lana es de las ovejas. Yo solo negocio en su nombre.

La niña lo pensó.

—Entonces debería poner Rosalía.

—Rosalía no aportó esta lana —dijo Nuria—. Y menos mal, porque exigiría cobrar en cartón.

Adriana encuadró la escena: las manos de Nuria, la etiqueta, la puntada azul y, al fondo, desenfocada, Alma inclinándose sobre la mesa. Hizo varias fotos. Después entregó la cámara a Mateo.

—¿Quieres probar?

Él la recibió con cuidado.

—Hace años que no uso una de estas.

—El botón sigue arriba. La humanidad no ha querido innovar tanto.

—¿Qué fotografío?

—Lo que tú veas.

Mateo miró la sala a través del visor. Ajustó el enfoque con una lentitud respetuosa. No apuntó a los productos colocados ni a la pared preparada. Se agachó y fotografió a Pilar atando un cordel mientras Ángela sostenía el paquete; después, a Charo entrando con una bandeja de cafés; luego, las manos de Maribel doblando una manta.

Adriana observó las imágenes en la pantalla. No eran perfectas. Una estaba algo oscura y otra cortaba parte de la caja. Pero Mateo seguía viendo lo que había querido fotografiar de joven: sombras, paredes, manos.

—Tienes ojo —dijo.

—También tengo cincuenta años. Me dijeron que había llegado tarde.

—Quien te lo dijo era idiota.

—Fui yo.

Adriana le sostuvo la mirada.

—Mantengo el diagnóstico.

Mateo sonrió y le devolvió la cámara.

A mediodía abrieron la sala a los clientes del bar. No era una venta oficial, solo una prueba para observar reacciones y explicar el proyecto. Entraron vecinos, excursionistas y una pareja de Hellín que había parado a comer. La mujer tocó una manta y preguntó el precio. Cuando Nuria respondió, no hizo un gesto de escándalo. Leyó la tarjeta, preguntó cuánto tardaban en hacerla y tomó una fotografía para enseñársela a su hermana.

Eusebio, que había pronosticado que nadie pagaría cincuenta y ocho euros por una funda, vio cómo la pareja reservaba una.

—Es para mi hermana —explicó la mujer mientras Nuria buscaba la hoja de reservas—. Se acaba de mudar y quiero regalarle algo que no tenga todo el mundo.

—La costura azul puede variar un poco —advirtió Nuria—. Ninguna queda idéntica.

—Mejor.

Nuria miró a Adriana antes de prometer una fecha. Ella señaló discretamente el calendario de producción pegado a la pared, pero no respondió en su lugar.

—Puedo tenerla en tres semanas —calculó Nuria—. Si la necesita antes, prefiero decirle que no llegamos.

—Tres semanas está bien.

La mujer dejó una señal de veinte euros. Charo produjo un talonario de recibos del fondo de un cajón y Pilar comprobó que la numeración correspondía a la asociación. Todo el proceso tardó más que una compra corriente: elección de color, datos, fecha y explicación del cuidado de la lana. Sin embargo, cuando Nuria arrancó el resguardo y se lo entregó, sostenía el bolígrafo con una emoción que intentó disimular.

—Primera reserva con el precio completo —dijo Ángela.

—Y sin regatear —añadió Maribel.

Adriana hizo una fotografía de la hoja, no de la clienta. Aquel era un hito interno, no material publicitario obtenido sin permiso.

Mateo se limitó a sonreír desde el otro lado de la sala. No dijo que la lana procedía de su rebaño ni convirtió la compra en una prueba de que él había tenido razón. Nuria guardó la señal en la caja y escribió su propio nombre junto al encargo.

—Bueno —dijo Eusebio—, hay gente para todo.

—Por suerte —respondió Pilar—. También para opinar antes de tiempo.

Adriana se movió entre las mesas tomando notas. Qué tocaba la gente primero, qué preguntas hacía, dónde se detenía a leer. Mateo se acercó con dos cafés.

—¿Quieres uno?

—Sí, gracias.

—¿Con leche?

—Solo.

—Pensaba que lo tomabas con leche.

—Por la mañana. Después de comer, solo.

Mateo le entregó el correcto sin convertir la diferencia en un debate.

—Llevamos semanas juntos y ya he descubierto que no sé cómo tomas el café —dijo.

—Llevamos semanas juntos. Sería inquietante que ya creyeras saberlo todo.

—Puedo hacer una tabla.

—Como aparezca una tabla con mis hábitos, regreso hoy mismo a Madrid.

—Descartada la tabla.

Adriana bebió un sorbo. A su alrededor, La Hebra funcionaba como debía: no gracias a una heroína llegada de la ciudad, ni a un pastor que hubiera concedido permiso, sino porque mucha gente aportaba trabajo distinto y empezaba a nombrarlo con justicia.

En la barra, Charo había escrito con tiza el menú del día. Debajo añadió: «Postre especial: tarta de queso deconstruida del Gato». Mateo lo vio y protestó.

—La tarta no ha salido de la caseta.

—La información sí —dijo Charo.

Adriana levantó ambas manos.

—Yo no he contado nada.

—No hacía falta. Has entrado con migas en la manga.

Mateo examinó el jersey de Adriana. Había, efectivamente, una miga adherida cerca del codo.

—Prueba concluyente —dijo Pilar.

La tarde terminó con las piezas guardadas, una reserva, treinta y cuatro fotografías aprovechables y el nuevo apodo instalado con la rapidez de una aplicación no solicitada. Al salir, Sebas se despidió de Mateo con un maullido y de Adriana moviendo los dedos como bigotes.

—Creo que no entiende qué animal soy —dijo ella.

—Dale tiempo. No es rápido.

Cruzaron la plaza. El cielo estaba despejado y las primeras luces se encendían detrás de las ventanas. Mateo llevaba una caja; Adriana, la cámara y las notas.

—¿Te molesta de verdad? —preguntó él.

—¿El apodo?

—Sí.

Adriana lo pensó.

—Me molestaría si tú lo usaras para hacerme pequeña. O si alguien creyera que soy una presa que ha venido a meterse en la vida del Gato. Pero me gusta haber podido darle la vuelta.

—Entonces no lo usaré salvo que tú quieras.

—Puedes usarlo en circunstancias controladas.

—¿Necesito autorización por escrito?

—Dos copias y sello de La Hebra.

Mateo dejó la caja en el suelo para abrirle la cancela del patio trasero del taller. Empujó, se apartó y esperó. Adriana pasó por donde había elegido pasar.

—Gracias, Gato Viejo.

—De nada, rata…

Ella se volvió con una ceja levantada.

—¿Sí?

—Adriana.

—Buena decisión.

Mateo recogió la caja. Ella lo agarró del cuello de la chaqueta y lo besó bajo la luz amarilla del portal.

No necesitaban que el pueblo aprobara la relación. Tampoco que dejara de mirarlos. Bastaba con que, dentro de todas aquellas voces, ambos conservaran la suya.

Desde el corral cercano llegó el sonido de un cencerro. Adriana se separó apenas lo suficiente para hablar.

—¿Rosalía?

Mateo escuchó un momento.

—No. Esa es Estrella.

—¿Seguro?

—Cada una suena distinto.

—Yo también.

—Lo sé.

Adriana sonrió.

—Más te vale.

Capítulo 19

La silla vacía de Teresa

En el cuarto día del viaje de Teresa a Peñíscola, la silla vacía dejó de parecerle a Mateo una emergencia doméstica y empezó a parecerle una provocación.

No porque la casa se hubiera hundido. Al contrario. Antonio y él habían llegado al jueves sin intoxicarse, sin llamar a Ángela para preguntarle nada y sin enviar a Teresa fotografías que acreditaran su supervivencia. El calendario familiar seguía en la puerta de la nevera, las tareas tenían dueño y las ovejas no habían presentado ninguna reclamación por abandono.

El problema era que, a las siete menos cuarto de la tarde, Antonio no estaba en casa.

Mateo había pasado a buscarlo para cenar juntos. Habían hablado esa mañana: él terminaría con el rebaño, recogería a su padre y decidirían si iban a La Parada o se quedaban viendo un partido. No era un plan solemne, pero era un plan.

La puerta estaba cerrada. La chaqueta marrón de Antonio no colgaba en el recibidor y el bastón bueno, el que usaba fuera de casa, había desaparecido. En cambio, el teléfono permanecía sobre la mesa del salón, conectado al cargador.

Mateo lo llamó de todos modos. El aparato vibró delante de él con una alegría inútil.

—Muy bien —dijo—. Estupendo sistema de localización.

Recorrió la casa. El dormitorio estaba ordenado. En el baño no había nadie caído. El patio se encontraba vacío y la puerta trasera, cerrada. No vio ninguna nota.

Abrió el grupo familiar. El último mensaje era una fotografía que Teresa había enviado desde el paseo marítimo: cuatro mujeres con gafas de sol, abrigos y una sombrilla cerrada detrás. Ángela había respondido que disfrutara. Antonio había colocado un pulgar hacia arriba tres horas antes.

Mateo empezó a escribir: «¿Sabes dónde está papá?».

Se detuvo antes de enviarlo.

Si preguntaba a Ángela, su hermana llamaría a media comarca, reorganizaría la tarde y volvería a convertirse en la central de información de una situación que ni siquiera sabía si requería ayuda. Si preguntaba a Teresa, su madre abandonaría durante una hora el viaje que tanto trabajo le había costado tomarse.

Borró el mensaje.

Pensó en los lugares a los que iba Antonio antes de la operación. La huerta de un primo. La ferretería. La cooperativa. El banco de la plaza cuando daba el sol. La Parada los jueves por la tarde, para jugar al dominó con tres hombres que discutían cada partida como si se repartieran tierras.

Era jueves.

Mateo salió de la casa, cerró y recorrió la calle a pie. El aire de noviembre olía a humo de chimenea y tierra húmeda. En la plaza se cruzó con Lucía, que llevaba una bolsa de farmacia.

—¿Has visto a mi padre?

—Esta tarde no.

La veterinaria reparó en su cara.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé. Ha salido y se ha dejado el teléfono.

—¿Quieres que pregunte en el consultorio?

Mateo estuvo a punto de decir que sí. Después imaginó a medio pueblo buscando a un hombre que quizá estaba ganando una partida.

—Primero miro en el bar.

La Parada estaba llena. Una estufa de pellets zumbaba junto a la entrada, la televisión mostraba un concurso sin sonido y cinco mesas reunían parroquianos, barajas y conversaciones. Antonio ocupaba

una silla junto a la ventana, con el bastón apoyado en la pared y cuatro fichas de dominó delante.

No parecía perdido.

Parecía feliz.

Tenía la cara encendida, se inclinaba sobre la mesa y discutía con Florencio, un antiguo compañero del taller, acerca de un doble seis que alguien había colocado con intenciones dudosas. Charo observó entrar a Mateo y señaló la partida antes de que preguntara.

—Le faltan siete puntos —dijo—. Si vienes a llevártelo, espera.

Mateo llegó hasta la mesa.

—Padre.

Antonio levantó la mirada.

—Hijo.

—¿Dónde estabas?

Florencio miró alrededor.

—En Cuenca no.

—Te has dejado el teléfono.

—Lo estaba cargando.

—Podías haberme avisado.

Antonio colocó una ficha.

—Te avisé esta mañana de que no sabía si cenaría contigo.

—Dijiste que ya veríamos.

—Y ya he visto que no.

Los otros jugadores procuraron parecer concentrados en el dominó. Charo ni siquiera lo intentó.

—He ido a casa y no estabas —dijo Mateo, bajando la voz—. Con la cadera como la tienes, no puedes salir sin que nadie sepa dónde vas.

Antonio dejó de mirar las fichas.

—¿La cadera cómo la tengo?

—Sabes a qué me refiero.

—Sí. A que desde la operación todo el mundo habla de mí como si fuera un electrodoméstico que hay que vigilar.

—No he dicho eso.

—Has dicho que no puedo salir sin que alguien lo sepa.

—Porque me preocupo.

—Tu madre también se preocupa y lleva cuatro días llamando solo por la noche. Tu hermana se preocupa y hoy no me ha preguntado dónde estaba. Tú has entrado como si me hubiera fugado de una residencia.

Florencio estudió sus fichas.

—Yo lo he traído —dijo—. Y pienso devolverlo cuando terminemos, si no me denuncia antes por haberle ganado.

—Vas perdiendo —replicó Antonio.

—Eso es un detalle administrativo.

Mateo miró a su padre. Había dado por hecho que se encontraba solo en casa esperando que alguien decidiera cómo ocuparle la tarde. No se le había ocurrido que Antonio pudiera llamar a un amigo, organizar transporte y recuperar una costumbre sin solicitar autorización familiar.

—Al menos llévate el teléfono —dijo.

—Eso sí. Se me ha olvidado.

La admisión, sencilla y sin desafío, le quitó a Mateo parte del enfado. No toda la preocupación.

—Podías haberte caído.

—También podía caerme en el baño y tardarías horas en saberlo. No puedes convertir la posibilidad de que ocurra algo en una verja.

Charo dejó un vaso de agua delante de Mateo.

—Siéntate. Estás poniendo nerviosas a las fichas.

—No sé jugar.

Antonio lo miró con auténtica sorpresa.

—¿No sabes jugar al dominó?

—Sé lo básico.

—Entonces no sabes. Cuando acabemos te enseño.

Mateo se sentó en una mesa contigua. Durante los veinte minutos siguientes observó a su padre bromear, protestar, perder por tres puntos y exigir una revancha para el jueves siguiente. Antonio no era allí el paciente de nadie. Florencio no le preguntó por la cadera hasta que él mismo mencionó un dolor; Charo no le acercó la chaqueta ni le retiró el vaso antes de terminar. Cuando se levantó, pidió el bastón y aceptó el brazo de su amigo únicamente para salvar el escalón de la puerta.

Adriana entró en ese momento con Pilar. Llevaban carpetas de La Hebra y las mejillas enrojecidas por el frío.

—Buenas tardes —saludó Adriana—. ¿Reunión de alto nivel?

—Estoy enseñando a mi hijo a socializar —respondió Antonio.

—Llegas cincuenta años tarde —dijo Pilar.

Mateo abrió la boca para explicar que había ido a buscarlo, pero Adriana miró a Antonio, no a él.

—¿Has ganado?

—Moralmente.

—Entonces cuenta como reunión productiva.

Pilar fue a hablar con Charo. Adriana se quedó junto a la mesa de Mateo.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí. Mi padre tiene amigos.

—Una revelación fuerte para un jueves.

—Creía que estaba en casa.

—Y él había decidido no estar.

Mateo detectó una lección posible en aquella frase y esperó que Adriana la desarrollara. Ella se quitó la bufanda.

—¿Vas a tomar algo? —preguntó.

—No lo sé. Padre, ¿quieres que cenemos aquí o vuelves con Florencio?

Antonio se abrochó la chaqueta.

—Ceno contigo. Pero primero quiero reservar mesa para el próximo jueves.

Mateo miró el calendario de su teléfono.

—El próximo jueves tienes rehabilitación a las cinco.

—Termina a las seis. La partida es a las siete.

El primer impulso de Mateo fue enumerar el cansancio, el frío y la dificultad de aparcar cerca del bar. Lo sustituyó por una pregunta.

—¿Qué necesitas para venir?

Antonio señaló el bastón.

—Que me acerques si llueve. Si no, Florencio pasa a buscarme.

—De acuerdo.

—Y que no aparezcas a mitad de la partida preguntando dónde estoy.

—Me llevaré una fotografía de prueba de vida.

—Te puedes llevar un sopapo de prueba.

Adriana rio. Mateo sintió el deseo automático de contarle que había evitado llamar a Ángela y a Teresa, que había buscado una solución por sí mismo. No lo hizo. Aquel no era un examen y ella no era el tribunal.

Cenaron los tres en una mesa junto a la estufa. Antonio contó la partida con más detalle del que permitían seis rondas de dominó. Adriana habló de las pruebas de embalaje y preguntó a Antonio por el antiguo taller donde había trabajado. Él pasó veinte minutos describiendo motores, piezas y compañeros que Mateo conocía solo de nombre.

Mateo se dio cuenta de que sabía cuándo su padre tenía rehabilitación, qué pastillas tomaba y cuánto le dolía la cadera por las mañanas. No sabía a qué compañero había echado más de menos ni por qué había dejado de ir a La Parada antes de la operación.

—No dejé de venir por la cadera —aclaró Antonio—. Dejé de venir porque tu madre se empeñaba en traerme y recogerme, Ángela tenía que mirar sus horarios y yo no quería dar más trabajo.

—Podías habérmelo pedido a mí —dijo Mateo.

Su padre lo observó.

—Tú siempre tenías prisa.

La frase no fue un reproche. Precisamente por eso quedó sobre la mesa con más peso.

Adriana bajó la mirada al plato. No intervino.

—Podemos organizarlo ahora —dijo Mateo—. Pero sin que tengas que pedirme permiso ni que nosotros decidamos que irás todas las semanas. Tú avisas cuando necesites transporte.

—Eso me sirve.

—Y llévate el teléfono.

—Eso también.

Después de cenar, Adriana se despidió. Tenía una videollamada temprano y quería revisar una presentación. Mateo la acompañó hasta la puerta del bar.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó él.

—A las once con Nuria y Pilar. La Diputación quiere hablar de la campaña.

—Me refería fuera del trabajo.

Adriana lo miró con una sonrisa tenue.

—Sí. Llámame cuando sepas qué quiere hacer Antonio. No necesito que lo dejes solo para verme.

—No está solo.

—Ya lo sé. Tú acabas de descubrirlo.

Le dio un beso rápido y se alejó por la plaza.

Florencio había regresado a su casa, de modo que Mateo y Antonio caminaron despacio hasta la suya. Mateo no le ofreció el brazo en cada desnivel. Esperó a que lo pidiera. Antonio se detuvo dos veces: una para saludar a un vecino y otra para mirar un cartel de una excursión comarcal a las Lagunas de Ruidera.

—Eso te gustaría —dijo Mateo.

—Ya he ido.

—¿Cuándo?

—Con tu madre. Antes de que nacierais. También teníamos vida entonces.

En casa, la silla de Teresa seguía vacía. No tenía paños, notas ni prendas sobre el respaldo. Antonio había insistido en dejarla libre durante el viaje, no como homenaje, sino porque era su sitio y pensaba recuperarlo al día siguiente.

Mateo puso dos vasos sobre la mesa y sacó una hoja en blanco.

—No hagamos otra lista de tareas —dijo Antonio.

—No iba a hacerla. Quiero anotar las cosas que quieres retomar.

—Eso suena a lista con ropa nueva.

—Puede ser. Pero la escribes tú.

Antonio cogió el bolígrafo. Anotó dominó los jueves. Ir una mañana al antiguo taller. Comer con su primo de Alcaraz. Preguntar por la excursión a Ruidera. Debajo dibujó dos columnas: «Necesito transporte» y «Me organizo yo».

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Que has heredado la afición de Ángela por las columnas.

—La afición de Ángela la heredó de mí. Yo llevaba almacenes cuando ella llevaba coletas.

Revisaron cada plan. Para el taller, Antonio llamaría a un antiguo compañero. A Alcaraz podían ir juntos una semana en que Mateo tuviera que comprar material. La excursión exigía preguntar si el autobús era accesible; Antonio se encargaría de llamar.

—¿Y si te dicen que no? —preguntó Mateo.

—Buscaré otra.

—Bien.

—No pongas esa cara de estar aprendiendo.

—Es la única que tengo.

El teléfono de Antonio seguía en el salón. Lo encendieron y encontraron dos llamadas perdidas de Teresa. Mateo no devolvió la llamada de inmediato. Preguntó a su padre si quería hacerlo él.

Antonio pulsó el botón de vídeo.

Teresa apareció en la pantalla con el mar oscuro detrás. Llevaba el sombrero de paja que había defendido al hacer la maleta y una de sus amigas cantaba fuera de plano.

—Por fin —dijo—. ¿Dónde estabas?

Antonio miró a Mateo y sonrió.

—Jugando al dominó.

—¿Has vuelto a ir?

—Y voy el jueves que viene.

La alegría de Teresa fue inmediata.

—Ya era hora. Llevas meses diciendo que volverías.

Mateo sintió una punzada incómoda. Su madre lo sabía. Había sabido que Antonio echaba de menos las partidas, igual que sabía cuándo había una cita y quién necesitaba comida. Incluso la vida social de todos parecía almacenada en su cabeza.

—No tienes que organizarlo tú —dijo.

Teresa frunció el ceño.

—No pensaba hacerlo. Estoy mirando el mar con un licor de arroz en la mano.

—¿Eso existe? —preguntó Antonio.

—Existe desde el segundo vaso.

Por una vez, la llamada no giró alrededor de lo que faltaba en casa. Antonio contó la partida. Mateo preguntó qué habían hecho ellas. Teresa enseñó la playa, presentó a dos amigas y relató una

discusión con el camarero del hotel por una paella que contenía tres guisantes y demasiada imaginación.

Antes de colgar, dijo que el autobús llegaría al día siguiente a las ocho de la tarde.

—Estaremos allí —dijo Antonio.

Mateo lo miró.

—¿Quieres que vayamos los dos?

—Sí.

—Entonces estaremos.

Teresa alzó el vaso.

—Qué coordinación. Os dejo cinco noches y volvéis convertidos en un comité.

—Un comité sin secretaria —dijo Mateo.

—Esos son los mejores. Buenas noches.

Cuando terminó la llamada, Antonio se acercó al calendario familiar. En la parte superior, Mateo había escrito el domingo anterior «hasta que vuelva mamá», como si aquella organización fuera un puente provisional y Teresa tuviera que recuperar todo el peso al cruzarlo.

—Esto sobra —dijo Antonio.

Tachó las cinco palabras, no las tareas repartidas debajo.

—Mañana le preguntamos qué quiere seguir haciendo y qué no —dijo Mateo—. Y le contamos qué vamos a mantener nosotros.

—Sin presentárselo como un regalo.

Antonio señaló el calendario con el bolígrafo.

—Y no vale poner nuestros nombres para que luego sea ella quien compruebe si cumplimos.

—Cada uno se ocupa de lo suyo. Si algo afecta a los tres, lo hablamos los tres.

—Mira qué casa tan moderna.

—Tiene sillas y conversación. No llamaría todavía a una revista.

Antonio rio y dejó el bolígrafo. Por primera vez desde que Teresa se había marchado, no estaban preparándose para devolverle una casa intacta. Estaban pensando cómo compartirla cuando regresara.

Después, Antonio dobló la hoja de sus planes y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Esta no va en la nevera —dijo—. Es mía.

—Entendido.

La silla de Teresa continuó vacía entre ellos. Mateo ya no la vio como el puesto de mando abandonado ni como un hueco que los dos hombres debieran llenar para demostrar que podían valerse solos.

Era el lugar de una mujer que estaba en otra parte porque había decidido estarlo.

Y, antes de que regresara, ellos también podían aprender a tener una vida que no dependiera de que ella permaneciera sentada allí.

Capítulo 20

Un proyecto con demasiados padres

El correo de la Diputación llegó con el asunto «Propuesta de visibilidad y relato territorial» y el contenido de una emboscada.

Adriana lo leyó en la mesa grande de La Hebra, mientras Nuria cortaba muestras de fieltro y Pilar discutía por teléfono con una empresa de mensajería que pretendía cobrar como urgente un envío que llevaba nueve días parado en Villarrobledo.

La propuesta ocupaba tres páginas. Empezaba felicitándolas por el «atractivo proyecto femenino» y terminaba sugiriendo que, para la presentación regional, sería conveniente contar con un portavoz ganadero que aportara autenticidad, fuerza y conexión con la tierra.

Debajo, entre paréntesis, aparecía un nombre.

Mateo Roldán.

—Ya tenemos padre —dijo Adriana.

Nuria levantó la vista.

—¿De quién?

—Del proyecto. Estábamos tardando.

Pilar colgó el teléfono después de informar a la empresa de que conocía la diferencia entre un retraso y una urgencia provocada por el propio retraso.

—Lee —ordenó.

Adriana leyó en voz alta el párrafo del portavoz. Nuria dejó las tijeras sobre la mesa.

—Llevamos tres años trabajando con la lana, conseguimos la ayuda, hacemos los productos y ahora necesitamos un hombre para parecer auténticas.

—No cualquier hombre —precisó Pilar—. Uno con ovejas. Eso añade textura.

—Mateo no ha pedido esto —dijo Adriana.

No sabía por qué sintió la necesidad de aclararlo. Quizá porque era verdad. Quizá porque la noche anterior él había llegado tarde, cansado y con olor a suavizante, y se había dormido con una mano sobre su cintura después de preguntarle si podía quedarse.

—No importa si lo ha pedido —respondió Nuria—. Importa qué hace cuando se lo ofrecen.

La videollamada estaba fijada para las doce. Se conectaron desde la antigua casa de correos: Pilar, Nuria y Adriana a un lado de la mesa; Mateo y Eusebio al otro. Ángela se incorporó desde su gestoría. En la pantalla aparecieron dos técnicos de la Diputación y Ramiro Lozano, responsable de promoción rural, un hombre de sonrisa grande y despacho beige.

Tras diez minutos de felicitaciones, Ramiro llegó al asunto.

—Lo que buscamos es humanizar el proyecto —explicó—. Ponerle cara.

—Ya tiene varias —dijo Pilar.

—Por supuesto. Me refiero a una cara que funcione en medios.

Adriana apoyó los antebrazos en la mesa.

—¿Qué característica concreta consideran que no reúne ninguna de las mujeres que han creado y gestionan La Hebra?

Ramiro sonrió con paciencia institucional.

—No es una cuestión de capacidad. Es relato. La autenticidad del pastor, el vínculo directo con el animal, el conocimiento ancestral…

—Lucía es veterinaria rural —señaló Nuria—. Y tenemos dos ganaderas asociadas.

—Claro, claro. También pueden participar. Pero para abrir la campaña necesitamos una imagen sencilla. Mateo tiene presencia, conoce el oficio y representa muy bien esa masculinidad manchega sobria.

Eusebio asintió como si acabaran de premiarlo a él.

—El Gato habla bien cuando quiere.

Mateo movió los hombros, incómodo. Adriana lo miró. Esperó.

—Yo no tengo inconveniente en echar una mano —dijo él—. Siempre que se deje claro que las que llevan esto son ellas.

El silencio que siguió no duró mucho, pero a Adriana le dio tiempo a escuchar dentro de sí cómo se cerraba una ventana.

—No necesitamos que nos eches una mano desde delante —dijo Nuria.

Mateo frunció el ceño.

—He dicho que dejaría claro de quién es el trabajo.

—Después de que te hayan elegido como cara —respondió Adriana—. El problema no se arregla con que tú nos menciones.

Ramiro intervino con una risa conciliadora.

—No convirtamos una decisión de comunicación en un debate ideológico.

—Toda decisión de comunicación decide quién habla y quién aparece detrás —dijo Adriana—. Es exactamente nuestro trabajo debatirlo.

Uno de los técnicos miró hacia abajo. El otro apagó la cámara durante unos segundos.

Ramiro se recostó en su silla.

—La ayuda contempla acciones de promoción provincial. Tenemos experiencia en lo que funciona.

—Y nosotras tenemos experiencia en este proyecto —replicó Pilar —. No vamos a entregar su relato a nadie, ni siquiera a cambio de una fotografía bonita con una subvención al fondo.

Eusebio soltó aire.

—Tampoco hace falta ponerse así. Mateo puede salir con las ovejas y vosotras con los productos. Hay sitio para todos.

—No estamos discutiendo si cabemos en la foto —dijo Nuria—. Estamos decidiendo quién ocupa el centro y habla en nombre del resto.

Mateo miró a Adriana. Ella sabía que esperaba alguna indicación, una frase que pudiera repetir para acertar. No se la dio.

—Si mi participación genera un problema, no participo —dijo él al fin.

—No la genera tu participación —respondió Adriana—. La genera que aceptes como normal que te propongan dirigir el relato de un

trabajo que conociste hace dos meses.

—No he dicho que fuera a dirigir nada.

—Has dicho que no tenías inconveniente.

Aquello le dolió porque era exacto. Se notó en la forma en que Mateo bajó la mirada hacia sus manos.

Ramiro se apresuró a hablar.

—Podemos buscar una fórmula coral. Una intervención inicial de Mateo y después una mesa con las responsables.

—No —dijo Pilar.

—¿Perdón?

—He dicho que no. La intervención inicial será de La Hebra. Mateo puede explicar la aportación de los ganaderos en una mesa donde también estarán las ganaderas y las artesanas. Si eso no encaja en su relato, retiren la acción promocional de la ayuda y justificaremos el gasto por otra vía.

Ángela levantó la mano en su pequeña ventana.

—Técnicamente, se puede hacer. Tendremos que modificar la memoria, pero se puede.

Eusebio la miró desde el otro extremo de la mesa.

—Eso será una barbaridad de papeles.

—Sí —dijo Ángela—. Qué suerte que aquí hay mujeres para hacerlos.

Pilar cerró la reunión sin elevar la voz. Ramiro prometió estudiar una propuesta alternativa, una forma administrativa de decir que esperaba que se les pasara el enfado.

Cuando la pantalla quedó negra, nadie habló durante unos segundos.

Mateo fue el primero.

—Podría haberlo dicho mejor.

—Podrías haber dicho que no —respondió Nuria.

—Lo he dicho al final.

—Cuando ya habíamos dicho que no todas nosotras —señaló Pilar —. No es lo mismo renunciar a algo que rechazar que te correspondiera.

Eusebio se levantó.

—Pues yo sigo sin entender qué daño hacía. Si el hombre tiene tirón, se aprovecha. En los anuncios no sale el consejo de administración entero.

Adriana guardó el portátil en silencio. Eusebio se marchó hablando de susceptibilidades. Ángela se despidió desde la pantalla. Nuria recogió las muestras con movimientos secos y se fue al taller.

Pilar permaneció junto a la ventana.

—Voy a hacer café —dijo—. No porque sea mujer, sino porque el que hace Mateo parece alquitrán.

Los dejó solos.

Mateo se acercó a Adriana.

—No quería quitaros nada.

—Ya lo sé.

—Entonces no entiendo que me mires como si lo hubiera hecho.

Adriana cerró la cremallera del bolso.

—Porque por un momento te pareció razonable que un desconocido decidiera que tú eras la cara adecuada de nuestro trabajo. No pensaste: «Qué disparate». Pensaste: «Puedo hacerlo bien si las nombro».

—Y podía.

—Seguro. Ese es el problema. Que podías ocupar el sitio con mucha elegancia.

Mateo se pasó una mano por la nuca.

—No puedo cambiar todo lo que digo a la primera.

—No te he pedido perfección.

—A veces lo parece.

Adriana sintió el impulso de retirarse, de cerrar la conversación antes de que la incomodidad se volviera dependencia. Reconoció la maniobra y se obligó a quedarse.

—No —dijo—. Te pido que no conviertas cada señalamiento en una evaluación de lo buena que soy contigo.

Mateo la miró de frente.

—Eso ha sonado a frase preparada.

—Llevo años preparándola para distintos hombres.

La respuesta le arrancó una sonrisa involuntaria. A ella también. No resolvía nada, pero aflojaba el nudo lo suficiente para que

pudieran tocarlo sin romper la cuerda.

Pilar regresó con tres cafés.

—Ramiro ha escrito —anunció—. Acepta una mesa conjunta y que abra Nuria.

Mateo cogió su taza.

—Bien.

—No pongas cara de haberlo conseguido tú —dijo Pilar.

—Solo he dicho bien.

—Estoy haciendo prevención.

Nuria volvió al cabo de unos minutos. Mateo esperó a que se sentara.

—Cuando nos conectemos otra vez —dijo—, lo primero que voy a decir es que no seré portavoz. No porque me hagáis un favor dejándome salir después, sino porque no me corresponde.

Nuria lo observó.

—Eso está mejor.

—Ya me lo había explicado Adriana.

—No —dijo ella—. Te lo habíamos explicado todas.

Mateo cerró los ojos un instante.

—Eso. Todas.

No hubo aplausos. Mateo se limitó a beber de su taza y volvió a escuchar a Nuria. Adriana agradeció que el momento no se convirtiera en una ceremonia.

Al salir, caminaron juntos hasta la plaza. El aire de noviembre levantaba las hojas secas contra las fachadas. La mano de Mateo se movió hacia la suya y se detuvo a pocos centímetros.

—¿Puedo? —preguntó.

Adriana miró la mano que le ofrecía.

—Sí.

Caminaron unos metros en silencio.

—Tenía que haber dicho que no desde el principio —admitió él.

—Sí.

—No vas a facilitarme esto, ¿verdad?

—Puedo invitarte a comer. Más facilidades me parecen subvención encubierta.

Mateo se rio y apretó los dedos, sin tirar de ella.

La invitación terminó convirtiéndose en una comida en La Parada. Charo les asignó una mesa junto a la ventana y dejó dos cartas sin preguntar qué querían beber.

—He visto que la Diputación ya ha publicado una foto —dijo mientras colocaba una cesta de pan—. Sale Mateo delante de un rebaño y, detrás, una señora a la que le falta media cabeza.

Adriana sacó el teléfono. La publicación llevaba diez minutos en redes. El encuadre procedía de una sesión anterior y el texto anunciaba «el proyecto del pastor albaceteño que devuelve la lana a la vida».

—Qué rapidez —dijo—. Todavía no hemos terminado de discutir y ya han fabricado la versión que querían.

Mateo leyó el texto por encima de su hombro.

—Voy a llamar.

—Primero pregunta qué quieren hacer ellas —respondió Adriana.

Nuria y Pilar acababan de entrar. Mateo les enseñó la publicación y esperó.

—Que la retiren —dijo Nuria—. Y que publiquen una corrección con una imagen del taller.

—¿Quieres que llame yo o llamas tú?

—Llama tú, porque han usado tu fotografía. Yo mandaré la imagen correcta y el texto.

Mateo salió a la puerta. Desde la barra, Sebas observó la escena.

—¿Problemas con la fama? —preguntó cuando volvió.

—Problemas con atribuirse trabajos ajenos.

—Pero si sales tú.

—Por eso.

Sebas miró a Adriana y sonrió.

—Lo tienes bien enseñado.

Mateo dejó el móvil sobre la mesa.

—No soy un perro y ella no es mi adiestradora.

—Hombre, es una forma de hablar.

—Pues busca otra.

El tono no fue agresivo, pero tampoco cómplice. Sebas levantó las cejas y regresó a su café. Charo apareció con una fuente de migas.

—¿Ya habéis arreglado el mundo?

—La Diputación va a retirar la publicación —dijo Mateo—. Nuria les manda el texto correcto.

—Entonces habéis arreglado una esquina. Para antes de comer está bastante bien.

El teléfono de Adriana empezó a vibrar antes de que Charo se alejara. En la pantalla apareció un número de Albacete que no tenía guardado. Lo dejó sonar. Volvió a llamar de inmediato.

—Eso es prensa o una compañía telefónica —dijo Pilar—. En ambos casos quieren venderte algo.

Adriana respondió. Una periodista de la radio comarcal se presentó como Berta Salcedo y preguntó si podía hablar con «la responsable de comunicación del proyecto de Mateo Roldán».

—No existe ese proyecto —dijo Adriana.

Hubo una pausa al otro lado.

—Me refiero a la iniciativa de la lana. Nos ha llegado una nota de la Diputación.

—La iniciativa es de La Hebra. Yo llevo su estrategia de marca.

La periodista cambió de tono sin perder velocidad.

—Precisamente quería contrastar. Nos cuentan que hay discrepancias porque la asociación no quiere que Mateo sea la imagen. ¿Es un conflicto entre las artesanas y los ganaderos?

Nuria levantó la cabeza. Mateo dejó el tenedor sobre el plato.

Adriana activó el altavoz después de avisar a Berta.

—Puedes preguntárselo a Nuria Lozano, impulsora de la línea de productos —dijo—. Está aquí conmigo.

La periodista pareció decepcionada por la falta de guerra.

—Nuria, ¿os molesta que un hombre represente el proyecto?

—Nos molesta que cualquiera represente en solitario un trabajo colectivo —respondió ella—. Mateo aporta la lana y conoce el oficio. Yo desarrollo los productos, Pilar preside la asociación, Ángela lleva las cuentas y Adriana ha creado la marca. La noticia es esa, no que nos hayamos peleado con un pastor.

—Pero la historia personal de Mateo y Adriana añade un elemento atractivo. Campo y ciudad, tradición y modernidad…

Adriana sintió cómo la conversación intentaba arrastrarlas hacia un relato que ya venía escrito.

—Nuestra relación no es el argumento comercial de La Hebra —dijo—. Si queréis cubrir la feria, os enviamos el dosier con autorías, cifras y contactos. Si queréis hacer prensa del corazón, no participaremos.

Mateo la miró. Por un instante pareció dispuesto a intervenir y explicar que no tenían nada que ocultar. Luego se volvió hacia Nuria.

—¿Quieres añadir algo? —preguntó.

—Sí. Que los precios incluyen las horas de trabajo y que la feria será el primer fin de semana de diciembre. Eso es bastante más importante que con quién duerme nadie.

Berta tomó nota. Acordaron una entrevista técnica para la semana siguiente y colgaron.

El móvil vibró otra vez: dos mensajes de medios comarcales, ambos nacidos de la publicación equivocada. Uno pedía «una fotografía simpática de la pareja con una oveja». El otro quería saber si el proyecto enfrentaba a hombres y mujeres del pueblo.

—La Diputación ha convertido una corrección de autoría en una polémica —dijo Adriana.

—La polémica necesita menos investigación que una feria —respondió Pilar.

Durante media hora prepararon un texto breve con los nombres, las funciones y la historia real de La Hebra. Mateo revisó únicamente los datos sobre el rebaño. Cuando sugirió una frase sobre el valor perdido de la lana, la escribió como propuesta al margen y esperó a que Nuria decidiera incluirla.

—Así tendría que haber empezado todo —dijo él.

—Así empieza ahora —respondió Nuria.

Adriana envió el dosier desde la cuenta de La Hebra, no desde la suya ni desde la de Mateo. La presión mediática no había desaparecido. Al menos, la siguiente persona que quisiera fabricar un padre para el proyecto tendría que borrar primero todos los nombres de sus madres.

No hubo celebración. Nuria empezó a repartir pan, Pilar criticó el tamaño de las raciones y Adriana sintió que aquella normalidad era más valiosa que cualquier gesto heroico. Mateo había reaccionado

tarde en la reunión, pero acababa de sostener la decisión cuando la conversación dejó de ser privada y cómoda.

Adriana pensó que los nudos de lana no se deshacían con un tirón. Había que aflojar, encontrar el cabo correcto y aceptar que, durante un rato, la madeja parecería más desordenada que antes.

Capítulo 21

El hombre que ayudaba

Mateo llegó a la gestoría de Ángela con dos cafés y la satisfacción de quien cree haber tenido una idea excelente.

—Te he traído uno sin azúcar —anunció.

Su hermana levantó la vista del ordenador.

—Gracias.

—Y vengo a ayudarte con lo de casa.

Ángela dejó el vaso sobre la mesa sin probarlo.

—Qué pena. El café había empezado bien.

—¿Qué he dicho ahora?

—Nada. Sigue.

Mateo se sentó frente al escritorio. La gestoría ocupaba un local pequeño junto a la plaza y olía a papel, tóner y la colonia cítrica que Ángela usaba desde los veinte años. En una esquina se apilaban tres cajas con expedientes; sobre la pared, un calendario tenía marcados en rojo los plazos fiscales y, en azul, las citas de sus padres.

—Mamá vuelve esta noche —dijo él—. Puedo llevar yo a padre a rehabilitación y hacer la compra. Y cuando vuelva ella también. Para que no tengas que estar encima.

—¿Encima de qué?

—De todo.

—Enumérame todo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. Pero quiero saber si tú lo sabes.

Mateo bebió café. Había aprendido a reconocer el tono con que Ángela convertía una conversación en una declaración ante notario.

—Las citas de padre, las medicinas, la compra, los papeles…

—¿Qué papeles?

—Los de la finca.

—¿Cuáles?

—Todos, Ángela.

—Perfecto.

Abrió un cajón y sacó una carpeta verde. Tenía una etiqueta escrita a mano: «COSAS QUE HAGO PORQUE, AL PARECER, NACÍ SABIENDO».

Mateo la miró.

—¿Has preparado eso para mí?

—Lo preparé para no cometer un delito.

La carpeta contenía varias hojas. En la primera había una tabla con cuatro columnas: tarea, frecuencia, tiempo y persona que esperaba que Ángela recordara la tarea. Mateo empezó a leer.

Facturas de pienso. Guías de traslado. Comunicaciones veterinarias. Renovación de seguros. Solicitud de ayudas. Citas médicas. Recetas. Rehabilitación. Compra grande. Reparaciones de la casa. Banco. Declaraciones trimestrales. Llamadas a proveedores. Revisión de recibos. Archivo de documentación. Cumpleaños familiares. Regalos conjuntos. Ropa de temporada de sus padres. Coordinación con la limpiadora que iba dos horas cada quince días.

—La mitad de esto es de la gestoría —dijo.

—La mitad de esto te la hace la gestoría gratis porque eres mi hermano.

—Yo te pago las declaraciones.

—Pagas la presentación de impuestos. No las horas de perseguirte para que me traigas facturas, comprobar que no estén manchadas de grasa, llamar cuando falta una y recordar los plazos de sanidad animal.

Mateo pasó a la segunda hoja.

—Las citas de padre son dos al mes.

—Las citas son dos. Pedirlas, moverlas cuando coinciden con algo, avisaros, comprobar que haya recetas y recoger los informes no ocurre por generación espontánea.

—Podías haberme pedido que lo hiciera.

Ángela se echó hacia atrás.

—Ahí está.

—¿Dónde?

—El hombre que ayuda. El que espera a que una mujer detecte, piense, organice y reparta, y después aparece para conducir cuarenta minutos y dice que ha hecho la mitad.

Mateo notó que se le tensaba la mandíbula.

—Yo trabajo desde antes de que salga el sol.

—Y yo no te he dicho que no trabajes.

—Parece que todo lo que hago cuenta menos.

—No. Lo que ocurre es que todo lo que haces ha contado siempre. Tu hora con las ovejas es trabajo. Mi hora llamando al seguro es una llamada que hago porque se me da bien. Tu cansancio justifica que no puedas ocuparte de papá. El mío demuestra que soy muy organizada.

Mateo bajó la vista a la carpeta.

En la tercera hoja, Ángela había sumado horas. No era un cálculo exacto, pero la cifra mensual le pareció imposible.

—Esto no pueden ser tantas.

—Por supuesto que no. He olvidado apuntar el tiempo que invierto explicando por qué son tantas.

Mateo siguió leyendo. En una columna aparecían cuatro tardes de agosto marcadas con un asterisco.

—¿Qué significa esto?

Ángela se inclinó sobre la hoja.

—El curso de actualización al que no fui.

—¿Qué curso?

—Uno de gestión agraria en Valencia. Me habían dado plaza, pero coincidió con las primeras semanas de rehabilitación de papá.

—Podías habérmelo dicho.

Ángela lo miró en silencio.

El recuerdo regresó despacio. Su hermana había mandado un mensaje al grupo preguntando si alguien podía llevar a Antonio dos tardes. Mateo contestó que estaba preparando la paridera y que le resultaba imposible comprometerse. Teresa escribió que se organizarían.

Mateo había leído «se organizarían» como «el problema está resuelto».

—Sí me lo dijiste —admitió.

—Os lo dije a todos. Nadie dijo que yo tuviera que renunciar. Simplemente, al final, la única agenda que podía moverse era la mía.

—El ganado no espera.

—Hacienda tampoco. Los clientes tampoco. Papá tampoco. La diferencia es que tu trabajo se considera una fuerza de la naturaleza y el mío una habilidad para hacer huecos.

—Podría haberte sustituido mamá.

—Mamá llevaba a papá a rehabilitación por las mañanas, hacía la casa y estaba pendiente de él por la noche. ¿En qué parte querías colocarle cuatro tardes más?

Mateo volvió a mirar los asteriscos. No había ordenado a su hermana que se quedara. Ni siquiera había pensado en el curso una vez que ella dejó de mencionarlo. Ese era el mecanismo más cómodo: nadie prohibía nada; simplemente todos protegían su propio tiempo hasta que una mujer entregaba el suyo.

—¿Perdiste el dinero? —preguntó.

—No. Era subvencionado.

—No me refiero a la matrícula.

Ángela lo observó con una expresión distinta.

—Perdí el curso. Ya está.

—No está. Lo hemos pagado tú y tu negocio.

Ella apartó la carpeta.

—No quiero que conviertas esto en una penitencia. No necesito que te sientas fatal durante una semana. Necesito no ser siempre la solución automática.

Mateo asintió. Aquello era más difícil que sentirse culpable. La culpa podía soportarse quieto; la responsabilidad exigía reorganizarse.

Él soltó el aire por la nariz. No quería reírse, pero la frase encontró una grieta.

—Tú también te aprovechas de ser graciosa.

—Y no te cobro por ello.

Se quedaron en silencio. Por la ventana, Mateo vio a dos hombres descargar sacos en la tienda de piensos. Uno sostenía la puerta; el otro entraba y salía con el peso. Nadie habría dicho que el de la puerta ayudaba al de los sacos. Ambos estaban trabajando.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

Ángela negó con la cabeza.

—Otra vez no.

Mateo apretó los labios.

—Vale. Voy a decirlo de otra manera. ¿Qué parte quieres seguir haciendo tú y qué parte puedo asumir yo de forma completa?

Su hermana lo estudió unos segundos.

—Mejor.

—No te emociones.

—No corro peligro.

Revisaron la lista. Mateo se hizo cargo de las citas de rehabilitación de Antonio durante ese mes, del control de recetas y de las comunicaciones de la explotación que no requirieran firma de gestoría. Ángela mantendría la contabilidad profesional, pero le enviaría un presupuesto real. Las decisiones sobre sus padres se hablarían con ellos, no se repartirían como si fueran tareas sin opinión.

—Y el grupo familiar no puede llamarse «Cosas de papá» —dijo Mateo.

—Lo creó mamá.

—Entonces que lo cambie ella. También está dentro de las cosas.

Ángela sonrió por primera vez.

—Cuando vuelva del viaje, se lo dices tú.

—Eso es delegar.

—No. Eso es disfrutar de la justicia poética.

En ese momento sonó el teléfono. Era Antonio.

—¿Dónde está la tarjeta de la clínica? —preguntó sin saludar.

Mateo y Ángela se miraron.

—¿Dónde la dejaste la última vez? —preguntó él.

—Se la di a tu hermana.

Ángela abrió otro cajón y sacó una tarjeta.

—La tengo yo —dijo.

Mateo extendió la mano. Ella no se la entregó todavía.

—¿Para qué la quiere?

—Padre, ¿para qué la quieres?

—Para saber a qué hora tengo el jueves.

—Eso no viene en la tarjeta.

—Pues entonces no la quiero.

Colgó.

Ángela apoyó la frente en los dedos.

—¿Ves? —dijo—. Esto también cuenta.

Mateo tomó la tarjeta y la guardó en su cartera.

—El jueves voy yo. Le preguntaré qué necesita llevar y llamaré a la clínica.

—No me mandes un mensaje el miércoles por la noche.

—No te mandaré ningún mensaje.

—Eso has dicho con demasiado orgullo.

—Déjame empezar por algo.

Al salir, pasó por La Parada. Sebas estaba en la barra y señaló la carpeta verde.

—¿Te has apuntado a estudiar?

—Sí. Administración avanzada de mi propia vida.

Charo le sirvió agua sin preguntar.

—¿Y hay examen?

—Todos los días, por lo visto.

—Pues tú no has sido nunca de estudiar —dijo Sebas—. Te ha tenido que salir una profesora de Madrid.

Mateo dejó el vaso.

—Adriana no tiene nada que ver con la carpeta.

No era del todo cierto. Ella había formulado preguntas que seguían apareciendo en los sitios más incómodos. Pero también sabía que responsabilizarla de su cambio era otra forma de colocarle trabajo encima.

—Claro que tiene que ver —insistió Sebas—. Antes no te preocupaba quién ponía la lavadora.

—Antes tampoco me preocupaba quién hacía las guías del ganado y las hacía mi hermana gratis. No significa que ella tenga que seguir porque yo haya tardado en verlo.

Sebas levantó las manos.

—No te pongas solemne. Era una broma.

—Ya.

Mateo no añadió nada. Aún no sabía muy bien cómo poner límite a una broma sin convertir la conversación en un combate. Bebió el agua y se marchó con la carpeta.

Encontró a Adriana en la plaza, agachada junto a Rosalía. La oveja se había escapado otra vez y llevaba un trozo de cinta adhesiva colgando del cencerro azul, cuyo tintineo agudo la delataba mucho antes de que apareciera.

—No pienso preguntar cómo ha llegado hasta aquí —dijo Mateo.

—La he encontrado intentando entrar en el ayuntamiento. Quizá quiera presentarse a las elecciones.

—Tiene posibilidades.

Adriana vio la etiqueta de la carpeta.

—¿Qué es eso?

Mateo leyó de nuevo el título y sintió la tentación de contarle toda la conversación, de mostrarle que estaba avanzando, de esperar esa expresión cálida que hacía que cualquier esfuerzo pareciera tener una dirección.

—Cosas de la explotación —respondió.

—Parece una carpeta peligrosa.

—Lo es.

Liberaron la cinta del cencerro. Adriana le acarició el lomo a Rosalía y la oveja cerró los ojos con descaro.

—Esta tarde tengo que ir a Albacete —dijo ella—. Han convocado una reunión para preparar la entrevista regional.

—¿Quieres que te lleve?

—No, gracias. Voy con Nuria.

Mateo notó el viejo impulso de explicar que la carretera estaría mojada, que de noche había niebla en un tramo y que él tenía que ir a por material. Lo dejó pasar.

—Vale. Avísame cuando lleguéis.

Adriana levantó una ceja.

—Si me acuerdo.

—Si te apetece —corrigió él.

—Eso está mejor.

Se besaron junto al cencerro azul. Rosalía aprovechó para morder la esquina de la carpeta verde.

Mateo la apartó con cuidado.

—Esta no —dijo—. Esta ya me está costando bastante digerirla a mí.

Capítulo 22

La casa que él ya había decidido

Mateo le pidió a Adriana que se pusiera ropa de trabajo y no hizo ninguna otra aclaración.

—¿Vamos a esquilar algo? —preguntó ella.

—En noviembre, no.

—¿A enterrar un cadáver?

—No con esas botas.

—Son las buenas.

Mateo las miró. Eran marrones, planas y tenían una capa de barro seco que Adriana había dejado de limpiar con orgullo, como si cada mancha acreditara una asignatura superada en vida rural.

—Precisamente —dijo él—. Para un cadáver conviene usar las viejas.

Llevaban tres días tratándose con una cortesía algo más cuidadosa de lo habitual. No estaban enfadados, al menos no de una manera que pudiera señalarse con el dedo. Después de la discusión sobre el portavoz, habían cenado juntos, habían dormido juntos y Mateo había preguntado antes de dar por hecho casi todo. Sin embargo, Adriana percibía entre ellos una atención excesiva, la vigilancia de quien camina por una habitación recién fregada.

La sorpresa parecía un intento de recuperar la ligereza.

Subieron en la furgoneta y tomaron el camino de la finca. El otoño había desteñido los campos hasta convertirlos en una extensión de ocres, verdes apagados y cielo muy limpio. Mateo conducía con una mano sobre el volante. La otra descansaba cerca

de la palanca de cambios, a pocos centímetros de la rodilla de Adriana, sin tocarla.

—¿Vas a decirme adónde vamos?

—Ya lo sabes.

—Tu finca tiene más puertas que un ministerio. Eso no concreta mucho.

Mateo sonrió.

—Al almacén pequeño.

Adriana recordó una construcción pegada a la vivienda, antigua sala de aperos, según él, llena de herramientas, sacos y un armario que nadie había abierto desde la boda de unos primos. Habían pasado por delante varias veces. Una mañana ella comentó que la luz de aquella ventana sería perfecta para trabajar.

No había vuelto a pensar en ello.

Al llegar, Canelo salió a recibirlos y apoyó sus patas delanteras en la puerta de la furgoneta. Adriana le rascó el pecho.

—Tú sí sabes dar la bienvenida sin organizarme la agenda —le dijo.

—Porque no lo has visto con las ovejas —respondió Mateo.

El almacén tenía la puerta pintada de azul. Adriana se detuvo.

La semana anterior era verde, o quizá había sido verde veinte años atrás y después se había limitado a permanecer. Ahora la madera estaba lijada, los herrajes negros brillaban y una maceta de romero ocupaba el lado derecho.

—¿Qué has hecho?

Mateo metió la llave y abrió.

—Pasa.

La habitación olía a pintura, madera y pared antigua. Habían retirado los aperos, limpiado las vigas y encalado los muros. Bajo la ventana había una mesa grande fabricada con dos caballetes y una puerta restaurada. Una lámpara articulada se inclinaba sobre ella. En la pared opuesta, varias baldas esperaban libros y muestras. Había una silla giratoria, una estufa pequeña y un tablero de corcho donde Mateo había clavado una de las fotografías de la sesión con el rebaño.

La luz entraba limpia desde el oeste.

Adriana dio dos pasos y se quedó inmóvil.

—Mateo…

—A las cuatro da el sol en la mesa, pero he puesto un estor por si molesta. La conexión llega bien desde la casa. Julián me ha ayudado a pasar el cable. Falta una alfombra y arreglar el enchufe de la esquina.

Sobre una balda había colocado el hervidor pequeño que Adriana utilizaba en La Hebra cuando el café de la máquina se volvía intomable. Dos tazas descansaban boca abajo junto a una caja de té. En un cajón encontró cables, adaptadores y una regleta nueva. Mateo había pegado etiquetas a cada uno con una letra grande y cuidadosa.

—Mi madre ha dicho que te dará una cómoda que no usa —añadió—. Ángela conoce a una empresa que instala rótulos. No he encargado nada porque supuse que querrías diseñarlo tú.

Adriana cerró el cajón.

—¿Tu familia sabe esto?

—Saben que estoy arreglando el cuarto.

—¿Y qué creen que vas a hacer con él?

—Que será tu estudio.

—¿Quién más lo sabe?

Mateo contó mentalmente.

—Julián, porque ha pasado el cable. El pintor. Sebas vino a arreglar una bisagra. Charo sabe que vacié el almacén, pero Charo sabe cosas que no han ocurrido todavía.

Lo dijo sonriendo, como si compartir la sorpresa con medio pueblo fuera una consecuencia pintoresca del lugar. Adriana imaginó entrar en La Parada y recibir felicitaciones por una mudanza que no había decidido. La habitación seguía siendo hermosa, pero ahora estaba llena de testigos.

—¿Todos creen que voy a venir a vivir aquí?

—Nadie ha dicho vivir. Solo trabajar.

—Aún.

Mateo frunció el ceño, como si no comprendiera por qué la información no aumentaba el valor del regalo. Había movilizado ayuda, tiempo y afecto. Tal vez, para él, cada persona que conocía el

plan era una prueba de compromiso. Para Adriana, cada una añadía una capa de presión.

Adriana tocó el borde de la mesa. La madera conservaba pequeñas marcas bajo el barniz. Él no había comprado una decoración impersonal. Había escuchado sus comentarios sobre las mesas demasiado estrechas, las sillas bonitas que destrozaban la espalda y la necesidad de tener muestras a la vista.

La emoción llegó antes que la alarma.

—Es precioso —dijo.

Mateo bajó la mirada, satisfecho y un poco avergonzado.

—Pensé que te gustaría.

—Me gusta muchísimo.

Él le entregó una llave con un pequeño ovillo azul a modo de llavero.

—Es tuyo.

Adriana cerró los dedos alrededor de la llave. La frase era sencilla. El problema fue que no terminó ahí.

—Así, cuando acabe el contrato de Pilar, no tendrás que buscar otro sitio —continuó Mateo—. Puedes quedarte aquí. Hay espacio de sobra y te ahorras el alquiler de la casa de correos. Había pensado tirar el tabique del fondo para comunicarlo con la cocina, pero será mejor esperar a enero. En diciembre vamos bastante liados.

La llave dejó de ser ligera en su mano.

—¿Enero?

—Sí. Después de la feria. Para entonces ya sabremos cómo organizar la tienda.

—¿Qué tienda?

—La de La Hebra. No tendría sentido seguir solo por internet si esto funciona. Podríais usar la parte de delante y tú llevar la imagen, los pedidos y todo eso. Nuria vendría algunos días.

Adriana miró las baldas vacías. Un minuto antes había visto posibilidades. Ahora empezó a ver decisiones.

—¿Has hablado con Nuria?

—Todavía no. Es una idea.

—Una idea para la que has vaciado un almacén, pintado una puerta, instalado internet y encargado una llave.

Mateo dejó de sonreír.

—La habitación la he arreglado para ti, no para la tienda.

—¿Te pedí que me arreglaras una habitación?

—Dijiste que te gustaba la luz.

—Dije que me gustaba la luz.

—Adriana, no te estoy obligando a nada. Es un regalo.

Ella sostuvo la llave entre dos dedos.

—Un regalo es algo que puedo aceptar o rechazar sin que ya exista una vida construida alrededor.

—No hay ninguna vida construida. Solo he acondicionado un cuarto que estaba lleno de trastos.

—Y has decidido que dejaré la casa de correos, que trabajaré aquí, que abriré una tienda y que en enero tirarás un tabique para comunicar mi despacho con tu cocina.

—Nuestra cocina, si vivimos juntos.

El silencio cayó con una limpieza brutal.

Mateo pareció comprender que acababa de pisar el lugar exacto que ella llevaba varios minutos señalando. Aun así, no retrocedió.

—¿No hemos hablado de que te gusta Valdebruna?

—Sí.

—¿No has dicho que en Madrid ya no tienes nada que te ate?

—He dicho que puedo trabajar desde distintos sitios.

—¿Y no quieres estar conmigo?

Adriana sintió una punzada de rabia, pero debajo había algo peor: ternura. Mateo había hecho todo aquello pensando en ella. Había medido la mesa, elegido el azul de la puerta y recordado la dirección de la luz. No era una trampa. Era una invitación escrita con tanto detalle que apenas quedaba sitio para responder.

—Querer estar contigo no significa querer instalarme en una vida que has diseñado sin mí.

—He intentado hacerte sitio.

—Exactamente.

Mateo abrió las manos.

—No entiendo qué tiene de malo.

—Que sigues pensando que el amor consiste en hacerme un hueco en lo que ya era tuyo. Tu finca, tu casa, tus horarios, tu idea

de tienda. Yo puedo entrar si encajo.

—No te he pedido que cambies nada.

—Has decidido dónde trabajaré y dónde viviré.

—Porque pensé que te haría ilusión.

—Y si no me la hace, ¿qué ocurre con todo esto?

Mateo miró la habitación. La satisfacción había desaparecido de su cara. Adriana quiso abrazarlo. Quiso decirle que la mesa era perfecta y que podía imaginar mañanas enteras trabajando allí, con el sonido de los cencerros al otro lado de la ventana. Precisamente por eso no podía aceptar.

Si cedía por no herirlo, aquel cuarto sería precioso durante una semana. Después se convertiría en la primera habitación de una casa donde cada puerta la habría abierto él.

—Podemos hablarlo —dijo Mateo—. Cambiar lo que no te guste.

—Ahora mismo necesito irme.

—Siempre haces eso.

Adriana levantó la mirada.

—¿Eso qué?

—Irte cuando algo te asusta.

La frase era demasiado cercana a una verdad como para no doler. Ella sabía que a veces se marchaba emocionalmente antes de negociar. Lo había reconocido bajo el cielo sin cobertura, la noche en que se permitió necesitarlo. Pero Mateo estaba utilizando aquella confesión para desactivar un límite.

—No me voy porque me asuste quererte —dijo—. Me voy porque acabas de demostrar que escuchar mis miedos no impide que los uses cuando te conviene.

—Eso no es justo.

—Quizá no. Por eso necesito pensar antes de seguir hablando.

Dejó la llave sobre la mesa.

Mateo la cogió y volvió a tendérsela.

—Quédatela. No significa nada.

—Ahora mismo significa demasiado.

Adriana salió. Canelo estaba tumbado junto a la furgoneta y levantó la cabeza al verla. Mateo la alcanzó antes de que abriera la puerta del copiloto.

—Te llevo.

—Prefiero caminar.

—Son cuatro kilómetros.

—Lo sé.

—Va a anochecer.

—También lo sé.

Mateo apretó la llave en la mano.

—Solo intento ayudarte.

Adriana cerró los ojos un instante.

—Ese es el problema, Mateo. Sigues ayudándome con decisiones que no te he pedido.

Echó a andar por el camino. Él no la siguió, y ella se alegró y se entristeció al mismo tiempo.

La primera parte del trayecto la hizo furiosa. La segunda, con frío. En la tercera, cuando ya distinguía el campanario de Valdebruna, se permitió llorar.

No por la habitación. Ni siquiera por la discusión.

Lloró porque había querido aquella vida durante unos minutos. Había visto su ordenador sobre la mesa, su taza junto a la ventana y a Mateo entrando sin hacer ruido para dejarle un plato de comida. Había imaginado una intimidad tan concreta que casi podía tocarla.

Pero una casa no se convertía en compartida porque alguien pintara una puerta y entregara una llave.

Al llegar a la antigua casa de correos, abrió la cancela. Se quedó con la mano sobre el hierro antes de cerrarla.

Mateo sabía abrir puertas.

Lo que todavía no sabía era que no podía decidir adónde conducían.

Capítulo 23

La entrevista

Adriana había trabajado con políticos, empresarios, cocineros famosos y un cantante que exigía ser fotografiado únicamente por el lado de la cara que, según él, conservaba mejor la energía. Creía conocer todas las formas posibles de perder el control de una entrevista.

No conocía la de enamorarse del portavoz.

El programa se emitía desde un estudio pequeño de la televisión regional en Albacete. Habían colocado sobre una mesa dos mantas de La Hebra, tres figuras de fieltro y una cesta con vellones limpios que soltaba fibras bajo los focos. Nuria ocupaba una butaca junto a Adriana. Mateo estaba al otro lado de la presentadora, con camisa blanca, chaqueta oscura y una incomodidad que le daba un aspecto más atractivo del que ella consideraba razonable.

No se habían visto a solas desde la tarde de la habitación.

Mateo le había enviado un mensaje aquella noche: «Siento haber decidido cosas que te correspondían. No voy a insistir. Cuando quieras hablar, estoy». Adriana respondió con un «gracias» y dedicó el día siguiente a preparar la entrevista.

La presión empezó en recepción.

Una auxiliar les entregó tres tarjetas para confirmar los rótulos que aparecerían bajo sus nombres. La de Mateo decía «Pastor e impulsor de La Hebra». La de Nuria, «Artesana local». La de Adriana, «Diseñadora madrileña».

—Ninguna está bien —dijo Adriana.

La auxiliar miró el reloj.

—Son las que nos ha enviado producción.

—Mateo representa a los ganaderos que aportan lana. Nuria es responsable de desarrollo de producto y una de las impulsoras de La Hebra. Yo soy estratega de marca y diseñadora. Que haya nacido en Madrid no es una cualificación profesional.

Nuria acercó su tarjeta a Mateo.

—¿Quieres cambiar? Yo te dejo ser artesano local si sabes cerrar una funda.

—No sé ni abrir la cremallera sin enganchar el forro.

—Entonces habrá que respetar los puestos.

La auxiliar pidió un bolígrafo y corrigió las tres tarjetas. Después apareció un productor con auriculares, jersey negro y la urgencia de quien llevaba toda la mañana resolviendo necesidades que otras personas acababan de inventar.

—Antes del directo grabaremos recursos —explicó—. Mateo entra con la manta, la extiende sobre la mesa y Adriana se acerca para verla. Luego una toma de los dos con Nuria al fondo trabajando.

Adriana lo miró.

—¿Por qué Nuria al fondo?

—Para dar ambiente de taller.

—Nuria no es ambiente. Ella ha desarrollado la manta.

El productor consultó una hoja.

—Necesitamos una secuencia sencilla que cuente campo, producto y modernidad. El pastor trae la materia, la diseñadora la transforma y la artesana la confecciona.

—La diseñadora no transforma la lana —respondió Adriana—. Y las artesanas no ejecutan una idea nuestra. La secuencia correcta empieza con Nuria explicando el producto. Después puede entrar Mateo con una muestra de lana y yo enseñar la identidad y el embalaje.

—Eso es más largo.

—También es verdad.

Mateo permanecía junto a ellas con la manta doblada entre las manos. El productor se volvió hacia él buscando una solución más dócil.

—La imagen de la pareja tiene mucho tirón. Solo serán diez segundos.

Mateo vaciló. Adriana reconoció el brillo de la tentación: una cámara, una historia romántica y la posibilidad de que todo el mundo viera lo que él deseaba que fueran.

—Haced la secuencia que propone Nuria —dijo al fin—. Yo entro cuando me indiquen.

El productor soltó aire.

—Bien. Pero al final os pediré una fotografía juntos para redes.

—Del equipo —corrigió Adriana—. Los tres y Pilar, si pueden conectarla desde Valdebruna.

—Pilar no ha venido.

—Por eso he dicho conectarla.

Mientras reorganizaban la grabación, Adriana vio a Ramiro Lozano, el responsable provincial, hablar con Irene junto al plató. No oyó la conversación completa. Sí oyó las palabras «historia de amor», «madrileña» y «se queda en el pueblo». Ramiro señaló a Mateo con la discreción de un director de orquesta.

Adriana se acercó al productor.

—Las preguntas personales no están acordadas.

—Eso lo lleva la presentadora. Yo solo coordino imágenes.

—Pues coordina también este mensaje: la relación no forma parte de la campaña.

El hombre asintió sin prometer nada.

La grabación previa respetó el nuevo orden, pero cada corrección había necesitado una discusión. Antes de encenderse el piloto rojo, Adriana ya se sentía como si hubiera defendido tres veces el mismo territorio. Miró a Mateo. Él había seguido las indicaciones y devuelto la manta a Nuria sin buscar cámara.

Lo que ocurriera en directo dependería de que entendiera que no bastaba con portarse bien mientras alguien le recordaba el guion.

Antes de entrar en plató, lo encontró junto a una máquina de café.

—Tenemos dos bloques —le dijo, abriendo el guion en la tableta —. Nuria explica el origen de La Hebra y los productos. Tú hablas de

la lana, el rebaño y la aportación de los ganaderos. Yo cierro con la marca y la feria.

Mateo asintió.

—Lo he leído.

—No existe ninguna tienda aprobada.

La mandíbula de él se tensó.

—Lo sé.

—Y no he decidido dónde viviré cuando termine el contrato.

—También lo sé.

—No es tema de entrevista.

—Entendido.

Adriana habría querido escuchar algo más. Una disculpa dicha mirándola, una frase que deshiciera la presión de los últimos días. No era el momento y ella misma había convertido aquella conversación en una lista profesional. Se aferró a ella.

—Bien —dijo.

—Adriana…

Una ayudante abrió la puerta del pasillo.

—Entramos en dos minutos.

Mateo dejó la frase sin terminar.

Los primeros cinco minutos transcurrieron bien. La presentadora, Irene Valcárcel, tenía experiencia y una sonrisa capaz de convertir una pregunta incómoda en interés humano.

Nuria explicó que La Hebra llevaba tres años trabajando con artesanas, ganaderas y vecinas del pueblo. Mostró una funda de cojín y habló de tiempos, costes y diseño. Adriana describió el proceso de marca sin apropiarse de la iniciativa. Cuando Irene preguntó por la materia prima, Mateo contó cómo había perdido valor la lana y qué suponía para las explotaciones almacenarla o venderla por debajo del coste.

Antes de llegar a esa respuesta, Mateo había interrumpido dos veces.

La primera fue casi invisible. Irene preguntó por el nombre de La Hebra y Nuria comenzó a explicar el grupo de mujeres que había iniciado los talleres. Mateo añadió que en el campo una hebra suelta no servía de mucho y que juntas formaban hilo. La frase quedó

bonita. Irene la celebró y pasó a la siguiente pregunta antes de que Nuria terminara.

La segunda ocurrió al hablar de los precios.

—Queríamos que fueran productos al alcance de cualquiera —dijo Mateo.

Adriana giró la cabeza.

—El precio lo han calculado las artesanas según materiales y horas —aclaró—. No se trata de hacerlo barato, sino de que nadie vuelva a trabajar gratis.

—Eso, claro —dijo él—. A eso me refería.

Nuria sostuvo la manta sobre las rodillas. Su sonrisa profesional no varió, pero Adriana reconoció la tensión de los dedos sobre la tela.

En una conversación privada, habría hecho una señal y Mateo se habría corregido. Bajo los focos, el entusiasmo parecía haberle devuelto la antigua seguridad de que cualquier idea mejoraba al pasar por su voz. Adriana trató de decirse que eran dos deslices, que la televisión aceleraba a cualquiera y que él había trabajado de verdad para mejorar.

Entonces llegó la pregunta sobre la lana y Mateo devolvió el mérito de La Hebra con una frase limpia. La contradicción fue casi más dolorosa que un fracaso completo. Él sabía hacerlo. Solo no lo hacía siempre, especialmente cuando el mundo le ofrecía el centro sin pedirle que lo ocupara.

—Es decir —resumió Irene—, que lo que antes parecía un residuo se ha convertido en una oportunidad.

—Gracias al trabajo que ellas llevaban haciendo antes de que yo supiera que existía La Hebra —dijo Mateo.

Adriana lo miró. Él mantuvo la vista en la presentadora.

La frase era correcta. Más que correcta: era necesaria. Sintió que el nudo del pecho cedía un poco.

Entonces Irene sonrió hacia la cámara.

—Y aquí hay también una historia personal que nuestros espectadores van a disfrutar. Porque la diseñadora madrileña y el pastor no solo han unido campo y ciudad en esta marca.

Nuria dirigió a Adriana una mirada de disculpa. Aquello no aparecía en el guion.

—Según nos han contado —continuó Irene—, Valdebruna ha ganado una feria, una nueva empresa y quizá una nueva vecina. Mateo, ¿cómo se convence a una mujer de Madrid para cambiar la Gran Vía por doscientas ovejas?

Adriana sintió que su espalda se endurecía contra la butaca.

Mateo soltó una risa breve.

—No se convence a Adriana de nada que no quiera hacer.

Era una salida perfecta. Podía haber terminado allí.

—Pero sí es verdad —añadió— que ha descubierto que aquí hay posibilidades. Lo que empezó como una idea para aprovechar la lana se ha convertido en nuestro proyecto. Tenemos espacio en la finca para que ella monte un estudio y, después de la feria, queremos abrir una tienda estable. Así que yo diría que no ha venido solo de paso.

Durante un segundo, Adriana no oyó el estudio. Vio la habitación de la puerta azul, la llave sobre la mesa y el camino de vuelta recorrido a pie.

Nuria se movió a su lado.

Irene parecía encantada.

—Eso es una exclusiva. ¿Podemos anunciar entonces que te quedas, Adriana?

El piloto rojo de la cámara siguió encendido.

Adriana sonrió. Había aprendido a sonreír mientras apagaba incendios mucho antes de aprender a diseñar logotipos.

—Podemos anunciar que la Feria de la Lana se celebrará el primer fin de semana de diciembre —dijo—. La Hebra estudia distintas formas de comercialización, pero no existe ninguna tienda aprobada. El proyecto no es de Mateo y mío: nació del trabajo de Nuria, Pilar y muchas mujeres de Valdebruna antes de que ninguno de los dos participara. Y mi lugar de residencia no forma parte de la nota de prensa.

Irene parpadeó. Después recuperó la sonrisa profesional.

—Queda claro. Volvamos entonces a la feria.

Mateo no volvió a interrumpir. Adriana completó el bloque, dio la dirección de la tienda digital y explicó los talleres. Nuria enseñó las piezas. Incluso rieron cuando una fibra de lana quedó pegada a la manga de la presentadora.

En cuanto se apagó el piloto, Irene se quitó el micrófono.

—Espero no haber metido la pata —dijo.

—La pregunta era razonable con la información que te habían dado —respondió Adriana.

No miró a Mateo.

Una ayudante las condujo a la zona de maquillaje para retirar los micrófonos. Nuria se entretuvo adrede hablando con el cámara. Mateo alcanzó a Adriana en el pasillo.

—No era mi intención anunciar nada —dijo.

Ella siguió andando.

—Lo has anunciado.

—Irene me ha puesto en el sitio. He intentado explicar que hay un futuro para el proyecto.

—Has vuelto a llamar «nuestro» a un trabajo que no es nuestro y has usado una entrevista para contar una decisión que te dije esta mañana que no había tomado.

—No he dicho que estuviera decidido.

Adriana se detuvo.

—Has dicho «tenemos espacio», «queremos abrir» y «no ha venido de paso». ¿Quiénes sois ese plural, Mateo?

Él abrió la boca y tardó demasiado en responder.

—Tú y yo.

—No. Tú y la Adriana que has colocado en tu finca.

—No quería quitarte voz.

—Me has obligado a desmentir a mi pareja en directo para recuperar mi voz.

La palabra pareja quedó entre ambos como algo que ya pertenecía al pasado y todavía no lo sabía.

Mateo bajó el tono.

—Podemos arreglarlo. Hablaré con la presentadora, pediré que corten esa parte de las redes y…

—Para.

—Solo intento solucionar el daño.

—No puedes arreglar esto gestionando mejor lo que yo siento.

Nuria apareció al fondo del pasillo con los abrigos. Al verlos, redujo el paso.

Adriana sostuvo la mirada de Mateo.

—Voy a terminar la feria. Voy a cumplir mi contrato y a trabajar con la cooperativa cuando sea necesario. Pero tú y yo hemos terminado.

El color se retiró de la cara de él.

—No digas eso aquí.

—¿Dónde quieres que lo diga? ¿En la casa que elegiste para mí?

—Estás enfadada.

—Sí. Y también estoy segura.

—No puedes decidir algo así en cinco minutos.

Adriana sintió una calma extraña.

—Acabas de explicarme que no puedo decidir mi propia ruptura porque no he empleado el tiempo que tú consideras suficiente.

Mateo cerró la boca.

Por fin.

Nuria llegó hasta ellos y le entregó el abrigo a Adriana. No preguntó nada.

—Volvemos nosotras —dijo Adriana.

—He venido en mi furgoneta —respondió Mateo, como si necesitara recordar que podía marcharse sin ellas.

—Bien.

Caminaron en direcciones opuestas por el pasillo. Adriana no miró atrás. Llegó al aparcamiento, se sentó en el coche de Nuria y cerró la puerta con ambas manos aún firmes.

—¿Quieres hablar? —preguntó Nuria.

—No.

—¿Quieres que ponga música?

—Sí.

—¿Triste o de insultar hombres?

Adriana se abrochó el cinturón.

—Con ritmo. No quiero que parezca que les dedicamos demasiado tiempo.

Nuria arrancó.

Solo cuando dejaron atrás las luces de Albacete, Adriana apoyó la cabeza en la ventanilla. No lloró por la entrevista. Lloró por la habitación iluminada, por las gachas, por el beso detrás de una verbena y por la versión de Mateo que había visto aprender a preguntar y que, al sentirse seguro, había vuelto a contestar por ella.

En la radio, una mujer cantaba que no pensaba regresar.

Nuria subió el volumen.

Capítulo 24

La puerta que se cierra

Mateo condujo desde Albacete sin encender la radio.

El silencio de la furgoneta no se parecía al del campo. En el campo, el silencio estaba lleno de viento, animales, ruedas sobre grava y sonidos que él sabía ordenar. Aquel era un silencio liso, sin ninguna tarea detrás de la que esconderse.

Adriana había dicho que habían terminado.

La frase volvía cada pocos kilómetros con una precisión distinta. A la salida de la ciudad le pareció una reacción. En la primera recta, un castigo. Al pasar el desvío de Balazote, empezó a sonar como una decisión. Cuando vio las primeras luces de Valdebruna, ya no pudo llamarla de otra manera.

Dejó la furgoneta en la finca, atendió al rebaño y se cambió de camisa. No fue a la antigua casa de correos inmediatamente. Esperó dos horas porque no quería confirmar todas las acusaciones presentándose antes de que ella pudiera respirar.

A las nueve y media se convenció de que dos horas constituían respeto suficiente.

Al llegar a la plaza vio luz en la ventana del piso superior. La cancela estaba cerrada. Mateo sacó el teléfono, escribió «¿Podemos hablar?» y aguardó fuera.

Adriana respondió cinco minutos después.

«Diez minutos».

La puerta se abrió, pero ella no se apartó de inmediato.

—Diez —repitió.

—Diez.

Mateo entró. La casa olía a té y a la vela de naranja que Adriana encendía cuando trabajaba. Sobre la mesa había una madeja azul, el portátil cerrado y dos hojas con anotaciones de la entrevista. No vio fotografías suyas ni señales de que hubiera empezado a borrar su presencia. Habría preferido una escena dramática. Algo contra lo que defenderse.

Adriana se sentó en una silla. Él ocupó la de enfrente.

—Lo siento —dijo—. No tendría que haber hablado de la tienda ni de dónde vas a vivir.

—No.

—Me he dejado llevar por la pregunta. Quería que se entendiera que la campaña no es una cosa de cuatro meses, que puede crear algo estable. Y también quería que se supiera que tú… que nosotros…

—Que tú habías conseguido que me quedara.

—No como un trofeo.

—¿Entonces como qué?

Mateo buscó una palabra que no empeorara la conversación.

—Como alguien a quien quiero.

Adriana apoyó las manos alrededor de la taza.

—El problema no es que me quieras. El problema es todo lo que crees que ese amor te permite dar por hecho.

—No he dado por hecho nada.

Ella lo miró. No había ira en sus ojos, y Mateo echó de menos la ira porque al menos habría podido discutir con ella.

—Arreglaste un estudio sin preguntarme —dijo Adriana—. Decidiste que dejaría esta casa. Imaginaste una tienda que yo dirigiría. Hoy anunciaste en televisión que me quedaba. ¿Qué parte no has dado por hecha?

—Lo hice porque quiero compartir mi vida contigo.

—No. Quieres que yo comparta la tuya.

—Es lo mismo.

—No lo es.

—He preguntado muchas veces desde que hablamos de esto —insistió Mateo—. Te pregunté si podía besarte. Te pregunté si querías

quedarte en la caseta. Te pregunté si podía cogerte la mano esta mañana.

—Preguntar no es una técnica que compense todo lo demás.

—No he dicho que lo sea.

—Lo estás enumerando como prueba.

Mateo se calló. Adriana tiró suavemente del cabo de la madeja, sin intentar deshacer el nudo.

—Es fácil preguntar cuando crees que la respuesta será sí —continuó—. Lo difícil es hacerlo cuando la respuesta puede desmontar el futuro que te gusta.

—Podrías haberme dicho que no querías el estudio y se acabó.

—Te lo dije. Y caminaste detrás de mí explicando que iba a anochecer, como si mi no fuera un problema de información.

—Me preocupaba que volvieras sola.

—Lo sé. Igual que te preocupaba la avería de esta casa cuando llamaste a un albañil y cambiaste mi horario sin consultarme. Igual que te preocupa que tenga trabajo cuando me asignas una tienda. Siempre hay una preocupación razonable delante de la decisión que tomas por mí.

Mateo apretó los puños sobre las rodillas.

—Cancelé al albañil cuando me lo pediste.

—Porque me enfadé lo suficiente. No quiero tener que presentar una reclamación cada vez que necesito conservar el mando de mi propia vida.

—Estoy aprendiendo.

—Y yo no tengo obligación de quedarme dentro del ejercicio práctico.

La frase cayó sin crueldad. Mateo desvió la mirada.

—No te he obligado nunca a nada.

—No. Has hecho algo más difícil de señalar. Has rodeado tus decisiones de cariño, trabajo y buenas intenciones. Así, rechazarlas parece rechazar todo lo que sientes por mí.

Mateo miró sus manos. Habían lijado la mesa, pintado la puerta y colocado el cable. Por primera vez se preguntó si todo aquel esfuerzo había sido también una forma de hacer más caro el no de Adriana.

Mateo sintió que el enfado le subía por el pecho. Había hecho esfuerzos. Había escuchado, pedido permiso, reconocido el trabajo de Nuria, asumido tareas en casa. No entendía cómo todo podía quedar anulado por una habitación y una entrevista.

—He cambiado muchas cosas desde que llegaste —dijo—. No puedes decir que no te escucho. He defendido que se pague el trabajo de La Hebra, he plantado cara a Eusebio, estoy ocupándome de mi padre y de los papeles. Hasta he dejado de llamar chiquilla a Lucía.

Adriana cerró los ojos.

—¿Me estás presentando una factura?

—Te estoy diciendo que lo intento.

—Y yo te estoy diciendo que intentarlo no deshace lo que has hecho hoy.

—¿Entonces para qué sirve cambiar si un error lo borra todo?

—No lo borra todo. Pero tampoco convierte mis límites en opcionales.

Mateo se levantó. Necesitaba moverse, aunque solo hubiera tres pasos entre la mesa y la ventana.

—No ha sido para tanto.

En cuanto pronunció la frase, supo que había elegido la peor de todas.

Adriana dejó la taza.

—Eso no lo decides tú.

—No quería decir…

—Sí querías. Querías reducirlo hasta que mi decisión pareciera desproporcionada. Si consigues que el daño sea pequeño, yo vuelvo a ser la mujer que exagera y tú el buen hombre que no entiende por qué lo castigan.

Mateo se quedó junto a la ventana. En la plaza, Charo bajaba la persiana de La Parada. El sonido metálico atravesó la noche.

—Soy un buen hombre —dijo, sin volverse.

—Creo que sí.

La respuesta lo desarmó más que una negativa.

—Entonces…

—Ser buena persona no te exime de hacer daño de una forma cómoda y repetida. No eres un monstruo, Mateo. Si lo fueras, esto sería mucho más fácil.

Él regresó a la silla.

—Dime qué tengo que hacer.

Adriana negó despacio.

—No voy a darte una lista para recuperarme.

—No he dicho eso.

—Lo estás preguntando. Quieres una tarea que termine con un resultado. Pedir permiso diez veces, poner tres lavadoras, discutir con Sebas y, al final, yo vuelvo porque has aprobado.

—Quiero arreglarlo.

—Una disculpa no es una compra. No puedes pagarla con conducta correcta y llevarte una reconciliación.

Mateo miró la madeja azul. Tenía un nudo en el centro. Recordó a Nuria explicando que tirar con fuerza solo lo apretaba.

—Te quiero —dijo.

—Y yo te quiero a ti.

La esperanza fue tan rápida que casi le dolió físicamente.

—Entonces no hagamos esto.

—Precisamente porque te quiero tengo que hacerlo. No quiero pasar años defendiendo cada espacio de mi vida hasta que te canses de discutir o yo me canse de pedirlo.

—No tienes que defenderte de mí.

—Hoy he tenido que hacerlo en directo.

Mateo bajó la cabeza.

Habían pasado más de diez minutos. Ninguno miró la hora.

—Cuando dijiste que amar no era hacerte un hueco… —empezó.

Adriana esperó.

—Yo pensaba que eso era exactamente amar. Tener sitio para alguien. Hacerle sitio.

—Es una parte. La otra es preguntarle qué vida quiere construir y aceptar que quizá no sea la que tú habías preparado.

—¿Y si no lo es?

—Entonces quererla no te da derecho a cambiar la respuesta.

Mateo sintió la frase asentarse en un lugar al que todavía no sabía llegar.

Adriana extendió la mano.

—Necesito la llave de esta casa.

Él tardó un segundo en comprender. Conservaba una copia desde la noche en que una avería dejó la puerta atascada. La había utilizado para regar plantas, dejar comida y entrar alguna mañana cuando ella seguía durmiendo, siempre con permiso general, esa clase de permiso que uno convierte en permanente porque le conviene.

Sacó el llavero. La llave de la casa de correos estaba junto a la de la puerta azul de la finca.

Las separó y la dejó sobre la mesa.

—No voy a usarla sin preguntarte.

—No quiero que la tengas.

Mateo asintió. No explicó que podía confiar en él. Entendió, al menos, que la confianza no era algo que pudiera exigir en aquel momento.

—Terminaremos la feria —dijo Adriana—. Hablaré contigo de lo necesario para el trabajo. Prefiero que, si podemos, haya alguien más en las reuniones.

—De acuerdo.

—No vengas a traerme cosas. No le preguntes a Pilar cómo estoy. No uses a Ángela.

—No lo haré.

Ella inspiró despacio.

—Gracias.

Mateo se puso en pie. No intentó besarla. Tampoco alargó el momento buscando una última frase memorable. Caminó hasta la entrada y abrió la puerta.

Antes de salir, se volvió.

—La habitación seguirá ahí. No para ti. Quiero decir… no voy a esperar que cambies de opinión.

Adriana apretó los labios.

—Buenas noches, Mateo.

—Buenas noches.

Atravesó la cancela. La cerró con cuidado y oyó cómo Adriana echaba el pestillo de la puerta principal.

El sonido fue pequeño. Un clic de metal que, en cualquier otra noche, habría pasado inadvertido.

Mateo conocía el lenguaje de doscientos cencerros. Sabía distinguir hambre, miedo, dispersión y calma por la forma en que el rebaño sonaba en la oscuridad.

Aquella noche, por fin, entendió una puerta cerrada.

No llamó otra vez.

Capítulo 25

El inventario de lo invisible

La mañana después de la ruptura, Mateo descubrió que el dolor no impedía madrugar.

Le pareció una falta de consideración por parte del cuerpo. A las cinco y cuarenta abrió los ojos, recordó la llave sobre la mesa de Adriana y, aun así, tuvo hambre. Se levantó, preparó café y comió dos tostadas de pie en la cocina. Luego salió hacia la nave porque las ovejas seguían teniendo horarios aunque a él le hubieran desordenado todos los demás.

Trabajó tres horas sin mirar el teléfono. Revisó bebederos, separó dos animales para la visita de Lucía y reparó una malla que Rosalía había aprendido a levantar con el hocico. Las tareas concretas ayudaban. Un alambre o estaba sujeto o no lo estaba. Un depósito tenía agua o estaba vacío. No existía la posibilidad de que una cancela tuviera buenas intenciones.

A las nueve y diez, Julián apareció con su rebaño en la parcela contigua. Se acercó a la valla y levantó un termo.

—¿Café?

—Ya he tomado.

—No te he preguntado eso.

Mateo aceptó el vaso. Julián era ocho años más joven, hablaba poco y tenía la irritante costumbre de formular frases sencillas que después se quedaban trabajando solas.

—Te vi anoche en la plaza —dijo.

Mateo bebió.

—Qué afición tenéis todos a mirar por las ventanas.

—Estaba sacando al perro.

—No tienes perro.

—Por eso volví pronto.

Mateo lo miró. Julián no sonreía, pero estuvo cerca.

—Adriana y yo lo hemos dejado.

—Lo siento.

No preguntó por qué. Tampoco aseguró que se arreglaría. Mateo agradeció ambas omisiones.

—Tengo trabajo —dijo, devolviéndole el vaso.

—Yo también.

Julián regresó a su parcela.

El teléfono vibró en el bolsillo de Mateo. Durante una fracción de segundo creyó que sería Adriana. Era un correo de la oficina comarcal recordándole que el plazo para comunicar una modificación del censo terminaba a las doce.

Mateo leyó el mensaje dos veces.

La modificación correspondía a una venta de la semana anterior. Había entregado a Ángela los datos por audio, como hacía siempre, y dio por hecho que ella los presentaría. Buscó en la carpeta de enviados. No había ningún justificante.

La llamó.

—Dime —respondió ella.

—¿Presentaste el cambio del censo de las treinta y dos corderas?

—No.

—Te mandé los crotales.

—Me mandaste un audio de tres minutos mientras soplaba viento y dijiste que luego enviarías las fotos de las guías.

Mateo recordó las guías encima del salpicadero.

—No te las envié.

—No.

—El plazo termina a las doce.

—Lo sé.

Su hermana no añadió «ya te lo dije». La ausencia de la frase resultó mucho más eficaz.

—¿Puedes presentarlo? —preguntó.

Ángela guardó silencio.

—No —corrigió Mateo—. Espera. Dime dónde se presenta y qué necesito. Lo hago yo.

—Necesitas certificado digital, las guías escaneadas y el formulario de movimiento. Está en la sede ganadera, apartado de comunicaciones.

—¿Cuánto se tarda?

—Si lo tienes todo, veinte minutos. Si no recuerdas la contraseña, hasta que se jubile el último funcionario.

Mateo sí recordaba la contraseña. Lo que no tenía era un escáner en la finca ni el formulario actualizado. Fue a la cooperativa, pidió utilizar el ordenador de la oficina y encontró tres versiones distintas del documento. Eusebio apareció cuando él llevaba diez minutos intentando que una página reconociera una firma.

—Eso siempre lo hace tu hermana —comentó.

—Ya.

—Llámala y que te lo arregle.

—Ya la he llamado.

—¿Y?

—Me ha explicado cómo se hace.

Eusebio miró la pantalla como si acabara de enterarse de que las facturas no nacían archivadas.

—Pues que Dios te acompañe.

—Preferiría un lector de tarjetas que funcionara.

Encontró otro en el despacho de contabilidad. A las once y treinta y siete obtuvo el justificante. Lo guardó, lo imprimió y creó una carpeta digital con el año y el tipo de comunicación, en vez de dejar el archivo en Descargas con el nombre «justificante_3_final_bueno».

Llamó de nuevo a Ángela.

—Está presentado.

—Bien.

Mateo esperó una felicitación. Se dio cuenta y le molestó consigo mismo.

—¿Cuántas veces al año haces esto por mí?

—Depende. Entre movimientos, altas, bajas e incidencias, quince o veinte.

—¿Cuánto cobras a un cliente por llevarlo?

—Mateo…

—No te estoy pidiendo que me tranquilices. Necesito datos.

Ángela guardó silencio. Después cambió de tono.

—Si contrato anual, se integra en una cuota. Si es por gestión, depende del movimiento. Te paso las tarifas.

—Y una propuesta para llevar la parte que deba hacer una gestoría.

—Ya te dije que no pensaba ser una tarea de tu plan para recuperar a Adriana.

El nombre le apretó el pecho.

—No hay plan.

—¿Qué ha pasado?

Mateo miró el justificante impreso.

Podía contárselo. Ángela lo escucharía, quizá le diría que Adriana necesitaba tiempo y buscaría una forma de hacerle sentir que no estaba todo perdido. Años de práctica familiar la habían convertido en experta en amortiguar golpes, incluso los que él se había dado contra una pared señalizada.

—Hemos terminado —dijo—. Y no necesito que hables con ella ni que me digas que se arreglará.

—Mateo…

—Necesito las tarifas. Y que me digas qué parte del trabajo no puedo asumir yo por normativa o por tiempo. Lo demás lo reviso.

Ángela tardó en responder.

—Te lo mando esta tarde.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—No.

—Vale.

No intentó convertir el no en otra cosa. Mateo colgó y se quedó unos minutos en la oficina vacía.

El inventario de su hermana estaba en la carpeta verde. Lo abrió por la hoja de horas y comenzó a añadir anotaciones. No «papeles», sino altas, guías, facturas, seguros, subvenciones. No «cosas de padre», sino citas, recetas, desplazamientos, banco, compra y

coordinación de rehabilitación. Cuando una tarea tenía nombre, resultaba más difícil fingir que se hacía sola.

A mediodía fue a casa de sus padres. Antonio estaba en el patio, intentando cambiar la bombilla del aplique exterior subido a un escalón.

—Baja de ahí —dijo Mateo.

—Mido un metro setenta y ocho. Es un escalón, no el Everest.

Mateo estuvo a punto de quitarle la bombilla. Se detuvo.

—¿Quieres que la cambie yo?

Antonio lo miró desde arriba.

—Quiero que sujetes el bastón para no tirarlo.

Mateo obedeció. Su padre desenroscó la bombilla, puso la nueva y bajó sin ayuda.

—Ves como todavía sirvo para algo.

—No tienes que demostrarlo.

—Díselo a tu madre, que no me deja ni llevar un plato.

—Se lo dices tú cuando vuelva de comer con las amigas.

Antonio recogió el envoltorio.

—Con lo tranquila que se ha ido.

—Precisamente.

Entraron en la cocina. Junto al calendario que habían reorganizado durante el viaje de Teresa había una libreta nueva. Antonio había pasado allí sus tareas y añadido dos más: limpiar los filtros de la campana y pedir cita para renovar el carné de conducir, aunque ya no conducía desde la operación.

—¿Para qué quieres renovarlo? —preguntó Mateo.

—Para tenerlo.

—Te cuesta dinero y tienes que pasar reconocimiento.

—¿Me estás preguntando o me estás diciendo lo que voy a hacer?

Mateo apoyó las manos en la mesa.

—Te estoy preguntando para qué lo quieres.

Antonio se sentó.

—Porque me da la gana.

—Respuesta válida.

—Y porque quiero volver a conducir cuando el médico me deje.

—Eso ya es información nueva.

Revisaron juntos las citas de la semana siguiente. Antonio quería ir a rehabilitación con Mateo el jueves, pero prefería que la visita al banco la hiciera Teresa porque la cuenta estaba a nombre de ambos y ella conocía el asunto. No todo debía repartirse de manera idéntica. La igualdad, comprendió Mateo, tampoco consistía en arrancar tareas de unas manos para colocarlas en otras sin preguntar.

—¿Qué día quieres que hagamos la compra grande? —preguntó.

—El viernes. Pero compro yo. Tú conduces y cargas el agua.

—De acuerdo.

—Y no hace falta que vengas a comer todos los días cuando tu madre tenga otros planes. Sé usar una sartén.

—Yo también.

—Pues mira qué familia tan preparada.

Por la tarde, Mateo regresó a su casa y abrió el frigorífico. Había comida suficiente, aunque nada aparecía cortado, etiquetado ni dispuesto en recipientes. Preparó lentejas para dos días, limpió mientras hervían y puso una lavadora. No sintió que estuviera aprendiendo a ser adulto. Eso habría sido una mentira cómoda: era adulto desde hacía décadas. Estaba dejando de utilizar a otras personas para que su adultez resultara más barata.

El correo de Ángela llegó a las seis. Adjuntaba tarifas, un borrador de encargo y un documento de nueve páginas con las gestiones realizadas durante el último año. Mateo lo leyó completo. Algunas tareas pertenecían al afecto familiar y no requerían factura. Otras habían sostenido su negocio y tenían un valor profesional evidente. Separarlas exigía una conversación, no una transferencia impulsiva con concepto «por todo».

Respondió: «Lo revisamos el lunes en tu despacho. Reserva una hora y cóbramela».

Ángela envió un pulgar hacia arriba. Un minuto después añadió: «Y siento lo de Adriana».

Mateo escribió «yo también». No dio detalles.

A las siete recibió un correo de La Hebra. Adriana preguntaba si la zona de demostración podía utilizar el cercado norte durante la feria

y solicitaba medidas, acceso eléctrico y condiciones para el ganado. Pilar, Nuria, Eusebio y Ángela estaban copiados.

Mateo leyó tres veces el saludo: «Buenas tardes». Ninguna palabra personal.

Abrió un mensaje nuevo en el teléfono y escribió: «Podemos hablar de lo de ayer cuando quieras. Sé que necesitas espacio, pero…».

Lo borró.

Respondió al correo con las medidas, explicó que no había toma eléctrica y propuso dos alternativas. Terminó con «Quedo pendiente de la opción que prefiráis».

No añadió un corazón azul. No incluyó una frase que solo Adriana pudiera comprender. No convirtió el trabajo en una rendija para entrar en su casa.

Después dobló la ropa seca. La dejó sobre una silla y estuvo a punto de dar la tarea por terminada. Recordó que la ropa sobre una silla era una forma de trasladar el problema al día siguiente. Guardó cada cosa en su sitio.

Al anochecer sacó la basura de su casa y la de sus padres. Cambió el filtro de la campana porque Antonio había olvidado que pensaba hacerlo. Anotó la tarea en la libreta, no para que Teresa lo felicitara, sino para que nadie la repitiera.

El inventario de lo invisible no hacía aparecer nuevas obligaciones.

Solo quitaba la capa de comodidad que las había vuelto invisibles para él.

Capítulo 26

La rata no huye

Adriana sacó la maleta de debajo de la cama a las ocho de la mañana y a las ocho y cuarto ya había metido dentro tres jerséis, dos pantalones y una cantidad de ropa interior que correspondía a una evacuación de duración indeterminada.

Se sentó en el borde del colchón.

La maleta permaneció abierta a sus pies, razonable y disponible. Madrid estaba a menos de tres horas. Podía terminar los diseños desde su piso, conectarse a las reuniones y volver para la feria. Nadie podría acusarla de abandonar el contrato. La distancia era una herramienta de trabajo como cualquier otra.

El problema era que se conocía.

No quería volver por eficiencia. Quería huir antes de que Valdebruna quedara unida a Mateo en todos sus recuerdos, antes de cruzárselo en la plaza o escuchar la furgoneta bajo su ventana. Quería convertir la ruptura en un traslado y el dolor en logística.

El teléfono sonó. Era Gonzalo.

Adriana contempló la posibilidad de dejarlo sonar, pero descolgó.

—¿Qué tal la celebridad rural? —preguntó él.

—La celebridad rural está pensando en hacerse apicultora y vivir con la cara tapada.

—Vi la entrevista.

Adriana se tumbó de espaldas sobre la cama.

—Maravilloso.

—Estuviste muy bien. El pastor se vino arriba, pero esas cosas dan juego en televisión.

—El pastor se llama Mateo.

—No pretendía ofender a tu novio.

—Ya no es mi novio.

Hubo un silencio breve, lo bastante largo para que Gonzalo reorganizara la conversación en beneficio propio.

—Entonces quizá te interese lo que iba a proponerte. Tenemos un proyecto de turismo interior que necesita una dirección creativa. Tres meses, buena tarifa y posibilidad de incorporarte al equipo después. Si estás cansada de experimentar con la vida de pueblo, podrías empezar el lunes.

Adriana miró el techo inclinado de la antigua casa de correos.

—¿Por qué yo?

—Porque lo de La Hebra funciona. Y porque conoces la cuenta.

—La conocía cuando trabajaba contigo y elegiste a otra persona para dirigirla.

—Las circunstancias cambian.

—Sí. A veces una sale en televisión.

Gonzalo rio como si aquello fuera complicidad.

—Piénsalo. Te mando condiciones.

Adriana colgó. La oferta llegó cinco minutos después. La tarifa era alta. El puesto exigía presencia en Madrid y disponibilidad para viajar. También describía el proyecto como «una oportunidad para trasladar el aprendizaje rural de Valdebruna a una narrativa nacional», una manera elegante de pedirle que empaquetara el trabajo de otras mujeres para vender otra cosa.

Cerró el correo.

A las diez tenía una sesión con Pilar y Nuria. Podía cancelarla. En lugar de hacerlo, cerró la maleta sin terminar de llenarla y la dejó sobre la cama.

La plaza olía a leña. Charo estaba colocando las mesas de La Parada y la vio pasar.

—Te he reservado café —dijo.

—No te lo he pedido.

—No, pero llevas cara de necesitarlo.

Adriana se detuvo.

—Eso suena peligrosamente a decidir por mí.

Charo apoyó una mano en la cadera.

—Puedo bebérmelo yo.

—Entonces sí lo quiero.

Charo sonrió y entró al bar. Volvió con un vaso para llevar.

—No te voy a preguntar qué ha pasado —dijo.

—Gracias.

—Ya me lo han contado.

—Eso se parece bastante a preguntar con trampa.

—Esto es un pueblo de quinientas personas. La privacidad consiste en que solo cuatrocientas sepan la versión completa.

Adriana aceptó el café.

—¿Y cuál es la versión completa?

—Que el Gato habló de más, tú le cortaste las uñas en directo y ahora se pasea con cara de haber pisado una azada.

—Es sorprendentemente exacta.

Charo suavizó el gesto.

—La casa sigue siendo tuya hasta que termine el contrato. Y después, si quieres hablar, hablamos. No dejes que nadie te haga sentir invitada en un sitio donde estás trabajando.

Adriana notó que se le cerraba la garganta.

—Gracias, Charo.

—Eso sí: si te vas, avisa. No por cotilleo. Tengo dos tuppers tuyos.

—Ahora todo tiene sentido.

En La Hebra, Nuria revisaba etiquetas y Pilar había extendido sobre la mesa el plano de la feria. Ninguna mencionó la entrevista. Adriana dejó el café, encendió el portátil y pasó veinte minutos corrigiendo textos hasta que comprendió que las dos esperaban a que hablara.

—Podría terminar desde Madrid —dijo.

Nuria dejó una bobina.

—Podrías.

—Volvería para la feria.

—También podrías.

Pilar marcó una línea en el plano.

—Y podrías quedarte.

Adriana las miró.

—Qué despliegue de opiniones.

—Has preguntado por posibilidades, no por consejos —respondió Pilar.

—No he preguntado nada.

—Entonces estamos siendo incluso más respetuosas.

Nuria se sentó frente a ella.

—Si necesitas irte, lo entenderemos. El contrato contempla trabajo remoto y podemos organizarnos. Pero no tienes que salvarnos ni terminar nada para demostrar que eres profesional.

—No pienso que tenga que salvaros.

—Ya lo sé. Por eso te lo digo.

Adriana contempló las piezas sobre la mesa. Cada una llevaba meses de pruebas anteriores a su llegada: densidades que no funcionaron, tintes descartados, precios calculados y recalculados. Ella había diseñado un sistema para contar aquella historia, pero la historia existía sin ella. También la relación con Valdebruna empezaba a existir sin Mateo, aunque todavía le doliera admitirlo.

—Tengo una oferta en Madrid —dijo—. Podría empezar el lunes.

Pilar no pareció impresionada.

—¿Quieres aceptarla?

—Hace una hora sí.

—¿Y ahora?

Adriana abrió el documento de condiciones.

—Ahora creo que quería subirme a cualquier tren que saliera de aquí, aunque volviera al mismo sitio del que me bajé.

Nuria tomó una de las fundas y cortó un hilo sobrante.

—Marcharte también puede ser una elección.

—Sí. Pero no si lo hago para no cruzarme con Mateo. Entonces sigue decidiendo él, aunque no lo sepa.

La puerta del taller se abrió y entró la hija de Nuria con la mochila del colegio y un papel doblado en la mano. Tenía ocho años, dos coletas desiguales y la seguridad de quien llevaba toda la vida entrando en reuniones de adultas sin pedir audiencia.

—Mamá, la abuela dice que hoy me quedo aquí hasta las seis.

—Muy bien. Merienda en la nevera y deberes en la mesa pequeña.

La niña dejó la mochila, vio las etiquetas extendidas y se acercó a Adriana.

—¿Esta es Rosalía?

Señalaba el dibujo de la oveja con cencerro azul que aparecía en las cajas infantiles.

—Está inspirada en ella —respondió Adriana.

—Le falta cara de ladrona.

—Eso era difícil de imprimir.

—Yo puedo dibujarla.

Sacó un lápiz y, en el reverso de una prueba descartada, añadió a la oveja unas cejas inclinadas y un trozo de papel entre los dientes.

—Ahora sí —dijo Pilar.

Nuria observó el dibujo.

—Podríamos usarlo en el taller infantil.

—¿Me vais a pagar? —preguntó la niña.

Las tres mujeres la miraron.

—Es hija mía —dijo Nuria—. Lleva años escuchando.

—Cinco euros —propuso Pilar.

—Y una funda pequeña —negoció ella.

—Tres euros y la funda.

—Hecho.

Adriana preparó una autorización sencilla para utilizar el dibujo y escribió el nombre de la autora debajo. La niña firmó con letras enormes.

Durante aquellos minutos, Mateo no existió en la habitación. Tampoco Madrid. Solo había una mesa, un proyecto que continuaba creciendo y una niña que ya sabía que una idea tenía nombre y precio. Adriana comprendió que no necesitaba decidir toda su vida aquel día. Bastaba con no abandonar la parte que sí había elegido.

No quiso dejar la conclusión convertida en una de esas frases estupendas que luego no servían para reservar un tren. Apartó las pruebas de impresión, abrió una hoja nueva en el portátil y escribió tres columnas: «Hasta la feria», «Después de la feria» y «No depende de mí».

—¿Qué haces? —preguntó Nuria.

—Evitar que una ruptura se convierta en mi directora de operaciones.

La niña levantó la cabeza del cuaderno.

—¿Una ruptura es una jefa?

—Una muy mala. No paga y manda muchísimo.

Satisfecha con la explicación, volvió a sus divisiones. Pilar arrastró una silla hasta el portátil.

—A ver esas columnas.

Adriana empezó por la primera. Quedaban por cerrar el catálogo definitivo, la señalización de la feria, el dosier para medios y la tienda en línea. Hasta entonces, ella había conservado demasiadas contraseñas, plantillas y contactos en su propio ordenador, no porque quisiera apropiarse de nada, sino por esa peligrosa costumbre profesional de resolver deprisa y documentar después.

—Antes de que termine el contrato, Nuria y tú tendréis acceso de administración a todo —dijo—. Prepararé un manual sencillo y haremos dos sesiones. Si mañana me atropella Rosalía, no puede desaparecer la mitad de la marca conmigo.

—Rosalía no atropella —precisó la niña—. Embiste.

—Lo añadiré al análisis de riesgos.

Nuria señaló la columna del medio.

—Después de la feria necesitaremos fotografías de la colección de primavera.

—Eso se puede contratar aparte, conmigo o con otra persona. Lo decidís vosotras cuando sepáis presupuesto y calendario. No voy a dejarlo incluido en una promesa sentimental de «ya veremos».

Pilar ladeó la cabeza.

—Nadie te está echando.

—Ya. Y nadie tiene que retenerme para que yo me quede.

La diferencia, una vez dicha en voz alta, le ordenó algo por dentro.

Revisaron cada tarea. Nuria quería que Adriana estuviera presente en las pruebas de montaje porque conocía las medidas y podía corregir la jerarquía visual sobre el terreno. Pilar prefería encargarse ella de cualquier nueva conversación con la Diputación y dejar por escrito quién podía autorizar fotografías, titulares y entrevistas.

Adriana propuso que la próxima petición de prensa llegara a una dirección compartida, no a su teléfono ni al de Mateo.

—Y en el taller infantil mandará la autora de Rosalía ladrona —dijo Nuria.

Su hija dejó el lápiz.

—Yo los viernes tengo inglés.

—Negociación de disponibilidad —apuntó Adriana—. Muy profesional.

Cuando acabaron, casi todas las tareas tenían un nombre, una fecha y una persona capaz de continuarlas. En la tercera columna quedaron el resultado de la feria, la prórroga del proyecto y la opinión que el pueblo pudiera formarse sobre su vida. Adriana añadió también «dónde viviré en enero».

Pilar leyó la frase sin comentar. Nuria sí lo hizo.

—Podrías terminar desde Madrid. No necesitamos que estés físicamente aquí todos los días.

—Lo sé.

—Y podrías quedarte en Valdebruna sin prometer que será para siempre.

—También lo sé.

Adriana abrió su calendario. El lunes que Gonzalo quería ocupar ya contenía una visita al impresor de Albacete. El martes tenía pruebas de embalaje. El jueves, reunión con las artesanas. No eran compromisos que la encadenaran a un hombre ni favores que el pueblo hubiera hecho por ella. Los había aceptado libremente y seguían importándole después de la ruptura.

Marcó como presencial el trabajo hasta la feria y reservó una tarde para revisar con Nuria el traspaso de archivos. Luego cerró la página de la oferta de Gonzalo sin responder todavía. Lo haría cuando la decisión no oliera a maleta abierta.

—Voy a terminar mi contrato desde aquí —dijo—. Lo que venga después lo decidiré a su tiempo. Sin convertir diciembre en una promesa ni Madrid en una salida de emergencia.

Pilar asintió.

—Eso suena bastante sensato. Se te pasará.

—¿La sensatez?

—No. La necesidad de anunciarla.

Adriana se rio. Fue una risa pequeña, pero su cuerpo la agradeció.

Pasaron el resto de la mañana reorganizando el espacio. A las doce llegó el correo de Mateo con las medidas del cercado y dos alternativas para la zona ganadera. No había añadido ninguna frase personal. La corrección profesional le produjo alivio y una decepción que no estaba dispuesta a analizar todavía.

—La opción dos es mejor —dijo Nuria—. Pero necesitamos una entrada independiente para los talleres infantiles.

Adriana respondió a todos: «Preferimos la opción dos si puede habilitarse el acceso lateral. Lo revisamos esta tarde en la finca con Pilar presente».

Pilar leyó por encima de sus gafas.

—¿Necesitas que esté presente o quieres que esté presente?

—Las dos cosas.

—Entonces iré.

A las cuatro, Mateo las esperaba junto a la cancela. Llevaba la carpeta verde bajo el brazo y un plano enrollado. No intentó quedarse a solas con Adriana ni buscó en su cara una señal.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes —respondió ella.

Pilar pasó entre ambos.

—Qué educación. Dan ganas de bautizar algo.

Mateo desplegó el plano sobre el capó de la furgoneta. Explicó los accesos, la zona de sombra y la distancia hasta el punto de agua. Cuando Adriana preguntó si podían abrir la cancela lateral, él no contestó de inmediato.

—La usa Julián para entrar a su parcela —dijo—. Tendría que preguntarle si le afecta. Si dice que no, buscamos otra opción.

—Bien —respondió Adriana.

Recorrieron el cercado. Rosalía apareció detrás de una caseta y se acercó a Adriana con el cencerro azul balanceándose. Ella le rascó la frente.

—Por lo menos una se alegra de verme.

Mateo bajó la mirada. Adriana lamentó la frase en cuanto salió. No quería abrir una conversación personal y castigar después que él entrara.

—No ha sido justo —dijo—. Perdona.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Y por eso lo digo.

Mateo asintió. No aprovechó la disculpa para acercarse.

Pilar fingía estudiar la inclinación del terreno a diez metros.

—¿Hay algo más que necesitéis? —preguntó él.

Adriana consultó su lista.

—Por ahora no. Gracias.

—Os enviaré la confirmación de Julián.

Se despidieron. Mateo abrió la cancela para que salieran y permaneció a un lado, sin guiarlas con la mano ni decidir quién pasaba primero.

En la plaza, Pilar se detuvo ante la casa de correos.

—¿Qué vas a hacer con la maleta?

Adriana la miró.

—¿Cómo sabes que he sacado una maleta?

—No lo sabía. Pero ahora sí.

—Sois insoportables.

—Y tú llevas toda la tarde mirando hacia tu ventana como si temieras que saliera andando sola.

Adriana subió. Abrió la maleta, sacó los tres jerséis y los guardó de nuevo en el armario. No colocó el equipaje bajo la cama. Lo dejó vacío junto a la pared.

Después respondió a Gonzalo.

«Gracias por la oferta. No puedo incorporarme el lunes. Tengo un contrato en curso y voy a terminarlo. Si queréis hablar de una colaboración futura con condiciones de autoría y disponibilidad distintas, podemos hacerlo después de diciembre».

Cerró el portátil y miró la plaza desde la ventana.

Charo había llamado rata tierna a una mujer de cuarenta y dos años porque se enfrentaba a un gato viejo. Adriana seguía sin encontrarle gracia a la idea de ser la presa de nadie.

Pero las ratas, pensó, no solo mordían.

También sabían quedarse cuando el barco era suyo.

Capítulo 27

Aprender a preguntar

Mateo llegó a la reunión de la cooperativa con cinco minutos de antelación, dejó la carpeta sobre la mesa y eligió una silla al final.

No pretendía hacer de aquello un símbolo. La cabecera estaba ocupada por Eusebio y el único sitio libre quedaba junto a la puerta. Sin embargo, Sebas lo miró como si acabara de presentarse con falda.

—¿Te has perdido? —preguntó.

—Todavía no.

—Tu sitio está aquí delante.

—Desde el fondo también oigo.

—A ver cuánto te dura.

La sala se llenó poco a poco. Julián se sentó junto a Mateo. Lucía abrió el portátil cerca de la ventana. Ángela llegó con una carpeta de presupuestos y Nuria representó a La Hebra porque Pilar tenía cita con el dentista. Adriana no asistiría. Había enviado el plano corregido y una lista de necesidades por correo.

Mateo conocía la lista casi de memoria. No porque buscara una excusa para pensar en ella, se dijo, sino porque le correspondía preparar la zona ganadera. La explicación no era del todo falsa y eso era lo máximo que podía concederse.

Eusebio golpeó la mesa con un bolígrafo.

—Empezamos. Lo primero, la Diputación quiere cerrar quién hablará en la apertura. Después del numerito de la televisión, dicen que mejor una sola persona para no pisarnos.

Nuria dejó su libreta.

—No hubo ningún numerito. Hubo una información falsa y Adriana la corrigió.

Eusebio levantó una mano.

—No vamos a entrar en asuntos de pareja.

—Has entrado tú llamándolo numerito —dijo Ángela.

—Pues no entremos. La cuestión es que quieren a Mateo. Es conocido, sale bien en cámara y representa a los ganaderos.

Varias cabezas se volvieron hacia él.

Mateo sintió el reflejo de enderezarse, aceptar y prometer que nombraría a todo el mundo. Era exactamente la misma oferta de unas semanas atrás, presentada con menos palabras.

—No —dijo.

Eusebio parpadeó.

—¿No qué?

—No seré el portavoz de La Hebra. Puedo hablar de la aportación ganadera si ellas quieren que participe, pero la apertura les corresponde.

—¿A quién ponemos entonces?

Mateo miró a Nuria. La respuesta era evidente y, por eso mismo, supo que no debía darla él.

—¿A quién queréis poner? —preguntó.

Nuria apoyó los codos en la mesa.

—Pilar abrirá como presidenta. Yo explicaré el proyecto y Ángela la colaboración con la cooperativa. Adriana presentará la marca y el recorrido de la feria. Después pueden intervenir ganaderos y artesanas en la mesa.

—Cuatro mujeres y ningún hombre en la apertura —resumió Eusebio.

—Cuatro responsables del trabajo que se presenta —corrigió Mateo.

Julián asintió desde su silla.

—Tiene sentido.

—A ti también te han comido la cabeza —dijo Eusebio.

—No. Yo estaba en la primera jornada de clasificación de lana —respondió Julián—. Había doce mujeres, dos hombres y uno de los hombres fui yo porque mi hija tenía fiebre y mi mujer no podía venir.

Si ahora abrimos nosotros, no representa ni quién empezó ni quién ha trabajado.

Un ganadero mayor llamado Cándido, que hasta entonces había dedicado la reunión a limpiar sus gafas, levantó la mano.

—Mi mujer lleva haciendo plantillas de fieltro desde antes de que supiéramos que esto daba dinero. Si no habla ella, por lo menos no voy a hablar yo.

Eusebio miró alrededor. La discusión que había planteado como hombres contra mujeres acababa de perder a dos hombres.

—De acuerdo —dijo—. Que abran ellas. Pero si se alargan, no quiero quejas.

—Podemos poner tiempos para todos —propuso Nuria—. También para ti.

Sebas se rio. Eusebio anotó los nombres con una presión que casi atravesó el papel.

Sebas dejó escapar un silbido.

—Cómo te tienen.

Mateo no respondió.

—Segundo asunto. El cercado norte.

Mateo desplegó el plano. Explicó que Julián había aceptado ceder el acceso lateral durante el fin de semana y que se podía crear un pasillo independiente para las actividades infantiles.

—Yo pondría las ovejas aquí —dijo Eusebio, señalando una esquina—. Siempre se ha hecho así en las muestras.

La frase atravesó a Mateo con una familiaridad desagradable. La había pronunciado él en la primera reunión con Adriana, seguro de que la costumbre era un argumento completo.

—Ahí no —dijo Lucía—. La entrada es estrecha y se forma un embudo. Si hay ruido o demasiada gente, los animales no tendrán salida limpia.

Eusebio frunció el ceño.

—Llevamos toda la vida haciendo muestras.

—Y yo llevo ocho años trabajando como veterinaria —respondió ella—. La zona segura es esta.

Mateo estudió el punto que señalaba.

—¿Necesitas valla doble en el lateral? —preguntó.

Lucía lo miró, quizá sorprendida de que no hubiera empezado por explicarle cómo se movía un rebaño.

—Sí. Y una separación de dos metros respecto a los talleres.

—Puedo conseguir los paneles. ¿Quieres revisar el montaje el viernes anterior?

—Quiero.

—Pues queda así.

Eusebio golpeó de nuevo el bolígrafo.

—Como queráis. Pero luego, si no cabe la demostración, no digáis que no avisé.

—No lo diremos —respondió Mateo.

No añadió nada sobre cómo se había hecho siempre. Aquella frase había empezado a parecerle una forma de pedir que el pasado tomara decisiones para que ellos no tuvieran que responsabilizarse.

El tercer punto era el presupuesto. Ángela explicó que la modificación del programa exigía presentar una memoria complementaria, revisar facturas y justificar dos partidas nuevas.

—Tú lo tienes hecho en una tarde —dijo Eusebio.

Ángela cerró la carpeta.

—No.

—¿No qué?

—No lo tengo hecho en una tarde. Y no lo haré gratis por ser de la cooperativa.

—Todos ponemos horas.

—Entonces apuntamos las horas de todos y las valoramos. Las mías también.

Eusebio miró a Mateo, esperando que mediara. Hasta la semana anterior, él habría buscado una solución que permitiera a todos salir contentos y a Ángela trabajar el sábado.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó a su hermana.

Ángela abrió la carpeta otra vez y leyó la cifra.

Sebas soltó una risa.

—Por rellenar cuatro papeles.

—Si son cuatro papeles —dijo Mateo—, hazlos tú.

—Yo no sé.

—Por eso se paga a quien sabe.

Nuria señaló una partida de comunicación que había quedado por debajo del presupuesto previsto.

—Podemos mover una parte si la Diputación lo autoriza.

—Eso requerirá otro papel —dijo Ángela.

—Inclúyelo en la factura.

La propuesta se aprobó. Ángela anotó el encargo sin mirar a Mateo, y él agradeció que su gesto no pareciera un favor entre hermanos.

Durante una hora revisaron horarios, accesos y turnos. Mateo formuló tres propuestas. Una fue aceptada, otra quedó pendiente y Nuria rechazó la tercera porque interfería con la zona de venta.

—De acuerdo —dijo él—. Busco otra ubicación para el remolque.

Sebas se removió en la silla.

—¿Ya está?

Mateo levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Te dice que no y ya está.

—Sí.

—Antes habrías discutido media hora.

—Antes perdíamos mucho tiempo.

Julián disimuló una sonrisa detrás de la mano.

Eusebio dio por terminada la reunión. Las sillas empezaron a arrastrarse. Mateo enrolló el plano mientras Nuria y Ángela se marchaban juntas. Lucía guardó el portátil y le recordó la revisión del viernes.

—Lo tengo anotado —dijo él.

—Milagro.

—No abuses. Todavía puedo llamarte chiquilla.

Lucía levantó una ceja.

—Y todavía puedo declarar que tus ovejas necesitan un responsable adulto.

—El viernes a las nueve —rectificó Mateo.

Cuando salieron al patio, Sebas lo esperaba apoyado en una furgoneta.

—No te enfades —dijo.

—No estoy enfadado.

—Pues tienes cara.

—Es la que tengo.

Sebas se cruzó de brazos.

—Lo de domesticado era una broma. No hace falta que ahora nos midamos cada palabra porque la madrileña te haya dado un curso acelerado.

Mateo guardó el plano detrás del asiento.

—Adriana no me ha domesticado.

—Ya me entiendes.

—Sí. Y tú me entiendes a mí. No vuelvas a hablar de ella como si fuera una mujer que ha venido a ponerme una correa.

Sebas soltó una carcajada, pero se apagó al ver que Mateo no lo acompañaba.

—Ahora resulta que no se puede decir nada.

—Puedes decir lo que quieras. Y yo puedo decirte que no me hace gracia.

—Desde que estás con ella…

—Ya no estoy con ella.

Sebas dejó de sonreír.

—Vaya. Lo siento.

—Gracias.

—Entonces todo esto ¿a qué viene?

Mateo apoyó una mano en la puerta de la furgoneta.

—¿Todo esto qué es?

—Preguntar para sentarte, dejar que Ángela cobre, darle la razón a Lucía… Pareces otro.

—No le he dado la razón a Lucía. He escuchado a la veterinaria sobre dónde poner los animales.

—Eso.

—Y Ángela no cobra porque yo la deje. Cobra porque trabaja.

Sebas lo observó como si intentara encontrar la trampa.

—Pues sí que te ha dejado tocado.

Mateo pensó en la puerta de la casa de correos, en el clic del pestillo y en el mensaje profesional de aquella mañana. Podía decir que Adriana había exagerado. Podía aceptar el papel de hombre confundido al que una mujer complicada castigaba por quererla

demasiado. Sebas entendería esa historia. Probablemente la pagaría con una cerveza y varios insultos cariñosos.

—Hice mal una cosa —dijo Mateo—. Varias, en realidad. Ella me las había explicado y yo decidí que mis intenciones valían más. No me ha dejado domesticado. Me ha dejado porque no la escuché.

Sebas bajó la vista hacia el suelo.

—Todos metemos la pata.

—Sí.

—Pues se pide perdón.

—Ya lo he pedido.

—¿Y no vuelve?

—No tiene obligación.

El mecánico se rascó la barba.

—Eso es una faena.

—Para ella también.

Sebas pateó una piedrecilla.

—La mía dice que nunca organizo nada. Pero cuando organizo, me dice que lo hago a mi manera.

Mateo cerró la puerta de la furgoneta.

—Pregúntale qué quiere que organices.

—Ya estamos.

—Has empezado tú.

Por primera vez en toda la conversación, Sebas rio sin usar la risa como escudo.

—Te invito a una cerveza.

—No puedo. Llevo a mi padre a rehabilitación.

—¿Tu hermana no puede?

Mateo lo miró.

—Retiro la pregunta —dijo Sebas.

En casa de sus padres, Antonio estaba preparado con veinte minutos de antelación. Llevaba la chaqueta marrón y sostenía una carpeta médica.

—Tu hermana dice que ahora preguntas todo —comentó.

—Tu hija habla demasiado.

—Eso viene de tu madre.

Mateo cogió las llaves.

—¿Quieres ir directamente a la clínica o pasar antes por la farmacia?

—Farmacia después.

—Bien.

—Y a la vuelta quiero comer en La Parada.

—Habrá lentejas en casa.

Antonio se puso el bastón bajo el brazo.

—¿Me has preguntado o me has informado del menú?

Mateo abrió la puerta.

—La Parada, entonces.

Caminaron hasta la furgoneta. Antes de subir, Antonio se detuvo.

—¿Y Adriana?

La pregunta no llevaba malicia. Aun así, Mateo tardó en responder.

—Ya no estamos juntos.

—Lo siento.

—Yo también.

—¿Vas a hacer algo?

Mateo pensó en flores, cartas, quesos y habitaciones con puertas recién pintadas. Pensó en todas las formas de convertir una disculpa en una herramienta para obtener una respuesta.

—Sí —dijo—. Lo que me corresponde.

Antonio esperó una explicación. Mateo no se la dio.

Durante el trayecto, el teléfono vibró una vez. Estaba en el soporte del salpicadero y la pantalla mostró un correo de Adriana con el asunto «Acceso lateral confirmado».

Mateo no lo abrió mientras conducía. Tampoco pidió a su padre que lo leyera.

—¿No quieres saber qué dice? —preguntó Antonio.

—Cuando paremos.

—Mira que vas aprendiendo despacio.

Mateo sonrió sin apartar los ojos de la carretera.

Dejó a Antonio en la puerta de rehabilitación y estacionó bajo dos plátanos que ya habían perdido casi todas las hojas. La sesión duraba cuarenta y cinco minutos. Mateo abrió el correo, leyó la

confirmación, respondió únicamente «Recibido. Actualizo el plano definitivo» y guardó el móvil.

Volvió a sonar antes de que pudiera sacar del bolsillo la lista de materiales. Esta vez era Ramiro Lozano.

—Mateo, qué oportuno encontrarte —dijo el responsable de promoción—. El fragmento de la entrevista está funcionando fenomenal.

Mateo miró el parabrisas. En la acera de enfrente, una mujer esperaba el autobús con una bolsa de naranjas. Nadie sabía con quién hablaba. Nadie iba a felicitarlo por acertar.

—¿Qué fragmento?

—El de la feria y la diseñadora. Tiene conversación, que es lo que interesa. Queremos aprovecharlo con una pieza corta para redes: tú en la finca, las ovejas, el proyecto que has impulsado. Dos minutos muy humanos.

—Yo no he impulsado La Hebra.

Hubo una pausa breve, ocupada por el ruido de un teclado.

—Bueno, has aportado la materia prima y eres la cara que reconoce la gente. No hace falta hilar tan fino en un vídeo de difusión.

—Precisamente de hilar va el proyecto.

Ramiro rio, dispuesto a apropiarse también del chiste.

—Eso mismo. Frases así. Podemos grabar el jueves. Si Adriana aparece al final, aunque solo sea caminando por la finca, cerramos el arco de ciudad y campo. Después de la tensión del programa, al público le gustará ver que todo acaba bien.

Mateo sintió el impulso de preguntar si ella había aceptado. El impulso siguiente fue peor: imaginar que aquella grabación podía obligarlos a estar juntos el tiempo suficiente para hablar. Apoyó la frente un segundo en el volante.

—Mi relación con Adriana no es un arco de la campaña.

—No hace falta llamarlo relación. Es cercanía, futuro, retorno rural. El mensaje positivo.

—El mensaje positivo es que unas mujeres han creado productos y empleo con una lana que se tiraba. Si queréis una pieza de La

Hebra, llamad a Pilar o a Nuria. Ellas decidirán quién aparece. Yo puedo explicar la parte ganadera si me lo piden.

—Mateo, te estoy ofreciendo una promoción estupenda para tu explotación.

La frase encontró un lugar antiguo y cómodo dentro de él. Durante años había aceptado cualquier escaparate que diera valor a su oficio. Podía convencerse de que, si se beneficiaba la finca, también se beneficiaban la lana, el pueblo y todas las demás. Era una cadena de razones lo bastante larga para esconder al primero que cobraba.

—Mi explotación no es el proyecto —dijo—. Si queréis promocionarla, hablaremos de oveja manchega, manejo extensivo y precios. No usaré el trabajo de La Hebra ni mi vida privada para hacerlo.

La cordialidad de Ramiro perdió dos grados.

—Entonces tendré que consultarlo.

—Consulta también el dosier que os mandaron. Están los créditos y los contactos.

Se despidieron sin fijar fecha.

Mateo abrió el grupo de organización. Estuvo a punto de escribir que había rechazado la grabación, pero la frase le sonó enseguida a cuenta de méritos. En su lugar, reenvió a la dirección general de La Hebra el número de Ramiro y un mensaje escueto: «Propone una pieza para redes. Le he indicado que el enfoque y las portavoces los decidís vosotras. Quiere grabar el jueves».

No añadió que había defendido el proyecto. Defenderlo significaba, entre otras cosas, no convertir cada gesto correcto en una deuda.

Guardó el móvil. Sacó la lista de paneles y calculó cuántas abrazaderas necesitaría para la valla doble que había pedido Lucía. Cuando Antonio salió de la clínica, Mateo había terminado las cuentas y Ramiro ya no ocupaba su cabeza.

Preguntar no garantizaba una respuesta favorable. Escuchar no obligaba a nadie a quedarse. Aceptar un no no lo convertía en un sí futuro.

Durante demasiado tiempo había creído que esas eran las desventajas de preguntar.

Empezaba a comprender que eran, precisamente, la razón para hacerlo.

Capítulo 28

Las cuentas claras

Mateo llegó a la gestoría de Ángela diez minutos antes de la hora y se quedó dentro de la furgoneta, con las manos apoyadas en el volante y una carpeta azul en el asiento del copiloto.

La puntualidad, descubrió, podía ser otra forma de cobardía. Uno llegaba a tiempo y después se escondía en el coche para no afrontar aquello a lo que había venido.

En el escaparate, detrás de un vinilo que prometía soluciones fiscales, laborales y contables, su hermana hablaba por teléfono mientras buscaba algo en un archivador. Tenía el auricular sujeto entre la mejilla y el hombro, un bolígrafo en la boca y dos carpetas abiertas sobre el mostrador. Mateo la había visto así cientos de veces. Hasta hacía poco, la imagen le habría parecido una prueba de que Ángela era estupenda organizándose.

Ahora solo veía a una mujer haciendo tres cosas a la vez porque demasiada gente se había acostumbrado a que pudiera con todo.

Cogió la carpeta azul y bajó.

Ángela levantó un dedo al verlo entrar. Mateo se sentó sin necesidad de que se lo indicara. No abrió la boca para anunciar que tenía prisa ni dejó las llaves de la furgoneta sobre la mesa como si fueran un cronómetro. Esperó.

—Sí, Rogelio, el modelo se presenta trimestralmente —decía ella —. No, que lo hayas olvidado no cambia el calendario de Hacienda. Ya. Ya sé que nadie te ha avisado. Hacienda tiene esa manía: publica las fechas y espera que los adultos las recuerden.

Colgó, se quitó las gafas y lo miró.

—Como hayas venido a preguntarme dónde guardé los papeles del seguro, te cobro la consulta y un suplemento por parentesco.

—He venido para contratarte.

Ángela volvió a ponerse las gafas.

—¿A mí?

—A tu gestoría. Para que lleves oficialmente la explotación.

—Ya llevo oficialmente la explotación.

—No. La llevas extraoficialmente, que es una forma muy fina de decir gratis.

Ella no respondió. Mateo colocó la carpeta sobre la mesa y la abrió. Había impreso el listado que Ángela le había entregado días antes: facturas, guías, comunicaciones veterinarias, subvenciones, movimientos del ganado, seguros, llamadas, incidencias y una columna con las horas aproximadas de cada tarea. A la derecha había añadido una propuesta de honorarios basada en las tarifas de la propia gestoría.

Ángela recorrió la primera página sin tocarla.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Yo.

—¿Tú solo?

—No pongas esa cara.

—Estoy intentando disfrutar del momento.

Mateo aceptó el golpe. Se había ganado aquel asombro.

—He revisado las facturas de otros clientes tuyos —explicó—. Las que me enseñaste para que pudiera calcularlo sin que tú tuvieras que hacerme otra lista.

—Vas aprendiendo vocabulario.

—Voy aprendiendo cosas peores.

—¿Como sumar?

—Como darme cuenta de todo lo que me salía barato porque lo pagabas tú con tu tiempo.

Ángela se quitó de nuevo las gafas. Esta vez no había ironía en el gesto. Se levantó, cerró la puerta que comunicaba con la pequeña sala de espera y regresó despacio.

—No hagas esto por Adriana.

Mateo sintió el nombre como una corriente fría que se colaba por una rendija.

—Adriana no sabe que estoy aquí.

—No me refiero a que lo sepa. Me refiero a que no me conviertas en una tarea de tu plan para recuperarla.

—No tengo un plan para recuperarla.

—Eso me tranquiliza y me da pena a partes iguales.

—Tengo un plan para dejar de ser un aprovechado.

Ángela frunció los labios, valorando si la frase merecía una burla. Finalmente se sentó.

—Eso sí puedo facturártelo.

Revisaron cada apartado. Ángela corrigió tiempos, eliminó gestiones que ya no eran necesarias y añadió otras que Mateo ni siquiera conocía. Cuando llegaron a las comunicaciones de la cooperativa, él sacó una segunda hoja.

—También quiero que entres en la junta.

—¿Quieres?

Mateo levantó las manos.

—Creo que estás más preparada que la mitad de los que estamos y que deberías presentar tu candidatura si te apetece.

—Mejor.

—He dicho que voy aprendiendo. No que vaya rápido.

Ángela dejó escapar una risa pequeña. Hacía semanas que no se reía con él de aquella manera, sin que el humor sirviera para tapar algo.

—Me lo pensaré —dijo—. Pero no pienso ser la secretaria de una junta llena de hombres que se llaman presidentes unos a otros.

—Entonces preséntate a presidenta.

—¿Y tú me votarías?

—Si el programa es bueno.

—Eres idiota.

—Si te presentas, escucharé tu programa y no hablaré por ti. Y haré lo mismo con Nuria si se presenta.

Ángela lo observó durante varios segundos.

—Esa frase te ha quedado casi bien.

—La estropeo si quieres.

—No hace falta. Ya tendrás más oportunidades.

Firmaron un encargo profesional provisional. Mateo sintió una incomodidad absurda al verla emitir la primera factura. No por el importe, sino porque el papel convertía en visible algo que durante años él había preferido considerar afecto familiar.

Antes de marcharse, Ángela le pasó un calendario impreso.

—Los turnos de papá para las próximas tres semanas.

Mateo no extendió la mano.

—No.

Ella alzó una ceja.

—¿No?

—Ponlo en el calendario compartido. Yo ya he marcado los días que puedo llevarlo a rehabilitación y la revisión del jueves. Tú elige los tuyos. Si queda alguno sin cubrir, lo hablamos con ellos. Con los dos. Papá no es un palé que tengamos que repartirnos sin preguntarle.

Ángela dejó el papel sobre la mesa.

—Mamá va a pensar que te han cambiado en el viaje.

—Mamá va a pensar que he tardado cincuenta años.

—Mamá lleva pensándolo desde que cumpliste dieciséis.

Cuando salió de la gestoría, no llamó a Adriana. Tampoco pasó por la antigua casa de correos, aunque la plaza quedaba a menos de cien metros y sabía que aquella mañana ella trabajaba allí con Nuria.

Se fue a buscar a su padre.

Antonio esperaba sentado junto a la puerta de casa, con la chaqueta puesta y el bastón entre las rodillas.

—Tu hermana ha dicho que hoy me llevabas tú —comentó al subir a la furgoneta.

—Hoy y el jueves.

—A ver si te vas a aficionar.

—No es una afición, padre.

—Ya estamos con las palabras nuevas.

Mateo arrancó y recorrió media calle antes de responder.

—¿Te viene bien el jueves a las diez o prefieres que intentemos cambiar la cita?

Antonio lo miró de lado.

—A las diez está bien.

—¿Y después quieres volver o nos quedamos a comer en Alcaraz?

—¿Me estás preguntando?

—No te acostumbres.

—Lo mismo digo.

La rehabilitación duró cuarenta minutos. Mateo esperó fuera, contestó mensajes de la cooperativa y rechazó dos veces el impulso de escribir a Adriana. Al terminar, Antonio insistió en pasar por la ferretería. Necesitaba unas arandelas, cinta aislante y una bombilla que llevaba dos meses anotada en una servilleta.

—¿Por qué no se lo dijiste a Ángela? —preguntó Mateo.

—Porque tenía bastante.

—¿Y a mí?

Antonio apoyó ambas manos en el bastón.

—Porque tú siempre tenías más prisa.

No hubo reproche en el tono. Eso fue lo peor.

Mateo compró las arandelas, la cinta y dos bombillas. Por la tarde cambió la que estaba fundida sin fotografiarla, sin anunciarlo en el grupo familiar y sin decir que había «echado una mano».

A las siete se reunió la cooperativa para preparar la renovación de la junta. Eusebio había colocado las sillas en dos filas frente a una mesa, disposición que convertía cualquier conversación en una audiencia. Ángela se sentó junto a Nuria. Mateo ocupó una silla lateral, lejos del lugar desde el que solía intervenir sin pedir turno.

—Necesitamos una secretaría que domine la administración —dijo Eusebio—. Ángela podría ocuparse. Ya conoce los papeles.

Mateo sintió cómo varias cabezas se volvían hacia él, como si la disponibilidad de su hermana formara parte de su patrimonio. Ángela no lo miró.

—No me presento a secretaria —respondió ella—. Valoraré entrar como vocal o presentar una candidatura a la presidencia. Y cualquier trabajo técnico que mi gestoría haga para la cooperativa se contratará aparte.

Eusebio se quitó las gafas.

—Aquí todos hemos colaborado gratis muchas veces.

—Colaborar una tarde no es llevar durante años las obligaciones fiscales y laborales de una entidad —dijo Nuria—. Una cosa es voluntariado y otra, sostener una estructura sin salario.

—Mateo, tú qué dices.

La pregunta llegó acompañada de un silencio expectante. Él podía respaldar a Ángela, demostrar que estaba de su lado y pronunciar la clase de frase que luego el pueblo repetiría. También podía volver a convertirla en una mujer que necesitaba la aprobación de su hermano para ocupar una silla.

—Que la candidata está delante —respondió—. Pregúntale a ella.

Eusebio miró a Ángela.

—¿Vas en serio con lo de la presidencia?

—Voy en serio con que la próxima junta deje por escrito quién decide, quién trabaja y quién cobra. El cargo ya veremos quién lo ocupa.

La conversación duró más de una hora. Ángela presentó una propuesta de funciones; Nuria pidió una comisión comercial; Lucía exigió que la parte sanitaria no volviera a aprobarse a última hora. Mateo tomó notas de aquello que afectaba a los ganaderos. Solo habló cuando le preguntaron por disponibilidad de lana y por los accesos a las explotaciones.

Al terminar, Eusebio se acercó mientras todos recogían.

—Te has quedado muy callado.

—Había gente hablando.

—Tu hermana viene fuerte.

Mateo guardó el cuaderno.

—Lleva años viniendo fuerte. Nosotros llevábamos años llamándolo echar una mano.

No esperó que Eusebio estuviera de acuerdo. Ayudó a apilar las sillas y dejó que Ángela saliera con Nuria sin preguntarle si estaba satisfecha con su actuación. Aquel día ya habían firmado un encargo y hablado lo necesario. El resto le pertenecía a ella.

Al regresar a la finca, Rosalía lo recibió junto a la cancela con un trozo de cartón en la boca. Era parte de una caja de embalaje de La Hebra. Se la quitó con cuidado y vio impreso, entre dos mordiscos,

el dibujo que Adriana había elegido para la marca: una hebra azul que se elevaba hasta convertirse en loma.

Durante unos segundos pensó en guardarse el cartón. Después lo dejó en el contenedor de reciclaje.

No todo lo que dolía tenía que convertirse en una reliquia.

Abrió la cancela, esperó a que pasaran las ovejas y la cerró detrás de ellas. Aquella tarde no había nadie mirando.

Y, precisamente por eso, Mateo supo que estaba empezando a hacerlo de verdad.

Capítulo 29

La feria no tiene dueño

El proveedor de cajas anunció su desaparición a las nueve y doce de la mañana de un martes.

No lo hizo con esas palabras. Envió un correo mucho más elegante en el que hablaba de una incidencia logística, de circunstancias ajenas a su voluntad y de una nueva fecha estimada de entrega situada tres días después de la Feria de la Lana. En términos prácticos, cuarenta mantas pequeñas, sesenta fundas de cojín y treinta piezas de fieltro no tenían dónde meterse.

Adriana leyó el mensaje dos veces. A la tercera, su café ya estaba frío.

—Muy bien —dijo al ordenador—. Esto es una magnífica oportunidad para asesinar a alguien con identidad de marca.

Nuria levantó la cabeza desde la mesa grande de la antigua oficina de correos.

—¿Qué ha pasado?

Adriana giró la pantalla. Pilar, que clasificaba etiquetas junto a la ventana, se acercó con una lentitud prudente, como si el correo pudiera contagiarse.

—¿No llegan? —preguntó.

—Llegan el lunes.

—La feria termina el domingo —señaló Nuria.

—Ese pequeño detalle no parece haber frenado su optimismo.

Durante veinte minutos buscaron alternativas. Las tiendas comarcales no tenían suficientes cajas del tamaño necesario; las de mensajería eran demasiado grandes; cambiar el formato obligaba a

rehacer las fajas impresas. Adriana llamó a cuatro proveedores y consiguió cuatro maneras distintas de decirle que se acordara antes la próxima vez.

No recordó que Mateo entraría hasta que oyó sus botas en el pasillo.

Habían acordado revisar el montaje de la zona ganadera a las diez. Durante los últimos días se habían comunicado mediante mensajes breves, correctos y casi siempre copiados a alguien más. La eficacia era impecable. El dolor también.

Mateo se detuvo en la puerta al ver la mesa cubierta de muestras.

—¿Puedo pasar?

Pilar lo miró por encima de las gafas.

—La puerta estaba abierta, Mateo.

—Ya. Pero estoy practicando.

Adriana no quiso sonreír y perdió la batalla antes de empezar.

—Pasa. Tenemos una crisis de cartón.

Él dejó una carpeta en una silla, escuchó la explicación completa y no ofreció ninguna solución hasta que Nuria terminó de hablar.

—En la quesería de Los Jarales reciben cajas pequeñas de doble canal —dijo entonces—. No son bonitas y llevan su sello, pero quizá tengan sin usar. También puedo preguntar en la cooperativa de aceite. ¿Queréis que llame?

La pregunta quedó en medio de la habitación sin disfrazarse de orden. Adriana percibió que Pilar la observaba, aunque fingiera leer una etiqueta.

—Llama —respondió Nuria—. Pero necesitamos cajas limpias, sin olores y todas iguales.

—Entendido.

Mateo salió al pasillo. No dijo que aquello se arreglaba en cinco minutos ni prometió más de lo que podía cumplir. Mientras hablaba por teléfono, Adriana regresó a la pantalla.

—No lo mires así —murmuró Pilar.

—¿Así cómo?

—Como quien contempla un eclipse y no sabe si ponerse gafas o pedirle disculpas al sol.

—Estoy mirando mi correo.

—Tu correo debe de haberse afeitado esta mañana.

Nuria soltó una carcajada. Adriana movió el ratón con una concentración excesiva.

Mateo regresó al cabo de unos minutos.

—Los Jarales tienen ciento cincuenta. Nos las ceden a precio de coste. El sello está en una cara y se puede cubrir con vuestra faja si cambiáis el plegado. Pueden estar aquí esta tarde, pero hace falta ir a recogerlas.

—Yo voy —dijo Adriana.

—Tengo que pasar cerca con el pienso. Puedo traerlas si os sirve. Si preferís revisarlas antes, vamos los dos.

Una parte de ella quiso rechazar la ayuda por pura disciplina sentimental. Otra, la que llevaba dos semanas durmiendo cinco horas, calculó el tiempo que perdería en una carretera que no conocía.

—Vamos los dos —decidió—. Así comprobamos las medidas.

El trayecto transcurrió entre curvas, encinas y una conversación estrictamente dedicada al gramaje del cartón. Mateo conducía con ambas manos en el volante. Adriana miraba por la ventanilla los rastrojos dorados y el monte bajo, oscurecido por las nubes bajas de finales de noviembre.

—Ángela va a presentarse a la junta —dijo él al cabo de un rato.

Adriana giró la cabeza.

—Me alegro.

Mateo no añadió «¿ves?» ni «he cambiado». La firma del encargo pertenecía a Ángela y a él; no necesitaba convertirla en un punto de su expediente sentimental. Dejó que el silencio continuara.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó ella.

—Protesta en rehabilitación y luego hace todos los ejercicios en casa para poder protestar con fundamento. El jueves quiere comer en Alcaraz.

—¿Y tú puedes llevarlo?

—He organizado el día para llevarlo.

La diferencia era pequeña, apenas una preposición invisible entre una frase y otra. Sin embargo, Adriana la oyó.

En la quesería midieron cajas, comprobaron que no olían a curado y cargaron ciento cincuenta unidades planas. Cuando Mateo empezó a colocarlas en la furgoneta, Adriana sujetó el otro extremo del paquete.

—Puedo con esto —dijo él.

Ella lo miró.

—Ya lo sé.

Mateo tardó un segundo en comprender. Después aflojó las manos para repartir el peso.

—A la de tres.

—Eso sí puedes decidirlo.

—Gracias por la autorización.

—No te acostumbres.

Los dos sonrieron, y durante unos instantes todo resultó demasiado parecido a antes. Adriana notó el deseo de apoyarse contra él, de recordar con el cuerpo lo que la cabeza aún examinaba. Se apartó para coger otro paquete.

De regreso, encontraron a Rosalía dentro del patio de la casa de correos.

Nadie supo explicar cómo había cruzado medio pueblo. Llevaba un cordel azul enredado en el cencerro y masticaba con dedicación una plancha de cartón donde se habían impreso varios códigos QR.

—¡Rosalía! —gritó Mateo.

La oveja levantó la cabeza, valoró su autoridad y siguió comiendo.

Nuria salió con el teléfono en alto.

—No la saques todavía.

—Se está comiendo el acceso a la tienda.

—Por eso. Es perfecto.

Adriana comprendió la idea al instante. Se agachó, colocó una de las cajas nuevas junto a la oveja y recompuso la faja de papel para que el logotipo quedara visible.

—Mateo, ponte detrás, pero no mires a cámara. Haz como si intentaras negociar con ella.

—Llevo tres años negociando con ella y siempre pierdo.

—Entonces busca tu expresión habitual.

Rosalía arrancó otra esquina. Mateo extendió la mano y la oveja retrocedió con el cartón en la boca. Adriana tomó seis fotografías. En la última, él miraba al animal con una mezcla perfecta de paciencia y derrota.

Publicaron la imagen aquella tarde con una frase propuesta por Nuria: «Nuestra lana dura más que nuestros códigos QR». En dos horas se convirtió en la publicación más compartida del proyecto.

—Te dije que necesitábamos una imagen auténtica —comentó Mateo.

Adriana levantó la vista del móvil.

—La idea ha sido de Nuria.

Él asintió sin la menor resistencia.

—Es verdad. Te dijo que no sacara a Rosalía y tú montaste la foto. Yo solo he perdido otra discusión con una oveja.

Nuria le lanzó una caja plana.

—Pues empieza a doblar. Necesitamos ciento cincuenta antes de mañana.

Mateo ocupó una silla. Pilar puso música en un altavoz pequeño y los cuatro formaron una cadena. Doblar, encajar, envolver, pegar. A media tarde se sumaron Ángela, Lucía y dos vecinos. Mateo trabajó en silencio hasta que Charo apareció con una bandeja de café y preguntó quién mandaba allí.

—Nuria —respondió él, sin mirar a Adriana.

—Yo no mando —protestó Nuria—. Coordino.

—Pues coordina que alguien me enseñe a cerrar esta caja.

Adriana vio cómo Ángela le explicaba el pliegue. Mateo no la interrumpió. Falló dos veces, deshizo el cartón y volvió a empezar.

No era una escena extraordinaria. Nadie habría escrito una canción sobre un hombre de cincuenta años doblando cajas bajo la dirección de su hermana.

Quizá por eso a Adriana le pareció importante.

Cuando terminaron, ya había oscurecido. Mateo recogió los recortes del suelo y preguntó dónde debía dejar la basura. No intentó acompañarla a casa ni buscó un momento a solas.

—Mañana a las ocho en el almacén —dijo Nuria.

—A las ocho —confirmó él.

Al cruzarse junto a la puerta, Mateo se hizo a un lado. Adriana estuvo a punto de decirle que no necesitaba que le cediera el paso. Entonces comprendió que no estaba representando una galantería: esperaba porque ella llevaba una torre de etiquetas que no cabía junto a él.

—Gracias —dijo.

—De nada.

Eso fue todo.

Y, sin embargo, mientras caminaba hacia su casa bajo el aire frío de Valdebruna, Adriana tuvo la sensación de que entre los dos acababa de abrirse un espacio distinto. No un hueco preparado por Mateo.

Un espacio que todavía estaba vacío y que, si alguna vez decidían ocuparlo, tendrían que construir juntos.

Capítulo 30

La noche de los puestos vacíos

El viento empezó a las seis de la tarde y a las siete ya había desmontado dos banderolas, derribado una papelera y convertido el cartel de bienvenida en una cometa de metro y medio.

La feria debía abrir a las diez de la mañana siguiente en la plaza. Habían instalado catorce puestos bajo toldos claros, una zona de demostraciones, un pequeño escenario y una pasarela delimitada con vallas para que Mateo y los otros ganaderos mostraran las ovejas sin que Rosalía pudiera comerse a ningún visitante.

A las siete y cuarto, la Agencia Estatal de Meteorología elevó el aviso por rachas fuertes.

A las siete y veinte, Pilar convocó una reunión de emergencia en el bar.

A las siete y veintidós, el grupo de WhatsApp de la feria acumulaba ciento doce mensajes, cuarenta de los cuales discutían si el viento de Valdebruna era cierzo, solano o «el de toda la vida».

Adriana entró en La Parada con el pelo pegado a la cara y una de las banderolas bajo el brazo.

—Si alguien propone sujetar los toldos con piedras, me voy a Madrid andando —anunció.

—Con este aire llegas antes —respondió Charo desde la cafetera.

Mateo estaba junto a la ventana con Nuria y el concejal de Cultura. Sobre una mesa habían extendido un plano del antiguo almacén de cereal, una nave municipal que llevaba años utilizándose para guardar sillas, escenarios de fiestas y tres figuras de Reyes Magos sin camellos.

—Podemos trasladarlo allí —dijo Nuria—. No es bonito, pero es seguro.

—No cabe la zona ganadera —señaló Mateo.

—La zona ganadera puede quedarse en el corral anexo —intervino Lucía—. Con vallas dobles y acceso por detrás.

Mateo estudió el plano.

—Sí. Eso funcionaría. Lucía conoce mejor las distancias sanitarias; que ella marque el recorrido.

La veterinaria levantó la mirada, sorprendida apenas un instante.

—Necesito dos personas y una cinta métrica.

—Voy contigo —dijo Julián.

Mateo no se ofreció a dirigirlos. Preguntó qué había que desmontar primero.

Durante las cuatro horas siguientes, Valdebruna se movió como un organismo que discutía con todas sus células. Los puestos de la plaza pasaron al almacén. Las bombillas de la verbena se colgaron entre vigas metálicas. Pilar encontró unas telas antiguas para tapar las paredes. El concejal localizó un calefactor industrial que hacía más ruido que calor. Charo preparó bocadillos. Antonio, instalado en una silla junto a la puerta, controló la entrada de vehículos con una autoridad que nadie le había concedido pero todos obedecieron.

Adriana coordinaba el nuevo recorrido cuando vio a Mateo salir de los aseos con un cubo y una fregona.

—¿Qué haces? —preguntó antes de poder evitarlo.

Él miró el cubo.

—Una escultura contemporánea.

—Me refiero a por qué lo haces tú.

—Porque estaban sucios y mañana viene gente.

—Ya.

—Nuria está distribuyendo los puestos, Lucía monta el corral, Ángela revisa las ventas y tú intentas conseguir que este sitio no parezca el garaje de un gigante. He pensado que preguntaros cuál debía dejarlo todo para limpiar sería otra manera de encasquetároslo.

Adriana no encontró una respuesta que no sonara a examen aprobado.

—El jabón está en el cuarto de mantenimiento —dijo.

—Ya lo he encontrado.

Mateo avanzó dos pasos y se volvió.

—Aunque agradecería que alguien me explicara por qué el grifo de los hombres gira al revés.

—Eso no es machismo. Es fontanería municipal.

—Menos mal. Por un momento pensé que tenía que disculparme con el lavabo.

Ella se echó a reír. Fue una risa limpia, sin permiso y sin cálculo. Mateo sonrió, pero no aprovechó la grieta. Siguió hacia los aseos.

A las diez, una ráfaga hizo chocar las puertas del almacén. A las diez y cinco, Pilar ordenó colocar sacos de arena. A las diez y media, el primer puesto estaba montado. Las mantas colgaban sobre las telas oscuras y las piezas de fieltro ocupaban cajas de madera prestadas por la frutería. Con la iluminación cálida, el espacio empezó a parecer deliberado en lugar de improvisado.

Adriana fotografió el nuevo recorrido con la tableta y rediseñó en veinte minutos el plano que llevaba semanas perfeccionando. Eliminó la entrada de la plaza, creó dos accesos dentro del almacén y convirtió el patio protegido en zona de descanso. Después envió el archivo al impresor de Alcaraz, que aceptó sacar cincuenta copias antes de medianoche a cambio de que alguien recorriera cuarenta kilómetros para recogerlas.

—Voy yo —dijeron Mateo y el concejal a la vez.

Adriana miró la lista de tareas.

—Mateo hace falta aquí con las vallas. Que vaya el concejal. Y que se lleve las medidas nuevas, no las del plano antiguo.

El concejal tomó las llaves sin buscar confirmación masculina. Mateo señaló el cuadro de tareas y preguntó dónde figuraban las vallas. Adriana marcó la línea con el dedo. No tuvo que justificar por qué una decisión de comunicación afectaba al flujo de animales y personas; él leyó, preguntó una duda concreta y regresó al patio.

Después reorganizó los avisos digitales. Cambió ubicaciones en la web, preparó un mensaje para las reservas y grabó con Nuria un vídeo corto frente a la puerta del almacén. No ocultaron el viento ni

fingieron que el traslado formara parte del encanto. Nuria explicó la nueva dirección y Adriana añadió al final:

—Traigan ganas de entrar en calor. De la lana nos ocupamos nosotras.

El vídeo acumuló respuestas antes de que terminaran de colgar la segunda guirnalda. Había gente preguntando por aparcamiento, accesibilidad y horarios del corral. Adriana distribuyó las consultas entre el ayuntamiento, Lucía y el equipo de información. Aquella era la parte de su oficio que las fotografías bonitas nunca mostraban: prever por dónde se rompería la experiencia de cientos de personas y remendarla antes de que llegaran.

Mateo apareció con barro en las botas.

—Lucía necesita cambiar el acceso de los animales. Si mueve la valla del fondo, ¿te rompe el recorrido?

Adriana amplió el plano.

—No, si dejamos libre esta puerta. Pero entonces el puesto de quesos tiene que girarse.

—Se lo digo a Nuria para que decida con la quesería.

No dijo «lo arreglo». No convirtió la respuesta de ella en una orden propia. Se llevó la información hacia quien correspondía.

—Necesitamos bajar la lona del fondo —dijo Adriana—. Refleja la luz.

Sebas, subido a una escalera, negó con la cabeza.

—Si la bajamos, se ve la pared.

—La pared queda mejor en las fotos que un rectángulo brillante.

—Déjala como está, mujer. En persona no molesta.

Mateo sujetaba la escalera. Adriana vio que alzaba la cabeza y, durante una décima de segundo, temió que interviniera para traducir su decisión a un idioma masculino.

—Bájala, Sebas —dijo Mateo.

—¿Ahora mandas tú en la decoración?

—No. Manda Adriana en la imagen y acaba de decirte que la bajes.

Sebas masculló algo sobre la dictadura del diseño, pero soltó los ganchos. La pared de ladrillo apareció detrás del puesto, irregular y honesta.

—Queda mejor —admitió al bajar.

—No se lo digas —respondió Mateo—. Se acostumbra.

Adriana le lanzó un rollo de cinta de pintor. Él lo atrapó y siguió trabajando.

A medianoche, el almacén se había transformado. No era la feria luminosa que habían imaginado en la plaza, pero tenía algo más íntimo: una gran habitación compartida, hecha de lana, luces prestadas y manos cansadas.

Pilar reunió al equipo en el centro.

—Falta revisar salidas, precios, extintores, programa, megafonía y que nadie haya encerrado al concejal en el cuarto de las carrozas.

—Estoy aquí —protestó el concejal.

—Una cosa menos.

Nuria distribuyó las últimas comprobaciones. A Mateo le correspondieron contenedores, aseos y zona de carga. A Adriana, señalética y recorrido. Trabajaron en extremos distintos durante otra hora.

Cuando ella salió a tomar aire, el viento había limpiado el cielo. Las nubes corrían sobre la luna y las ramas de las encinas se inclinaban al otro lado del corral. Mateo estaba agachado junto a una valla, asegurando el cierre inferior para que los corderos no pudieran meter la cabeza.

—Lucía dice que hacen falta veinte centímetros más de separación —explicó al verla—. Me he equivocado al medir.

—¿Y el mundo sigue girando?

Mateo miró hacia arriba, comprobándolo.

—De momento.

Adriana se apoyó en la pared. Estaba agotada, olía a polvo y tenía un trozo de cinta adhesiva pegado al pantalón. Mateo se incorporó. También él parecía haber envejecido cinco años desde la tarde, con el jersey lleno de pelusas y una mancha de lejía en la manga.

—Ha quedado bien —dijo.

—Ha quedado muy bien.

—Ha sido idea de Nuria trasladarlo.

—Lo sé.

—Ya. Solo lo decía porque antes habría esperado que me felicitaras a mí por no dejar que se volaran los puestos.

Adriana se cruzó de brazos.

—¿Y ahora esperas que te felicite por saber que no debo felicitarte?

Mateo meditó la trampa.

—Voy a callarme.

—Buena elección.

El viento levantó una esquina de la lona que cubría las vallas. Los dos avanzaron al mismo tiempo y sus manos se encontraron sobre la tela. Mateo no retiró la suya de golpe ni la mantuvo allí buscando una respuesta. Esperó.

Adriana sintió el calor de sus dedos. Había echado de menos aquellas manos: fuertes, agrietadas, capaces de sostener un cordero recién nacido como si el mundo dependiera de no apretar demasiado.

Lo había echado de menos a él. Eso no significaba que tuviera que volver. Pero ya tampoco quería fingir que el deseo había desaparecido junto con la confianza.

—Sujeta ese lado —dijo.

Mateo obedeció. Clavaron juntos la lona y comprobaron el cierre.

—Mañana, cuando esto termine… —empezó él.

Adriana lo miró.

Mateo negó con la cabeza.

—Nada. Mañana, cuando esto termine, habrá que recoger.

Ella casi sonrió.

—Eso seguro.

Regresaron al almacén. A la una y media, Pilar mandó a todo el mundo a casa. Mateo apagó las luces por zonas mientras Adriana comprobaba el recorrido una última vez.

Al salir, vio que él había dejado una pequeña lámpara encendida junto al puesto de La Hebra. Bajo aquella luz, la lana parecía conservar el calor de quienes la habían trabajado.

No había discursos, ni flores, ni una declaración escrita sobre el suelo de la plaza. Solo cajas dobladas, aseos limpios, vallas bien

cerradas y un hombre que había aprendido a ocuparse de lo necesario aunque nadie hubiese pensado en pedírselo.

Adriana cerró la puerta del almacén y guardó la llave.

Por primera vez desde la ruptura, no sintió que el futuro con Mateo fuera una casa en la que él ya había elegido los muebles.

Lo vio como aquel local vacío unas horas antes: un lugar imperfecto, lleno de posibilidades, que solo tendría sentido si ambos estaban dispuestos a cargar mesas.

Capítulo 31

El micrófono

Mateo había pasado media vida hablando delante de gente sin llamarlo hablar en público.

Había negociado precios con tratantes, discutido con técnicos de la Administración, explicado a aprendices cómo acercarse a una oveja asustada y pronunciado discursos enteros en el bar sobre el tiempo, el campo y la incompetencia de quienes tomaban decisiones desde un despacho. Nunca le había temblado la voz.

Sin embargo, cuando el presentador de la radio comarcal anunció «al hombre que había hecho posible la primera Feria de la Lana de Valdebruna», Mateo sintió unas ganas repentinas de esconderse detrás de Antonio.

—No cabes —le advirtió su padre, sentado en primera fila.

—No estaba intentando esconderme.

—Entonces deja de darme con la rodilla.

El almacén estaba lleno. Las previsiones más optimistas calculaban doscientas personas durante toda la mañana; a las once ya habían pasado más de trescientas. El viento seguía sacudiendo las puertas, pero dentro olía a lana limpia, queso curado y café. Los puestos formaban dos filas cálidas bajo las guirnaldas de luces. Detrás del escenario, una tela azul con el logotipo de La Hebra ocultaba a medias las tres figuras de Reyes Magos.

El programa indicaba que Pilar abriría el acto y que después hablarían Nuria, Ángela y Adriana. Mateo solo debía intervenir más tarde, junto al corral, para explicar la parte ganadera. Sin embargo, la radio había adelantado la conexión en directo y el presentador

decidió reorganizar el orden por su cuenta. Encontró a Mateo colocando una valla y lo condujo hacia el escenario antes de que Pilar pudiera detenerlo.

Adriana se encontraba junto a la mesa de información, resolviendo una discusión entre el impresor y una turista que quería comprar el cartel de la feria. Llevaba pantalones oscuros, botas planas y un jersey color caldera. A Mateo le pareció la mujer más hermosa del almacén y, por una vez, logró conservar aquel pensamiento sin convertirlo en un derecho.

—Mateo Roldán —insistió el presentador—, pastor, ganadero y alma de este proyecto que ha sabido unir tradición y modernidad.

Hubo aplausos. Sebas le dio un empujón desde atrás.

—Sal, hombre. No hagas esperar.

Mateo subió los tres escalones. El presentador le tendió el micrófono y le palmeó el hombro con la familiaridad instantánea de quien acababa de aprender su nombre.

—Cuéntanos cómo se te ocurrió todo esto.

Mateo miró las primeras filas. Vio a Teresa, de regreso de su viaje, con un pañuelo rojo al cuello. A Ángela, de pie junto a ella. A Nuria, que acababa de vender la tercera manta de la mañana. A Pilar, vigilando el tiempo de la inauguración como si tuviera un silbato invisible. A Lucía, aún con barro en las botas después de revisar el corral.

Y vio a Adriana, que se había quedado inmóvil al otro lado del pasillo.

El viejo Mateo habría hecho una broma. Habría dicho que todo empezó con sus ovejas y que, con un poco de ayuda, habían conseguido aquello. Habría nombrado a las mujeres al final, en un agradecimiento plural donde sus trabajos se diluyeran como azúcar en el café.

Mateo, esta vez, todavía no sabía muy bien qué debía decir. Pero ya distinguía con precisión lo que no le pertenecía.

—No se me ocurrió a mí —respondió.

El presentador sonrió, esperando la falsa modestia que precede a un discurso más largo.

—Bueno, pero sin los ganaderos…

—Sin los ganaderos no habría lana. Y sin ovejas tampoco. Pero la idea de aprovecharla llevaba años en la cabeza y las manos de La Hebra. Nuria desarrolló las piezas. Pilar consiguió que la asociación no se rindiera cuando guardar la lana costaba más que venderla. Ángela hizo números que ninguno quisimos mirar. Adriana construyó la marca y organizó esta feria. Lucía ha montado la zona de animales. Charo lleva café desde las seis. Yo he traído las ovejas.

Alguien se rio. Mateo también.

—Y he limpiado los aseos —añadió—, pero no creo que quieran entrevistarme por eso.

Los aplausos fueron distintos aquella vez. No más fuertes, sino mejor dirigidos. Nuria se llevó una mano a la boca. Ángela miró hacia el techo con una expresión que Mateo conocía: estaba evitando emocionarse para no darle una satisfacción excesiva.

El presentador intentó recuperar el ritmo.

—Está claro que ha sido un esfuerzo de todo el pueblo. ¿Qué futuro imaginas para el proyecto?

—No me corresponde imaginarlo solo.

Mateo buscó a Pilar.

—¿Subís?

Pilar señaló a Nuria. Nuria negó con la cabeza. Adriana permaneció donde estaba. Durante un momento absurdo, las cuatro mujeres parecieron atrapadas en una cortesía que ninguna había pedido.

—Por favor —dijo Mateo—. El micrófono es vuestro. Yo tengo dos corderos intentando desmontar una valla.

Bajó antes de que el gesto pudiera convertirse en su nueva actuación. Pilar subió con Nuria y Ángela. Adriana tardó unos segundos más. Finalmente cruzó el pasillo y ocupó el extremo del escenario.

Mateo no esperó a que lo mirara. Se dirigió al corral.

Los corderos no habían desmontado ninguna valla, pero Rosalía sí había encontrado la cinta inaugural. La llevaba colgando de la boca mientras tres niños la perseguían y Lucía intentaba evitar que convirtieran el cercado en una competición.

—No corráis —ordenó Mateo—. Si la perseguís, seguirá jugando.

Se agachó y sacó del bolsillo un puñado de pienso. Rosalía se acercó con la arrogancia de quien estaba convencida de que el soborno era un homenaje legítimo. Mateo recuperó la cinta.

—Esa oveja tiene más sentido del espectáculo que todos nosotros —comentó Lucía.

—Y menos respeto por la propiedad intelectual.

Desde el almacén llegó la voz de Adriana amplificada por los altavoces.

—La primera pregunta que nos hicimos no fue cómo vender lana —decía—. Fue por qué un trabajo que implicaba tantas horas, tantos conocimientos y tantas manos había acabado pareciendo algo sin valor.

Mateo permaneció junto a la valla, escuchando.

Adriana habló de la asociación, de la economía rural, de los precios justos y de los límites del proyecto. No prometió empleos milagrosos ni una tienda capaz de salvar el pueblo. Explicó que la feria era un comienzo, una prueba y una forma de devolver nombre a tareas que habían vivido demasiado tiempo escondidas.

—¿Y no podrían vender más barato si produjeran muchas? —preguntó un hombre desde la tercera fila—. En una fábrica se abaratan los costes.

Adriana sostuvo el micrófono con las dos manos.

—Podríamos hacer muchas cosas más baratas si dejáramos de pagar horas, materiales de calidad y conocimiento. Pero entonces volveríamos al problema con el que empezamos. La pregunta no es cuánto puede bajar una manta. Es qué precio permite que quien la hace cobre por su trabajo.

Buscó a Nuria y le ofreció el micrófono.

—Tú puedes explicar mejor cuánto tarda una pieza.

Nuria subió al escenario con las mejillas rojas. Describió el lavado, el cardado, las pruebas, las costuras y las piezas que se desechaban cuando no alcanzaban la calidad necesaria. No habló como una mujer a la que habían invitado a colaborar. Habló como la persona que conocía el producto mejor que nadie.

Una representante de la Diputación preguntó quién dirigiría el proyecto si seguía adelante. El presentador miró hacia Mateo casi

por reflejo. Él mantuvo las manos en los bolsillos.

—La asociación decidirá la coordinación —respondió Pilar—. Con funciones, horas y sueldo. Ya hemos probado lo de depender del trabajo gratis de la mujer que siempre resuelve las cosas. Sale carísimo, aunque la factura tarde años en llegar.

Hubo un murmullo y después varios aplausos. Teresa fue la primera en juntar las manos.

Otra mujer quiso saber si aceptarían encargos de fuera. Adriana explicó el sistema de reservas y Ángela precisó los plazos de pago. Cuando un fotógrafo pidió que se colocaran las cuatro junto al cartel, ellas decidieron el orden sin consultar a nadie. Mateo observó desde el corral cómo el micrófono cambiaba de mano. Había confundido muchas veces participar con ocupar el centro. Desde el borde se veía más: quién había hecho el cálculo, quién conocía cada fibra, quién encontraba una respuesta y quién tenía derecho a decir todavía no lo sabemos.

Mateo conocía aquella voz. La había oído discutir, reír, respirar junto a él en la oscuridad. Pero nunca la había escuchado así: sin preparar una respuesta, sin preguntarse qué lugar ocupaba él dentro de sus palabras.

Cuando terminó, aplaudió desde el corral.

La mañana siguió con el desorden inevitable de las cosas que funcionan. Faltó cambio en dos puestos. Un niño metió una mano donde no debía y recibió un lametón de Rosalía. El calefactor dejó de funcionar. Una mujer quiso regatear una manta elaborada durante catorce horas porque «en internet las había más baratas». Nuria le explicó con tanta precisión el proceso que la mujer acabó comprando dos.

Al mediodía, el presentador de la radio encontró a Mateo cargando paquetes y volvió a acercarle el micrófono.

—Solo una pregunta. ¿Qué se siente al ver tanto éxito?

Mateo señaló a Nuria.

—Pregúntale a ella. Yo tengo que llevar esto al coche de una señora.

—Siempre puedo esperar.

—La señora no. Ha dejado al marido guardándole sitio en el bar y teme que se lo beban.

Siguió caminando.

Más tarde, Charo lo acorraló junto a la cafetera.

—Has estado bien —le dijo.

—Gracias.

—Demasiado bien. Casi parecía ensayado.

—No lo estaba.

—Mejor. Si lo hubieras ensayado, habrías metido una cita de algún escritor que no has leído.

—He leído libros.

—El manual del tractor no cuenta.

Mateo se sirvió café. Desde allí veía a Adriana ayudar a una mujer a completar un pedido. En un momento, ella levantó la mirada y sus ojos se encontraron.

No sonrió. Tampoco apartó la vista.

Mateo inclinó apenas la cabeza y regresó al corral.

No necesitaba que aquella mañana terminara con una recompensa. Por primera vez entendía que hacer lo correcto no era una inversión romántica. No daba derecho a una segunda oportunidad, a un beso ni a que Adriana creyera en él.

Solo era lo que debía haber hecho desde el principio.

La feria cerró a las ocho. Habían vendido casi todas las piezas, reservado plazas para tres talleres y recogido más direcciones de correo de las que cabían en la hoja preparada. Cuando el último visitante salió, el equipo se reunió entre cajas vacías.

Pilar abrió una botella de sidra. El corcho golpeó una viga y cayó dentro del puesto de cerámica.

—Eso lo pagas tú —dijo Teresa.

—Apúntalo a gastos de representación —respondió Pilar.

Brindaron con vasos de cartón. Mateo permaneció al borde del grupo hasta que Nuria lo llamó.

—Ven aquí, alma del proyecto.

—No empieces.

—Tranquilo. Solo queremos que friegues los vasos.

Las risas llenaron el almacén. Mateo entró en el círculo.

Adriana estaba frente a él. Al alzar el vaso, sus dedos rozaron los de Mateo durante un instante.

—Gracias por lo de esta mañana —dijo ella.

Él sostuvo su mirada.

—No tienes que agradecérmelo.

—Ya lo sé.

Brindaron.

Aquella respuesta, sencilla y libre de deuda, fue lo más cerca que habían estado desde que ella cerró la puerta.

Capítulo 32

Lo que no compra una disculpa

La feria terminó el domingo a las seis. A las seis y diez empezó el desmontaje. A las siete, Adriana habría vendido su ordenador a cambio de una ducha caliente y dos piernas nuevas.

A las ocho y media solo quedaban en el almacén el equipo de La Hebra, Mateo, Julián y un concejal que había descubierto una repentina lesión de espalda cuando llegó el momento de apilar vallas. Pilar lo curó indicándole dónde estaban las sillas ligeras.

Adriana enrollaba la última lona cuando Mateo se acercó.

—¿Necesitas que haga algo más?

—Las cajas del fondo van a la casa de correos. Pero puede llevarlas Julián.

—Julián ya se ha ido a recoger a su hija.

—Entonces mañana.

Mateo asintió. Parecía cansado. Tenía una pequeña herida en la frente, recuerdo de una tabla que había decidido caer en el peor momento, y las mangas remangadas hasta los codos.

—Quería preguntarte una cosa —dijo.

Adriana tensó los dedos sobre la lona.

—Pregunta.

—¿Podemos hablar cuando acabemos? Cinco minutos. Si me dices que no, lo entiendo.

Podía haber elegido cualquier momento durante las últimas semanas. Podía haberla esperado a la salida de casa, enviado cartas, flores o quesos con vocación de disculpa. No lo había hecho. Había

cumplido cada límite y cada horario, incluso cuando la cortesía parecía dolerle.

—Cinco minutos —aceptó.

Terminaron a las nueve y cuarto. Pilar cerró el almacén y desapareció con Nuria antes de que Adriana pudiera acusarlas de organizar una retirada estratégica. Ángela se ofreció a llevar a Teresa. Antonio ya dormía en casa. El viento había amainado, y sobre la plaza quedaban papeles pequeños pegados al suelo húmedo.

Mateo y Adriana caminaron hasta el banco junto a la fuente. La farola emitía una luz amarilla que hacía parecer más antiguo todo cuanto tocaba.

Él permaneció de pie.

—Siéntate —dijo Adriana—. Me estás poniendo nerviosa.

Mateo obedeció y dejó entre ambos la distancia de una persona invisible.

—No voy a pedirte que vuelvas conmigo.

—Buena manera de empezar.

—He pensado muchas veces qué debía decirte. Al principio todo lo que se me ocurría acababa hablando de mí: de que te echaba de menos, de que no quería perderte, de que podía hacerlo mejor. Luego entendí que eso no era pedirte perdón. Era pedirte que me quitaras el dolor.

Adriana bajó la mirada hacia sus manos. Tenía una uña rota y restos de adhesivo en los dedos.

—Te interrumpí porque daba más valor a mi voz —continuó Mateo —. Permití la broma de Sebas porque me importó más no quedar mal con los hombres del bar que respetarte. Planeé un despacho y una vida para ti sin preguntarte porque creí que ofrecerte lo que yo quería era generoso. En la entrevista me apropié del proyecto y de tu futuro. Y cuando te enfadaste, intenté explicarte mis intenciones para no mirar mis actos.

Adriana levantó la vista.

Mateo no parecía esperar una señal. Miraba la fuente, donde una hoja seca daba vueltas atrapada en el pequeño remolino del desagüe.

—Lo siento —dijo—. Sin peros. Sin que tengas que hacer nada con esta disculpa.

El silencio se extendió por la plaza. De La Parada salió una carcajada. Una persiana bajó al otro lado de la calle.

—¿Por qué has cambiado? —preguntó Adriana.

Mateo tardó en contestar.

—Porque tenía razón en una cosa y estaba equivocado en casi todas las demás.

—¿En qué tenías razón?

—En que yo no soy una mala persona.

Ella frunció el ceño.

—No parece la mejor conclusión.

—Déjame terminar. Usaba eso como defensa. Como si no ser malo significara que mis actos no podían hacer daño. Cuando te fuiste, pensé que tenía que convertirme en otro hombre para recuperarte. Luego Ángela me enseñó las horas que había trabajado gratis, mi padre me dijo que nunca me pedía nada porque yo siempre tenía prisa y mi madre se fue cinco días sin que la casa se hundiera. Comprendí que no necesitaba convertirme en otro. Tenía que dejar de proteger la versión cómoda de mí mismo.

Adriana notó una presión detrás de los ojos. No quiso apartarla ni convertirla en una obligación.

—Has hecho muchas cosas bien estas semanas.

—He hecho muchas cosas que me correspondían.

—También.

—Y volveré a equivocarme.

—Eso seguro.

Mateo sonrió apenas.

—Pero no quiero que cada vez tengas que presentar pruebas ante un tribunal para que te crea. Ni que explicarme algo sea más agotador que soportarlo.

Adriana pensó en el hombre que había conocido en el camino, apoyado en su cayado con la seguridad ofensiva de quien creía poseer hasta el polvo. Seguía teniendo las mismas manos, la misma manera de fruncir la frente y el mismo humor torpe. No se había vuelto irreconocible. Se había vuelto capaz de reconocerse.

—Tu disculpa no compra que volvamos —dijo.

—Lo sé.

—Ni que confíe en ti de golpe.

—Lo sé.

—Y no pienso dejar mi trabajo, ni la casa, ni Madrid cuando tenga que ir.

—Lo sé.

Adriana no apartó la mirada. Había respuestas que sonaban bien en una plaza vacía, después de una feria que había salido mejor de lo que nadie esperaba. Quería saber qué quedaba de ellas cuando no hubiera luces, ni testigos, ni miedo inmediato a perderla.

—¿Y qué vas a hacer la próxima vez que estés convencido de que tienes razón?

Mateo se pasó una mano por la barba.

—Probablemente, empezar por ponerme pesado.

—Aprecio la honestidad.

—Después quiero acordarme de parar antes de convertir mi seguridad en una orden. Preguntar qué no estoy viendo. Y si no lo consigo a tiempo, volver, reconocerlo y arreglar lo que pueda.

—Eso suena ensayado.

—Lo está. Ángela me hizo repetirlo después de que discutiera con ella por el calendario de mi padre.

Adriana apoyó la espalda en el banco.

—¿Qué pasó?

—Le dije que el jueves llevaría yo a mi padre a rehabilitación y que ella podía cambiar su cita con una clienta. Ni siquiera le pregunté. Cuando me contestó que no, pensé que estaba castigándome por todo lo anterior.

—¿Y te estaba castigando?

—Estaba trabajando.

La sencillez de la respuesta le provocó una risa cansada.

—¿Qué hiciste?

—Me enfadé en el coche. Solo, por suerte. Luego llamé al centro, cambié la hora y le pedí disculpas. El viernes contraté a una persona para acompañar a mi padre cuando ninguno pueda. Me cuesta pagar por algo que en mi cabeza debería resolver la familia.

—La familia solía significar Ángela y Teresa.

—Sí.

Mateo no intentó rebajar el golpe con una explicación. Adriana notó que aquella ausencia pesaba más que muchas promesas.

—¿Y Sebas? —preguntó—. ¿Qué pasa cuando haga otra broma y yo no esté delante?

—Ya ha hecho tres.

—¿Tres?

—Una sobre Pilar, otra sobre Lucía y otra sobre el delantal de Julián. No le solté un discurso. Le dije que no tenía gracia y seguí a lo mío.

—¿Y dejó de hacerlas?

—No. Pero al menos ya no se lleva mi risa de propina.

Adriana miró el agua oscura de la fuente. Aquello se parecía más a la verdad que cualquier relato de conversión: el mundo no había cambiado porque Mateo pronunciara la frase correcta. Sebas seguía siendo Sebas; el cansancio seguía volviendo tentadoras las costumbres; una disculpa no borraba la siguiente ocasión de elegir.

—¿Esperas que te perdone? —preguntó.

Mateo tardó lo suficiente para que la respuesta no pareciera automática.

—Lo deseo. No es lo mismo que esperarlo.

—¿Y si no volvemos?

Los dedos de él se cerraron sobre el borde del banco y luego se aflojaron.

—Me dolerá. Pero Ángela seguirá mereciendo que respete su trabajo. Mi madre seguirá teniendo derecho a irse cinco días. Mi padre seguirá necesitando que lo cuide sin usarlo para mandar. La cooperativa seguirá sin ser mía. No quiero volver a lo de antes aunque tú no estés para verlo.

Adriana tragó saliva. Esa era la única respuesta que podía hacerle sitio: una que no la convertía en premio, maestra ni vigilante.

—No puedo comprobar todo eso esta noche.

—Ni te corresponde.

—Y quizá haya días en que interprete mal algo porque todavía estoy enfadada.

—También puede pasar.

—No tienes que darme la razón por adelantado.

Mateo giró por fin hacia ella.

—No quiero darte la razón por miedo. Quiero escucharte sin hacer que el precio de discrepar sea tu agotamiento. Luego ya veremos en qué no estamos de acuerdo.

Adriana se frotó la uña rota con el pulgar. No era una garantía. Las garantías pertenecían a los electrodomésticos y a los contratos mal redactados. Era, como mucho, un método y la voluntad de usarlo.

Adriana lo miró de lado.

—Empieza a resultar irritante que lo sepas todo.

—Puedo equivocarme en algo si ayuda.

Ella soltó una risa que se quebró a mitad. Se pasó los dedos bajo los ojos.

—No estoy preparada para volver a donde estábamos.

—Yo tampoco quiero volver allí.

La frase quedó suspendida entre los dos. Mateo no se acercó.

—Podemos tomar un café —dijo Adriana—. Otro día. Fuera del trabajo.

Mateo giró lentamente la cabeza.

—¿Eso es una cita?

—Es un café.

—Entendido.

—Y si vuelves a llevarme un queso en lugar de una conversación, me lo quedaré, pero seguiremos teniendo la conversación.

—También entendido.

Se levantaron. La distancia invisible del banco desapareció, aunque ninguno intentó ocuparla todavía.

En la puerta de la casa de correos, Adriana buscó la llave. Mateo esperó en la acera.

—Buenas noches —dijo él.

—Buenas noches.

Entró y cerró. Desde la ventana lo vio caminar hacia la plaza sin mirar atrás.

Adriana apoyó la frente contra el cristal frío. No sentía la euforia de una reconciliación ni el alivio de un final resuelto. Sentía algo más pequeño y quizá más valioso: la posibilidad de una conversación en la que no tendría que luchar para existir.

Sobre la mesa permanecía una de las cajas que habían doblado juntos. Dentro había una manta azul y una tarjeta con los nombres de todas las personas que habían participado en su elaboración.

Adriana recorrió aquellos nombres con el dedo.

Después abrió el calendario y escribió dos palabras en el jueves siguiente.

«Café. Mateo».

No añadió un corazón.

Pero tampoco escribió «trabajo».

Capítulo 33

La vida que cabe entre dos

El café duró cincuenta y tres minutos.

Adriana lo supo porque llegó cinco minutos antes, Mateo llegó siete minutos antes que ella y los dos fingieron durante casi una hora que sentarse frente a frente en La Parada era una actividad normal que no requería vigilancia horaria.

Charo les sirvió dos cafés y dejó un plato con cuatro bizcochos.

—Invita la casa —dijo.

—No queremos trato especial —respondió Adriana.

—No es especial. Están de ayer.

Se alejó, aunque no tanto como para renunciar a oír.

Hablaron de la feria, del pedido de una tienda de Cuenca y de la sorprendente capacidad de Rosalía para aparecer en todas las fotografías oficiales. Mateo contó que Antonio había decidido hacer ejercicios de rehabilitación con dos botellas de agua porque las pesas le parecían «un invento para cobrar por levantar cosas». Adriana explicó que una clienta de Madrid quería contratarla para una campaña de invierno.

No hablaron de ellos hasta que solo quedó un bizcocho.

Mateo lo partió por la mitad.

—No tienes que hacer eso —dijo ella.

—Me apetecen dos bocados, no cuatro.

—Bien contestado.

—Llevo días preparando respuestas para la repostería.

Adriana cogió su mitad.

—He decidido seguir trabajando aquí hasta primavera.

Mateo dejó de masticar. Ella observó el instante exacto en que la noticia encendía algo en sus ojos y el esfuerzo posterior por no apropiarse de ella.

—¿Porque ha salido más trabajo?

—En parte. La asociación quiere mantener la tienda y necesito terminar el manual de marca. También voy a conservar clientes de Madrid. Pilar me guarda la casa unos días, hasta que decidamos cómo dejamos el contrato.

—Me alegro.

—Gracias.

Él no preguntó si aquello significaba que volverían. No sugirió que podía ahorrarse el alquiler mudándose a su finca. Bebió café.

—¿Y después de primavera? —preguntó.

—No lo sé.

—Vale.

—¿Solo vale?

—Estoy probando una técnica revolucionaria que consiste en no resolver diciembre entero un jueves por la tarde.

Adriana sonrió.

El segundo café fue un paseo por la vereda. El tercero, una cena en casa de ella que Mateo no intentó cocinar porque Adriana había dicho que quería preparar pasta. El cuarto ocurrió en la finca, con la puerta azul del estudio cerrada y los presupuestos para derribar el tabique todavía guardados en un cajón.

Durante aquellas semanas no hubo un momento único en que recuperaran la confianza. Hubo muchos momentos pequeños.

Mateo preguntó si podía contarle a Sebas que estaban viéndose. Adriana le dijo que podía hablar de su vida, pero no informar de la de ella como si fuera un parte meteorológico. Él entendió la diferencia. Adriana pidió ayuda con la caldera y, cuando Mateo le preguntó si quería que llamara al técnico o prefería el número, no sintió que necesitarlo la hiciera menos capaz.

También discutieron. Ocurrió durante la preparación de un taller de iniciación al fieltro. Nuria había calculado treinta y cinco euros por persona; Adriana defendía mantener ese precio porque incluía

materiales, seis horas de trabajo previo y el salario de la formadora. Mateo lo consideró demasiado alto para muchas familias del pueblo.

—Estás poniendo precios de Madrid —dijo, más seco de lo que pretendía.

—Estoy poniendo precio al trabajo de Nuria.

—Y yo conozco lo que puede pagar la gente de aquí.

—Eso no te permite decidir cuánto vale el tiempo de ella.

Mateo sintió que volvía a cerrársele el pecho con aquella mezcla conocida de enfado y vergüenza. Estuvo a punto de responder que ya no se le podía llevar la contraria sin convertirlo en sospechoso. Se oyó pensar la frase y supo adónde conducía.

—Necesito diez minutos —dijo.

Salió a la plaza. Cuando regresó, Nuria había abierto su hoja de costes y Adriana seguía junto a la mesa, incómoda pero sin perseguirlo para arreglarle el malestar.

—No me gusta el precio —dijo Mateo—, pero lo he convertido en una descalificación de tu criterio porque sabías más que yo de los números. Lo siento. Podemos buscar otra forma de facilitar plazas sin rebajar el trabajo.

Nuria propuso reservar cinco plazas financiadas con parte del presupuesto municipal. Adriana añadió la opción al formulario y Mateo llamó al concejal para comprobar la partida disponible. No acabaron pensando igual; acabaron tomando una decisión que ninguna persona tuvo que pagar con su tiempo.

También se besaron.

Ocurrió la noche del tercer café, en la puerta de la casa de correos. Mateo la acompañó porque quería caminar, no porque ella necesitara escolta. Hablaron bajo la misma farola donde se habían despedido tantas veces.

—Me apetece besarte —dijo él.

—Por fin algo que no requiere una hoja de cálculo.

—¿Eso es un sí?

Adriana lo agarró del cuello del abrigo y respondió con la boca.

El beso no borró las semanas anteriores. No convirtió el aprendizaje en una línea recta ni devolvió las cosas a su estado original. Fue mejor: inauguró algo que todavía no tenía forma.

La forma empezó a discutirse una noche de diciembre.

Fuera, Valdebruna estaba cubierta por una niebla baja. En la casa de correos, la estufa eléctrica calentaba demasiado el salón y los cristales se habían empañado. Adriana trabajaba en la mesa grande; Mateo limpiaba los platos de la cena sin dejar que el sonido del grifo se convirtiera en una medalla.

—La agencia quiere que vaya a Madrid cuatro días al mes —dijo ella.

Mateo cerró el agua y se secó las manos.

—¿Tú quieres?

—Quiero mantener ese cliente. Y quiero seguir viendo a mis amigos sin que cada viaje parezca una visita a una vida anterior.

—Entonces ve.

La rapidez de la respuesta la irritó de forma inesperada.

—No necesito permiso.

Mateo se quedó quieto.

—Tienes razón. No era permiso. Quería decir que no es un problema para mí.

—Puede ser un problema práctico.

—Entonces lo organizamos.

Adriana cerró el ordenador. Aquella era la conversación que llevaban bordeando desde el primer café.

—Si esto sigue adelante, no quiero que nuestras dos vidas consistan en que yo aparezca cuando tu trabajo me deja un hueco.

—Ni yo quiero ser una visita a la que citas los jueves.

—No he dicho eso.

—Ya lo sé. Estoy diciendo lo que quiero yo.

Se sentó frente a ella. Adriana sacó una libreta. Mateo miró el bolígrafo con recelo.

—¿Esto es un contrato?

—Es una conversación con mala memoria.

—Mejor. Los contratos de Ángela llevan IVA.

Adriana escribió dos nombres en la parte superior y trazó una línea entre ellos.

—Trabajo —dijo.

—Yo salgo temprano casi todos los días, pero puedo reorganizar dos tardes por semana y algunos fines de semana. Julián quiere más horas y estoy aprendiendo que contratar a alguien no es un fracaso moral.

—Yo necesito viajar y tener un espacio donde recibir a clientes sin una oveja detrás.

—Rosalía se sentiría discriminada.

—Rosalía no paga facturas.

—Tampoco muchos clientes.

Apuntaron horarios, semanas de mayor carga y la posibilidad de que Adriana mantuviera la casa como estudio aunque algún día pasara más noches en la finca. Hablaron de dinero. Mateo se removió en la silla cuando ella propuso una cuenta compartida solo para gastos comunes y cuentas separadas para el resto.

—Mis padres tenían todo junto —dijo.

—¿Y quién sabía cuánto dinero había?

—Mi madre.

—¿Y quién decidía las compras grandes?

Mateo suspiró.

—Mi padre.

—Pues no parece un modelo brillante.

—No he dicho que no me guste tu propuesta. He dicho que me resulta rara.

—Las cosas nuevas suelen tener esa grosería.

Siguieron con la familia. Los turnos de Antonio, las comidas de Teresa, los posibles imprevistos. Adriana dejó claro que quería ayudar cuando pudiera, pero no convertirse en la administradora emocional de los Roldán.

—No quiero que lo seas —dijo Mateo.

—Ahora no.

—Nunca.

—No prometas cosas que no puedes garantizar. Promete que, si sucede, escucharás cuando te lo diga.

Él asintió.

—Eso sí puedo prometerlo.

Llegaron a la casa. Mateo sugirió conservar dos espacios de trabajo incluso si en el futuro compartían techo. Adriana propuso un calendario doméstico visible, no para que ella lo mantuviera, sino para que ambos pudieran añadir y asumir tareas. Él preguntó si las gachas contaban como cena o como amenaza. Ella decidió que dependía de la cantidad de aceite.

Cuando terminaron, la libreta mostraba flechas, tachones y tres manchas de café. No contenía una solución perfecta. Contenía preguntas que ninguno había decidido responder por el otro.

—Falta una cosa —dijo Mateo.

—¿Cuál?

—Tiempo para nosotros.

Adriana dejó el bolígrafo.

—Pensaba que estabas intentando negociar noches libres.

—No. Estoy intentando que no convirtamos la igualdad en una empresa de logística.

—Eso ha sido sorprendentemente sensato.

—Lo he leído en una taza.

Mateo extendió la mano sobre la mesa, con la palma hacia arriba. Adriana la miró. No era una mano que tiraba de ella ni que señalaba un camino. Era una propuesta quieta.

Colocó la suya encima.

—Te quiero —dijo él—. No sé quererte perfectamente.

—Menos mal. Sería insoportable competir con eso.

—Pero quiero aprender a quererte sin hacerte pequeña para que quepas.

Adriana apretó sus dedos.

—Yo también te quiero. Y quiero aprender a quedarme sin sentir que estoy renunciando a marcharme cuando lo necesite.

Mateo se levantó y rodeó la mesa. Se detuvo frente a ella.

—¿Puedo…?

—Como preguntes permiso para respirar, te echo.

—Iba a preguntar si podía quitar la libreta antes de sentarme, porque tienes la costumbre de poner cosas importantes debajo de mí.

Adriana se rio y apartó el cuaderno. Mateo se sentó en el borde de la mesa. Ella se colocó entre sus rodillas y lo besó despacio.

El cuerpo recordó antes que las palabras. Las manos de Mateo descendieron por su espalda y se detuvieron donde ella podía acercarse o apartarse. Adriana se acercó. El beso se hizo más profundo, familiar y nuevo al mismo tiempo.

—La estufa está demasiado alta —murmuró él contra su cuello.

—No es la estufa.

—A mi edad conviene confirmar.

Ella le dio un pequeño mordisco en el labio.

—Cuidado con la rata.

—Avisado estaba.

Subieron las escaleras dejando la libreta abierta sobre la mesa. Por primera vez, aquella lista no le pareció a Adriana una frontera ni una garantía contra el fracaso. Era simplemente una herramienta. El amor estaba en otra parte: en haber podido discutirlo todo sin que ninguno tuviera que desaparecer para que el otro se sintiera seguro.

A la mañana siguiente, Mateo se levantó primero. Preparó café y salió a comprar pan. No dejó una nota diciendo dónde estaba porque Adriana seguía dormida y no tenía por qué informar de cada paso. Luego regresó y encontró un mensaje suyo en el móvil.

«Trae también tomates. Y no decidas tú el desayuno.»

Mateo respondió:

«Pregunto: ¿quieres tostadas con tomate?»

Adriana, desde la planta de arriba, escribió:

«Sí. Y ahora deja el teléfono y sube.»

Mateo dejó el pan en la encimera.

Aquella instrucción, pensó mientras subía los escalones de dos en dos, estaba encantado de obedecerla.

Capítulo 34

La cancela abierta

La primera helada llegó el día en que Adriana tenía que decidir si renovaba el alquiler de la casa de correos.

Valdebruna amaneció blanca, con los tejados endurecidos por el frío y la hierba cubierta de cristales diminutos. El coche eléctrico marcaba seis kilómetros menos de autonomía por culpa de la temperatura, una ofensa que Adriana se tomó de manera personal.

Pilar llegó a las nueve con el contrato en una carpeta y una bolsa de churros.

—No pretendo presionarte —dijo, colocando ambas cosas sobre la mesa—. Por eso he traído azúcar.

Adriana leyó el documento. Un año prorrogable, renta razonable y autorización para usar la planta baja como estudio profesional. Llevaba semanas negociando la decisión consigo misma, como si quedarse necesitara más justificaciones que irse.

Había llenado dos columnas en una libreta. En la de Madrid figuraban los amigos, los clientes antiguos, los cines en versión original y una cafetería donde el camarero conocía su pedido sin pretender conocer su vida. En la de Valdebruna estaban La Hebra, el estudio posible, el aire limpio, la curiosidad profesional de construir una marca que perteneciera de verdad a quienes producían la lana y una red de personas que ya sabía cuándo ayudarla y cuándo dejarla en paz.

Mateo no aparecía en ninguna columna.

No porque no importara, sino porque Adriana se había obligado a responder una pregunta más incómoda: si la relación terminara en

marzo, ¿seguiría queriendo vivir allí hasta diciembre? La respuesta no había llegado en una escena luminosa. Había aparecido mientras corregía un presupuesto, cuando Nuria llamó para discutir un color y no para preguntarle por Mateo. Volvió al ver reservados tres talleres de primavera. Se confirmó la tarde en que una almazara del pueblo vecino aceptó su propuesta sin que nadie la presentara como «la novia del pastor».

Sí. Seguiría queriendo aquel estudio.

Pilar abrió la bolsa de churros y dejó uno sobre una servilleta.

—Antes de que firmes, voy a hacer una pregunta impertinente.

—Eso no reduce mucho las posibilidades.

—¿Te quedas por él?

Adriana cerró la carpeta.

—Me quedo conmigo. Y con el trabajo. Mateo forma parte de la vida que quiero probar, pero no es la garantía del contrato.

Pilar asintió, sin sonreír.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Si hubieras dicho que sí, te habría aconsejado seis meses y una cláusula de fuga. Si hubieras dicho que no tiene nada que ver, habría sabido que mentías. Esto me sirve.

—Qué alivio superar la auditoría sentimental de la propietaria.

—La última inquilina convirtió el dormitorio en un criadero de codornices. Ahora hago preguntas.

Adriana volvió a abrir la carpeta. El contrato no prometía que Valdebruna dejara de parecerle pequeño algunos días, ni que Madrid dejara de llamarla, ni que amar a Mateo fuera sencillo. Solo le ofrecía doce meses, una puerta que podía cerrar y un lugar desde el que elegir de nuevo.

Miró el salón donde habían nacido el logotipo de La Hebra, las discusiones y los primeros cafés con Mateo. En el piso de arriba todavía quedaba una pequeña marca en la pared causada por el día que Rosalía había entrado detrás de un paquete de galletas. La casa no era un paréntesis. Tampoco tenía que ser una promesa eterna.

Firmó.

—Quiero poner un rótulo discreto junto a la puerta —dijo.

—Mientras no lo diseñe el sobrino del alcalde, tienes mi bendición.

—¿Qué hizo el sobrino del alcalde?

Pilar señaló el cartel del consultorio visible desde la ventana. La cruz verde tenía ocho brazos y debajo se leía «CONSUTORIO MEDICO».

—Entendido.

A mediodía, Adriana llevó una copia del contrato al ayuntamiento y después condujo hasta la finca. Mateo la esperaba junto a la nave, pero no se acercó al coche hasta que ella terminó de aparcar.

—He renovado —anunció al bajar.

La alegría le atravesó el rostro.

—¿La casa?

—La casa y el estudio. Un año.

—Eso es estupendo.

—Me gustaría celebrarlo.

—¿Cómo?

—Había pensado en ir hasta la loma, si no tienes demasiado trabajo.

Mateo miró hacia el rebaño. Julián estaba reparando un comedero y levantó el pulgar antes de que le preguntaran.

—Puedo ir —dijo Mateo.

Caminaron por la vereda que Adriana había recorrido el primer día. El barro se había endurecido y las cunetas olían a romero frío. Rosalía avanzaba al frente del rebaño con el cencerro azul, convencida de ejercer un cargo oficial.

Al llegar a la primera cancela, Mateo abrió y se apartó.

—¿Por aquí? —preguntó.

—Por aquí.

Adriana cruzó. Él esperó a que pasaran las últimas ovejas y volvió a cerrar. El gesto era idéntico al de muchos meses antes y, a la vez, no tenía nada que ver.

En la loma se veía el pueblo entero: la torre, el almacén de la feria, la carretera del norte y las casas apretadas alrededor de la plaza. Más allá, los rastrojos se extendían bajo una luz de invierno limpia y dura.

Mateo sacó de la mochila un termo y dos vasos.

—¿Café? —preguntó.

—Sí.

—También he traído queso.

—¿Es una disculpa?

—No. Es queso.

—Perfecto.

Se sentaron en una piedra plana. Mateo cortó dos cuñas y dejó que Adriana eligiera. Ella cogió la más grande.

—Era de esperar —dijo él.

—La igualdad no consiste en elegir mal por educación.

—Apuntado.

Hablaron del estudio, de los pedidos de invierno y de la candidatura de Ángela a la junta. Mateo explicó que Teresa quería organizar la comida de Navidad y que él se había ofrecido a preparar el plato principal.

—¿Qué vas a hacer?

—Cordero.

Adriana miró el rebaño.

—No señales a nadie.

—Pensaba comprarlo en la carnicería para no generar tensiones laborales.

Rosalía se acercó y hundió el hocico en la mochila.

—Ahí tienes otra tensión —dijo Adriana.

Mateo recuperó el pan antes de que desapareciera. La oveja protestó con un balido corto.

—Necesito llevar el rebaño al cercado de arriba —explicó—. Puedo dejarte en la finca antes.

—Prefiero ir contigo.

—Hace frío y son cuarenta minutos.

Adriana alzó una ceja.

Mateo se detuvo.

—Eso ha sonado como si intentara convencerte de que no sabes el frío que tienes.

—Un poco.

—Reformulo: yo voy a tardar cuarenta minutos y arriba hace bastante aire. ¿Te apetece venir?

—Sí. He traído guantes.

—Entonces vamos.

No añadió una defensa. No explicó que solo se preocupaba por ella. Se puso en pie y guardó el termo.

A mitad de camino, una oveja quedó al otro lado de una pared baja. Adriana vio la abertura por la que podía rodear y se adelantó.

—¿Me ayudas a dirigirla hacia la entrada? —preguntó Mateo.

—Claro.

Extendieron los brazos, avanzaron despacio y condujeron al animal sin tocarlo. Cuando se reunió con el rebaño, Mateo sonrió.

—Se te da bien.

—Tengo experiencia gestionando criaturas que se desvían del proyecto y fingen no oír.

—¿Clientes?

—Pastores.

Él se rio. Adriana también.

Alcanzaron el cercado mientras el sol empezaba a bajar. Mateo contó las ovejas por grupos. Faltaba una.

—Rosalía —dijeron ambos.

La encontraron junto a la cancela anterior, masticando el plano plastificado de la ruta de la feria. Adriana corrió hacia ella.

—¡Ese es el original!

Mateo agitó el saco de pienso. Rosalía dudó entre la cultura y la comida y escogió la comida. Adriana rescató el plano, marcado por dos semicírculos perfectos de dientes.

—La primera vez que te vi también se comió mis papeles —recordó.

—La primera vez que te vi pensé que no durarías una semana.

—Yo pensé que eras un imbécil.

—¿Solo la primera vez?

Adriana fingió reflexionar.

—Ha habido recaídas.

Mateo se acercó hasta quedar frente a ella.

—Habrá más.

—Lo sé.

—¿Y aun así?

—No estoy contigo porque no vayas a equivocarte. Estoy contigo porque ahora reconoces y reparas tus errores sin obligarme a demostrar lo evidente.

Mateo acarició con el pulgar la marca de los dientes en el plano.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Puedo besarte?

—Sí. Ven aquí.

—Estoy aprendiendo a no dar nada por supuesto.

Adriana lo besó. El aire olía a tierra fría, a tomillo y a lana. Los cencerros sonaban alrededor con un desorden que Mateo comprendía y ella empezaba a distinguir.

Cuando se separaron, Rosalía había vuelto a coger el plano.

—La rata muerde —dijo Mateo, mirando a la oveja.

—Esa no es la rata.

—En esta relación hay demasiados animales con carácter.

Adriana recuperó el papel y lo guardó dentro de la chaqueta.

Regresaron hacia la finca mientras anochecía. En la última cancela, Mateo apoyó la mano sobre el cierre y la miró.

—¿La dejamos abierta hasta que pase el rebaño?

Adriana contempló el camino, las ovejas aproximándose y la casa al fondo. No era la vida que él había decidido para ella. Ni la que ella había planeado antes de llegar.

Era una vida que todavía podía cambiar de dirección.

—La dejamos abierta —respondió—. Después la cerramos entre los dos.

Epílogo

Un año y tres listas después

Un año después, la segunda Feria de la Lana empezó con tres certezas.

La primera era que el viento de Valdebruna no respetaba programaciones. La segunda, que Rosalía seguía considerando los códigos QR un complemento alimenticio. La tercera, que nadie debía permitir a Charo elegir la música de apertura después de que hubiera descubierto una lista titulada «Éxitos latinos para hacer cardio».

—Esto atrae a la juventud —se defendió ella mientras un reguetón estremecía las ventanas del almacén.

—La juventud está fuera buscando cobertura —dijo Pilar.

Adriana cruzó el pasillo con una tableta en una mano y un café en la otra. El rótulo de su estudio aparecía impreso bajo su nombre en el programa: **Adriana Montes — estrategia y diseño**. Durante el último año había trabajado para La Hebra, dos queserías, una almazara y clientes de Madrid. Viajaba cuatro o cinco días al mes, lo bastante para conservar amigos, proyectos y el placer de que nadie supiera en qué calle compraba el pan.

Seguía alquilando la casa de correos. La planta baja era su estudio y la de arriba, un lugar donde dormir cuando necesitaba trabajar hasta tarde o estar sola. Pasaba la mayoría de las noches en la finca con Mateo, donde habían reformado dos habitaciones: un despacho para ella y otro para él, aunque el de Mateo contenía más archivadores de Ángela que libros.

No llamaban a aquello independencia ni convivencia parcial. Lo llamaban martes, jueves o esta semana me viene mejor aquí.

En la junta de la cooperativa, Ángela ocupaba la vicepresidencia y Nuria coordinaba el proyecto de la lana con un sueldo aprobado y publicado. La primera candidata a la presidencia había sido Ángela, pero después de una discusión de dos horas decidió que prefería vigilar las cuentas a tener que escuchar discursos. Mateo había votado por ella y luego había aceptado su decisión de retirarse sin decir que lo decepcionaba.

Teresa exponía en la feria una colección de cuencos de cerámica. En el primero había grabado: «No se llena solo». Antonio atendía el puesto y explicaba a todo el mundo que la frase se le había ocurrido a él. Teresa lo corregía cada vez.

—La inauguración es en diez minutos —avisó Adriana.

Mateo apareció cargando dos cajas.

—He colocado las vallas, revisado los bebederos y dejado a Julián en el corral. ¿Qué más hago?

Adriana señaló la lista fijada junto a la puerta.

—Míralo tú.

—Cierto.

Leyó. Recogida de residuos, prueba de megafonía, reposición de papel, acceso de proveedores.

—Me ocupo de la megafonía y de los aseos.

—Los aseos ya los ha revisado Sebas.

Mateo la miró con incredulidad.

—¿Sebas?

—Dice que este año quiere hacer algo importante.

—Milagro rural.

El mecánico pasó junto a ellos con una escobilla nueva todavía dentro del plástico.

—No os acostumbréis —gruñó.

Mateo abrió la boca para hacer una broma sobre la utilidad de los hombres y la cerró. Adriana reconoció el gesto.

—Podías decirla —comentó.

—No era tan buena.

—Eso nunca te ha frenado.

—Estoy mejorando en varias áreas.

La inauguración empezó con siete minutos de retraso. Pilar habló primero, Nuria presentó los resultados del año y Ángela explicó las cuentas. Mateo permaneció al fondo, junto al corral. Cuando un periodista le pidió una fotografía como «pastor fundador», él señaló el programa.

—Los nombres están ahí. Si quiere una foto, salimos todos.

El periodista consultó el papel con una prisa que revelaba que no lo había leído.

—También querría grabar mañana una entrevista con Adriana. Podemos hacerla a las cuatro, cuando terminéis con el rebaño.

—A las cuatro nos viene…

Mateo se detuvo. Durante un segundo había vuelto a aquel lugar conocido donde la agenda de Adriana era una extensión de la suya y decir *nos* parecía una muestra de unión en vez de una forma de apropiarse del tiempo ajeno.

—Tendrá que preguntárselo a ella —rectificó—. Su horario no depende del rebaño.

El periodista hizo una marca en su cuaderno.

—¿Puede avisarla usted?

—Puede encontrarla en el puesto azul. Está a veinte metros.

No hubo aplausos ni una mirada cómplice. El periodista se marchó y Mateo volvió a comprobar una valla que no necesitaba ser comprobada. Adriana, detrás de la columna de gente, había oído el principio y la corrección.

Más tarde, al cruzarse junto al almacén de embalajes, ella le tocó el codo.

—Mañana a las cuatro estoy en Madrid.

—Cierto. Lo tenía en el calendario.

—Pero casi respondes por mí.

Mateo hizo una mueca.

—Sí.

—Y paraste.

—Un poco tarde.

—A tiempo para que yo no tuviera que hacerlo.

No se besaron ni convirtieron el incidente en una ceremonia. Adriana siguió hacia el puesto y Mateo llevó un cubo de agua al corral. La reparación cabía a veces en algo tan poco heroico como reconocer un verbo mal conjugado y escoger otro antes de terminar la frase.

A mediodía, cuando la afluencia concedió un respiro, se encontraron detrás del puesto de quesos. Mateo cortó dos cuñas y dejó el cuchillo sobre la tabla.

—Elige.

Adriana cogió la más grande.

—Algún día vas a dejarme una todavía mayor solo para comprobar si tengo límite.

—Ya sé que no.

Charo apareció con una bandeja de cafés. Los miró, sonrió y alzó la voz para que la oyeran quienes no habían preguntado.

—Mira que estáis bien. Gato viejo, rata tierna.

Mateo dejó el queso.

—Adriana no es una presa, Charo.

—Era una broma, hombre.

—Ya lo sé. Pero tierna tampoco significa mansa.

Adriana mordió el queso y después el borde del labio de Mateo, apenas un instante.

—Tranquilo —dijo—. La rata sigue mordiendo.

Una ovación improvisada surgió del puesto vecino. Mateo se llevó una mano a la cara.

—Lo ha visto medio pueblo.

—¿Te preocupa tu reputación?

—Me preocupa que Charo cobre entrada el año que viene.

Desde el estudio provisional de fotografía llegó un grito. Rosalía había escapado del corral y acababa de entrar en una videollamada que Adriana mantenía abierta con un cliente de Madrid. La oveja ocupaba toda la pantalla y olisqueaba la cámara.

—¡Adriana! —llamó Nuria—. ¡Tu compañera quiere presentar la campaña!

Mateo empezó a preguntar qué debía hacer, se detuvo y miró el caos: el cable que Rosalía podía tirar, la puerta abierta y el plato de

etiquetas al alcance de sus dientes.

—Yo saco a Rosalía —dijo—. Tú sigue con la llamada.

—Gracias.

Entró despacio, apartó el cable y ofreció a la oveja una cuña de manzana. Rosalía lo siguió fuera con la dignidad de una artista que había terminado su intervención.

Adriana regresó a la pantalla.

—Disculpad —dijo a sus clientes—. Problemas con el equipo creativo.

Las risas cruzaron el altavoz.

Al otro lado del cristal, Mateo condujo a Rosalía hacia el corral sin esperar instrucciones ni aplausos. Antes de doblar la esquina, miró a Adriana y levantó la manzana a modo de despedida.

Ella le devolvió el gesto.

La campana azul de Rosalía se perdió entre los sonidos de la feria. Adriana la distinguió durante unos segundos: irregular, obstinada, viva.

Después volvió a escuchar.

Sobre la autora

Lola Summers escribe historias románticas, optimistas y emocionales sobre personas adultas que se atreven a cambiar de vida sin dejar de ser ellas mismas. En sus novelas hay humor cotidiano, segundas oportunidades, amistades inesperadas y lugares en los que apetece quedarse un poco más.

Gato viejo, rata tierna es una comedia romántica rural sobre el amor, los cuidados y todo aquello que solo cambia cuando dejamos de decir que siempre se ha hecho así.

Fin

Gracias por leer *Gato viejo, rata tierna*.